

José Luis Escorihuela “Ulises”

Camino se hace al andar

Del Individuo Moderno a la Comunidad Sostenible

Manual para transicioneros

EDITORIAL NOUS
WWW.EDITORIALNOUS.COM

Prólogo

La comunidad es un anhelo cada vez mayor para mucha gente. El individualismo imperante en nuestra sociedad deja a muchas personas insatisfechas y en parte bloqueadas, sin saber qué hacer para cambiar el estado actual de cosas. La acumulación de bienes materiales no supone una mayor calidad de vida y, mucho menos, es garantía de felicidad. Las desastrosas consecuencias de nuestro modelo de vida, basado en el utilitarismo neoliberal y el capitalismo económico, son cada vez más evidentes, y van desde la destrucción de los ecosistemas naturales y las graves afecciones sobre el planeta en su totalidad, hasta el aumento de la desigualdad económica y la injusticia social, pasando por un crecimiento exponencial de los conflictos bélicos, de la represión “legal” que ejercen los gobiernos y de los atentados terroristas.

Ante esta situación, los gobiernos de las democracias occidentales se muestran impotentes para tomar decisiones claras y efectivas que pudieran cambiar las cosas. Maniatados por los grupos de presión, especialmente las grandes empresas multinacionales y, en algunos países, por el propio ejército y las fuerzas policiales, y con la mirada puesta en un electorado que sólo entiende de beneficios a corto plazo, nuestros gobernantes se limitan a gestionar el desastre lo mejor que pueden, sin plantearse atacar las causas de fondo que lo generan, temerosos de que si toman decisiones impopulares pueden perder las próximas elecciones y ser desalojados del poder.

No es de extrañar por tanto que muchas personas conscientes de esta situación busquen desesperadamente alternativas para su forma de vida y para la creación de “otros mundos posibles”, donde el cuidado de las personas y de la naturaleza figure como un valor principal que oriente nuestras acciones. La mayoría de estas alternativas suponen vivir, trabajar o colaborar con otras personas en proyectos colectivos que ponen en cuestión nuestro propio ser, durante mucho tiempo entrenado para ser individuo, pero carente de las mínimas nociones para ser en grupo. Es aquí donde empiezan las dificultades.

Este libro pretende ser un manual de apoyo para todas aquellas personas que, huyendo de un modelo de vida agotador, individualista e insostenible, quieren iniciar un nuevo camino en sus vidas hacia una forma de vida más simple y sostenible, aumentar su calidad de vida y contribuir con su ejemplo a la creación de un mundo mejor para todos. Se trata de un camino difícil y no exento de riesgos, que supone dejar muchas cosas de lado, incluso algunas de nuestras convicciones más sólidas, para poder explorar territorios desconocidos de nuestro propio ser. Es recomendable empezar este camino, esta “transición” dentro de un grupo de apoyo en el que poder expresar las dificultades y temores y conseguir la energía suficiente para seguir avanzando. Este es por tanto un libro para “transicioneros” conscientes de su situación y dispuestos a adentrarse en lo desconocido.

Mi intención con este libro no ha sido teorizar sobre el individuo, la comunidad y las transiciones, aunque la teoría sea importante y visible. Lo que yo pretendo es exponer mi propia experiencia, hablar del individuo que soy, de la comunidad que podemos construir y de la transición en la que estoy inmerso desde hace años. Quería ponerme a mi mismo como ejemplo para no esconderme en planteamientos abstractos. Quería mostrar con cierto detalle mi propia transición, sus dificultades y sus alegrías. *Camino se hace al andar* recoge explícitamente algunos momentos importantes de mi vida. Están ahí por varias razones. La primera es servir de ilustración a muchas de las cosas que cuento. La segunda es más personal. Tiene que ver con el hecho de que siempre he querido saber, como lector, quién es la persona que escribe los libros, quién se esconde detrás de tanta palabra e ideas. Saberlo me ha ayudado a comprender lo escrito. He supuesto que tal vez otras personas también querrían saber quién es el autor de estas líneas y que eso podría ayudarles a comprender el texto.

Mi punto de partida es el individuo que somos. A él va dedicada toda la primera parte de este libro. Si queremos construir una comunidad de futuro, una comunidad sostenible, no debemos ignorar el individuo que llevamos dentro. Debemos aprender a reconocerlo, cuáles son sus características, cómo hemos llegado a ser lo que somos, qué podemos conservar y de qué nos debemos deshacer. El

individuo moderno liberal es la conclusión de un proceso histórico determinado que bien podría haber sido de otra manera. Para crear una comunidad sostenible necesitamos ir más lejos del individuo liberal y encontrar, descubrir o crear un “individuo participante”.

Mi punto de llegada es la comunidad sostenible, una comunidad de individuos participantes, diversa, que se establece en diferentes niveles —intencional, local, biorregional, global—, ecológica, económica, social y culturalmente sostenible, y que encuentra en el “amor” su principal aglutinante. A ella está dedicada toda la segunda parte de este libro. La comunidad primitiva presenta un gran atractivo para mucha gente, que ve en su simplicidad y en su veneración por la naturaleza un modelo para la situación actual. Yo defiendo aquí otra idea. Para mí la comunidad primitiva no es más que un estadio en la evolución del ser humano, de la misma manera que la niñez es una etapa de la vida con gran influencia en nuestro ser adulto. Es conveniente dar espacio al niño que llevamos dentro, pero eso no quiere decir que debemos volver a ser niños. Con la comunidad primitiva ocurre lo mismo. Tenemos mucho que aprender de ella, pero como individuos que somos no podemos volver a ella. Otro tipo de comunidad nos espera y, desde mi punto de vista, el modelo propuesto por las ecoaldeas es lo mejor que tenemos en estos momentos.

En la tercera y última parte de este libro se explica cómo iniciar y avanzar en la transición desde una forma de vida individualista e insostenible hacia otra forma de vida basada en la comunidad. La búsqueda de la felicidad es, en mi opinión, el principal motor para el cambio individual. El problema es que la felicidad es un concepto huidizo, que al final termina por identificarse con la satisfacción de determinados deseos o con el bienestar material. Aprender a reconocer la felicidad en todo lo que hacemos es un primer paso en nuestro proceso de transición, al que siguen otros como simplificar nuestra forma de vida, satisfacer nuestras necesidades básicas de una manera creativa y sostenible, aprender a desapegarnos de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y deseos y, en última instancia reconocer el élder que llevamos dentro y que, con su infinita compasión, cuida del espacio de participación que constituye la base de toda comunidad.

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de muchas personas, de muchos amigos y amigas que han estado ahí dándome la fuerza necesaria para seguir adelante, que se han leído el manuscrito original y me han ayudado a corregir muchos errores, además de sugerir nuevas ideas y puntos de reflexión. Tampoco hubiera sido posible sin todas las personas que han pasado por mi vida y me han ayudado a ser quien soy, en el dolor y en la dicha, todas son ahora mis maestras. A todas estas personas quisiera mostrar aquí mi agradecimiento.

Artosilla, 25 de septiembre de 2007

I. El individuo

1. El individuo que yo soy

Camino se hace al andar 1

Concibo mi vida como un juego de exploración de lo inmediato en el que descubriendo mi entorno, me descubro a mi mismo. A veces quiero pensar que soy yo quien elige los caminos, quien decide qué vereda seguir, dónde detenerse para una pausa, qué hacer, con quién hablar. Otras veces siento que es la vida misma quien marca mi destino, guía mis pasos, me arrastra en su imparable danza. Con los años, la vida y yo nos hemos hecho amigos y cómplices. Mis deseos se ajustan a lo que la vida me ofrece, y ella me ofrece todo lo que deseo. Cuanto más conozco la vida, más vivo me siento, más disfruto con todo lo que hago y no hago.

Mi infancia en el paraíso

Mis recuerdos de la infancia no son muy distintos de esta idílica visión. Sin duda acontecieron muchas cosas buenas y malas, pero si algo tengo claro de aquel tiempo es que fui feliz. Nací en el año 1962, en plena dictadura franquista, en un país que empezaba a despegar económicamente tras los duros años que siguieron a la Guerra Civil. Todavía era frecuente entonces oír hablar de gente que había emigrado a Alemania a trabajar, pero ya muchos empezaban a volver. Yo vivía en las afueras de Zaragoza, en una “torre”, una casa de campo a apenas dos kilómetros de la ciudad. Aunque económicamente andábamos apurados, lo cierto es que no nos faltaba nada importante. Lo mejor para mí era que podía correr libremente por los campos, con los amigos, sin peligro. Tengo que agradecer muchas cosas a mis padres, por haberme cuidado, haberse esforzado para que yo pudiera estudiar e ir a la universidad, pero sobre todo por habernos dado la libertad, a mí y a mis hermanos, para disponer de nuestro tiempo fuera de la escuela como queríamos. Teníamos que trabajar también, un poco, para ayudar a la economía familiar, pero después éramos libres, desde muy críos, siempre fuera de casa, siempre de acá para allá por los campos y montes cercanos.

Así fue que conocí la naturaleza, como el más maravilloso lugar de juegos, como el entorno más querido, más acogedor, como un permanente disfrute, una interminable alegría, como mi verdadera casa. La naturaleza estaba tanto en los montes de aliagas, donde se escondían lagartijas y serpientes, como en los campos cultivados de alfalfa y maíz, o en los huertos de hortalizas y fresas; estaba tanto en los grandes pinos y cipreses, como en cerezos, manzanos e higueras; tanto en las cuevas donde se escondía el zorro, como en el corral de las gallinas y conejos. Para mí todo era naturaleza, todo era vida, un amplio espacio donde todos los seres cabíamos. Esta imagen de la naturaleza, como un espacio de provisión y regocijo, armonioso, que cuidamos y que nos cuida, nunca me ha abandonado. Siempre está ahí, y aunque con los años, otras imágenes más elaboradas se hayan superpuesto a esta primera imagen infantil, su fuerza sigue estando presente.

Mi infancia fue lo más parecido al paraíso que he conocido. Y como Adán, en algún momento fui expulsado violentamente. Si no fuera por todo lo que aprendí después, casi me atrevería a decir que mi vida ha sido básicamente una búsqueda incesante de esa condición primera. Ahora sé que no se puede buscar la inocencia cuando se ha dejado de ser inocente y que la felicidad de un niño es algo que sólo se alcanza siendo niño, y que después nunca será lo mismo. Pero yo siempre he querido ser feliz, y aunque para algunos suene como una pretensión excesiva, ese ha sido mi principal impulso vital. Tan simple como ser feliz. Tan difícil como eso. Me atrevería a decir, con mucha cautela, que ahora soy feliz, que disfruto con la vida y que ésta me sonríe. Posiblemente no es la misma felicidad de aquel niño inocente que corretea en mis recuerdos, pero no importa, yo me siento feliz. Sé que cuando un adulto dice ser feliz, esto requiere dar explicaciones y hacer muchas matizaciones. Llegarán más tarde. De momento, quiero que sepas que soy feliz, quiero compartir contigo mi felicidad.

Empezar a los 17

No me es posible precisar ninguna fecha para mi expulsión del paraíso. En realidad no la hay. Fue más bien un proceso. Poco a poco dejé de ser niño y fui creciendo y adaptándome al mundo de los mayores. Empecé a comer del fruto del árbol prohibido y me gustó. A los 17 años, por simbolizar una fecha, pasaron muchas cosas importantes en mi vida. Me enamoré por primera vez, conocí las grandes montañas de mi región, los Pirineos, empecé a escuchar música de Bob Dylan, Lluís Llach, Silvio Rodríguez, Víctor Jara y otros cantautores; me apasioné por el Surrealismo, los textos de André Breton, Louis Aragon, el conde de Lautréamont y su increíble *Les chants de Maldoror*; milité por un tiempo en el Partido Socialista de los Trabajadores, implicándome en el movimiento estudiantil de aquella época; comencé a recorrer los bares alternativos de Zaragoza, especialmente uno que se llamaba Bohemios, donde fumé mis primeros porros... Se despertó en mí una gran curiosidad por conocer, me apasionaban tanto las ciencias como las letras, leía mucho y disfrutaba con todo.

Sin embargo, con 17 años fui también por primera vez consciente de que me estaba alejando definitivamente del niño que había sido y que, con lo que entonces sabía, ese alejamiento era inevitable. Me acuerdo de llorar amargamente al escuchar las canciones de Víctor Jara. Sentía rabia por toda la injusticia descrita en sus letras, sentía odio por quienes en el mundo hacían tanto mal. Con 17 años el idílico mundo de mi infancia ya no se tenía en pie. Había descubierto la desigualdad y la injusticia social y entonces llegué a pensar, y de alguna manera creer, que no podría ser completamente feliz mientras hubiera una sola persona infeliz en la Tierra. Bien, con el tiempo he aprendido a ser feliz en un mundo donde siguen reinando la injusticia y la miseria, donde tantos niños, tan inocentes como lo fui yo, mueren de hambre todos los días. Pero eso no quiere decir que me haya despreocupado del asunto. Sigue bien presente en mi vida. Es verdad que desde la perspectiva del ahora, aquel arrebató inicial de los 17 años por una militancia estricta en un partido que defendía la lucha de clases y la revolución comunista suena un poco ingenuo, pero desde luego no es algo de lo que haya de arrepentirme. Aunque de otra manera, la esencia de la propuesta contenida en este libro es igualmente construir un mundo donde quepan por igual todos los seres humanos; más aún, todos los seres vivos.

Las reglas que nos van haciendo

Con 17 años se produjo un cambio en mi vida cuya huella llega hasta la actualidad. Lo curioso es que no tengo ningún recuerdo de cuando empezó este cambio, de cómo empecé a interesarme por estos temas. Si repaso mi vida a los 15 años, sólo me llegan imágenes de un chico de la calle, que le gustaba jugar al fútbol con sus amigos. Dos años más tarde, la mayoría de estos amigos ya no formaban parte de mi vida. Ellos habían iniciado otro camino, diferente del mío. Siempre me he preguntado por qué, de entre todos mis amigos de los 15 años, sólo yo sentí esa preocupación por los temas sociales, ese gusto por la música de autor, por la literatura subversiva. Me resulta imposible encontrar una respuesta completa para esta pregunta. Sin embargo, hace unos años, en un taller de Trabajo de Procesos con Andrew Murray, tuve que revisar cuáles eran las reglas más importantes que sustentaban mi vida. Descubrí que una de ellas era que para estar bien necesitaba que la gente a mi alrededor estuviera bien. El conflicto, la injusticia me impedían alcanzar una verdadera felicidad. Descubrí que esta regla estaba anclada fuertemente en mí desde la infancia, por dos posibles razones.

La primera tiene que ver con mis padres. Ahora no me cuesta reconocer que todo lo que ellos hicieron era por mi bien, pero eso no quiere decir que, como niño, yo no me sintiera muchas veces víctima de unas decisiones que no comprendía. Ellos habían sido educados a la antigua, en el temor más que respeto por sus padres, y aplicaban la misma receta conmigo y mis hermanos. Fue duro muchas veces, pero el hecho de sentirme injusta víctima de una situación me hizo, más adelante, solidarizarme con todas aquellas víctimas que el mundo me mostraba a través de la canción de autor, de la literatura y de mis propias actividades de lucha social. Mi mundo ideal no soportaba la injusticia porque yo era víctima con todas las víctimas de la injusticia social. Por otra parte, yo vivía en un entorno

apartado, con unos pocos amigos cerca con los que jugar. No podía elegir mis amigos, no había otros. Teníamos que llevarnos bien, quisiéramos o no. Y si nos peleábamos estábamos obligados a reconciliarnos para poder jugar otro día. En mi vida el conflicto no podía significar separación, alejamiento u odio. No podía separarme de mis padres aunque algunas veces no me gustara su forma de tratarme, no podía alejarme de mis amigos aunque me enfadara con ellos porque no había otros niños alrededor. Tenía que superar mi sentimiento de rabia y seguir adelante. Es posible que haya otras razones, pues mis hermanos pasaron prácticamente por las mismas circunstancias y sin embargo, no tengo constancia de que se rijan por la misma regla. En mi caso, estoy seguro de que ambas circunstancias fueron importantes. Mi imaginación empezó a desarrollar un mundo en el que las voces marginadas se alzaban con fuerza contra el poder que las oprimía, un mundo en el que había espacio para lo mágico, para la palabra rebelde y oculta; un mundo en el que mi corazón de niño víctima latía con fuerza y se identificaba con quienes rompían los moldes establecidos.

Rompiendo amarras

Con 17 años empecé un cambio en mi vida del que, en aquel entonces, no era consciente. Todavía a esa edad, viviendo con mis padres y mis hermanos, sentía que la vida llevaba una ruta en la que yo no podía intervenir. Quince años más tarde, y tras haber estado trabajando durante casi 9 años como profesor de matemáticas en la Universidad de Zaragoza, abandoné mi cómodo puesto de profesor universitario y con algunos ahorros me fui a vivir a París, iniciando así una segunda transición en mi vida, que esta vez sí, fue conscientemente decidida. Al menos, el deseo de cambiar estaba ahí, la necesidad de hacer algo diferente que me reconectara con la vida tras el creciente aburrimiento en que se iba convirtiendo mi estancia en la universidad. Era consciente de la necesidad de un cambio, pero no tenía ni idea qué dirección tomar. Decidí que quería estudiar filosofía y que estaría bien hacerlo en una ciudad grande y en alguno de los países que más han destacado en este campo. Reacio a la filosofía analítica, predominante en los países anglosajones, me quedaban dos opciones, Francia y Alemania, París y Berlín. Tras una corta estancia de tres meses en Alemania, en la primavera de 1993, decidí que el carácter alemán no iba conmigo. Así que me presenté en París, en septiembre de 1994, en casa de un amigo chileno, y sin apenas hablar una palabra de francés me fui a la universidad a mi primera clase de filosofía.

Mi época parisina, que duró tres años, tuvo sin duda una gran trascendencia en mi vida. París es una ciudad encantadora, con rincones muy hermosos, multitud de estudios de artistas, bares y restaurantes alternativos... Es también un centro de primer orden para la filosofía y el pensamiento. Tuve la ocasión de leer muchos autores franceses contemporáneos, de asistir a algunas de sus clases, de empaparme de su saber. Especialmente importante para mí fue descubrir a Deleuze. Creo sinceramente que gran parte de lo que pienso ahora mismo se lo debo a este gran filósofo. Él me ha proporcionado las herramientas y formas necesarias para mi visión actual del mundo. Después de leer a Deleuze no he encontrado nada mejor.

Pero París no era el final de mi transición, aunque por supuesto yo no lo sabía cuando estaba allí. Por un tiempo abracé la posibilidad de convertirme en filósofo. Tenía algunas cualidades. Era hábil estableciendo relaciones y generando ideas, pero tenía, y tengo, una pésima memoria, que me impedía retener la mayor parte de lo que leía. Mis ideas tenían un magnífico aspecto en su forma general —eran ciertamente ideas muy vagas—, pero llegado el momento de concretar, de poner sobre la mesa toda la sustancia destilada de horas de lectura y diálogo imaginario con filósofos del pasado, apenas salía nada, un enorme vacío llenaba mi mente y sólo con mucho esfuerzo y releendo constantemente podía acabar mis trabajos. Ser filósofo profesional se me hacía demasiado duro. Y la vida parecía llevarme por otro lado.

En busca de la comunidad perdida

Volví de París, todavía pensando en escribir una tesis doctoral que relacionaba las matemáticas y la filosofía, la teoría de las catástrofes de René Thom y las ideas de Deleuze, pero aunque esta idea

todavía me persigue, de momento ha sido postergada. La vida me llamaba en otra dirección. Sentía que faltaba coherencia entre el mundo de mis pensamientos y mi vida cotidiana, diaria. No podía seguir pensando, soñando, ir más lejos en mi exploración del mundo metafísico, mientras llevaba una vida que descuidaba cosas básicas que habían sido tan importantes para mí: la gente, la naturaleza.

Después de París viví en Sevilla durante dos años. En este tiempo me sentí muy atraído por el movimiento de ocupación rural. Visité diversas comunidades y poco a poco comenzó a prender en mi interior la idea de la comunidad, seguramente algo que sin saberlo había perseguido toda mi vida. Todavía no conocía la palabra sostenibilidad, pero de alguna manera estaba claro que mi deseo era vivir en una comunidad sostenible. El cambio que había comenzado años antes, al dejar la universidad, me llevaba hacia una nueva forma de vida, una vida en comunidad, una vida más sostenible, en la que el cuidado de la gente y de la Tierra —dos de los principios éticos de la Permacultura— fueran los valores de referencia. Fue así que llegue a Artosilla, un pueblo abandonado del Prepirineo aragonés, en el que algunas personas llevaban años viviendo, reconstruyendo el pueblo, restaurando el lugar. Cuando llegué estaba convencido que ahí acababa mi camino, que allí podría empezar de nuevo una vida estable, lejos de los vaivenes de toda transición. Sin embargo, pronto descubrí que mi transición no había hecho más que empezar.

Cambiar para crecer, cambiar para vivir

Una llamada interna

A lo largo de mi vida se han producido en mí muchos cambios. De algunos he sido más o menos consciente, otros sólo los he reconocido varios años más tarde. Algunos han sido cambios externos: ha cambiado mi aspecto, he cambiado de lugar de residencia, de trabajo; he cambiado de pareja, ha cambiado la gente con la que me relaciono. Otros han sido cambios en mi ser: he cambiado mi forma de pensar, mis opiniones sobre algunas cosas, mis creencias; ha cambiado mi actitud hacia la gente y hacia la vida; han cambiado mis asunciones básicas, mis reglas internas, mis normas de comportamiento; ha cambiado mi comprensión del mundo.

A veces pienso que yo he iniciado algunos cambios, mientras que otros simplemente se han dado, inevitablemente. Mi experiencia de la vida me lleva a pensar que hay muchas cosas que no dependen de mí y que sin embargo me afectan, influyendo claramente en mis decisiones, determinando en parte mi camino a seguir. No tengo muy claro lo que pueda ser la voluntad individual, o que quiere decir “yo quiero”. Me cuesta reconocer un “yo” totalmente autónomo, capaz de expresar por sí mismo sus deseos. Mi Yo nunca ha sabido exactamente lo que quería, a la vez que pocas veces ha tenido dudas para hacer lo que ha hecho. Cuando decidí ir a París a estudiar filosofía, yo sabía que tenía que ir, pero no sabía por qué. Fue una decisión consciente, pero más que un “yo quiero ir”, fue un “yo tengo que ir”. Simplemente, no podía evitarlo. No se trata de anular mi voluntad y dejarme arrastrar por circunstancias externas sobre las que no tengo ningún poder. En realidad, no había nada externo que me obligara a ir París, no tenía ninguna necesidad concreta ni estaba huyendo de nada. Había más bien una llamada interna, una poderosa llamada surgiendo desde dentro, atravesando mi ser, e impeliéndome a seguir su voz. Una llamada que me tiraba con fuerza y que en el mismo acto de seguirla me daba fuerza, me daba vida, me sentía vivo.

Aprender del dolor

Otras veces el cambio me ha llegado como una bofetada, como consecuencia del dolor, de los golpes recibidos en ese proceso de exploración que es la vida, del desengaño del amor, de la pérdida de la confianza depositada en gentes con las que había construido sueños comunes... Sé que yo he hecho daño a algunas personas y sé que otras personas me han hecho daño. Lo siento de verás por las primeras y agradezco a las segundas por haberme permitido aprender tanto. No bromeo ni pretendo ser cínico. ¿Cómo podría haberme adentrado, explorado y conocido partes de mi mismo que me estaban

vedadas, de no ser por la inestimable ayuda de quienes me empujaron a saltar al abismo, un abismo cuya existencia conocía, pero que no me atrevía a indagar? Sólo tengo reconocimiento para todas las personas que, consciente o inconscientemente, me han ayudado a romper algunas de las barreras más difíciles que limitaban mi ser. Sin su ayuda, mi comprensión del mundo sería limitada y muchas de las cosas que ahora me hacen ser feliz serían completamente desconocidas para mí.

No siempre me ha sido pues fácil cambiar. Si en ocasiones el cambio ha sido el fruto de una llamada interna, en otras ha sido un doloroso proceso en el que una parte de mi ha mostrado una gran resistencia. Pero en ambos casos, al final el cambio ha sido positivo. Me ha permitido crecer, explorar los límites de mi identidad, aumentar mi conciencia, conocer mejor el sentido de la vida, vivir más intensamente. Por supuesto he pasado por momentos muy difíciles, momentos que me han hecho tambalearme en lo más profundo de mi ser; momentos de desgarró en los que sientes que alguien te arranca la piel cuando tú ofrecías simplemente tu desnudez; momentos en que el amor, al que te has aferrado como un elixir mágico para salvar tu vida, se esfuma de repente dejándote vacío en un cascarón de muerte que sólo conecta con los muertos; momentos de profunda tristeza al ver que algunos de tus más apreciados sueños se derrumban bajo el golpe despiadado de gentes que también te quieren. Pero también ha habido momentos bonitos como consecuencia de todos estos cambios. Especialmente reconfortante es descubrir que de repente, como un paso más en tu proceso de cambio, eres capaz de entrar en mágica sintonía con personas con las que antes tenías enormes dificultades de comunicación, pues ahora sí comprendes de qué te están hablando, ahora ya no captas sus palabras como simples conceptos extraños para ti, ahora son cauce de experiencias que compartes, conectando con esas partes de tu ser de las que ahora eres consciente y antes tenías vedadas.

Sinceramente pienso que todos los cambios que se han producido en mi vida me han ayudado a crecer, a ser más tolerante, más comprensivo, más capaz de acoger las diferentes voces aun contrarias a mis valores, ideas o creencias básicas. Sé que esto no es más que un pensamiento, mi propia percepción de las cosas, y que son los otros, personas que me han conocido al menos en un trecho de mi vida, quienes realmente pueden decir hasta qué punto es cierto. De entre todos ellos, me gustaría destacar aquí dos cambios que han sido importantes para mí y responsables en parte de mi deseo de escribir este libro. El primero tiene que ver con mi concepción del mundo, durante mucho tiempo cercana al materialismo y, recientemente más próxima a lo que yo llamo espiritualidad inmanente, de la que hablaré más adelante. El segundo cambio es algo que todavía vivo como proceso. Educado para ser un individuo en una sociedad individualista, me veo explorando el significado concreto que tiene para mi ser, para mi vida, el ser parte de una comunidad, el ser individuo *participante*.

Cambiar el mundo

En realidad, estos cambios no son únicamente cambios personales. Hasta ahora he hablado del cambio como un proceso personal en el que podemos intervenir activamente o sufrir pasivamente. Aunque es importante comprender el cambio desde el punto de vista del crecimiento personal, mi comprensión del mundo me lleva a pensar que todo cambio personal se inserta y adquiere sentido en un contexto mayor, que es el cambio social o colectivo. Todo cambio personal participa de alguna manera de un movimiento de cambio colectivo que lo sostiene, que nos da el impulso inicial cuando se nos atraviesa como deseo o llamada interna, que nos da la fuerza que necesitamos para seguir adelante a pesar de las dificultades y que crea nuevas referencias compartidas como destino final.

Soy consciente de que en este punto hay diferentes opiniones sobre cómo funcionan los cambios sociales. Sé que algunas personas prefieren pensar que el cambio social sólo puede ser consecuencia de los pequeños cambios que cada persona pueda hacer en su vida. Llevada esta idea al extremo, algunas personas creen sinceramente que no necesitan hacer nada por el cambio social externo, pues basta su propio cambio personal interno para que, cuando todo el mundo haya hecho lo mismo, el cambio externo acontezca de manera natural. Otras personas piensan, al contrario, que trabajar por el cambio social externo es mucho más urgente que atender a los cambios personales. Con igual sinceridad y dedicación, estas personas dedican parte de su tiempo y de sus vidas a tratar de reducir y eliminar las desigualdades económicas, la injusticia social o el negativo impacto de las actividades

humanas sobre la naturaleza. También llevada esta idea al extremo, algunas personas piensan, no con menor sinceridad, que sólo un cambio radical y revolucionario, que se apodere de las estructuras de poder existentes, puede evitar la actual situación de deterioro ambiental e injusticia social.

No es mi intención entrar a discutir ninguna de estas visiones sobre el cambio social. Seguramente todas aportan algo valioso, alimentan desde distintos ángulos el espíritu del cambio. Personalmente pienso que cambio individual y colectivo están ligados, de manera que cuando alguien se embarca seriamente en un proceso de cambio personal acaba activamente en un proceso de cambio colectivo y viceversa. Una persona que cree realmente en el cambio colectivo por el que lucha, no puede dejar de aplicarlo, para no ser incoherente, en su vida personal. Pero, ¿por qué es necesario cambiar? ¿por qué habría de ser necesario un cambio personal y social? Me es relativamente fácil responder por qué el cambio personal es necesario para mí. Porque quiero crecer y conocerme mejor, porque quiero estar en una situación y un lugar que me permita satisfacer mis necesidades básicas de la manera más simple y natural posible, porque quiero experimentar lo que significa vivir en comunidad, porque quiero estar a gusto conmigo mismo, porque quiero ser feliz... Cambio para crecer y vivir.

Un mundo para todos

Estoy seguro que algunas personas pensarán que no tienen nada que cambiar, que están bien como están, que ya tienen todo lo que necesitan y que son felices. Está bien, siempre que la respuesta sea sincera. Pero entonces entra en juego la segunda pregunta: ¿es posible estar bien mientras tanta gente en el mundo está mal, mientras nuestro entorno natural se degrada continuamente? ¿es posible estar bien cuando tenemos miedo de perder lo que tenemos, de ser lo que somos? Ya he dicho antes que he aprendido a ser feliz en un mundo de injusticia ambiental y social, pero eso no quiere decir que lo acepte o que me resigne a ello. No creo que se pueda estar bien si vivo con miedo, o si no hago nada para cambiar la situación. Por eso pienso que el cambio social es necesario, pienso que debemos cambiar nuestra forma de vida colectiva y buscar, explorar, proponer otras formas de vida que cuiden mejor de la gente y de la Tierra, que eliminen gran parte de nuestros miedos, que nos permitan ser colectivamente más felices.

Mi cambio personal me ha llevado a descubrir la comunidad como la mejor forma de vida para satisfacer mis necesidades, para facilitar mi crecimiento, para explorar con apoyo y cuidado mis límites y barreras. Pero además, la comunidad no es una propuesta individual, es una propuesta de cambio colectivo, una forma de vida que recoge gran parte del saber y experiencia que el ser humano desarrolló durante miles de años junto con gran parte del saber y experiencia que el ser humano ha desarrollado en los últimos años. No se trata en ningún caso de volver a las comunidades primitivas, se trata de descubrir y explorar una nueva forma de vida en comunidad que recoja lo que ya somos, individuos con un gran potencial, y nos permita desarrollar colectivamente ese potencial, crear las condiciones para que todos podamos dar lo mejor de nosotros mismos y alcanzar la plenitud. Y cuando digo todos, entiendo todos los seres humanos, entiendo todos los seres vivos, entiendo todos los espíritus de las cosas, del agua, de los ríos, de los bosques, de las montañas, de los cielos... que pueblan este maravilloso planeta llamado Tierra.

Dónde estamos, desde dónde partimos

El individuo que soy

Una de las ideas más poderosas en organizar el mundo tal cual lo vemos es la idea de individuo. Tan poderosa que, precisamente, la propuesta de este libro es que para iniciar un cambio social que nos permita enfrentarnos seriamente con la injusticia social y el deterioro ambiental, debemos abandonar algunos de los atributos propios del individuo actual y recrear con nuevos mimbres una vieja idea que cayó en desuso, la idea de la comunidad. La idea de individuo está tan metida en nuestra forma de ser que, por supuesto, ni siquiera somos conscientes de que es una idea, ni de lo que

significa, de cuáles son sus consecuencias. Llegamos a pensar que nuestro ser individual es la única manera de ser, de que sólo podemos ser el individuo que somos.

Para ser más concreto, hoy día damos por supuesto que yo con mi vida hago lo que quiero, que nadie debe pedirme cuentas de lo que hago con mi vida privada, que soy yo quien debo ponerme las pilas para conseguir un trabajo, para salir adelante, que nadie va a hacerlo por mí, que soy dueño de mis actos y único responsable por ellos, que yo decido lo que está bien y lo que está mal, que yo tengo unos derechos que no me los quita nadie, que soy libre para decir lo que quiera, para hacer lo que más me convenga, que yo elijo mi destino, elijo con quien me relaciono, yo soy yo, solamente yo, soy libre, autónomo. Esta descripción podrá parecer un poco caricaturesca, pero lo cierto es que con más o menos matices, es lo que cada uno de nosotros, hijos de Occidente, afirmaríamos sin muchos problemas, en caso de que alguna vez nos lo planteáramos.

Para nosotros, ser individuos es todo lo que podemos ser. Nos podrá gustar más o menos, pero estamos convencidos de que no podemos ser de otra manera. Algunas cosas nos gustan más, como la sensación de libertad, de poder hacer con nuestra vida lo que queramos, poder expresar nuestra creatividad individual y ser reconocidos por ello, poder emprender negocios y conseguir fama y dinero, poder juntarnos con quien queramos y elegir nuestras amistades en el medio social de nuestra preferencia. Otras cosas nos gustan menos, como ver que cada uno va a lo suyo y se olvida de nosotros cuando estamos en dificultades, o cuando nos sentimos solos porque nadie se acuerda de que existimos, porque nadie se fija en nosotros, porque nos sentimos abandonados; o cuando nos sentimos impotentes al comprobar que otros, mejor organizados, se apoderan de nuestros pequeños negocios, de nuestro trabajo, de nuestra tierra y nos dejan sin los recursos necesarios para sobrevivir.

Son todas estas cosas las que nos permiten describir la sociedad en la que vivimos como una sociedad individualista, una sociedad hecha por y para individuos. No se trata de negar lo que somos, lo que tenemos o lo que pensamos de nosotros mismos. Llegar a ser individuos con unos derechos reconocidos ha sido sin duda un gran paso de nuestra civilización, que estoy convencido otras civilizaciones o culturas darán en un futuro próximo. ¿Podemos dar un paso más? ¿Podemos redescubrir la comunidad que formamos todos los seres humanos y todos los seres vivos, sin renunciar a lo mejor de nuestra esencia individual?

Me considero incapaz de responder rotundamente a esta última pregunta, aunque ése es también uno de los objetivos de este libro y alguna propuesta haré. Vivo mi ser en comunidad como un experimento que apenas está en sus primeras fases, o como la exploración de un mundo que todavía está por cartografiar. Creo apreciar un deseo creciente de más comunidad en mucha gente, pero no creo que nadie sepa en qué consiste exactamente vivir en comunidad, o cómo ha de ser la comunidad del futuro. El modelo de las ecoaldeas, que presento aquí como una alternativa, ha de tomarse como un modelo experimental, cuyos límites se están redefiniendo continuamente según aumenta nuestra experiencia en esta forma de vida.

Otras formas de ser son posibles

El individuo moderno, lo que yo soy, lo que somos todos los hijos de Occidente, no es la única forma de ser humano. En la Tierra quedan todavía bastantes pueblos que no responden a la lógica individualista de nuestra sociedad. Se trata probablemente de seres humanos en extinción, dado el carácter invasor de nuestra cultura, pero no por ello son menos humanos que nosotros. En realidad, tienen mucho que enseñarnos, seguramente más que lo que nosotros podamos enseñarles a ellos. Podemos y debemos aprender de ellos, de los indios del desierto norteamericano, de las tribus amazónicas, de los bosquimanos sudafricanos, de los aborígenes australianos... En sus cientos de años de historia colectiva han sabido mostrar un mayor respeto por la Tierra y por su propia gente que el que tenemos en nuestra sociedad occidental. ¿No merece la pena pararse a observar qué están haciendo bien? ¿Por qué no los escuchamos con más atención, en lugar de ignorarlos o marginarlos a reservas cada vez más inhabitables?

El individuo moderno tampoco surgió hecho en los inicios de la historia de Occidente. Se ha ido formando poco a poco a lo largo de los siglos, hasta llegar a ser lo que es actualmente. Mi intención es

explorar el proceso de formación del individuo moderno como una condición necesaria para entender cuáles son sus principales atributos, qué podemos mantener y qué deberíamos cambiar para crear comunidades sostenibles en el futuro. Ahora veo con claridad que, en mi transición personal hacia una forma de vida más sostenible, mi punto de partida es el individuo que se fue creando poco después de mi expulsión del paraíso. Mi vida de niño fue una vida en comunidad, una pequeña comunidad local de las afueras de Zaragoza, algo normal en una época en la que todavía no se había instalado en muchos pueblos y lugares de la geografía española la mentalidad economicista e individualista que ahora lo impregna todo. Después aprendí a ser el individuo que soy y disfruté con todo lo bueno que tiene, pero pronto sentí también sus consecuencias negativas, especialmente la fragmentación y la soledad. Desde entonces he buscado un tanto a ciegas hasta reencontrar la comunidad. Desde la comunidad perdida, pasando por la formación del individuo hasta la comunidad del futuro, esas son las etapas de mi vida, y también las etapas de este libro.

2. El proceso de formación del individuo moderno

El individuo moderno como idea

Nacidos para ser individuos

Para muchas personas el ser humano es un ser libre, autónomo, capaz de decidir por sí mismo lo que está bien y lo que está mal. Esta imagen del ser humano está tan arraigada en nuestra visión del mundo, que llegamos a pensar que es así por naturaleza. En un momento dado llegamos a decir que ésta es la verdadera esencia del ser humano. ¿Cómo podríamos pensar de otra manera? Nuestra forma de vida, la que responde al modelo de una sociedad democrática, con una economía capitalista, y con valores propios de la cultura occidental, está tan extendida en el planeta, que nuestras posibilidades de encontrarnos con personas que tengan una visión del ser humano diferente a la nuestra son muy reducidas. Y cuando ese encuentro ocurre, por ejemplo cuando visitamos lugares donde todavía habitan pueblos indígenas, en ningún momento nos planteamos un verdadero diálogo con estas personas —sé que algunas personas sí lo hacen, perdonadme esta pequeña generalización—, en ningún momento las consideramos iguales, ni pensamos que podamos aprender nada de ellas, no son más que un punto de exotismo más. Sé por experiencia que incluso personas muy conscientes tratan a los indígenas con cierta condescendencia, con un sutil sentimiento de superioridad del que ni siquiera se dan cuenta. Vivimos tan encerrados en nuestro propio ser, que en ningún momento se nos pasa por la cabeza que se pueda ser de otra manera.

Durante gran parte de mi vida, yo mismo he participado de estas creencias, he respondido perfectamente al compromiso que establecí con mi ser individual. Aprendí a ser un individuo en una sociedad de individuos y por años pensé que sólo se podía vivir de esa manera. Con todo, y supongo que a otras personas les habrá ocurrido lo mismo, en mi caso nunca me he sentido cómodo con la manera en que los occidentales hemos organizado nuestras vidas. Nunca he entendido por qué hay que trabajar tanto, por qué tener cosas que no necesito, por qué he de vivir solo, por qué es importante esforzarse para llegar lejos... Siempre me he preguntado por qué no podemos jugar más, por qué no podemos compartir lo que tenemos, por qué no podemos vivir juntos, pasar más tiempo juntos. A lo que con el tiempo añadí otras preguntas como por qué hemos de aceptar que los ríos estén contaminados, por qué hemos de entregar las ciudades a los coches, por qué hemos de comer alimentos que nos hacen daño, etc.

Claro que nunca antes hice estas preguntas de manera tan explícita, pero sí que tengo recuerdos de que cualquier sugerencia en esta dirección era más o menos abiertamente contestada con un simple ¡las cosas son como son! Durante mucho tiempo no supe a qué se debía tanta insatisfacción, más aún cuando aparentemente todo me iba bien en mi vida personal. Sólo ahora intuyo que tenía que ver con la aceptación pasiva de una forma de vida individual que en el fondo no quería, sólo ahora pienso que estaba buscando la comunidad sin darme cuenta, estaba ansioso por encontrar una conexión profunda con el mundo y sus gentes, y recuperar cosas básicas en mi vida, el juego, vivir el tiempo sin tiempo, la cercanía de la gente que te apoya y te quiere, los huertos, los campos de cultivo, los montes y los bosques por los que pasear y perderse, mi paraíso perdido...

En busca de la esencia

Yo nunca he entendido muy bien qué es eso de la esencia de las cosas. Y menos después de estudiar filosofía, que no hizo más que aumentar mi confusión. Algunas personas con las que hablo dicen que todos llevamos dentro la esencia de lo que somos, y que para descubrirla basta saber mirarse a sí mismo. Aparentemente se trata de despojarse de todo aquello que se considera superficial, desde los comportamientos habituales hasta los más profundos instintos, para que surja entonces

¿qué? Si nos despojamos, como seres humanos, de todo aquello que es circunstancial, ¿qué queda? Supongamos que dejo de lado mis recuerdos, pues aunque son míos, son circunstanciales; que dejo de lado mis pensamientos, que la mayoría no son míos, sino culturalmente importados; que prescindo de mis deseos, ya de por sí reducidos con la edad; que ignoro mis miedos y otras voces de esas que habitan en las profundidades de mi inconsciente ¿qué me queda entonces? A mi sólo me surge una enorme negritud. ¿Quién puede decirme lo que soy más allá de una simple descripción biológica, vertebrado mamífero homínido? Pregunta: ¿Y si no fuéramos nada en sí mismos? ¿Y si fuéramos seres en relación, seres que se determinan en la relación que establecen con otros seres y con las cosas? ¿Y si la única manera de comprender lo que somos fuera observando cómo nos relacionamos, cómo participamos en estructuras de pensamiento colectivas, en campos afectivos que atraviesan y desbordan nuestro ser? Tal vez descubriríamos entonces que lo único que nos queda cuando nos despojamos de lo superficial es la promesa de una relación, algo que muchos llamarán amor.

Entiéndeme cuando digo que sólo veo negritud en el descubrimiento de lo más profundo de mi mismo. Es una manera de hablar, de nombrar lo desconocido. Los filósofos se aproximan al tema a su manera y andan preocupados por encontrar algo sustancial en la esencia del ser humano, sea la conciencia, la razón o la noesis. Los psicólogos por su parte, y dependiendo de la escuela, buscan desde sólidas estructuras cognitivas hasta un núcleo duro de vivencias compartidas por la especie. Los espirituales buscan aquello que en nosotros nos conecta con lo divino, el alma, la energía cósmica o el amor. A mi me parece linda toda esta búsqueda de la esencia del ser humano, pero no acabo de entender por qué esa esencia habría de ser algo diferente a lo que soy en cada momento, es decir millones de vivencias relacionales, entre mis propias células, entre partes de mi cuerpo, entre mi cuerpo y el medio que lo acoge, con otros cuerpos, otras personas, otros seres. Si me quitan eso, tengo la sensación de que no soy nada.

Durante años el ser humano ha buscado cuál era la esencia de las cosas materiales. Más allá de la forma que cada cosa particular adquiere, parecía existir una materia, una sustancia que llena la forma de cada objeto particular. Pronto se descubrió que esa materia estaba formada por pequeñas partículas indivisibles llamadas átomos, algo así como las unidades últimas de materia. Toda la materia del universo estaba hecha de átomos. Pero éstos se revelaron igualmente divisibles y aparecieron los protones, los electrones y muchas más partículas subatómicas. Que a su vez están formadas por algo que se llama “quarks”. Si alguien piensa que con el descubrimiento de los quarks hemos llegado a dar con la unidad material mínima anda equivocado. Las teorías físicas más recientes sugieren que, más allá de los quarks, la materia es... orden, relaciones, interconexión. La materia no es la última realidad, sólo es un epifenómeno, un subproducto de algo más profundo que sólo se puede describir como interrelación. Me pregunto: ¿no ocurrirá lo mismo con nuestra supuesta esencia? ¿no será que escarbando, escarbando, nuestra sustancia última se nos escapa de las manos en forma de pura relación? ¿no será que la idea de esencia está demasiado ligada a la idea de identidad, que de por sí implica separación, alejamiento, fronteras, cuando lo que queremos es precisamente romper las barreras que nos separan y encontrarnos en un espacio no separable, un espacio diferencial de relaciones entre las series infinitas de pequeños incidentes y vivencias, que somos cada uno de nosotros?

¿Es el ser humano libre o egoísta?

Por eso, porque cuando sigo el camino de mi introspección personal sólo me encuentro con un terreno resbaladizo y oscuro, me resulta extremadamente difícil de entender que alguien pueda afirmar, por ejemplo, que el ser humano es fundamentalmente egoísta, que sólo busca su propia conservación y la de su prole, y que la consecuencia natural de todo esto es la competición, la desconfianza y el estado de guerra de todos contra todos —*Hobbes dixit*—. Y para confirmar esta opinión, añaden algunos, basta observar cómo se comportan los seres humanos cuando se les deja abandonados a su suerte. Al oír algo así, a mi sólo me sale preguntar de qué seres humanos estamos hablando, ¿no será que esos comportamientos tan agresivos que parecen salir en situaciones de crisis responden más bien a una muy concreta forma de conducta adquirida, sólo posible en el ser humano criado, educado, socializado

en el mundo occidental? ¿Alguien ha visto cómo se comportan los seres humanos de tribus indígenas en tiempos de crisis? ¿Se lanzan a competir todos contra todos? En mi opinión, el egoísmo no es una característica esencial del ser humano, en todo caso forma parte del acervo cultural del ser humano occidental, especialmente de aquellas subculturas en las que más se ha insistido en la práctica del individualismo.

Tampoco entiendo qué quiere decir que el ser humano es libre, que nace libre, o que la libertad es una característica esencial del ser humano. Tengo ya dificultades para entender qué puede significar la libertad como idea o concepto, mucho más como atributo del ser humano. Desde luego yo no nací libre. Parecerá una perogrullada, pero yo nací de mi padre y de mi madre, en una familia muy concreta, en un lugar muy concreto y en un tiempo histórico muy concreto. Jamás en mi infancia me cuestioné mi situación, simplemente la viví, como todos los niños del mundo viven sus infancias donde quiera que sea y en las condiciones que sean. No se te pasa por la cabeza que las cosas puedan ser de otra manera. Esa idea viene después y sólo para algunas personas. Es un concepto realmente extraño, la libertad. Me pregunto si existirá en todos los pueblos. Mi impresión es que se trata de un concepto gestado en una civilización que presenta un terrible currículo de abusos y agresiones, que ha esclavizado a pueblos enteros, torturado y encarcelado a millones de personas. No podemos escapar a nuestro destino, así que no tiene sentido hablar de liberarnos de él, pero sin duda podemos escapar del yugo de quienes nos oprimen, y entonces sí tiene sentido decir que somos libres. Pero insisto, ¿hablaríamos de libertad si viviéramos en una cultura en la que nadie nos subyugara, en la que no hubiera opresores y oprimidos, en la que todos fuéramos libres?

Algunas personas dan por supuesto que en las sociedades democráticas modernas todos somos libres en el sentido anterior. En su visión no hay opresión ni nada de lo que tengamos que liberarnos. Utilizan entonces la palabra libertad para referirse al hecho de poder elegir su camino en la vida, poder ser libremente lo que quieren ser, poder emprender libremente cualquier actividad económica, poder elegir libremente el trabajo que más les gusta, e incluso para algunos la libertad es hacer lo que les da la gana. Yo no dudo que la libertad así entendida sea una característica esencial del individuo moderno, pero sí dudo seriamente que sea una característica esencial del ser humano. Esta idea de libertad tiene sentido en una sociedad atomizada en la que el individuo aparece como valor de referencia absoluto, separado de los otros individuos e independiente de las posibles relaciones que se puedan establecer entre ellos, pero en una sociedad basada en la idea de comunidad, en la que las interrelaciones individuales son tan importantes como los propios individuos, surge una idea muy distinta de libertad que no es comparable con la anterior. Más adelante mostraré cuáles son, a mi juicio, las consecuencias de aceptar alegremente esa idea de libertad individual, del tipo “hago lo que quiero”. Preocupantes, por cierto.

El peligro de buscar la esencia

Pretender que el ser humano tiene una esencia determinada puede ser, por otra parte, peligroso. En el momento en que dicha esencia incluye rasgos que no todos los seres humanos comparten —color de la piel, preferencias sexuales, creencias religiosas...—, hablar de esencia sólo ha servido para marginar y, en el peor de los casos, exterminar, a aquellos seres humanos que no se adaptaban a la esencia definida por otros. Hoy todo el mundo acepta que el nazismo fue una aberración, un borrón inmenso en el pedigrí del ser humano. Pero el nazismo sólo hizo definir la esencia humana a partir de la raza aria, como durante siglos hizo la religión católica, quien definió el ser humano como un ser con alma católica, condenando a la hoguera a quienes osaron negar esta verdad esencial.

Sin necesidad de ir tan lejos, esta idea de que existe una manera natural de ser, de comportarse o hacer las cosas está presente en muchos de nosotros, siendo también la causa de conflictos y situaciones difíciles en nuestras relaciones personales o grupales. En todo grupo (de convivencia, trabajo o interés) existe una tendencia a pensar que hay una forma de ser o actuar, normalmente compartida por la mayoría, que es natural. Cuando alguien osa comportarse de una manera diferente, por desafío o por error, la reacción de la mayoría puede ser tan represiva como lo fue la Inquisición. No será tal vez una represión física, pero a las personas se las puede quemar en la hoguera de muchas

maneras, y las consecuencias para quien sufre continuados abusos psicológicos pueden ser igual de devastadoras que si le hubieran pegado fuego de verdad.

He de reconocer que tengo verdadero pánico de aquellas personas que, de pronto, al mirarse a sí mismas, encuentran una verdad, del tipo que sea. No sólo porque veo difícil dialogar, convivir, con quien dispone de una verdad absoluta que yo no comparto, sino porque pienso qué sería de mí, si me encontrara con una de estas personas en un contexto o situación histórica en el que esta persona tuviera todo el poder, teniéndome a mí en el lado de esas minorías irresponsables y perturbadoras. Me veo quemado en la hoguera.

La “esencia” del individuo moderno

Volviendo al tema, el ser humano occidental ha desarrollado una poderosa visión de sí mismo que, por considerarla natural, pretende exportar a todo el mundo. Esta visión nos habla de un “individuo” independiente, autónomo, portador de sus propios valores y de su propia moral, con unos derechos inalienables y con una capacidad absoluta para decidir lo que le es más conveniente en cada momento. Un ser absolutamente libre para elegir, para manifestar sus preferencias, para asociarse o no con otros seres iguales a él, para intercambiar con otros y procurarse los medios para su subsistencia. Un ser apenas determinado por la sociedad a la que pertenece y sin obligaciones especiales en relación con el bien común, ya que éste es el resultado inesperado de sus acciones egoístas. Mientras el ser humano se dedica a buscar su propio beneficio, una mano invisible crea riqueza y bienestar social, esto al menos es lo que afirman los portadores de esta visión. Esta imagen es actualmente mayoritaria en nuestra sociedad, defendida por los grandes partidos políticos de los países occidentales. Sin embargo, quiero ser muy claro con esto, no es una imagen universal ni eterna. No es la esencia del ser humano. Es una imagen que se ha ido creando a lo largo de la historia, consolidado en la teoría liberal del siglo XIX y hecha dominante por el neoliberalismo a finales del siglo XX. En todo caso, esta imagen es la esencia del individualismo neoliberal.

Analizar el proceso de creación del individuo moderno es una tarea necesaria para conocer sobre qué bases es posible reencontrar actualmente la idea de comunidad, cómo ha de ser el movimiento de transformación social, dónde debemos empezar a cambiar. Si la comunidad que viene ha de estar formada necesariamente por individuos, tenemos que saber quiénes son estos individuos, qué nos hace ser individuos, ser diferentes a las personas que poblaron la Tierra cientos, miles de años atrás, o que la pueblan ahora en culturas minoritarias y marginadas; cuáles son los aspectos positivos del individuo moderno que queremos mantener, y cuáles son más bien el producto de una idea, el neoliberalismo, que se viste de objetividad e inevitabilidad histórica, mientras sigue dañando el planeta y la vida de muchas personas que lo pueblan. Si queremos refundar la comunidad, hemos de saber quiénes somos, cómo hemos llegado a ser lo que somos.

La comunidad prehistórica

Huelga decir que yo no he tenido relación con los seres humanos que poblaron la Tierra hace miles de años, y lo cierto es que muy poca con quienes la pueblan actualmente en pequeñas comunidades alejadas de la influencia de la civilización occidental. Lo que viene a continuación es el fruto de otro tipo de vivencias, aquellas en las que uno pasa horas leyendo lo que otros han estudiado y escrito. Como resultado de esas lecturas he construido mi propia imagen de lo que podía ser la comunidad prehistórica, pero tengo claro que esta imagen está mediatizada por mis propios deseos, mi propia cosmovisión del mundo actual. Esta imagen ha sido construida a partir de la lectura de autores ciertamente reconocidos en su campo, pero sus estudios no tienen un valor objetivo, están sujetos a interpretación.

Revisar nuestra visión del pasado

No es fácil determinar la concepción que el ser humano tenía de sí mismo en las sociedades prehistóricas. Puesto que no queda material escrito, los antropólogos se las han de ver con los restos arqueológicos y con los estudios comparativos que se puedan hacer con culturas tradicionales existentes en la actualidad. Para algunos estudiosos, la característica principal de la sociedad tradicional es su holismo, es decir una preeminencia del todo sobre las partes, de la comunidad sobre el individuo, que se manifiesta en la existencia de estructuras (religiosas, políticas, sociales y económicas) que reflejan las indisociables interdependencias entre los miembros de la comunidad. Se trataría además de estructuras rígidas, estáticas, inmemoriales, continuamente reafirmadas por el mito o la ideología y transmitidas por la tradición oral. Estas estructuras dan seguridad al grupo y a cada uno de sus miembros, a la vez que ordenan su vida y la dotan de sentido.

Los estudios más recientes en Antropología nos obligan a ser cautos con tales afirmaciones. Y más si se utilizan con el único fin de mostrar la inferioridad de tales sociedades en comparación con nuestra sociedad moderna y vendernos de paso la idea de que el progreso es inseparable del bienestar de nuestra civilización. Es una ingenuidad pensar que las sociedades tradicionales estaban más atrasadas que la nuestra por el simple hecho de presentar formas de organización y de vida que en la nuestra consideramos inferiores. Esta actitud, que se ha dado en pensadores liberales y marxistas, revela simplemente el etnocentrismo propio de nuestra cultura.

¿Dónde está el progreso?

Es cierto, por ejemplo, que las creencias religiosas de una comunidad tradicional, recogidas en sus mitos, determinaban ciertos comportamientos que en forma de ritos jalonaban la vida de una persona. Pero que se sepa, nunca estas creencias fueron impuestas de una manera tan violenta como han podido hacer en algún momento las grandes religiones monoteístas (¿símbolo del progreso?) en territorios conquistados a los “infieles”. Es cierto también que el papel de mago, hechicero o chamán ha estado habitualmente reservado a personas, que aun gozando de cualidades propias, pertenecían sólo a determinados clanes. Pero no se tiene constancia de que, más allá de cierta capacidad de influencia, esta función tuviera un poder político real.

Similares consideraciones se pueden hacer con las estructuras sociales y políticas. Por ejemplo, en relación con el papel del hombre y de la mujer dentro de la comunidad, ¿quién se atrevería a hablar de progreso, cuando vivimos en una sociedad que apenas acaba de reconocer los derechos de la mujer y está todavía fuertemente impregnada de machismo? Aunque no se conocen ejemplos comprobados de una sociedad matriarcal, sí que existen y han existido muchas comunidades en las que las mujeres juegan un papel muy destacado, no de manera individual, sino como reflejo de estructuras sociales que así lo determinan. Y nosotros, que vivimos en una sociedad claramente patriarcal que apenas nos atrevemos a cuestionar, ¿qué progresos podemos mostrar en relación con esas sociedades tradicionales?

Tampoco nuestras estructuras políticas parecen suponer un gran avance en relación a las existentes en las comunidades primitivas. Aunque los defensores a ultranza del Estado se empeñan en negarlo, pocos antropólogos actuales se atreven a negar la existencia de sociedades tradicionales, no ya sin Estado que es lo habitual, sino sin ni siquiera estructuras políticas de tipo coercitivo o represivo. Se trata de sociedades sin jerarquías ni formas de poder político del tipo “yo ordeno – tú obedeces”. Es innegable que lo político está presente en todos los grupos humanos como un aspecto inseparable de las relaciones sociales. Lo político es una forma de ordenación del espacio social. Pero el poder político de tipo coercitivo ha de entenderse sólo como un caso particular de poder político. La ordenación social no ha de ser necesariamente de tipo jerárquico ni de sometimiento. En este sentido, ¿quién se atreve a considerar el Estado, forma de poder político habitual en nuestra sociedad occidental, basada en el “uso legítimo de la fuerza”, como un progreso en relación a formas de organización política sin Estado y no coercitivas ni represivas?

Recientes estudios en antropología han derrumbado también otro de los grandes mitos formulados durante el s. XIX para dar fuerza a las ideas de modernidad y progreso: la creencia de que en las sociedades arcaicas se practicaba una economía de subsistencia, en la que la carestía, e incluso la miseria, eran situaciones habituales que obligaban a la comunidad a dedicar todos sus esfuerzos para poder sobrevivir. Es cierto que el conocimiento y la tecnología que lo acompaña han aportado algunas ventajas en campos como la medicina y la salud, aumentando nuestras expectativas de vida, pero lo que no está nada claro es que el supuesto progreso haya aumentado nuestra calidad de vida en relación con la existente en la comunidad tradicional. Algunos estudios muestran que las comunidades tradicionales apenas dedicaban más de 3 o 4 horas diarias a resolver problemas fundamentales para la subsistencia. Por supuesto el problema de la subsistencia siempre estaba presente, pero ello no impedía dedicar mucho tiempo de sus vidas al juego, el arte, los ritos y otras actividades de socialización. Creo que no podemos decir lo mismo de nuestra sociedad, que tiende a dividir el tiempo entre el sueño, el trabajo y el atontamiento delante de una caja llamada televisión.

Otros destinos eran posibles

Aunque lo dicho anteriormente no sea aplicable a todas las sociedades arcaicas o tradicionales, no importa. La existencia de ciertas culturas que sí responderían a dichas características ha de ser suficiente para desterrar el mito del progreso que considera que el ser humano ha evolucionado positivamente desde formas de vida atrasadas hacia un mundo mejor.

Podemos hablar de evolución en lo que se refiere a la complejidad organizativa, podemos hablar de importantes periodos históricos en los que los seres humanos parecen haberse organizado de una manera concreta y construido una determinada representación del mundo, podemos decir que ciertas contradicciones inherentes en cada periodo sólo pudieron ser superadas mediante un cambio radical en la manera de organizarse (modo de producción, estructuras sociales, etc.) y en la forma de ver el mundo, pero eso no quiere decir que cada periodo haya sido “mejor” que el anterior, ni que haya habido un progreso absoluto al avanzar a través de los sucesivos periodos. Lo que ha habido, eso sí, es una adaptación a cada situación, en la que primero se han recogido beneficios y después se han hecho insalvables otros problemas.

Yo no creo que nuestra sociedad sea la consecuencia de una inevitable evolución desde aquellas primeras comunidades primitivas. Otros destinos eran posibles, seguramente ninguno mejor que otro, pero tampoco posiblemente peor que lo que ahora tenemos. Lo que sí parece cierto es que, en las culturas arcaicas, el colectivo tenía un papel preferencial sobre el individuo, como refleja la existencia de estructuras que de alguna manera “obligaban” a todos los miembros de la comunidad. Pero esa “obligación” no hay que entenderla en el sentido de sometimiento, jerarquización, falta de libertad o conceptos similares que sólo son comprensibles desde nuestra óptica occidental moderna.

No hay vuelta atrás

La descripción anterior me recuerda de alguna manera a mi infancia. Mi familia era católica y había que seguir hasta cierto punto los rituales católicos —misa los domingos, bautizos, comuniones, etc.—, pero la verdad es que yo nunca lo viví como algo agobiante. Eran simplemente los ritos de la comunidad a la que pertenecía, comunidad formada por mi familia —en aquellos tiempos se trataba de una familia extensa: padres, hermanos, abuelos, tíos...—, mis vecinos, mis amigos y un maravilloso entorno. La comunidad me daba todo lo que necesitaba y llenaba mi vida. Los ritos religiosos forman parte del paquete, no me preocupaban, ni se me imponían con rigidez. Aparentemente esta pequeña comunidad tenía una organización patriarcal, pero en mi mundo, el mundo de un niño, eran las mujeres las que parecían tener el poder —mi madre, mis tías, mis abuelas—, que por otra parte se me antojaba bastante descentralizado, aunque en cosas concretas, por supuesto, era la voz del padre la que terminaba por imponerse. Y en cuanto a la economía familiar, aunque la nuestra era una economía de subsistencia con una buena carga de trabajo, especialmente para mis padres —de nuevo, desde la visión de un niño, el juego era la actividad predominante en mi pequeña comunidad—, siempre

recordaré que mis abuelos vivían con lo que les daba apenas una hectárea de terreno y unos pocos animales, sin electricidad, sin gas, pero felices y con todo el tiempo del mundo para ellos y para nosotros, sus nietos.

Desde mi perspectiva actual me es fácil ver muchas cosas criticables en esta pequeña comunidad de la infancia, desde el peso de la religión católica en mi familia, hasta la existencia de un *pater familias* que concentraba el poder, pasando por una economía dependiente de un trabajo externo y mal pagado. Pero para un niño como yo, lo más importante era la simple existencia de tal comunidad, la maravillosa suerte que tuve de vivir en un ambiente seguro, protector, diverso y en pleno contacto con la naturaleza. No dudo que la comunidad que queremos crear ha de tener rasgos diferentes, funcionar con otra lógica de distribución del poder y del trabajo, pero sé que sus rasgos esenciales estaban ya en aquella comunidad que acompañó mi infancia. No obstante, de la misma manera que he comentado que no se puede volver a la infancia, ni debe uno aferrarse a un niño que no quiere crecer, sino integrar el niño que fuimos en el adulto en el que hemos devenido, diría también que no tiene sentido añorar una comunidad arcaica ideal, a la que no podemos volver, ni sabríamos volver y dudo que queramos volver, y mucho menos proponer tal comunidad como modelo para nuestra vida futura.

De repente, todo cambió

Por otra parte, hay que decir que la comunidad primitiva no desapareció de repente de la faz de la Tierra. De hecho todavía pervive en la actualidad. Pero algo ocurrió en un momento determinado en la Historia de la humanidad, algo muy importante como para cambiar radicalmente la estructura organizativa existente hasta entonces en los seres humanos. En relativamente poco tiempo, en algunos lugares de la Tierra se pasó de pequeñas comunidades a grandes imperios, y como afirma Daniel Quinn en su libro *My Ishmael*, tal vez todo comenzó hace unos diez mil años, el día en que a alguien se le ocurrió encerrar la comida en un arcón con llave.

Permitidme que me salte las vicisitudes de cómo se formaron los primeros imperios y pase directamente a la Grecia Clásica, el primer gran foco de nuestra civilización. Es ahí que, de acuerdo al análisis que hace Louis Dumont, en sus *Essais sur l'individualisme*, aparecen los primeros síntomas del imparable proceso de formación del individuo moderno. De nuevo, lo que viene a continuación no surge de mis vivencias directas con el mundo, pero sí de vivencias igualmente íntimas de lectura y reflexión que dejaron también una marcada impronta en mi propio ser.

El sabio estoico

La soledad del imperio

Muchas personas sitúan el origen de nuestra civilización occidental en la Grecia Clásica de los siglos V – IV a. C. Los griegos fueron los primeros en hablar de democracia y de participación activa de todos los ciudadanos en los asuntos de la *polis*. Ellos inventaron la filosofía, desarrollaron la lógica, dieron un fuerte impulso a la ciencia y, en general, trataron de reglar los asuntos humanos según los dictados de la razón. Sin embargo, no se halla en ellos ningún rastro del individualismo que caracteriza nuestros días. Su conciencia individual estaba fuertemente comprometida con el bien común, con la colectividad, con la *polis*. En el caso de pensadores como Platón, este compromiso va todavía más lejos, cuando en *La República* diseña una comunidad ideal regida por filósofos-sabios en la que cada miembro ocupa un papel muy claro y del que difícilmente se puede desprender. La libertad para los griegos clásicos no significaba más que la adecuación al acontecer de las cosas, la libertad política no era más que la participación activa en los asuntos de la ciudad. Por supuesto que entre la aristocracia se daban casos de comportamientos caprichosos y egoístas o motivados por intereses puramente personales, pero no dejaban de ser comportamientos aislados que en ninguna manera recogían el sentir general presente en los textos de escritores, historiadores, poetas o filósofos.

Una primera transformación de esta visión general se produce en la época helenística, entre la muerte de Alejandro Magno y la conquista romana. El fin de las ciudades estado y su sustitución por sucesivos imperios tuvo como consecuencia el debilitamiento de los lazos afectivos del individuo para con el colectivo al que pertenecía. Terminada toda posibilidad de participar activamente en los destinos de la comunidad, convertida ahora en imperio, el individuo descubre su soledad, su impotencia frente a las fluctuaciones políticas y sociales, su aislamiento en un mundo convertido en universo. La filosofía, todavía influyente a través de las diferentes escuelas, concentra sus esfuerzos en transmitir un arte de vivir con el que conseguir una vida placentera y feliz. Surge la figura del sabio, como aquella persona que domina de manera excelsa este difícil arte de vivir.

Un individuo fuera del mundo

Entre todas las escuelas helenísticas, son los estoicos quienes elaboran con más detalle las cualidades personales del sabio. Lo más significativo para este estudio es que el sabio estoico, a diferencia de lo que ocurría en la época clásica, ya no es el legislador o el político, sino el mero individuo. No se trata de alguien que habrá de vérselas con el poder real o con las dificultades de llegar a la verdad en el conocimiento, su preocupación principal es la autonomía, la independencia con respecto a lo exterior y que escapa a su control. El sabio estoico no pretende conocer la naturaleza de las cosas para incidir en ellas y cambiar su curso. El conocimiento le sirve para estar preparado, para desarrollar en sí mismo la capacidad de asumir los acontecimientos tal como vienen, sin pretensión de querer modificarlos. Y sobre todo, el conocimiento y las técnicas que de éste deduce le sirven para poder controlar sus propias reacciones, para no dejarse arrastrar por la pasión. El sabio se ejercita para tratar las fuerzas exteriores y ser independiente respecto a sus propias pasiones. Es importante subrayar que, para los estoicos, cualquiera puede convertirse en sabio, no hay elegidos, el arte de vivir está al alcance de todos. Basta seguir unos preceptos, aprender una técnica, esforzarse en ello. Esta es una de las características fundamentales de los estoicos, que explica en parte su éxito posterior, y es que considera a todos los seres humanos como iguales, todos disponen por igual de la razón, todos pueden alcanzar la sabiduría.

En su búsqueda de autonomía, de independencia respecto a los poderes fácticos, el sabio estoico se aleja de las preocupaciones políticas, se desentiende de la vida social, rompe lazos con la estructura social en la que está inmerso y concentra sus esfuerzos en su propio ser, en el descubrimiento de su esencia interior y el reconocimiento subsiguiente de su propia individualidad. Es precisamente este movimiento de retirada de la vida pública hacia un mundo propio fuera del mundo, el que marca para algunos pensadores el origen del individualismo. Así, Louis Dumont, en el libro comentado, afirma: "si el individualismo debe aparecer en una sociedad de tipo tradicional u holista, será en oposición a la propia sociedad y por tanto como una especie de suplemento, es decir bajo la forma del individuo fuera del mundo. Este individuo fuera del mundo lo encontramos en el mundo antiguo occidental en las figuras del sabio estoico y del santo cristiano".

Ahora bien, que algunos individuos se substraigan a las influencias de la sociedad en la que se hallan inmersos no implica que la sociedad sea individualista. Probablemente es algo que ha ocurrido en todo grupo social de cualquier tiempo. ¿Qué tienen entonces de especial estas figuras del sabio estoico o del santo cristiano en relación con otras figuras de autoexclusión probablemente también existentes en sociedades tradicionales? ¿Por qué se las puede considerar origen del individuo moderno? Y otra pregunta íntimamente relacionada con las anteriores, ¿cómo se produce el paso de este individuo fuera del mundo, y por tanto extraño a la sociedad, a una sociedad de individuos, a un individuo en el mundo?

Comprender la sabiduría estoica

Permitidme introducir algún comentario personal, antes de contestar a estas preguntas. Cuando estudiaba filosofía en el bachillerato, de todas las escuelas socráticas, la que más me atrajo fueron los epicúreos. Claro que mi comprensión era bastante limitada y la supuesta búsqueda del placer que

caracteriza la escuela epicúrea, me la tomaba en un plano más bien sensual y poco espiritual, como parece ser era su intención. Pero si algo tenía claro era que la búsqueda de la verdad no era una aspiración en mi vida, la búsqueda de la felicidad sí. A los estoicos apenas si les presté atención. La propia palabra, estoico, tenía para mi connotaciones entonces desagradables. La vida era entrega, placer, pasión. Si sólo se vive una vez, hay que vivir al máximo, con absoluta intensidad. ¿Cómo se puede vivir estoicamente?, me preguntaba yo incrédulo.

Durante años seguí deambulando por la vida con esta idea de vivir intensamente. Haz lo que quieras, me decía, pero hazlo apasionadamente. Uno de mis gritos de guerra, extraído de una vieja canción rusa, era que la vida se vive siempre “*na kraju*” —*na kraju zemli*: al borde del abismo—. Debo decir inmediatamente que, por mi forma de ser, vivir al límite no significaba necesariamente poner mi vida en peligro en aventureras actividades de riesgo, algo que parece ser bastante común hoy en día, ni me dio por tomar ninguna clase de drogas, más allá de unas pocas borracheras y algún “viaje”. Vivir intensamente era vivir en el límite de mi ser, alejado de ese centro de seguridad en el que nos sentimos cómodos; era explorar la geometría fractal que conforman dos seres que se quieren, era ponerse en lo que se está sin reservas, exponerse abiertamente al peligro de una herida y aprender a conocernos a través de la sangre que se derrama por ella. Siempre tendré en cuenta cómo el filósofo francés Bataille, en su libro *La experiencia interior*, venía a decir que el proceso de conocerse a sí mismo nunca se puede hacer restando, se ha de hacer siempre sumando experiencias. Siempre más lejos, hay que llegar más lejos, incluso de aquello a lo que, por falta de mejor descripción, hemos decidido llamar Dios.

Todavía sigo pensando que la vida está ahí para ser vivida, en todos sus detalles, aprendiendo a bailar con ella. Pero precisamente porque con los años he aprendido a bailar mejor, el baile se va haciendo poco a poco más sutil. Y es ahora que comprendo la sabiduría estoica. De joven vivía las cosas con una pasión tal que mi danza era torpe y chocaba a veces con la propia vida. Cuando las cosas no salían como yo quería, el resultado era un profundo dolor, un insoportable sentimiento victimista, del tipo ¡oh pobre de mí, que no soy tan listo, tan rico ni tan guapo como debería ser para triunfar en este mundo! Gran parte de mi energía se perdía en un pobre consuelo de mí mismo. El sabio estoico vive la vida fluyendo con ella. No se implica emocionalmente en nada, no por falta de emociones, sino simplemente porque no se apega a ninguna. La clave está en el desapego. El desapego no es la renuncia de nuestro ser emocional, es la capacidad de vivir la emoción y observarla a la vez como algo externo. Es no dejarse poseer por nada para poderse llenarse de todo en cualquier instante. Cultivando el desapego uno descubre una emoción básica que parece impregnarlo todo, un sentimiento sutil de interconexión, algo que de nuevo muchos llamarían amor.

Los orígenes cristianos del individualismo

Un individuo en relación con Dios

Desde sus orígenes helenísticos, el estoicismo se extendió en el tiempo y en el espacio hasta convertirse en una filosofía popular en el mundo romano, especialmente entre las personas instruidas. Alcanzó también a personas con grandes responsabilidades políticas, acentuando así su compromiso con el mundo y contradiciendo de alguna manera su sentido original de alejamiento de las preocupaciones mundanas. Sin embargo, esta contradicción no es más que aparente: obligado por las circunstancias, el individuo actúa en el mundo, pero su sabiduría consistirá precisamente en desvincular esa acción de su propio ser, situándola en el curso de las cosas y sin una implicación emocional. Aun cuando actúe en el mundo, el individuo se basta a sí mismo, sigue siendo extraño e indiferente a los asuntos mundanos.

Aun por razones diferentes, también los primeros cristianos son extraños a los asuntos mundanos y por tanto, individuos fuera del mundo. En este caso, el motivo se halla en la especial relación que el cristianismo establece entre el ser humano y Dios. De las enseñanzas de Cristo y de la reformulación que de ellas hace Pablo, se sigue que, ante todo, el cristiano es un “individuo en relación con Dios”, individuo absoluto en relación con una potencia absoluta. La existencia de las primitivas comunidades

cristianas no contradice este hecho, porque al igual que los estoicos, los cristianos viven los asuntos terrestres con desapego y cierto relativismo. La gestión de la vida en común está completamente subordinada a la relación especial que cada individuo establece con el Dios absoluto.

Si el cristianismo se extendió con tanto éxito en ámbitos en los que el estoicismo era corriente mayoritaria, parte de este éxito se debe sin duda a esta concepción del individuo extramundano que ambos compartían, y que entre otras cosas llevaba implícita una afirmación de la igualdad de todos los seres humanos (para los estoicos todos los seres humanos son iguales en tanto que seres razonables; para los cristianos, todos son iguales delante de Dios). Y aunque el cristianismo en su expansión tomó prestadas muchas ideas de diferentes escuelas filosóficas, las primeras influencias estoicas siempre han estado presentes en la elaboración de la doctrina oficial de la Iglesia. Por ejemplo, los primeros Padres de la Iglesia consideraron muy valiosas las consideraciones estoicas sobre la moral, reflejadas en una especie de Ley de Naturaleza, por la cual la virtud suprema consistiría en vivir de acuerdo a la Naturaleza, conforme a un principio de razón único y armonioso. Los cristianos asumieron esta Ley como un aspecto de Dios, por el cual el Ser supremo ordena la naturaleza y produce las diferentes posiciones del individuo en la sociedad. Esta ley universal pasaría al ser humano como Ley de la Razón, de la cual derivarían todas las reglas jurídicas y las instituciones sociales. De esta manera, los cristianos justificaban la adaptación a la ética mundana de valores supramundanos.

De las cosas de Dios a los asuntos mundanos

La importancia de estas dos figuras, el sabio estoico y el santo cristiano, para comprender la formación del individualismo moderno, queda así aclarada en cuanto que el cristianismo es una componente fundamental de nuestra civilización. Queda no obstante por responder la segunda pregunta, ¿cómo se pasa de un individuo fuera del mundo a una sociedad individualista? Porque no hay que olvidar que en los primeros tiempos del cristianismo, el individuo, extramundano en lo concerniente a los valores supremos, se enmarcaba todavía en el contexto general de una sociedad claramente holista en lo referente a la gestión de los asuntos cotidianos. Para Louis Dumont, la respuesta a la pregunta supone considerar diferentes etapas en la evolución del cristianismo, en las que la vida mundana se va poco a poco contaminando del elemento extramundano hasta que este último acaba por imponerse incluso sobre los asuntos terrenales, expulsando el holismo existente en la sociedad y creando una nueva figura, la del individuo en el mundo.

La primera de estas etapas ya la hemos considerado al hablar anteriormente de la ética. Sin entrar a discutir en detalle todos ellos, lo que se aleja del propósito de este libro, cabe destacar aquí algunos de sus momentos más importantes. En un primer momento, la acaparación del poder terrenal por parte de la Iglesia hace que el individuo cristiano, antes alejado del mundo, deba ahora comprometerse en un grado cada vez mayor con los asuntos terrenales. Y para justificar este compromiso, lo primero que necesita es romper con la antigua concepción del Estado como algo totalmente opuesto e independiente en relación a la Iglesia y al ámbito de la relación del ser humano con Dios. A partir de Agustín, quien desarrolla la teoría oportuna, el Estado empieza a ser considerado también desde el punto de vista transcendente propio a la Iglesia. De hecho, Iglesia y Estado se mezclan y confunden papeles. El elemento extramundano empieza a invadir los asuntos mundanos.

En la Edad Media la sociedad medieval cristiana estaba todavía más cerca de las sociedades holistas de tipo tradicional que de la sociedad individualista moderna. Para Tomás de Aquino, el ser humano, en lo que se refiere a las instituciones terrestres, es ante todo un miembro de la comunidad, una parte del cuerpo social o *universitas*. Sin embargo, a partir de este momento, y bajo la influencia de Guillermo de Occam, comienza un debilitamiento progresivo de la idea de *universitas* a favor de una nueva concepción de la sociedad como simple colección de individuos, la *societas*. En efecto, las posiciones nominalistas de Occam, su positivismo y subjetivismo en derecho, van a suponer una invasión espectacular del individualismo: puesto que no hay nada real más allá de cada ser particular, puesto que la noción de “derecho” se refiere ya no a un orden natural y social, sino al ser humano particular, éste se convierte así en un individuo en el sentido moderno del término. El nominalismo establece que no se puede deducir una ley natural a partir de un orden ideal de las cosas, entre otras

cosas porque la propia existencia de la ley iría en contra del poder absoluto de Dios (*plenitudo potestatis*). La ley, de ser la expresión del orden descubierto en la naturaleza por el espíritu humano, pasa a ser la expresión del poder o de la voluntad del legislador.

La reforma termina por poner las cosas en su sitio: el individuo cristiano que veía el mundo como un factor antagónico para su salvación, descubre éste como lugar para la glorificación de Dios a través del trabajo. La salvación se convierte con Lutero en un asunto personal, individual y mundano.

Conviene subrayar que, aunque el cristianismo, en la especial relación que establece entre el ser humano y Dios, se halla en la base del individuo moderno, lo cierto es que sólo resulta determinante cuando la Iglesia decide acaparar el poder terrenal, porque durante mucho tiempo su tendencia era organizarse en pequeñas comunidades que todavía pervivieron durante muchos años, al menos mientras las dejaron, en la forma de monasterios y pequeñas congregaciones. El deseo de poder y control, el temor por lo diferente, por lo herético, acabaron prácticamente con una interesante propuesta, también cristiana, de vida simple en comunidad.

La filosofía política moderna: teorías del contrato social

La concepción individualista moderna del ser humano encuentra su formulación precisa a partir del s. XVII, con la elaboración de las teorías del Contrato Social, que marcan el nacimiento del Estado moderno. La idea principal de estas teorías es que la sociedad se funda mediante un contrato de asociación que establecen los seres humanos y que supone pasar de un estado de naturaleza a un estado de sociedad. Bajo la influencia del estoicismo y del individualismo cristiano, los teóricos del Contrato (Hobbes, Locke, Rousseau) establecen los principios fundamentales de la constitución del Estado a partir de cualidades propias del ser humano, que se considera en su *estado de naturaleza* como un ser autónomo, libre e independiente de toda atadura social o política. Es este ser individual el que decide, voluntariamente, asociarse, por diferentes razones, con otros seres iguales para crear el Estado.

“Para los antiguos, salvo los estoicos —afirma L. Dumont—, el ser humano es un ser social, la naturaleza es un orden y también el orden social debería estar idealmente conforme con el orden natural. Para los modernos, lo que se llama Derecho natural ya no trata del ser humano como ser social, sino del individuo, es decir de seres humanos que se bastan a sí mismos, en tanto que hechos a imagen de Dios y depositarios de la razón. La consecuencia de todo esto es que los principios fundamentales de la constitución del Estado (y de la sociedad) son derivados de cualidades inherentes al ser humano considerado como un ser autónomo, independiente de toda atadura social y política”.

El individuo es la base de la sociedad

El problema que hubieron de afrontar los teóricos del contrato y del derecho natural es el siguiente: ¿cómo se puede establecer una sociedad, un Estado, a partir de unos individuos que en su estado natural se encuentran aislados? La respuesta dada por los diferentes pensadores varía de unos a otros. Para Hobbes, el ser humano es un ser egoísta que sólo busca satisfacer sus propias necesidades sin considerar a los demás. En el estado de naturaleza predomina un sentimiento de soledad y temor, de precariedad y de amenaza. Es esta difícil situación la que lleva a los seres humanos a formar la sociedad. Para asegurar el orden y la justicia, Hobbes ve necesaria, además de la asociación, la sumisión de todos a la voluntad de un soberano, o poder absoluto. Locke, más en la línea de la tradición estoica, afirma la existencia de una ley de naturaleza, de una justa razón que rige las relaciones de los seres humanos en el seno de la comunidad originaria. Para Locke, el ser humano es social por naturaleza. Pero por diferentes razones, los seres humanos se abandonan a sus pasiones traicionando su natural sociabilidad. De ahí la necesidad de una *autoridad civil* que garantice jurídicamente las buenas relaciones sociales. Sin embargo, a diferencia de Hobbes, Locke no consiente un poder absoluto, la autoridad civil ha de tener unos límites marcados por el propio pueblo. Rousseau, que como Locke, tiene una buena imagen del ser humano en estado de naturaleza, considera por su parte que el

fin de la sociedad civil no es simplemente la protección (Hobbes) y la propiedad de bienes (Locke), sino garantizar la libertad originaria del ser humano. El Contrato Social de Rousseau no es un pacto o convenio entre individuos, ni un contrato bilateral. Es un pacto de la comunidad con el individuo y del individuo con la comunidad, desde el que se genera una “voluntad general”, que es distinta a la suma de las voluntades individuales y que constituye el fundamento de todo poder político.

Más allá de sus diferencias, sin duda muy importantes, lo interesante de estas respuestas es que todas ellas sitúan en primer lugar de constitución de la sociedad al individuo, a un ser que por el simple hecho de ser dispone ya de un conjunto de derechos inalienables. La protección de estos derechos es el fundamento de la institución de la sociedad y explica por sí misma la legitimidad del poder de coerción ejercido por el Estado. Los derechos del individuo han pasado por sucesivas ampliaciones desde el s. XVII hasta nuestros días. Su extensión ha sido lenta pero imparable. Del derecho a la seguridad y a la protección de la vida (Hobbes), al derecho a la propiedad (Locke), a los derechos políticos de los revolucionarios de 1789 y por último, a los derechos económicos, culturales y sociales contenidos en la Declaración universal de los Derechos Humanos, de 1948. Pero más allá de este hecho, importa destacar cómo ese individuo fuera del mundo, que veíamos en el estoicismo y el primer cristianismo, individuo en oposición a un mundo orgánico regido por la Razón o por preceptos divinos, se convierte ahora en un individuo en el mundo, un individuo en la base de la sociedad sobre la que proyecta sus derechos.

La propuesta roussoniana

Sin embargo, y al menos hasta aquí, a pesar de la insistencia en situar al individuo como fundamento de la sociedad, todavía la comunidad es una preocupación importante para pensadores como Rousseau. Su intención fue tratar de conjugar la libertad originaria del individuo con el compromiso por el colectivo y la obediencia a la ley. Este filósofo francés no tuvo, por ejemplo, reparos en criticar abiertamente la propiedad privada, según él causa de enormes desigualdades sociales y de muchas de las guerras que se emprendieron para protegerla. Rousseau era consciente de que no era posible volver al estado natural del “buen salvaje”, tal y como lo describe en alguna de sus obras. El individuo sólo podría desarrollarse plenamente en el marco de una comunidad de apoyo, una comunidad cuya “voluntad” era mayor que cada voluntad individual.

El problema al que se enfrentó Rousseau es similar al que he planteado al inicio de este libro. ¿Es posible recrear la comunidad a partir de la fragmentación actual? ¿Es posible compaginar nuestro profundo deseo de libertad para encontrar nuestro camino y el ineludible compromiso con el colectivo en el que se enmarca y hace posible? En mi opinión no es posible responder afirmativamente a este pregunta y conservar la imagen que Rousseau tenía del ser humano como ser individual, un ser que, en estado de naturaleza, era autónomo, independiente y por tanto separado de todo. Mi idea es que para recrear la comunidad debemos replantearnos también nuestra individualidad y pensar en un individuo distinto, un individuo que ya no puede ser una unidad autónoma ni originariamente libre, sino un ser que se define en relación, un ser participante.

El individuo liberal

Desde el siglo XVII hasta la actualidad, el individuo moderno ha ido incorporando nuevos derechos, algunos tan importantes y de inmensas consecuencias como el derecho a la propiedad privada o el derecho al libre comercio, pero también se ha definido desde el punto de vista ético, aceptando sin grandes cuestionamientos una ética utilitarista que define lo bueno como lo que es útil para sus intereses. El resultado es un nuevo tipo de ser humano, el individuo liberal, un individuo que se nos presenta como la manera natural de ser, cuando en realidad no es más que una idea, una idea que ni siquiera es compartida por todo el mundo y que, entonces, se nos quiere imponer a la fuerza.

Se trata sin duda de una idea poderosa, una idea de la que participan muchas personas, que impregna muchas de las estructuras e instituciones existentes en todos los países, y que en muchos casos sirve para esconder enormes privilegios. Resulta difícil enfrentarse a ella abiertamente, y tal vez

no sea muy inteligente tratar de apoderarse de los centros de poder por ella creados. Considero más útil sembrar la semilla de otra idea, en este caso la idea de la comunidad sostenible, una semilla que puede extenderse por el mundo rizomáticamente, creando un nuevo tipo de estructuras y relaciones sociales, sin necesidad de enfrentarse o amenazar a nadie y sin un centro de poder definido.

En lo que sigue explico brevemente cómo se gestó ese individuo liberal a lo largo de los dos últimos siglos. Se trata sin duda de un momento histórico apasionante, determinante en gran parte de nuestra forma de vida actual, una sociedad industrial —aunque en la actualidad algunos países han superado esa fase, pasando a la llamada sociedad de la información—, urbana, en un mundo superpoblado y cada vez más contaminado. Soy consciente de que no debería pasar tan rápido por esta época, en la que vieron luz tanto el capitalismo como el socialismo y es el origen de los grandes movimientos de liberación, pero en la medida en que el propósito de este libro es otro, remito al lector a que consulte algunos de los muchos libros que se han escrito sobre esos temas.

La economía política: individuo y sociedad de mercado

Una sociedad de mercaderes

Si el ser humano es por naturaleza un ser autónomo, libre e independiente de toda atadura social, ¿por qué, se preguntan los pensadores liberales del siglo XIX, ha de buscar someterse a un poder que le es extraño como afirman los teóricos del contrato? Si de lo que se trata es de satisfacer sus necesidades, nada impide, en un mundo formado por individuos libres e iguales, que esta satisfacción se pueda llevar a cabo de manera natural y espontánea a través del intercambio. Esta es la idea clave del liberalismo económico: la sociedad se autorregula de manera natural, y su eficacia es mayor cuanto menos se entromete el Estado.

La relación entre el individuo y el Estado está marcada por la obediencia a la ley. En este sentido, se trata de una relación desigual y jerárquica. Todo poder político trata de legitimar, de la mejor manera posible, el ejercicio de la autoridad y del control que ejerce sobre los individuos, por ejemplo sobre la idea de sumisión voluntaria y consentida. Pero los liberales consideran que ninguna sumisión es necesaria, que la relación de intercambio es completamente diferente. Se trata de una relación estrictamente igualitaria, independiente de la posición social, del talento o del nacimiento. Por eso, Adam Smith, primer teórico de la economía política moderna, afirma sin dudar que la relación fundamental entre los seres humanos es el intercambio. La mano visible que conduce la acción política, en los teóricos del Contrato, se opone así a la “mano invisible” de la acción de intercambio por la cual los diferentes intereses individuales se armonizan espontáneamente.

Si para Locke, la autoridad civil era necesaria para evitar que las pasiones humanas, como la ambición y el egoísmo, traicionen la naturaleza social del ser humano, los liberales afirman por el contrario la utilidad de dichas pasiones en la consecución del equilibrio social. La satisfacción egoísta de los intereses particulares, afirman, contribuye de manera natural y espontánea a la realización del interés general, aunque no sea éste el fin perseguido. El intercambio sirve por tanto a asegurar la regulación social de los intereses sin necesidad de recurrir al artificio de la ley. La sociedad se convierte para los liberales en un espacio para la circulación de mercancías, según la ley de la oferta y la demanda. Se convierte en un mercado. El ser humano, por su parte, se convierte necesariamente en mercader o trabajador, según su aportación al mercado (mercancía o simple mano de obra). El Estado, por último, no ha de ser más que el garante del buen funcionamiento de este espacio de libre cambio.

Esta idea de que todo ser humano puede concurrir en el mercado libremente y en estricta igualdad, procurándose así los medios para satisfacer sus necesidades, es también una componente fundamental de la concepción individualista moderna. Con ella se cierra el proceso de formación del individuo moderno. Igualdad (de derechos y oportunidades), libertad (de pensamiento, de expresión, de culto, de reunión...), libertad de mercado y comercio, y autonomía (para dotarse de sus propios valores y

normas, para decidir lo que está bien y lo que está mal) son las principales características de este individuo. Un individuo primero en relación con el grupo, cultura o sociedad en la que se haya inmerso.

La crítica socialista

Quienes conozcan un poco la historia del siglo XIX sabrán que esta concepción del ser humano, desarrollada por los teóricos liberales, fue rápidamente criticada por los pensadores socialistas de la época. Los socialistas se dieron cuenta enseguida de las contradicciones existentes en el modelo liberal, en particular la imposibilidad de concurrir en igualdad de condiciones en ese supuesto mercado libre, controlado por los propietarios de la tierra y del capital. Para aquellos que lo único que pueden “vender” es su trabajo, en una situación de abundante mano de obra, éste no vale nada, quedando a merced del poder de empresarios y capitalistas. El resultado es conocido y, dicho en pocas palabras, se reduce a la consabida explotación del hombre por el hombre. Si para los liberales, la libertad (de mercado) era la principal idea a defender, para los socialistas la justicia social era prioritaria sobre cualquier otra consideración. Y eso pasaba necesariamente por la abolición de la propiedad privada y los privilegios hereditarios y por una mejor distribución de la riqueza social.

La historia de los siglos XIX y XX ha reflejado crudamente la lucha existente entre ambos modelos, el liberal y el socialista, el primero insistiendo en las libertades individuales, el segundo buscando la igualdad, la justicia y la redistribución de la riqueza. Aunque aparentemente esta dicotomía todavía se mantiene en las actuales democracias occidentales, representada en los dos grandes partidos mayoritarios, no son pocos los que piensan que la lucha ya ha terminado. El vencedor ha sido el modelo (neo)liberal, el auténtico garante de las libertades individuales, según afirman convencidos sus defensores. El modelo socialista, que a lo largo de su historia ha conseguido grandes triunfos para la clase trabajadora, ha terminado por diluirse en un reformismo o contrapeso al liberalismo más duro, que ya no cuestiona la esencia liberal. Las libertades individuales, incluidas la propiedad privada y el libre mercado, se consideran actualmente incuestionables, por tristes y trágicas que sean sus consecuencias para una gran parte de la población mundial y para el planeta en su conjunto.

En la historia de esta lucha entre ambos modelos hubo un tiempo en que parecería que el triunfo del modelo socialista era inevitable. Al menos así pensaban sus defensores, haciendo unas cuentas bien simples: “los trabajadores, los explotados por el sistema, los marginados y oprimidos somos más. Alguna día nuestra voz triunfará y acabaremos con la injusticia social”. Y, efectivamente, la voz de los oprimidos triunfó en algunos países. Desgraciadamente, el comunismo real se convirtió rápidamente en una dictadura con un capitalismo de estado, por el cual la sociedad se dividía en una elite dirigente, privilegiada y opresora, y una inmensa masa social de trabajadores sin capacidad de decisión, desempoderada y oprimida. El fracaso del comunismo ha revelado que no sirve de nada cambiar las estructuras de poder, sin un cambio profundo en las estructuras de pensamiento. Hacerse con el poder, en nombre de la visión más maravillosa, cuando como personas seguimos impregnados de los mismos patrones culturales y de pensamiento que caracterizan la moderna sociedad occidental, sólo puede producir más horror que aquél del que queremos escapar. Desde mi punto de vista, cualquier cambio social que quiera ser efectivo, debe necesariamente ir acompañado de un cambio individual profundo, alimentándose mutuamente, recreando la conciencia individual y colectiva a la vez.

Un mercado solidario

Me gustaría añadir, antes de cerrar esta parte, que el siglo XIX no sólo dio luz al pensamiento socialista. Otro importante grupo de pensadores criticaron, desde otra perspectiva, el pensamiento liberal. En el caso de Proudhon, Bakunin y otros pensadores anarquistas, que, como los socialistas, también aspiraban a crear una sociedad igualitaria, sin propiedad privada y sin clases, el problema del liberalismo no estaba en el valor acordado al individuo como núcleo fundamental de la sociedad, o en el respeto por los derechos individuales que ellos asumían, sino en la existencia de un mercado que escondía claros privilegios, que se sostenía sobre el afán de lucro y el egoísmo de la gente y que validaba la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción.

La solución propuesta por los anarquistas no es anular la propiedad privada para ponerla en manos de un Estado centralizado, ni anular el mercado para convertir al Estado en el único distribuidor de la riqueza. La idea central del anarquismo es crear pequeñas comunidades confederadas, cada una de ellas con autonomía suficiente como para considerarse colectivamente propietaria de la tierra que utiliza y de los medios de producción en vigor. En el interior de cada comunidad, la riqueza puede distribuirse como así lo decidan sus miembros. Entre comunidades funcionaría un mercado para el intercambio de mercancías basado en el apoyo mutuo y la solidaridad. El libro *La Economía Libertaria*, de Abraham Guillén, aporta un completo análisis de esta visión que, sin negar el mercado como “lugar” de intercambio de bienes, lo sitúa en la perspectiva de una sociedad basada en “la cooperación, la autogestión y el mutualismo”.

Con los matices que se quiera, la idea anarquista está en la base de la propuesta que recojo en este libro. Para mí no se trata de crear unas pocas comunidades sostenibles en las que algunos podamos realizarnos como personas. Todas las personas que habitan la Tierra tienen igual derecho a una vida digna en una comunidad de apoyo, una comunidad sostenible en una red o federación de comunidades sostenibles, primero local, luego biorregional, continental y planetaria. El futuro no puede ser, como algunos proponen, el imperio del pensamiento único y el neoliberalismo. Si otro mundo es posible, como afirman los partidarios del movimiento antiglobalización, ha de ser un mundo de millones de pequeñas y grandes comunidades esparcidas por el globo, con cierta autonomía y capacidad para satisfacer localmente sus necesidades básicas, en una red múltiple de interrelaciones e intercambios.

El individuo en tiempos del neoliberalismo

Reducir el Estado de Bienestar

La crítica socialista a la economía liberal sirvió, al menos durante algún tiempo, para suavizar las posiciones liberales más extremas —aquellas que propugnaban la casi desaparición del Estado y la privatización de todos los recursos e intercambios—, y producir en el mundo occidental el conocido Estado del Bienestar, un Estado con una economía liberal, pero con una importante componente social que asumía y apoyaba algunos de los derechos que los trabajadores venían reivindicando desde hace años (el derecho a un trabajo digno, el derecho de huelga, el derecho a una vivienda, el derecho a la educación, a la salud, etc.), derechos sociales que se añadían a la antigua lista de derechos relacionados con la libertad.

Es interesante notar que si bien los pensadores liberales consideraban que los individuos tenían unos derechos que debían ser respetados estableciendo unos límites a la actividad política del gobierno y que, en tanto que individuos libres y autónomos, podían y debían asumir voluntariamente sus obligaciones y deberes sociales, los sucesivos gobiernos liberales de los siglos XIX y XX no tuvieron reparos en crear o reforzar toda una serie de dispositivos y prácticas punitivas (familia, escuela, fábrica, manicomio, reformatorio, cárcel, etc.) para regular la individualidad y asegurar una sumisión consentida al control del Estado, que garantizara cierta paz social en un mundo de desequilibrios, desigualdades y privilegios. Algunos pensadores, como Foucault, llegan a afirmar que es gracias a la puesta en marcha de estos procedimientos, necesariamente ligados a nuevos campos de estudio sobre el ser humano —se estudia el niño, el loco, el enfermo, el desviado social, etc.—, que se crea la misma idea de ser humano, en su opinión inexistente hasta entonces.

Estos dispositivos y prácticas liberales fueron asumidos por el Estado del Bienestar, que incluso amplió los campos de intervención social, en parte como respuesta a las reivindicaciones de la clase trabajadora y de otras minorías y en parte por las posibilidades de control social que tales dispositivos entrañan, generando así toda una retahíla de ámbitos de actuación del Estado —educación, salud, juventud, desempleo, seguridad social, atención social a minorías e inmigrantes, delincuencia y seguridad, etc.—, en los que todavía trabajan muchas personas y en los que los expertos, formados en alguna de las numerosas ciencias sociales que se han creado en los últimos dos siglos, juegan un papel importante acompañado de cierto poder y estatus social.

A diferencia del liberalismo clásico, y en abierta oposición al Estado de Bienestar, el neoliberalismo actual cuestiona la existencia de estos campos de actuación del Estado, considerándolos una carga financiera insoportable, y pretende eliminarlos, o mejor aún, ponerlos en manos privadas, lo que aseguraría, afirman los teóricos neoliberales, una gestión más eficaz y menos gravosa para el ciudadano. Para apoyar su discurso, estos teóricos han desarrollado toda una gama de técnicas destinadas a ejercer un control crítico sobre la autoridad de los expertos, entre las que se encuentran, según Nikolas Rose, las técnicas presupuestarias, las técnicas de contabilidad, las auditorías, etc. En este nuevo enfoque, lo relevante del trabajo de los técnicos ya no está en hacerlo bien o en buscar la verdad, sino en ajustarse al presupuesto y ser económicamente rentables. La rentabilidad económica de todos los servicios es el nuevo paradigma de la racionalidad en la sociedad neoliberal. Lo razonable es que las cosas sean rentables, que no cuesten mucho dinero a los ciudadanos que pagan su impuestos, sin importar su rentabilidad social o su capacidad para cumplir la función para la que fueron pensados.

La reducción del Estado de Bienestar, impuesta por el neoliberalismo, supone un gobierno menor, que curiosamente adelgaza sin cesar aquellas áreas con mayor contenido social, mientras aumentan los gastos en ejército, en cuerpos policiales y de seguridad, y en apoyo a las grandes empresas multinacionales de la economía. El individuo neoliberal no necesita que lo gobiernen en educación o salud, no necesita que le digan cómo debe educar a sus hijos ni cómo debe gestionar su salud; no necesita que lo gobiernen a la hora de encontrar una casa en la que vivir o un trabajo con el que ganarse la vida, y mucho menos que se preocupen por él si no consigue ni casa ni trabajo, no necesita de esa actitud paternalista que impregnaba el Estado del Bienestar. Pero eso sí, el individuo neoliberal debe aprender a controlarse a sí mismo, debe buscar por sí mismo aquello que el mercado, y sólo el mercado, le ofrece para vivir bien. En caso contrario, necesita un correctivo. El ejército y la policía neoliberales están ahí para garantizar que los ciudadanos elijan las opciones correctas, y para corregir a aquellos que se equivocan, sin importar en que lugar del mundo viven.

Un individuo consumista, políticamente sumiso y responsable de sí mismo

La privatización de los servicios sociales impuesta por el neoliberalismo acentúa el aspecto consumista del individuo liberal, que pasa de simple consumidor de bienes a consumidor de bienes y servicios —educación, salud, transporte, atención social, etc.—. En el mercado neoliberal se vende o se compra todo, incluyendo los servicios que antes estaban en manos del Estado. El individuo neoliberal encuentra y elige en un mercado extendido todo lo que necesita para su vida, pero con la contrapartida de que es él mismo el que tiene que saber lo que quiere en cada momento y cuál es la mejor opción entre todas las que se le ofrecen. Esta nueva situación le obliga a convertirse en un “experto sobre sí mismo”, conocer los rudimentos en educación, salud, salud mental, finanzas, ocio, etc. y dedicar tiempo y dinero a desentrañar las complicadas ofertas que le ofrece el mercado para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que ello le impida sentir un angustioso temor de que le están engañando.

Además, el hecho de que ya nada garantiza contar con un mismo trabajo para toda la vida echa por tierra la vieja idea de profesión o de oficio. El individuo neoliberal no puede pretender presentarse en un mercado tan cambiante sabiendo hacer una sola cosa, necesita reciclarse continuamente, aprender un poco de todo sin llegar a saber nada de nada. Si el conocer bien un oficio no asegura un trabajo para toda la vida, el resultado sólo puede ser el de una creciente inseguridad sobre el futuro, inseguridad que se acrecienta con los vertiginosos cambios que se están produciendo en relación con la tecnología y con las prácticas de vida que la acompañan. A muchas personas les cuesta estar al día de las innovaciones tecnológicas (ordenadores, internet, móviles, televisiones interactivas, etc.), en las que se basan la mayoría de los empleos, y simplemente se descuelgan de esta loca carrera, dejándose arrastrar hacia un futuro plagado de incertidumbre.

Si los dispositivos sociales del Estado de Bienestar estaban pensados, además de para garantizar cierto control y paz social, para atender las demandas y satisfacer los derechos de una amplia clase trabajadora y de ciertos grupos minoritarios y marginados, el neoliberalismo elimina todo aquello que

implique una cierta redistribución social de la riqueza (desempleo, servicios de atención social a personas marginadas o con dificultades, etc.) e introduce sus propios mecanismos de control social, no tanto como campos propios de actuación del Estado, sino como nuevas tecnologías de creación de la personalidad individual. Estas tecnologías para interiorizar la sumisión, y tener garantías de que los sujetos de gobierno elegirán correctamente a la hora de tomar sus decisiones vitales, van desde el reforzamiento en la escuela de ciertos valores ligados al pensamiento liberal, hasta el uso de los nuevos medios de comunicación de masas (especialmente la televisión, con sus documentales y sus culebrones), pasando por las encuestas de opinión (que refuerzan los valores dominantes y ponen en entredicho a quienes osan llevar la contraria a la mayoría), la regulación de los estilos de vida a través de la publicidad, del marketing y del mercado, y la creciente presencia de expertos de la subjetividad, que se manifiesta especialmente en los conocidos métodos de autoayuda.

“Todos estos mecanismos, afirma Rose, han permitido a las autoridades políticas y económicas introducir sus objetivos en el interior de las elecciones y compromisos de los individuos, situándolos en redes reales o virtuales de identificación a través de las cuales pueden ser cómodamente gobernados”. Las personas que no se adaptan a esta situación, las personas excluidas o marginadas, son consideradas culpables y autores de su propia desgracia. En la medida en que los individuos son actores activos en la construcción de su propia existencia, los excluidos son personas que han fracasado en su proyecto autorrealizador, en última instancia personas irresponsables cuya capacidad para realizarse ha sido seriamente dañada por su tendencia a depender cultural, social o económicamente de otros. No es el Estado quien debe ayudar a estos individuos fracasados, sino su propio compromiso con un conjunto de programas destinados a su reconstrucción ética en cuanto que ciudadanos activos.

El neoliberalismo como ideología dominante

La idea de un individuo libre para consumir en un mercado creciente de bienes y servicios, un individuo que se quiere activo para elegir sus representantes políticos, para conformar su vida de acuerdo a sus deseos y expectativas, un individuo responsable de sus acciones y elecciones, y que por tanto no debe ser ayudado por ninguna instancia supraindividual como es el Estado —salvo que necesite ser corregido—, no es una idea que forme parte únicamente del programa de los partidos conservadores neoliberales, es una idea que impregna totalmente el mapa político de los países occidentales, una idea que subyace en los programas de gobierno de todo el espectro político.

El individuo moderno neoliberal es la idea dominante de este principio de siglo. Cuando criticamos el modelo económico que tal idea conlleva, lo que algunos denominan capitalismo salvaje, y proponemos una forma de capitalismo “de rostro humano”, estamos asumiendo que, tal vez con algunos cambios estéticos, el neoliberalismo es la mejor forma, o incluso la única forma de organización económica, social y cultural que el ser humano es capaz de formular. No nos damos cuenta de que no basta con cambiar unas estructuras económicas o de organización política para que se produzcan cambios reales que nos permitan crear unas condiciones de vida mejores para todos los seres vivos que pueblan este planeta. Es necesario cambiar de idea, con todo lo que ello conlleva. Es necesario cambiar la imagen que tenemos de nosotros mismos, cambiar la mirada que el individuo que somos despliega sobre las cosas que nos rodean.

3. La cara oculta del individualismo liberal

El enemigo está en nosotros

La esencia del individuo (neo)liberal

Esta es la esencia de la idea (neo)liberal que se desprende del recorrido seguido en el capítulo anterior: una sociedad formada por individuos libres, iguales, autónomos y privados; libres para elegir su vida, para emprender negocios, para consumir lo que ofrece el mercado, para gobernarse a sí mismos; iguales en cuanto a derechos y oportunidades; autónomos para saber lo que está bien y lo que está mal, y ser recompensados o castigados por sus acciones; autónomos también en su capacidad para bastarse a sí mismos, sin necesidad de la ayuda de nadie, guiando sus acciones de acuerdo con sus propios intereses. Individuos privados en cuanto que gozan de un reconocido derecho a poseer privadamente cosas, como por ejemplo un trozo de tierra, y actuar libremente en ese espacio conocido como ámbito privado, en el que apenas se admiten interferencias sociales.

Como idea dominante, la mayoría de nosotros conducimos nuestras vidas aceptando inconscientemente las características anteriores. Incluso es posible que algunas personas critiquen al neoliberalismo como causante de la desigualdad social, sin cuestionarse siquiera que su forma de vida responde perfectamente a esa idea. El problema no está, dirían estas personas, en la forma de vida liberal, que en última instancia ha sabido traer la democracia a tantos países y reconocer unos derechos universales para todo el mundo, sino en el modelo económico de libre mercado, en el capitalismo; la práctica económica no se ajusta al modelo de pensamiento; la idea de un individuo liberal, quizá con algunos ajustes, es válida en sí misma, pero en su aplicación económica concreta resulta distorsionada por los grandes grupos de poder político, militar y económico; el Estado es entonces necesario para garantizar una justa participación de todos los actores sociales y una justa distribución de la riqueza, y si el gobierno está controlado por los mismos grupos de presión, entonces lo que se debe hacer es fomentar una mayor y mejor participación democrática que reestablezca el equilibrio necesario, etc.

El mundo es nuestro reflejo

Personalmente no entro a juzgar este razonamiento, mi intención no es criticar la idea liberal, o su versión económica, el capitalismo, como algo que está fuera de mí, como un enemigo externo que es necesario combatir. Para mí, capitalismo e individuo liberal son inseparables y ambos están dentro de nosotros, forman parte de nuestra cultura y, por tanto, forman parte de nuestro ser. De poco o nada servirá criticar las bases económicas de la sociedad actual, si no damos un paso más allá y nos replanteamos nuestra esencia individualista. De poco sirve quejarnos de la destrucción de la naturaleza o del aumento de la desigualdad social, si seguimos tirando balones fuera de nosotros, echando las culpas de todo lo que ocurre a quienes calificamos de poderosos.

No creo que las personas sean culpables porque defienden sus intereses. Y no creo tampoco que estemos en condiciones de exigir que los demás cambien, cuando somos incapaces de cambiar nosotros mismos. De una u otra manera, todo aquello que criticamos suele estar dentro de nosotros, lo que ocurre a escala mundial no es más que un reflejo de lo que ocurre en nuestro entorno inmediato. Querer cambiar desde arriba, sin afrontar un cambio igual de necesario, y seguramente doloroso, por abajo, desde nosotros mismos, no nos llevará muy lejos. Ya lo hemos visto en el pasado, una revolución que sólo cambia las estructuras de poder, sin llevar pareja un igual cambio de conciencia, está condenada al fracaso.

Nuestro único enemigo: el miedo

Esta explicación previa es necesaria para comprender el motivo de los párrafos siguientes. En ellos expongo algunas de las contradicciones del modelo (neo)liberal, no con la intención de una crítica externa, no para atacar un enemigo que situaría fuera de mí, sino para mostrar desde dentro por qué deberíamos ir más lejos, por qué deberíamos redefinir nuestro ser individual, precisamente en aquellas características más básicas.

Creo sinceramente que la propia idea de “enemigo” es un error, que no hay enemigos, sólo personas diferentes, personas que piensan diferente, y que seguramente tienen miedo cuando se aferran a sus privilegios, o cuando defienden con violencia una identidad y unos valores culturales que sienten en peligro. Pienso que si conseguimos eliminar el miedo, o al menos marginar a aquellos pocos que viven del miedo, todos los seres humanos estarían dispuestos a trabajar juntos por el bien de todos. El miedo es nuestro único enemigo y no se combate con más miedo, con violencia o agresión. El miedo recula ante la compasión, el amor y la apertura sincera y profunda ante lo diferente.

Ni somos tan iguales ni nos importa

De qué igualdad podemos presumir

Desde el individualismo moderno, liberal y socialista, se dice que todos los seres humanos somos iguales. Como es evidente que, por nacimiento, no somos “económicamente” iguales, sino que hay enormes diferencias entre países y entre familias de un mismo país, se rediseña la frase anterior para ajustarla a una pretendida igualdad de derechos y oportunidades. Esto es lo que afirma la Declaración Universal de los Derechos Humanos en su Artículo 1: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”. Es decir, de partida no somos iguales, pero al menos intentaremos que todos tengamos las mismas oportunidades, que seamos iguales en oportunidades y derechos. Así, un objetivo pretendidamente prioritario de toda democracia liberal es garantizar la igualdad de oportunidades.

El primer motivo de sospecha sobre esta pretensión igualitaria es que cuando se pasa de las grandes declaraciones a la realidad concreta de cada país, ningún gobierno se atreve a decir que esta igualdad ha de ser para todas las personas que pueblan la Tierra, se limitan estrictamente a afirmar la igualdad para sus propios ciudadanos. Aquellos que han tenido la suerte de nacer en alguno de los ricos países occidentales, o hacerse con una carta de ciudadanía, pueden disfrutar de todos los derechos y todas las ventajas que ello conlleva. Quienes viven en países pobres o han entrado clandestinamente en la fortaleza occidental, inmigrantes o desplazados por nuestras políticas de libre comercio, ni siquiera pueden esperar ser tratados con igual consideración que sus vecinos.

En segundo lugar, y a pesar de las buenas intenciones, cualquier sociólogo sabe que este derecho resulta en la práctica imposible de aplicar a la propia ciudadanía. Todo el sistema social está pensado para una transmisión hereditaria de los privilegios, para su propia reproducción. Quien nace en el seno de una familia pudiente, tiene todos los puntos para una vida cómoda y sin dificultades, para recibir una buena educación, encontrar un buen empleo, emprender un negocio propio, viajar y disfrutar del tiempo de ocio. Quien, por el contrario, nace en una familia pobre, aun dentro de un país rico, no va a encontrar más que barreras en su vida. Es cierto que, con apoyo social, algunas personas consiguen superar dichas barreras y hacerse con un hueco entre la clase media pudiente, pero para la mayoría tales barreras se revelan infranqueables y su destino es conocido: en el mejor de los casos, mano de obra barata; en el peor, una vida agobiada entre el desempleo y la delincuencia.

Si nos situamos en una escala global, la situación es todavía más lacerante. ¿De qué igualdad podemos presumir cuando más de la mitad de la población mundial vive en la pobreza (sin alimentos, sin agua potable, sin una vivienda decente, sin recursos básicos de salud...) y sin posibilidades de salir de ella, cuando el 20% de la población concentra en sus manos el 80% de la riqueza producida y unos pocos multimillonarios manejan presupuestos que superan a países enteros? ¿No resulta lamentable

que en los últimos 10 años, que han visto un crecimiento espectacular de la economía mundial, la desigualdad social no sólo no se haya reducido, sino que haya aumentado?

¿Qué valor tiene un dólar?

El problema de la desigualdad económica, sin entrar de momento en consideraciones ecológicas que afectan al planeta Tierra en su conjunto, no está en que haya gente más o menos rica, ni países más o menos ricos. Allá cada cual con sus necesidades y prioridades vitales. El dinero y la riqueza material aportan poco al bienestar y, desde luego, no son suficientes para colmar mis necesidades personales. Mis necesidades son otras, las necesidades de mucha gente que vive en países considerados pobres pueden ser también otras. El problema está en cómo una persona o un país se hacen ricos, cuál es el origen de su riqueza. Ahí es donde suele estar la injusticia. Pues es bien sabido que, en muchos casos, esa riqueza está basada en una historia de explotación, de especulación, de colonización o invasión, de enajenamiento del trabajo y recursos de otros.

Para mí no es un dato relevante que dos mil millones de personas en el mundo vivan con menos de un dólar diario. Eso no significa nada. Si todas esas personas pudieran organizarse en pequeñas comunidades autosuficientes, con los conocimientos y capacidad para utilizar sus recursos locales de la mejor manera posible, interrelacionadas para intercambiar información, apoyo y recursos en caso necesario, ¿cuál sería el valor de un dólar? Ninguno. Un dólar no significaría nada. Pero claro, si queremos que esas personas vivan como nosotros, consuman lo que nosotros producimos, trabajen para nosotros, si nos apoderamos de sus recursos en nombre del libre comercio, si les dejamos sin un conocimiento ancestral en el que basaban su vida y con el que resolvían sus problemas y les vendemos nuestra tecnología puntera como única manera de hacer las cosas, entonces sí, entonces los hemos convertido en los seres más pobres del planeta.

La injusticia no está en que esta gente disponga de un sólo dólar diario para vivir, podrían pasar perfectamente del dinero. Está en que, en nombre del progreso, les hemos robado su cultura, sus conocimientos ancestrales, y les robamos ahora sus recursos naturales para producir una tecnología que después les imponemos a precio de oro. Y repito, no vale decir la culpa es del gobierno o de las grandes corporaciones. Todos nos beneficiamos, y aceptamos pasivamente, una riqueza que, en gran parte, se basa en un trabajo y unos recursos ajenos, en el trabajo y recursos de personas que viven con menos de un dólar diario. Hay que ser un poco ciegos para no darse cuenta que mucho del dinero, de nuestro dinero, que ponemos en el banco, se invierte en proyectos controlados por grandes multinacionales en países en desarrollo. Cuando reclamamos nuestros intereses, estamos simplemente pidiendo que se nos dé una parte del trabajo hecho por personas que apenas cuentan con un dólar diario para sobrevivir.

¿Qué podemos hacer?

Contra la desigualdad no creo que la solución consista en imponer una ficticia igualdad desde arriba —¿quién podría estar capacitado para ello?—. Me parece importante que cada comunidad local o regional se organice y decida autónomamente cómo quiere resolver el problema de la redistribución de la riqueza y garantizar una verdadera igualdad de derechos y oportunidades para todos, sin que esta solución venga impuesta por un Estado o Imperio absolutista y centralizado. La igualdad no puede consistir en que todos vivamos con el nivel de vida occidental, a todas luces insostenible, sino simplemente permitir que cada comunidad, cada biorregión se organice como así decida, haciendo un uso sostenible de sus recursos y compartiendo conocimientos; permitir que cada comunidad, cada biorregión participe en igualdad de condiciones en un mercado regulado de intercambio de productos y bienes con que garantizar abastecimientos básicos; permitir que el saber sea patrimonio de la humanidad y a libre disposición de todas las comunidades; demostrar una solidaridad real con las comunidades afectadas por desastres naturales, acudiendo en su ayuda cuando nos lo piden y no cuando nos interesa, etc.

Como veremos más adelante, la calidad de vida no depende únicamente del nivel material de vida, sino de factores subjetivos igualmente importantes. Cada persona, cada grupo o comunidad, deben decidir por sí mismos cuáles son sus necesidades y de qué manera pueden utilizar sus recursos y conocimientos para satisfacer tales necesidades y gozar de una buena calidad de vida, aunque sea con un dólar diario. No tiene por tanto sentido quitar a unos para dar otros cuando las necesidades son muy diferentes. Nuestra contribución, como occidentales, a reparar la creciente desigualdad económica y social existente en el mundo ha de venir por otro lado.

En primer lugar, los occidentales debemos aprender a vivir de una manera más sostenible, reducir nuestro impacto en la naturaleza, aprovechar de una manera más eficiente nuestros recursos, ser más autosuficientes, mejorar nuestra calidad de vida y reducir nuestro nivel material de vida. Se trata de un cambio en nuestra forma de pensamiento, en la manera en que entendemos nuestras necesidades, al punto de hacer inútil el imparable deseo actual de producir y poseer, y poder vivir por tanto con nuestros propios recursos sin necesidad de expoliar los recursos de otros. Como vengo diciendo desde el principio ha de ser un cambio individual y colectivo. Cada uno de nosotros podemos empezar a vivir de una manera más sostenible, reduciendo nuestro consumo de energía y reduciendo nuestras necesidades materiales. Nuestro pequeño cambio supondrá utilizar menos recursos, y en particular los recursos que vienen de otros países, que podrán así ser utilizados por sus legítimos propietarios, pero sólo con un cambio colectivo, el impacto de nuestra acción será realmente determinante.

En segundo lugar, otra forma de contribuir a reducir la desigualdad es aumentar nuestra conciencia económica —qué es la economía, para qué la necesitamos, para qué sirve el dinero, cómo funciona, cómo funcionan las empresas capitalistas, para qué trabajamos, cuál es el papel de los bancos, cómo utilizamos los recursos naturales, qué significa el desarrollo, etc.— Sólo cuando seamos capaces de responder a estas cuestiones, descubriremos nuestra capacidad real para influir en el desarrollo económico actual y contribuir a mitigar la desigualdad social. Sin este conocimiento, nuestra respuesta es limitada. Pedimos cambios al gobierno de turno, sin querer reconocer que vivimos en una sociedad que ha dejado la economía en manos de individuos privados, en última instancia, en nuestras propias manos. Es cierto que los gobiernos de los países occidentales tienen una gran responsabilidad en el aumento de la desigualdad y que podemos y debemos exigir que tomen medidas correctoras, pero sinceramente creo que la clave no está ahí, está más bien en nuestra capacidad para organizarnos y reconducir el sistema económico desde nuestra privilegiada posición de trabajadores (organizados, sindicatos, concienciados), consumidores (responsables, exigentes) y también, cómo no, como emprendedores (empresas verdes y solidarias), comerciantes (comercio justo y responsable) y banqueros (financiación solidaria y monedas complementarias).

En ambos casos, podemos esperar a que nuestros gobernantes den los pasos esperados y fuercen un cambio necesario, o podemos ponernos a darlos nosotros mismos y predicar con nuestro ejemplo. Ni siquiera es necesario que todo el mundo dé los mismos pasos, ni es necesario procurar el cambio por la fuerza. Se trata de un cambio de actitud y de conciencia, para el que no sólo basta saber lo que hay que hacer y pedir a otros que lo hagan, sino integrar ese saber en nuestro ser, en nuestra forma de vida y mostrar a otros lo que estamos haciendo. Basta que poco a poco haya más personas conscientes de las implicaciones económicas de sus actos, conscientes de cuáles son sus necesidades reales, y dispuestas a poner en práctica sus conocimientos, adoptando una forma de vida distinta, más consciente, más sostenible; invitando a otras personas a cambiar igualmente su forma de vida; apoyando aquellos grupos y organizaciones económicas, sociales y políticas que apuestan decididamente por la sostenibilidad, para que se pueda apreciar un decisivo impacto en el problema de la desigualdad en el mundo.

El lado oscuro de la libertad

¿Ser libres para morir de hambre?

La libertad es, dentro del modelo liberal, la característica más importante del ser humano. Tal vez no seamos iguales, pero somos libres. “Todos los seres humanos nacen libres”. En la práctica, esta afirmación es tan falsa como la pretendida igualdad. No sólo es falsa porque existen países no democráticos en los que no se respetan las libertades individuales, en los que se encarcela, tortura o elimina a quienes se oponen, con su voz o con sus actos, a los desmanes del poder. Ni es sólo falsa porque esto mismo ocurre en países democráticos, como Amnistía Internacional nos recuerda cada año en su exhaustivo informe sobre el tema.

Es falsa porque, en primer lugar, en un mundo en el que una importante parte de la población vive en la pobreza, o en una situación de conflicto, represión o guerra, la libertad individual no significa nada. ¿Qué puede significar ser libre cuando tu voz de queja, lamento o llanto no es escuchada por nadie; cuando tu acción de rebeldía, de levantamiento y protesta contra una situación que te condena a una vida miserable, es castigada por quienes dicen preocuparse por ti? ¿Qué significa ser libre para morir de hambre, o atravesado por las balas de quienes dicen venir a liberarte?

Es falsa porque, incluso en los países ricos y democráticos, las libertades políticas tienen unos límites claros marcados por quienes detentan ciertos privilegios. Una persona puede pensar lo que quiera y expresar lo que quiera, siempre y cuando no cuestione, por ejemplo, la existencia de privilegios económicos ligados a la posesión de la tierra o del capital; o la existencia de ciertos valores, actitudes y normas sociales que mantienen el espíritu patriarcal de nuestra sociedad; o el carácter tramposo de un mercado que obliga a todos a participar a sabiendas de que muchos no tienen nada que ganar y sí mucho que perder, o la artificialidad de un Estado-nación que históricamente nace de la violencia ejercida sobre antiguos pueblos y comunidades. Cuando se trata de sacar a la luz ciertos privilegios arraigados, la libertad de expresión se encoge, y quien se atreve a cuestionarlos, se arriesga a perder su libertad.

El sueño de llegar a ser alguien

Es falsa igualmente la idea de que una persona es libre para elegir su vida, pues de nuevo, esto depende de tus oportunidades de partida. El sueño liberal hace creer a muchas personas que con su esfuerzo pueden llegar a lo más alto, que basta una dedicación y convencimiento absolutos para conseguir lo que uno se propone. Este sueño se alimenta continuamente con la exageración publicitaria de los pocos casos de personas que lo consiguen. Estos casos se venden como un modelo a imitar, se recopilan sus historias en libros y en documentales, se enseñan a todos los niños desde muy temprano, se les anima a seguir su ejemplo. Pero en realidad, lo único que se consigue es fomentar la competitividad y la insolidaridad, encaminar a las personas hacia un imposible esfuerzo individual para salir adelante, esfuerzo en el que el otro se ve como un competidor, no como la persona que nos podría ayudar, que podría hacer más fácil nuestra vida.

Lo que la publicidad no dice es que la mayoría de las personas no llega nunca a realizar sus sueños, entre otras cosas porque son sueños imposibles. Algunas aprenden a conformarse con lo que tienen —un trabajo, una familia, una casa...—, otras sienten una frustración permanente, una gran insatisfacción que les acompaña toda la vida. Después de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio, terminan por reconocer que nunca van a ser nadie en esa carrera en la que alguien les obligó a participar. Se sienten agobiados, deprimidos, incluso físicamente enfermos, por una vida que no les satisface, que no responde a lo que les habían prometido.

¿Quién no ha participado alguna vez de este sueño? ¿quién no se ha dejado alguna vez llevar por la ambición con el fin de sobresalir y alcanzar una situación de privilegio? El modelo liberal valora positivamente la ambición. Sólo con ambición podemos ejercer nuestra libertad individual, sólo quien tiene ambición se molesta seriamente en elegir su vida. La ambición entra, de esta manera, a formar parte de las características del individuo moderno. El mundo está hecho para las personas ambiciosas.

Quien carece de ambición está condenado a una vida triste y miserable. La ambición, para los liberales, no es en sí misma buena ni mala. El problema de la ambición, afirman, no está en el deseo de prosperar, ni en la inquietud sana por aspirar a un mejor nivel de vida, sino en llegar a convertir la propia existencia en lucha, violencia y actividad febril en busca de riqueza o poder personal. Es importante pues desarrollar una ambición sana en las personas, enseñarles a ser ambiciosas, a luchar por lo que quieren. El progreso, el conocimiento, la innovación tecnológica, la riqueza, el arte, todo ello crece con la ambición, con una ambición sana por conocer, por innovar, por producir riqueza, por crear, de la que todos nos beneficiamos.

Por muy atractivo que parezca este cuento, contiene algunos problemas de difícil solución. En primer lugar, no veo cómo separar la llamada ambición sana de la insana. ¿Dónde están los límites y quién los pone? Tal vez una persona puede poner límites individuales a su propia ambición, pero ¿quién pone los límites a una sociedad en su conjunto? Hasta ahora no parece que haya habido nadie capaz de poner límites a los ambiciosos excesos de la sociedad occidental. La ambición, como fenómeno social, nos ha llevado a cambiar el clima, alterar la capa de ozono, acabar con la biodiversidad, destruir los bosques, contaminar los ríos, continuar con la explotación del ser humano, acabar con la diversidad cultural y con pueblos enteros, etc. Me parece que esta lista de consecuencias es suficientemente explícita como para cuestionarnos si realmente necesitamos fomentar la ambición en nuestros hijos.

En segundo lugar, no veo cómo separar ambición y competición, ambición y deseo de poder. Para un individuo autónomo, que cree bastarse por sí mismo para salir adelante, la ambición es precisamente la fuerza que le lleva a situarse por encima de otros individuos, a hacerse con un poder —económico, político, carismático— que podrá utilizar en su propio beneficio. No importa que su aspiración sea tan simple como alcanzar una vida cómoda y estable. En el momento que esa aspiración se entiende como un deseo individual, esa persona habrá estado compitiendo con otras personas, habrá estado luchando para hacerse con una pequeña parcela de poder. Y lo que haya conseguido de esta manera, insisto, por muy pequeño que sea, siempre habrá sido en detrimento de otras personas. Cuando el simple hecho de vivir se plantea de manera individual, confiando cada uno en sus fuerzas, permitiendo que cada individuo desarrolle sus ambiciones personales, la consecuencia necesaria es la competición, la lucha por el poder, el reconocimiento del otro como un obstáculo, más aún como un enemigo.

La ambición nace de la fragmentación

La ambición puede ser para muchos una característica del individuo moderno liberal, pero sin duda no es un rasgo esencial del ser humano. Sólo se justifica su necesidad desde la perspectiva de un individuo autónomo, prácticamente aislado, que se ve en la obligación de tener que sacar adelante su vida por sí mismo, sin esperar ningún apoyo externo. Resulta inútil para un ser en comunidad, un ser en conexión con otros seres dispuestos a dar su apoyo y a enfrentar juntos los problemas de la existencia.

Desde esta nueva perspectiva, la ambición no es un motor necesario para el crecimiento del ser humano. Tal vez sea el motor del crecimiento económico de la sociedad actual, pero dadas sus consecuencias sobre la naturaleza y el conjunto de los seres vivos, deberíamos ser muy prudentes sobre la necesidad de este tipo de progreso. Y desde luego, no creo que sea la ambición lo que mueve el interés de las personas por el conocimiento, por la ciencia, por la innovación tecnológica, por la creación artística, por la dedicación a los demás, por el establecimiento de redes, por difundir la paz, la solidaridad y el amor universal... Ni siquiera creo que lo sea para algunas personas con una gran capacidad emprendedora y con una enorme visión para los negocios.

Ninguno de estos actos es consecuencia de un impulso puramente personal, y aunque estas componentes puedan estar presentes, no nacen de la vanidad ni de la ambición —tampoco del altruismo ni del amor desinteresado—. Son más bien un producto necesario, el resultado de un deseo de lo que es por hacerse presente, por manifestarse. El deseo no nace en las personas, simplemente las atraviesa. El deseo, a su vez, acompaña una determinada idea, una concreta representación del mundo, en forma de potencia por manifestarse completamente, por llegar a ser. Los occidentales

estamos atrapados en una particular representación del mundo que funciona con su propia dinámica, que nos lleva a ir cada vez más lejos, a explorar sin freno los límites de todo lo que se puede conocer. Esa es la fuente del deseo, una idea que pugna por manifestarse plenamente, una idea que nos tiene aprisionados y que cuanto más se expande, más socava nuestra capacidad para escapar de ella. La característica fundamental de esta idea, de esta gran representación en la que basamos todo nuestro saber se llama separación, desconexión, fragmentación. El individuo moderno, su necesaria ambición, sólo son subproductos de esta gran idea.

El mito del libre mercado

Por otra parte, la idea de libertad, además de ser falsa en muchos sentidos, esconde también descarados privilegios y trágicas injusticias, especialmente cuando se presenta en la forma de libertad de mercado. ¿Cómo se puede defender la libertad de mercado, obligar incluso a países enteros a abrir sus mercados, cuando existe una clarísima desigualdad de partida, cuando el mercado está controlado por unos pocos grupos de interés, por unos pocos países? ¿Cómo se puede llegar a creer que el mercado liberal es la mejor manera de distribuir la riqueza producida socialmente, cuando una y otra vez resulta evidente que sólo favorece a unas pocas personas, a unos pocos países, que se enriquecen sin medida, mientras otras se llevan migajas por más y más horas de trabajo? Una comunidad, que realmente quiere considerarse como tal, no puede dejar abandonados a algunos de sus miembros, simplemente porque no saben o no quieren prestarse al juego de vender su vida por unas migajas en un mercado trampeado para beneficio de otros. La seguridad económica de todos y cada uno de los miembros de una comunidad debería ser más importante que la libertad económica.

Desde mi punto de vista la idea de mercado no es mala en sí misma. Es una más de las posibles formas utilizadas por las sociedades primitivas para el intercambio de bienes y la redistribución de la riqueza colectiva. Más antigua que el capitalismo, ha coexistido junto a otras formas redistributivas como el potlach¹ o el comunismo de bienes. Desde la perspectiva de una comunidad basada en el individuo, el mercado, el intercambio libre de bienes y servicios, es posiblemente la manera más equilibrada de garantizar que cada persona reciba lo que necesita en justa proporción a lo que está dispuesta a dar. Pero evidentemente ha de reunir algunas condiciones básicas que garanticen un intercambio justo.

Desde la economía social y libertaria se han hecho interesantes propuestas encaminadas a asegurar una mayor justicia en un mercado libre. Entre otras, se sugiere

- no se mercadea con el trabajo: la gente, por libre, u organizada en empresas solidarias ofrece un producto o servicio en el mercado para el bien de la comunidad, no se vende como mano de obra barata,
- no se mercadea con la tierra y la naturaleza: la tierra no puede tener dueño, tiene valor en sí misma, es un bien colectivo, no se especula con la propiedad de la tierra ni con sus recursos,
- debe ser solidario con quienes no pueden participar en él, o sólo lo pueden hacer en inferioridad de condiciones por una falta clara de recursos propios, sean personas o comunidades enteras,
- se limita principalmente a los intercambios locales, y se considera un medio al servicio de la comunidad, y no a la inversa.

Un mercado con estas características permite que cada persona satisfaga sus necesidades y expectativas, a la vez que contribuye dando lo mejor de sí a la creación de riqueza social, de la que también se beneficia indirectamente. Es necesario trabajar para ganarse la vida, pero si el trabajo está encaminado a producir riqueza social, y no sólo motivado en nuestro propio interés, podemos conseguir mucho más con mucho menos trabajo, es decir podemos vivir mejor.

¹ Potlach es un término utilizado en antropología para describir una forma de distribución basada en el dar. Las sociedades como la nuestra viven de la acumulación de lo que producen, vigilan este excedente de forma celosa. En cambio, cuando hablamos de Potlach nos referimos a los experimentos históricos basados en el gasto improductivo, en la celebración de la abundancia y el derroche. Algo de esto está presente en nosotros en algunos de nuestros más bellos ritos: el sexo, el banquete, el baile...

El coste de ser autónomos

Cuidado con las malas compañías

El modelo liberal afirma igualmente la autonomía moral del ser humano, su capacidad para determinar lo que está bien y lo que está mal, y para actuar libremente de acuerdo con dicho saber. Elige libremente lo que quiere hacer y sabe si lo que hace está bien o está mal. Sabe, o debería saber que si hace el bien puede ser recompensado, mientras que si hace el mal será castigado. El problema que se plantea aquí es de dónde surge este saber, puesto que de acuerdo a la moral liberal este saber no puede deberse a la cultura en la que el individuo nace —al menos, no completamente—, la única opción es que viene de dentro del propio individuo. Es un saber que el individuo liberal encuentra en la introspección de sí mismo, en el encuentro íntimo que establece con Dios, según unos, o con un conjunto universal de valores, con una esencia pura de la propia humanidad, según otros.

Si aceptáramos que el individuo no es completamente autónomo, que su saber sobre el bien y el mal es un saber aprendido, asimilado a partir de las convenciones culturales y normas sociales del grupo social en el que una persona nace, deberíamos aceptar también que la sociedad tiene alguna responsabilidad sobre los comportamientos individuales de sus miembros. Lo que a su vez haría difícil la idea de recompensa o castigo, tan querida para el pensamiento liberal. Es necesario mantener pues la autonomía moral del individuo, y aunque sea necesario aceptar una cierta influencia social, la responsabilidad última, la elección última siempre es individual.

La idea es simple: los amigos pueden ser una mala influencia, pero la decisión de seguir con ellos o dejarlos siempre es cosa de cada uno, es una elección de íntima conciencia. Si te relacionas con “malas compañías”, asume las consecuencias. Si vives en un barrio de chabolas de una gran ciudad, con unas condiciones de vida miserables, sin ningún apoyo ni asistencia por parte del Estado, donde la comunidad está ausente, donde la mitad de la población se gana la vida con actividades de dudosa legalidad, donde los únicos “amigos”, las únicas personas que te dan apoyo económico y afectivo son tratados como delincuentes..., tú siempre puedes elegir seguir con ellos o no, has de saber y te ha de quedar claro que si te relacionas con malas compañías, la única responsabilidad es tuya, pues tú sabes que lo que haces no está bien. Y si no lo sabes, añaden los liberales, deberías de saberlo.

¿Qué hacer con los que no saben?

No es mi intención entrar aquí en un profundo debate sobre el tema moral, de por sí complejo. Mi única pretensión es señalar algunas de las inconsistencias asociadas con la idea de un individuo completamente libre y autónomo. Lo cierto es que en este tema, sólo las personas con fuertes creencias religiosas han encontrado una respuesta simple a algo tan complejo: las normas morales emanan directamente de nuestro conocimiento de Dios, expresado, entre otros sitios, en libros como la Biblia, el Corán, el Talmud, etc. No son fruto de convenciones sociales y por tanto no se transmiten en el proceso de socialización. El individuo debería ser capaz de encontrarlas dentro de sí mismo, en la relación íntima que establece con Dios. Y si no es capaz, entonces debe asumir la guía de quien sí sabe interpretar los designios divinos.

¿Qué pasa en una sociedad liberal con aquellas personas que, o bien no mantienen ninguna relación con Dios, o bien se relacionan con un Dios que no les da ninguna pista sobre lo que está bien y lo que está mal? Y ¿qué pasa si alguien, como fruto de esa introspección interna individual se reconoce, y reconoce como justo y bueno, el ser homosexual, el poder abortar, o querer morir dignamente?

El pensamiento liberal está dividido en este punto. Los conservadores, defensores del libre mercado pero con fuertes creencias morales y religiosas, querrían regular los comportamientos individuales desviados, e imponer por la fuerza (de la ley) sus puntos de vista. Los liberales, los que creen honestamente en la idea de un individuo libre y autónomo, quieren extender esta libertad a todo aquello que ese individuo pueda y quiera hacer con su cuerpo, a todo lo que ese individuo pueda y quiera ser.

Ambas respuestas parten, sin embargo, de la idea común de un individuo autónomo, idea que es en sí misma la fuente de muchos de estos problemas morales. Al final, en una sociedad democrática liberal, estas divergencias se resuelven por la simple regla de la mayoría. La mayoría impone su ley. En algunos casos, y en algunos países, la situación entre diferentes opciones está tan igualada que, al menos todo el mundo es consciente del problema y se debate públicamente. En otros casos, en otros países, la mayoría es tan aplastante que llega a considerar que su forma de ver las cosas es la natural. Los que piensan de otra manera no sólo están equivocados, no sólo han de enfrentarse al castigo determinado por la ley, su propia existencia es una provocación social, un atentado contra las buenas costumbres.

Apegos incuestionados

Los grandes temas morales que dividen a la sociedad en mayorías y minorías, en opresores y oprimidos, no son una excepción en nuestro comportamiento grupal. En todo grupo, por pequeño que sea, y en relación a cualquier tema, se suele establecer una mayoría que considera su opinión como la más acertada, como la única verdadera, y que por ser mayoría, trata de imponer sus criterios a una minoría que, en muchos casos, se siente ignorada, marginada o abusada. A su vez, también en muchos casos, la minoría abusa de la mayoría, explotando públicamente su victimismo, cuando no entrando en un peligroso juego de sabotaje y terrorismo.

Casi siempre el problema reside en nuestro apego incuestionado a unos pensamientos, unas ideas que hacemos nuestras, hasta el punto de llegar a identificarnos completamente con ellas y pensar que sin ellas no seremos nosotros, y que nos dicen lo que es justo y verdadero, nos presentan la verdad como la única verdad, nuestra verdad. De nuevo estamos asumiendo, inconscientemente, la esencia del individuo moderno, un individuo que encuentra la verdad en sí mismo, en vez de reconocerla en el interrumpido diálogo que posibilita la comunicación, en el espacio de encuentro que abrimos juntos a todas las voces, sin presuposiciones, sin prejuicios, sin tiempo.

Un individuo privado de todo

La privacidad es otra característica fundamental del individuo moderno liberal. Tiene dos componentes: propiedad privada y vida privada. En relación con la primera, puedo entender que las personas necesitan poseer cosas como una manera de satisfacer su necesidad de seguridad, de estabilidad emocional e incluso de autoestima. El hecho de poder decir esto es mío parece reforzar, gracias a la presencia material de algo externo, la estabilidad de un yo interno que tiende con frecuencia a difuminarse. Tal vez sea incapaz de reconocerse en lo que soy por mi mismo, tal vez no tenga muy clara mi identidad, pero al menos me puedo reconocer en lo que tengo fuera de mí, puedo mostrar a los otros lo que tengo para que se hagan una idea de lo que soy. De nuevo, esta forma de ver las cosas sólo es posible desde la idea de un individuo aislado y desconectado del resto del mundo, un individuo que por desconocer su esencia relacional, debe construir una identidad basada en el tener.

En cuanto a la segunda, reconociendo que la intimidad es necesaria y que por tanto hay un ámbito de nuestro ser relacional que queremos mantener fuera del alcance del colectivo, el principal problema que se plantea es qué hacer cuando la vida privada contiene comportamientos y actitudes que responden a claros patrones de dominación, que acarreen abusos para algún miembro familiar o que tienen consecuencias muy negativas sobre el entorno y por tanto sobre el conjunto del planeta. ¿Podemos mantener una respuesta del tipo “yo en mi casa hago lo que quiero” mientras criticamos estructuras represivas o con un gran impacto ambiental?

Una identidad que no se tiene

Construir una identidad, un ser, a partir de un tener presenta problemas muy serios que no podemos pasar por alto. En primer lugar, el tener no tiene límites. Cuanto más se tiene, más se quiere

tener, especialmente si se utiliza el valor de lo que se tiene como una forma de diferenciación social, como señala J. Baudrillard en su libro *La société de consommation*. La identidad así construida es por tanto frágil y está sometida a una gran presión para tener más. Cuando todo el mundo tiene lo mismo, es necesario tener más para seguir siendo diferente. Si ya tienes un coche, necesitas otro coche mejor. Si ya tienes una casa, buscas una casa más grande y más lujosa. Esta aparente necesidad por tener cosas que llegamos a considerar imprescindibles nos obliga a trabajar más y más, sin que en ningún momento se interrumpa el deseo, sometiendo nuestras vidas y nuestro cuerpo a un enorme estrés y agotamiento.

En segundo lugar, una identidad basada en el tener está fuertemente sometida al miedo de perder lo que se tiene, creando así un enorme sentimiento de inseguridad, que se acaba imponiendo a la relativa seguridad que da el tener cosas. Si todo el mundo tuviera lo mismo, o al menos tuviera acceso a las mismas cosas cuando las necesitara, nadie desearía lo que otros tienen, y se arreglaría de una manera simple y elegante el problema de la inseguridad. Pero como baso mi identidad en lo que tengo, y no en lo que soy o puedo llegar a ser, la única forma que tengo de diferenciarme de los demás es, precisamente, por tener algo que los otros no tienen. Entonces, si yo quiero ser diferente, ¿cómo voy a permitir que los demás tengan lo que tengo yo, lo que a mi me ha costado tanto esfuerzo tener? Prefiero trabajar aún más duro para proteger lo que tengo, para crear una barrera alrededor de lo mío, y que los demás se busquen la vida. Yo no sé si la gente que sigue el simple razonamiento anterior es consciente de lo que supone. Por no querer compartir una serie de cosas con un grupo de personas, que según ellos no las merecen, se construye un complejísimo sistema de seguridad, que incluye guardias de seguridad, policías, cuerpos especiales, ejército, etc., que sin duda supone un gasto mucho más elevado que lo que costaría repartir un poquito mejor lo que se tiene, y que posiblemente ocupa a más personas que aquellas que son una amenaza para nuestra seguridad. Soy consciente de que la existencia de todos estos cuerpos de seguridad responde a otros intereses, en último lugar a su propia autopropagación —si no hay nada que amenaza la seguridad, se encargan ellos mismos de crear la amenaza—, pero entonces debemos preguntarnos qué solución queremos dar al tema de la inseguridad. Si realmente la seguridad es una prioridad para nosotros, entonces repartamos mejor lo que tenemos.

En tercer lugar, si todo el mundo quiere tener lo mismo, o precisamente por eso, es necesario producir constantemente cosas, en la mayoría de los casos objetos perfectamente inútiles que no aportan nada al bienestar de la gente, pero que contribuyen a agotar los recursos naturales y a la destrucción de la naturaleza. Producimos mucho más de lo necesario, dedicamos una enorme energía a la producción, cuando todo ese esfuerzo se podría dedicar a satisfacer otras necesidades básicas del ser humano que no requieren tener cosas, y a las que no estamos prestando debida atención. Sé que muchas personas en el mundo no tienen lo necesario para una vida digna, pero lo que necesitan es algo que deben determinar ellos, de acuerdo con su propia cultura y saber, buscando la tecnología más apropiada para cada caso particular; no es algo que debamos imponerles nosotros, con un claro interés por aumentar mercados para nuestros cacharros.

El drama de privatizar la Tierra

Por último, pero no por ello menos importante, cuando el tener se extiende a la propia tierra, crea unos privilegios que resultan difíciles de mantener, especialmente en un mundo en el que vivimos más de seis mil millones de personas. ¿Cómo pueden pensar los grandes propietarios de la tierra que los que no tienen nada, ni siquiera un cacho de tierra que cultivar, se van a quedar tranquilos, hambrientos, mientras unas pocas personas disponen de mucha más tierra de la que necesitan para vivir? ¿cómo pueden pensar que aquellos que fueron desalojados de sus tierras por la fuerza, en ese enorme proceso de pillaje que fue la colonización occidental, se van a quedar quietos y no reclamar lo que les corresponde históricamente? ¿cómo puede alguien defender seriamente la propiedad de la tierra, cuando todo el mundo sabe cuál es su origen?

El gigantesco proceso de acumulación de capital que se ha producido en los últimos años está agravando, aún más si cabe, el problema de los desposeídos de la tierra. La desigualdad económica

entre los países desarrollados y el resto del mundo es actualmente tan grande que cualquier occidental, tú y yo, nos podemos permitir el lujo de comprar tierras en atractivos países en desarrollo, seguro que con la mejor intención del mundo, para sacar adelante proyectos maravillosos, pero contribuyendo con ello a hacer más difícil el acceso a esas mismas tierras a la gente local, a los pueblos indígenas que las han ocupado desde siempre y que no disponen del dinero necesario para “comprar” lo que moralmente ya es suyo. Para quien quiera participar en un atractivo proyecto en estos países, mi recomendación es que ponga su dinero para la compra colectiva de tierras que luego se ceden a sus habitantes locales, sus verdaderos “propietarios”.

Lo curioso es que para estos pueblos expulsados de sus tierras, nunca ha existido esta idea de la propiedad de la tierra. La tierra no es de nadie, y menos de los seres humanos. Es un espacio de convivencia en el que participan por igual los seres humanos y el resto de seres vivos. No puede ser privado. Todos somos responsables de cada cachito de tierra. La privatización de la tierra, del agua dulce y salada, y hasta puede que pronto del propio aire que respiramos, es el mayor disparate en el que jamás nos hemos embarcado los seres humanos. Sus consecuencias son desastrosas, el origen de muchos de los conflictos actuales, y de seguir así, de otros que están por llegar.

La intimidad necesaria

Por último, quiero añadir un comentario sobre el espacio de privacidad reconocido en nuestra sociedad. Sin negar la necesidad de un espacio de intimidad para cada persona, ¿cómo de grande ha de ser dicho espacio? En Estados Unidos el ideal de mucha gente es un espacio muy grande, una casa enorme. En Europa llevamos la misma tendencia. ¿Es eso realista? ¿es necesario? ¿es justo? Las ciudades norteamericanas, basadas en la idea de que cada persona vive en su casa, con su jardín y su perro, ocupan extensiones inmensas, requieren un enorme gasto de energía, en calefacción y en desplazamientos, con una gran contaminación y una fuerte dependencia del coche. Es un modelo imposible de exportar al conjunto de la población mundial.

Tampoco es necesario. La misma libertad que se busca viviendo así, produce aislamiento y dependencia. ¿No es mejor, más práctico, vivir juntos, optimizar los recursos, no tener que desplazarse para trabajar o quedar con los amigos, recrear colectivamente el espacio, a la vez que reservamos un pequeño lugar para nuestros momentos de intimidad, para dar cancha libre a nuestras ansias individuales? ¿Por qué tenemos miedo de vivir con gente, de compartir nuestros espacios con la gente? ¿Qué tememos perder, qué nos pueden quitar?

Es triste esta idea de individuo privado, que sólo se reconoce en lo que tiene, que necesita poseer para encontrar una identidad, que anda desorientado cuando no está con sus cosas, que se vuelve agresivo cuando siente amenazadas sus propiedades, que ni siquiera puede vivir con lo que tiene y necesita lo que tienen los demás, que sólo se siente seguro en el silencio de su fortaleza, que sólo se relaciona con otros individuos como él para maximizar sus propios intereses, y que atrapado en sus miedos se pierde todo lo bueno que la vida le ofrece.

4. Del individuo liberal al individuo participante

La libertad como proceso liberador

Celebrar la libertad

En el capítulo anterior hemos visto como la igualdad, la libertad, la autonomía y los derechos individuales, todas ellas características relevantes del individuo moderno, tienen una parte oscura que es inseparable de su propia esencia. Por otra parte, en aquello que tienen de bueno, de momento, no son más que privilegios. Y tal vez no dejen nunca de serlo, tal y como han sido pensados. La libertad, en cualquiera de las formas entendida por el individualismo liberal, es mi privilegio. Yo, que he nacido en un país desarrollado, democrático, que soy hombre, heterosexual, con estudios universitarios, sólo yo tengo el privilegio de ser libre. Libre para decir lo que pienso, libre para elegir mi vida, libre para expresar mis preferencias sexuales, libre para proyectar, para emprender, para crear, libre para moverme sin dificultades por el mundo, para viajar y apreciar la inmensidad y riqueza de este planeta.

Es importante ser consciente de hasta qué punto la libertad es mi privilegio, algo que tengo que celebrar, porque sólo entonces estoy reconociendo también que otras personas carecen de ella. Si acepto mi libertad como algo dado, como algo que todos mis amigos, mis conocidos, las personas que me rodean, tienen; si no celebro mi libertad —es decir, si no soy consciente de que soy libre y pongo en ello toda mi atención—, entonces tal vez nunca me pare a pensar que otras personas en el mundo todavía luchan por ser libres, tal vez llegue a pensar que todo el mundo es libre, o peor aún, tal vez llegue a pensar que si no son libres es porque no saben o no quieren serlo.

Es importante que reconozca igualmente que la libertad, en tanto que liberación de todo poder u opresión externa, no es ningún atributo de la persona, es más bien una conquista colectiva. Es algo de lo que dispongo porque antes de mí otras muchas personas lucharon por ser libres y consiguieron liberarse de férreos yugos opresores. Si me descuido, si me despreocupo de mi libertad, si me olvido de que mi libertad es mía porque es de todos, si me vuelvo indiferente ante el grito de libertad de quien sufre la opresión, un día vendrán a por mí y no habrá nadie para salvarme². Celebrar la libertad es dejar claro en todo momento cuán afortunados somos por ser libres y reconocer al mismo tiempo que otras personas en el mundo todavía luchan por ser libres, y que su lucha es también nuestra lucha.

La opresión interna

Además de tener una componente externa, la libertad tiene una componente interna. La libertad no es sólo la liberación de la opresión externa, de las fuerzas que desde fuera de nosotros actúan opresivamente limitando nuestro ser. Existe otro tipo de opresión más sutil, una opresión que se produce dentro de nosotros, y de la que no somos conscientes. Es la opresión interna. Cuando en el pasado me he preguntado qué significaba para mí ser libre, para alguien que como yo se considera, al menos, libre de ataduras externas, la respuesta no ha sido nunca fácil. Siempre me ha parecido absurda la idea de que yo podía elegir mi vida, de que mis actos fueran el fruto de una meditada consideración de las posibilidades en juego y de una adecuada elección racional. Esta idea de que la libertad consiste en poder elegir en un abanico de posibilidades nunca me ha satisfecho. Siempre me ha inquietado el origen y forma de este abanico. Por otra parte, nunca me he creído que mi vida estuviera absolutamente determinada por las circunstancias o por los genes. Entre el determinismo

² “Primero vinieron por los judíos, y no dije nada, porque yo no era judío. Después vinieron por los comunistas, pero no dije nada porque yo no era un comunista. Luego vinieron por los obreros, y no dije nada porque yo no era ni obrero ni sindicalista. Luego vinieron por los católicos, y no dije nada porque yo era protestante. Y cuando finalmente vinieron a por mí, ya no quedaba nadie para protestar.”
Bertolt Brecht

absoluto y la libertad absoluta debía haber un punto medio, algo que me permitiera sentir participante de mi propio destino, a la vez que aceptaba su existencia.

Aunque volveré más adelante sobre este tema, con el tiempo he aprendido a ver ese abanico como lo que realmente es, un corsé, una limitación en nuestra aproximación al mundo, un conjunto de pensamientos, de ideas, de presuposiciones, de creencias, de prejuicios, que limitan mi forma de relacionarme, de acercarme a las gentes y a las cosas. Y que son también lo que soy en cada momento, constituyen mi personalidad, asumen mi identidad. Una vez que he sido consciente de este hecho, de la existencia de límites y barreras en mi ser, de la existencia de pensamientos, de emociones, de contenidos vivenciales arraigados en mi cuerpo y psique que condicionan mi apertura al mundo, que limitan mi acercamiento al otro, que bloquean mi conexión esencial con el todo, utilizando armas como el dolor, la frustración, el victimismo, la rabia, la tristeza o la depresión; entonces, y sólo entonces, he aprendido a vivir la libertad como una exploración de esos límites y barreras, como un deseo de liberación de toda opresión interna, como una necesaria atención a lo que ocurre en esos planos secundarios donde las fuerzas de la opresión entran en juego. Se trata de un mundo tan amplio, tan inabarcable, tan imposible de abrazar de una vez en la conciencia, que con cada cachito explorado, con cada bloqueo liberado, con cada pensamiento suspendido, uno siente una gran satisfacción y ve cómo se abren puertas hasta entonces inimaginables, puertas que no hacen sino aumentar nuestra potencia, nuestra capacidad para nuevas relaciones, nuestra interconexión con el mundo, en un proceso que parece no tener fin.

El compromiso con la comunidad

Como liberación de la opresión externa, la libertad nos permite expresar nuestra individualidad, nos permite mostrarnos tal como somos, sin necesidad de ocultarnos por miedo a ser castigados o maltratados. Y como liberación de la opresión interna, tan necesaria como la anterior, la libertad nos acerca a nuestro ser en comunidad, al romper los bloqueos y miedos que nos mantienen alejados del otro, que nos mantienen aislados en un mundo atomizado y fragmentado. La libertad no puede quedarse en el deseo individual de hacer lo que uno quiera. Sin conexión con el todo, sin compromiso con la comunidad que nos acoge y apoya, la libertad no es más que un sueño. En última instancia, es una libertad para privilegiados, un capricho en manos de algunas personas. No es un instrumento de liberación. No la necesitamos.

Para que el mundo sea más libre, para que todos seamos más libres, debemos atender a todas las voces, las voces de quienes desde fuera cuestionan nuestro ser, nuestra forma de actuar, y las voces que, desde dentro de nosotros, nos invitan a explorar nuestros límites, a superar nuestros bloqueos y tender puentes que restauran nuestras conexiones perdidas. La comunidad que viene será, sin duda, una comunidad de individuos libres, pero esta libertad no puede entenderse simplemente como la capacidad del individuo para elegir su propio destino, fuera de ataduras sociales y morales, sino como un necesario equilibrio en ese proceso de exploración de nuestro ser que se mueve entre el espacio interior de nuestros deseos y vivencias y el espacio exterior del colectivo en que éstas encuentran su verdadero sentido.

Antes que autonomía, consciencia

Sólo soy dueño de mis vivencias

Yo tengo claro que mis vivencias son mías, sólo mías, pues soy yo quien las ha vivido. En algunos casos, otras personas forman parte del lugar y momento histórico en que se han creado mis vivencias, otras personas estaban en el mismo lugar que yo, en el mismo instante. Estas personas tendrán sus propias vivencias de ese momento, y serán también tuyas. Compartimos la misma experiencia, pero las vivencias son diferentes, son de cada uno. Mis vivencias son distintas porque no se componen sólo de recuerdos más o menos claros de cómo las cosas fueron, están mediadas por mi manera de ver el

mundo, por mi propia disposición interna cuando ocurrieron, por el peso de mis emociones en ese momento, por la interpretación que de la experiencia vivida hicieron mis pensamientos, por la huella que dejaron en mi cuerpo. No me puedo desprender de mis vivencias porque son lo que soy, sin ellas no soy nada. Cuando mi propio ser se tambalea, cuando mi identidad presente se difumina, siempre me es posible agarrarme a alguna de las vivencias más determinantes y positivas que jalonan mi pasado, y sentir la seguridad que me transmiten, superar mis dudas, reencontrarme gracias a ellas conmigo mismo.

Durante mucho tiempo también pensé que mis ideas eran mías, que mis deseos eran míos, que mis sentimientos eran míos. ¿Cómo no podían ser míos, si era yo quien pensaba, quien deseaba, quien sentía? Pero lo cierto es, eso lo sé ahora, que sólo eran míos en tanto que parte de mis vivencias, no en sí mismos. Si es cierto que soy yo quien piensa, no es menos cierto que mi aportación no es más que una simple intención por pensar, intención que pone en marcha todo el sistema neurológico de mi cerebro, pero que se nutre de ideas que, por muy almacenadas que estén en mi memoria, vienen de afuera, se han introducido en mí a través de la educación y el aprendizaje, a través del estudio y del intercambio de conocimientos con otras personas, a través de mis vivencias reales.

Las ideas son parte de la cultura en la que vivo, yo sólo las he tomado prestadas. Incluso mis más arraigadas creencias, mis más profundos valores, aquellos con las que más me identifico y que, de alguna manera, definen mi personalidad, tampoco son míos, también los he cogido prestados. Yo sé que, en última instancia, podría prescindir de ellos y no por ello dejaría de ser. No podría prescindir de ellos en cuanto incorporados en mis vivencias personales, pero sí en cuanto valores abstractos o teóricos. En realidad, no hay, al menos teóricamente, nada en mí que me determine más allá de mis vivencias. Creencias, ideales, opiniones, valores, deseos, etc., planteados en abstracto, son sólo ideas de las que me puedo desprender o utilizar a conveniencia, sin poner en peligro mi identidad, basta con ser consciente de su existencia.

Lo que no quiere decir que sea fácil de hacer, pues en la medida en que se introducen en nuestro ser a través de muy concretas experiencias de aprendizaje, llegamos a identificarnos con ellos, llegamos a creer que somos esas ideas, esos valores, esos deseos. Quedan firmemente adheridos a nuestra piel, se convierten en nuestra piel. Por eso el proceso de desapego no es fácil. Primero es necesario reconocer que sólo son una capa adherida a nuestro ser interior, después hay que tirar con fuerza a sabiendas de que se producirán desgarrones, de que con cada creencia se nos va un trocito de nosotros mismos, de que nuestra piel interior se queda expuesta, desprotegida. Ya sé que alguno se preguntará si merece la pena este esfuerzo y el dolor que lo acompaña. Mi respuesta es que sí, que en ocasiones es además inevitable, y que el resultado es una mayor capacidad para conocer otros mundos, otras puertas se abren revelando conexiones que nos parecían imposibles.

Cuestionar valores y creencias

Lo que quiero decir con todo esto es que, primero, yo no sabría lo que está bien o lo que está mal, si es posible hablar con estos términos, de no haber adquirido tales nociones morales a partir de las convenciones establecidas en mi propia cultura, convenciones que me han sido útiles durante gran parte de mi vida; y, segundo, que puedo liberarme de esas mismas convenciones culturales a partir de un proceso de exploración de mi identidad individual y colectiva —en el que técnicas como la meditación o la reflexión introspectiva juegan sin duda un papel importante, pero no más que el conflicto y la interacción con los demás—, con el fin de aumentar mi grado de comprensión del mundo, mi conciencia de las cosas y, por qué no, ser más feliz. Es lo que yo llamo aprender a danzar con la vida.

Yo no me considero, pues, un individuo autónomo, no encuentro mis valores en mí mismo, ni en una relación distinguida con un Dios que los dicta en mi mente. Ni siquiera pienso que este proceso de exploración de mis propios límites, en el que ahora me veo inmerso, haya surgido de mí. Como resultado de un conjunto de vivencias personales en el seno de la cultura en la que nací, encontré unos valores, unas ideas, un ideal de vida que asumí como propio, hasta llegar a identificarme con todo ello, y aprendí a defender estas ideas como si me fuera la vida en ello, utilizando todos los mecanismos de defensa que los seres humanos hemos creado, desde la hiriente agresión de la palabra lanzada contra

otros hasta la práctica de un victimismo que se recreaba en el dolor. E igualmente, como resultado de otro conjunto de vivencias personales, en las que el conflicto ha jugado sin duda un papel determinante, he iniciado un proceso de conocimiento de mí mismo que me está llevando a explorar mis límites internos, a cuestionar mis valores y creencias, a la vez que trato de comprender mejor los mecanismos con los que interactúo con otras personas con el fin de favorecer la comunicación y el grado de conexión que experimento con el mundo.

Cuestionar mis valores y mis creencias, explorar mis límites y barreras, conocer mejor el ser que soy, que piensa, que desea, que siente, que se mueve..., no quiere decir que deje de tener creencias, valores, sentimientos, deseos, etc. Es más bien redefinir la relación que se establece entre mi ser consciente y cualquiera de mis otros seres (pensante, deseante, sintiente, etc.), con la idea de evitar una identificación fácil que me impida crecer, ir más lejos en la exploración de mi conciencia. Si me aferro a lo que pienso, si identifico mi esencia con mis valores y creencias, ¿cómo voy a aceptar los valores y creencias de los demás cuando son distintos a los míos? Si considero que mi forma de actuar o pensar está guiada por una inspiración divina, o contiene un carácter de verdad absoluta e incuestionable, ¿cómo voy a reaccionar cuando me encuentre con alguien que actúa o piensa de una forma distinta a la mía? Si pongo la esencia del ser humano en lo que yo pienso, valoro, deseo, siento o hago, ¿qué son entonces los otros, los que no piensan, valoran, desean, sienten o hacen lo mismo que yo? ¿no son humanos? ¿acabo con ellos?

El individuo consciente

La comunidad que viene no puede estar formada por individuos que se consideran a sí mismos autónomos, que saben por sí mismos lo que está bien o mal, que se nutren de una esencia implementada por un Dios ausente. Más que la autonomía y la esencia, lo que de verdad importa es ser conscientes. Un individuo consciente es un individuo con capacidad para explorar sus límites y recomponer su identidad en cada encuentro, en cada interacción con el otro. Es un individuo capaz de acoger otras voces en su ser, sin por ello ver amenazada su identidad. Es un individuo cuya felicidad no depende de la consecución de sus propios ideales, sino que la halla en el propio discurrir de las cosas. Un individuo consciente es un individuo que vive la comunidad como parte de su propio crecimiento, un individuo que participa del espacio común que se crea entre todos.

Vivir en comunidad es, para un individuo consciente, vivir permanentemente en un proceso en el que nuestra identidad, nuestros valores, sueños, creencias, etc. se reconfiguran como consecuencia de nuestras interacciones diarias con los demás. No se trata de que el colectivo en el que estoy inmerso determine mi identidad a partir de una identidad colectiva preexistente —lo que sí ocurre, en parte, en la sociedad actual donde la mayoría intenta imponer sus ideas al resto—, sino que la propia identidad grupal se reconfigura continuamente en un proceso de ida y vuelta entre el individuo y el grupo. El individuo consciente advierte la callada queja de una voz marginada y ayuda a la mayoría a moverse para incorporar esta voz. La identidad colectiva resulta así ser tan fluida como la propia identidad individual.

Apreciar la diferencia

Todo es cuestión de atención

En mi experiencia, no hay dos seres humanos iguales, como no hay dos cosas iguales. Basta con acercarnos un poquito, aprender a observar con detalle, prestar atención, para descubrir que todos somos diferentes, que todo lo que existe es diferente. Agudizando nuestra percepción podemos descubrir maravillosas diferencias entre las personas, ya no sólo en su aspecto físico, lo que termina resultando fácil, sino también en su forma de ser. Desarrollando nuestra capacidad perceptiva, nuestra atención, podemos captar increíbles matices en el carácter de las personas, en el flujo afectivo que se pone en marcha con su presencia; más allá de ver su cuerpo, escuchar sus opiniones, o sentir su piel,

podemos reconocer estados anímicos, empatizar con ellos, y profundizar así en la comprensión de un ser que se revela distinto en cada paso.

Pero igualmente puedo dirigir mi atención a eliminar diferencias y aprender a descubrir similitudes. Ahora mi recorrido ya no se dirige a profundizar en la sinuosidad fractal del otro, sino que pretende suavizar formas hasta encontrar patrones simples y superponibles sobre los míos. Ahora descubro que su risa no es sólo su risa, es mi risa, es la risa de todos los niños, de todas las personas que ríen. Descubro que al tocar su piel suave, tersa, y al sentir su gusto a sal, el color se esfuma, y su piel salada es mi piel, es la piel de todos los seres de mar. Descubro que ella me cuida con tanto mimo y amor como el que yo pueda sentir por ella, pues su amor es mi amor, es el amor de todos los seres que aman. Y descubro también que él y ella, que han acumulado tantas cosas en su vida, buscan seguridad y estabilidad, como las busco yo, que tengo tan poco, y que su seguridad o aspiración a una vida estable es mi aspiración a una vida estable, es la aspiración de todos los seres vivos.

Cuando mi atención se dirige al detalle, todos los seres llegan a ser diferentes para mí; encuentro la multitud, la diversidad, la infinitud. Cuando se dirige a lo sutil, todos los seres llegan a ser iguales para mí; encuentro la semejanza, la unidad. En cada momento, mi atención puede estar yendo en una u otra dirección, descubriendo hermosas u horrorosas diferencias o encontrando maravillosas o indeseadas similitudes. Tengo la sensación de que la atención de la gente, a lo largo de la historia y en diferentes culturas, ha ido cambiando también en una u otra dirección, sea para encontrar diferencias, o para suprimirlas, sea para valorar la diversidad o apreciar la unidad. Las diferencias, como las similitudes, sean físicas, psicológicas, culturales, estructurales, etc., no son ni buenas ni malas, simplemente son. En todo caso, pueden ser un motivo de satisfacción personal, cuando aprendemos a reconocerlas y celebrarlas.

¿Por qué no llevar la igualdad más lejos?

Desgraciadamente, en la cultura occidental, la existencia de diferencias entre los seres humanos se ha utilizado en muchos casos para otorgar privilegios a los que, diferentemente, han sido más fuertes, más ricos, mejores creyentes, etc. y establecer un orden social que, si bien ha podido ser válido y aceptado por un tiempo, al final siempre ha sido motivo de opresión para algún grupo social concreto. La existencia de diferencias ha sido fuente de conflictos y violencia. Entiendo por tanto que, durante los últimos siglos, la principal reivindicación de quienes se han sentido oprimidos por una estructura social injusta, haya sido la igualdad. Todos los seres humanos somos iguales, y por tanto merecemos al menos los mismos derechos y oportunidades.

La igualdad real en derechos y oportunidades, como he comentado en el capítulo anterior, está muy lejos todavía de haberse conseguido. De ahí que sigue siendo, desde mi punto de vista, un justo motivo de lucha y reivindicación. Sin embargo, me gustaría hacer notar dos cosas. En primer lugar comentar que, una vez que hemos aprendido a dirigir nuestra atención hacia la igualdad, ¿por qué nos hemos de parar en que todos los seres humanos somos iguales? ¿por qué no podemos ir un poco más lejos y empezar a decir que todos los seres vivos somos iguales?

Tal vez esta idea parezca descabellada a mucha gente, pero ¿acaso no compartimos todos los seres vivos un mismo deseo por seguir viviendo? ¿acaso no compartimos todos los seres vivos un mismo espacio de juego, una misma Tierra? ¿acaso nuestra propia vida no está inextricablemente ligada a la vida de todos los seres vivos en un maravilloso equilibrio que no se debe romper? Si después de tantos años hemos aprendido por fin a reconocer la igualdad en los seres humanos, creo que ya va siendo hora de que aprendamos a percibir la igualdad de todos los seres vivos. De hecho, todo indica que este reconocimiento es cada vez más urgente. Y en el fondo, sólo es una cuestión de atención, de desbloquear algunas de las barreras que nos impiden “ver” mejor, llegar un poquito más lejos en la percepción de similitudes. Cuando entendamos esta básica igualdad —que por supuesto se puede extender a todas las cosas que existen, en el planeta y en el universo—, podremos hablar de derechos y oportunidades para todos los seres vivos, y sus voces estarán también de alguna manera presentes en nuestras decisiones.

La igualdad no es un estado inamovible

En segundo lugar, la justa reivindicación de la igualdad no debería en ningún caso cegar nuestra capacidad de atención hacia la diferencia. La igualdad, como la diferencia, no son estados, fijos e inamovibles. En la vida real, las cosas ni son iguales ni diferentes. Es nuestra atención, nuestra manera de percibir las cosas, quien encuentra diferencias o similitudes. Si confundimos la igualdad, que es una forma de mirar, con un estado de cosas, podemos caer, llevados por un justo celo, en la absurda pretensión de que todo ha de ser igual; podemos pretender que todo el mundo piense igual, se vista igual, viva igual, sea igual.

El deseo de igualdad, de unidad, que surge en parte de nuestro desconocimiento de lo que significa ser diferente y del temor que tal desconocimiento conlleva, puede ejercer una presión insoportable sobre cualquier grupo de personas. En los casos más extremos ha llevado sencillamente a la eliminación de los disidentes-diferentes. En muchos grupos, en grupos de los que yo soy parte, la asunción de una teórica igualdad como estado de cosas imposibilita una correcta apreciación de las diferencias entre sus miembros, especialmente las diferencias de poder, lo que a la larga es fuente de numerosos conflictos, mantiene la opresión en un plano inconsciente y termina por afectar a la propia supervivencia del grupo.

Postular la igualdad de todos los seres humanos como parte de su esencia, cuando esencialmente somos tan iguales como diferentes, cuando la unidad se manifiesta necesariamente en la diversidad, nos impide una correcta aproximación al hecho de la diferencia y es una fuente permanente de conflictos. Si por el contrario, aceptáramos la igualdad y la diferencia, la unidad y la diversidad, como dos valiosas formas de observar lo mismo, de acercarnos a una esencia que, en última instancia, se nos escapa tanto en lo infinitamente diferente como en lo infinitamente igual, entonces podríamos afrontar abiertamente qué supone ser iguales, qué supone ser diferentes; qué tipo de procesos están implicados en el hecho de ser iguales, cuáles en el hecho de ser diferentes; qué estructuras colectivas podemos crear para reconocer la unidad (de todos los humanos, de todos los seres vivos, de todo) y asumir nuestra diversidad, para vivir con nuestras diferencias y celebrarlas, en lugar de negarlas, ocultarlas o reprimirlas.

El miedo a lo diferente

El haber sido educado para reconocermi en una identidad concreta, para valorar la igualdad y, en cierta manera, negar lo diferente o al menos, tener cuidado de lo diferente, temer lo diferente, ha tenido sin duda negativas consecuencias para mí. Por ejemplo, en ocasiones, tengo miedo de la gente. El encontrarme con personas que no conozco, que me parecen diferentes, que no sé cómo van a reaccionar, despierta en mí como mínimo cierta alerta. Ahora no me es difícil darme cuenta que ese miedo no es completamente mío, dudo que forme parte de mi ser. Tal vez cierta veneración y temor por la naturaleza, como una fuerza bruta e imprevisible, es algo que sí está profundamente dentro de mí, tal vez es algo que comparto con todos los seres humanos. Sin embargo, el miedo por otras personas es algo que sólo puedo haber tomado prestado de la sociedad en la que vivo, algo que se ha introducido en mí a través de mis vivencias. Y aunque sé que ese miedo me es útil para sobrevivir en mi mundo, pues me ayuda a alejarme de situaciones en las que mi vida podría correr peligro, también sé que, en otras ocasiones, sólo ha servido para dificultar encuentros con personas diferentes que posteriormente he reconocido como muy valiosos.

Este miedo se fue introduciendo en mí desde muy pequeño, en parte a partir de mis propias experiencias con los otros —con los adultos, con mis compañeros de escuela, etc.—, pero también en parte agrandado por mis propios padres quienes, por un excesivo celo de protección y de conservación inconsciente de una identidad, tendían a demonizar al otro, desconocido y diferente —vagabundos, mendigos, gitanos, comunistas, etc.—; y en parte agrandado en la escuela, donde una profunda moral católica de la que mi maestro hacía gala, nos recordaba continuamente lo que estaba bien y había que apreciar, y lo que estaba mal, lo diferente, lo que había que temer y rechazar. Es así que la construcción de mi propia identidad se basó en un reconocimiento reconfortante de la igualdad, en la

aceptación fácil de quienes aparecían iguales a mí, y el rechazo, o al menos una prudente alerta ante quienes aparecían diferentes a mí.

Estas ideas básicas han formado parte de mi ser durante muchos años. De hecho, todavía me siento expuesto a lo diferente, todavía pienso que puede hacerme daño, aunque estoy aprendiendo para que no sea así. Yo sé que lo diferente es maravilloso, sobre todo una vez que he sido capaz de encontrar un terreno común, siempre que puedo reconocer un punto de similitud, una conexión. Pero ¿qué ocurre con lo diferente diferente, aquello que vivimos cómo completamente diferente, sin conexión, sin encuentro?

Puesto que la diferencia, como la igualdad no es una manera de ser, sino una manera de percibir, he de creer que hay algo en mí que me impide percibir la conexión, que me mantiene bloqueado en la diferencia; he de creer que un sutil y profundo miedo está actuando sin que yo sepa cómo, sin ser consciente de ello. Si soy incapaz de percibir cierta unidad en la diversidad, si lo diferente se me presenta como caótico, incluso como una amenaza, es porque existe un bloqueo que limita mi atención, que me impide dar el paso necesario que me revela las similitudes, lo igual, la subyacente unidad. Liberarse de estos miedos o bloqueos es un lento y fascinante aprendizaje que, al menos a mí, me está llevando a descubrir por igual el intrincado mundo de la diferencia y el sutil mundo de lo igual, a apreciar la unidad de lo diverso, la interconexión de todo lo diferente.

Iguales y diferentes

La comunidad que viene no puede estar formada por individuos que hacen de la igualdad su bandera, y que, consciente o inconscientemente, se colocan a sí mismos como medida de lo que debe ser igual, siendo los demás quienes deben negar sus diferencias; ni por individuos que se creen tan diferentes, que valoran tanto su diferencia, que nieguen toda posible conexión con los otros; ha de estar formada por individuos que se reconocen a la vez como iguales y diferentes, individuos que han desarrollado su atención para percibir las diferencias y disfrutar de ellas sin temor, sabiendo que en su propia manifestación y acogida se crea el espacio común que nos une, sabiendo reconocer la necesaria unidad que soporta toda diversidad.

Del individuo liberal al individuo participante

Nuestro punto de partida, el individuo liberal

El individuo moderno liberal ha asumido las ideas de igualdad, libertad, autonomía, privacidad, con todo lo que ellas implican, como parte esencial de su ser y ha llegado a pensar que son parte esencial de todo ser humano. No es capaz de verlas simplemente como lo que son: ideas. Ideas que se han ido adquiriendo en un largo proceso de formación y que, seguramente, han respondido a algún tipo de necesidad histórica. Este proceso es en sí irreversible, no podemos vivir la historia hacia atrás. E igual que el adulto debe de aceptar que ya no es un niño, que el niño está dentro de él de otra manera, nosotros tampoco podemos pretender ser aquellos primitivos felices que vivían en armoniosas comunidades. Esos primeros seres humanos, esas comunidades en las que vivieron miles de años, están seguramente dentro de nosotros, en nuestra piel, en nuestra memoria atávica, en nuestro inconsciente colectivo, pero no podemos volver a ser ellos. Se fueron para siempre y su legado ha de reaparecer también de otra manera.

Ahora somos ante todo individuos y no creo que nos sea posible renunciar a nuestra individualidad. Entre otras cosas porque esa individualidad significa también un grado de conciencia que dudo tuvieran aquellos felices antepasados nuestros. Y la conciencia sólo puede crecer, nunca disminuye. Una vez que hemos aprendido a ser conscientes de nosotros mismos, de nuestra individualidad, ¿cómo vamos a dejar de ser conscientes? ¿cómo vamos a dejar de reconocernos como individuos? Una vez que hemos disfrutado de ciertos derechos individuales, una vez que hemos sabido lo maravilloso que es vivir en libertad, ¿cómo vamos a renunciar a ello? ¿quién, que haya podido conocer en sus carnes

mínimamente la opresión, estaría dispuesto a renunciar a su querida libertad y aceptar cierto grado de opresión por un hipotético bien común?

Somos individuos. Éste ha de ser nuestro punto de partida. Ya hemos visto también qué significa ser individuos, hasta dónde se puede llevar la propia individualidad. Este es el significado real del individuo liberal, el extremo de la individualidad. Su concepción de la libertad, de la igualdad, de la autonomía, su deseo de privacidad, sus ambiciones... todo ello sólo conduce a ser más individuo, a romper más y más lazos que nos conectan con otras personas, con otros seres vivos, con la naturaleza en su conjunto. Spinoza decía que está en el ser de todo lo existente el desplegar toda su potencia, el llegar a ser todo lo que puede ser, alcanzar sus límites, aunque esto le suponga, añadiría Marx, alcanzar ciertas contradicciones internas que han de conducir necesariamente a su destrucción, como paso previo para la creación de un nuevo ser, mejor adaptado a la realidad existente. Pues bien, creo que el individuo moderno liberal está llegando ahora mismo a sus propios límites, está viviendo sus más fuertes contradicciones, las que necesariamente han de acabar con él, antes de que surja un nuevo ser, un individuo mejor preparado para los desafíos que nos presenta el futuro.

El ser humano no es un concepto terminado, algo dado hecho desde el principio. Es puro proceso, puro devenir histórico. En cada momento de la historia, en un proceso que para muchos es claramente evolutivo, el ser humano se ha mostrado de una manera diferente, adecuándose a las circunstancias históricas que requerían una parte u otra de su ser. El individuo moderno no es más que una forma particular de mostrarse del ser humano, una forma adaptada o hecha para una historia particular, la nuestra, la de la civilización occidental. Con sus virtudes y sus incoherencias ha cumplido su papel. Ya no lo necesitamos. Es el momento de explorar otras posibilidades, de avanzar otras ideas con las que llenar la carcasa vacía de un ser que necesariamente ha de superar ciertas creencias por las que siente mucho apego.

Nuestro punto de llegada, el individuo participante

La libertad defendida por la cultura dominante es una libertad para privilegiados, para quienes, por razones históricas o personales, cuentan con los medios necesarios para participar ventajosamente en el juego del mercado. Es una libertad que ciertamente nos libera de la opresión externa y que nos permite reconocernos como individuos libres, pero también, al liberarnos de cualquier atadura externa, nos deja solos, solos y aislados, sin darnos las claves para reencontrarnos con los demás. No nos libera, ni tiene intenciones de hacerlo, de la opresión interna, la que garantiza el control de nuestro ser por parte de la cultura dominante, impidiéndonos ver las esenciales conexiones que podemos establecer con los otros, la manera de romper nuestro aislamiento y recrear la comunidad. No necesitamos ese tipo de libertad. Podemos imaginar una forma de vida en la que la libertad se entienda, a la manera de los estoicos, como la sabia adecuación al acontecer de las cosas, o como el compromiso con los asuntos de la comunidad. Una libertad que nos libera externa e internamente a la vez.

La autonomía individual, defendida por la cultura dominante, sólo conduce a una aceptación inconsciente de valores y normas propios de la mayoría, pensados para mantener sus privilegios. No la necesitamos. Podemos imaginar una forma de vida en la que el individuo y la comunidad se retroalimentan continuamente en un proceso abierto y permanente en el que se airean las diferencias, se aprecian y se valoran colectivamente; una forma de vida en la que la existencia de condicionamientos culturales no impida a las personas el poder explorar, consciente y activamente, los límites de su identidad individual y con ello contribuir a redefinir la conciencia colectiva, aumentando así su conciencia individual y la conciencia del grupo.

Por último, la supuesta igualdad defendida por la cultura dominante sólo sirve para ocultar las diferencias existentes, negarlas o reprimirlas, creando conflictos de difícil solución. No necesitamos ser iguales de esta manera. Podemos imaginar una forma de vida en la que se reconoce la diferencia en el mismo plano que la igualdad, como dos formas distintas de dirigir nuestra atención. Lo que nos obliga a repensar nuestra manera de relacionarnos, de comunicar, de convivir, de ser unos con otros, y por tanto

a vivir continuamente en proceso, a reconstruir nuestra identidad individual con cada encuentro, con cada interacción, sin que ninguna mayoría se halle detrás para apoyar nuestra pereza.

Esta forma de vida, en la que el individuo asume una libertad responsable basada en el compromiso, vive la diferencia como proceso de crecimiento y desarrolla la conciencia necesaria para explorar sus límites; esta forma de vida co-creada por un individuo que se descubre como ser relacional, participante, consciente, comprometido, igual y diferente, se llama comunidad sostenible. Es el núcleo fundamental de la nueva propuesta de la sostenibilidad, expuesta en la segunda parte de este libro.

Un pequeño apunte sobre el cambio

La principal conclusión de este capítulo ha sido que el individualismo, y sus ideas asociadas de igualdad, libertad y autonomía moral, no es una característica esencial del ser humano. Es simplemente una componente de una forma de vida que se ha hecho dominante a lo largo de los siglos. Otras formas de vida, no estrictamente individualistas, son posibles, e incluso deseables si queremos vivir sosteniblemente sobre el planeta. Podemos mantener la idea de individuo como punto de partida para la creación de una comunidad sostenible, pero decididamente hemos de abandonar, o tal vez sea mejor decir profundizar en las ideas de igualdad, libertad y autonomía, para dar cuenta de esta nueva realidad, para crear una nueva forma de vida, más sostenible, en la que individuo y comunidad no son categorías enfrentadas y aisladas, sino que se definen precisamente en la relación que mantienen entre sí. Desde esta perspectiva, la libertad individual es inseparable del compromiso colectivo, la diferencia es aceptada y apreciada como parte del crecimiento individual y grupal, e individuo y comunidad viven en permanente diálogo sobre valores y actitudes que constituyen la identidad individual y del grupo.

Criticar una idea

Mi intención no es criticar a nadie por el hecho de participar de una idea que, en sí misma, es el resultado de un largo proceso de devenir histórico. No puedo criticar a nadie por ser lo que es, por vivir coherentemente con una idea en la que cree sinceramente. No puedo criticar a nadie por ser individuo, moderno y liberal; por defender la propiedad privada, el mercado libre, la ambición y el esfuerzo personal. Si acaso puedo criticar a quienes no son coherentes con lo que dicen defender, a quienes se aprovechan o abusan de la gente para conseguir sus propios intereses, pero nunca podré juzgar a nadie en particular por vivir de acuerdo con lo que cree ser.

Sin embargo, sí puedo criticar una idea que ha llegado al límite de lo que puede ser y vive inmersa en contradicciones insalvables. Y en este sentido, el modelo neoliberal está tocando fondo. No da más de sí. Sus contradicciones sólo pueden ir en aumento y pueden tener consecuencias impredecibles para la propia supervivencia de la especie humana. Con todo, sé que las cosas no cambian porque algunas personas sean conscientes de la necesidad de cambio. Aunque tú y yo veamos las contradicciones del sistema, sus catastróficos resultados, la gente no va a cambiar mientras no se sienta realmente afectada, mientras no sienta en sus propias carnes la necesidad de cambiar. Y aún así, es previsible una gran resistencia por parte de quienes temen perder sus privilegios, por quienes se aferran al barco aunque vean que se está hundiendo.

La necesidad de alternativas

Para que un cambio se produzca, para que pueda vencer una resistencia previsible y unas cuantas dificultades inherentes, se necesita una masa crítica, un mínimo número de personas que sean capaces de poner en marcha un proceso irreversible. Y se necesita también una alternativa, uno o varios caminos que puedan acoger la previsible marcha, una vez que la gente asume que hay que moverse. Sin caminos alternativos, sin futuro, el miedo a cambiar puede bloquear cualquier proceso transformador. Para ello es necesario mostrar que otro mundo es posible, y más en concreto, que otra

forma de vida es posible. Es necesario que haya pioneros, personas que ya están viviendo con otros valores, siguiendo otra idea, participando en otra forma de vida; de manera que cuando el grueso de la población quiera arrancar, pueda seguir el camino marcado por ellos.

No basta con criticar una idea que funciona mal, no basta con señalar sus irregularidades, denunciar sus fallos o exponer públicamente sus negativas consecuencias. Es necesario presentar una alternativa y la construcción de esta alternativa sólo se puede hacer de una manera: creándola. Tenemos el material, los mimbres para la sociedad del futuro, un nuevo tipo de individuo que recoge y valora lo mejor de su individualidad, integrándola en su nuevo ser, pero que se desprende, o mejor dicho supera, aquello que no necesita y que es en gran parte responsable de sus contradicciones actuales; un individuo que se define en relación, con otros individuos, con otros seres vivos, con el colectivo que los acoge a todos. Ahora se trata de utilizar la imaginación, poner en marcha la poderosa imaginación colectiva para dar forma a una idea que, de alguna manera, ya está contenida en la propia situación actual —aceptando que toda contradicción encierra en sí misma el germen de lo que la ha de resolver, de la misma manera que las tensiones existentes en una semilla plantada en el suelo, en condiciones favorables, producen un hermoso árbol que supera tales tensiones—.

Me parece necesario resaltar que la creación de una alternativa debe incluir al menos cuatro aspectos diferentes, los cuatro cuadrantes de los que habla Ken Wilber en varios de sus libros.

1. Necesitamos dar forma, ayudar a gestar una idea colectiva que, de alguna manera, ya está presente como germen y que empieza ser visible en una multitud de manifestaciones —actividades, encuentros, conferencias, talleres, libros, manuales, etc.— que se producen en todo el planeta.
2. Lo que supone que cada uno de nosotros, o al menos muchos de nosotros, participamos de esa idea, la hemos hecho nuestra en nuestra particular lectura de la realidad, le damos color a través de nuestras particulares vivencias, aportamos nuestro particular granito y con todo ello le damos forma.
3. Mientras, la propia idea da forma a nuestro ser, conforme la vamos integrando en nuestras vidas, conforme modificamos nuestra conducta, nuestro comportamiento externo para ser coherentes con ella. Poco a poco vamos adaptando nuestra forma de vida externa y concreta en busca de cierta coherencia con lo que pensamos, con la idea de la que ahora participamos.
4. Al final, la idea produce una nueva forma de vida, con todo lo que ello significa: una nueva forma de producir y distribuir lo producido, una nueva forma de definir nuestras necesidades y de establecer los medios para satisfacerlas, una nueva forma de aprender y relacionarnos, entre nosotros y con los otros, una nueva forma de entender el poder y la manera de ejercerlo, etc., lo que se ha de plasmar al final en la creación de nuevas estructuras e instituciones sociales.

El resultado es una nueva forma de estar en el mundo, una nueva forma de habitar la Tierra, como vienen gritando desde hace años los grupos biorregionalistas. Y entonces, y sólo entonces podemos decir que se ha producido un cambio, un cambio real.

No hay reglas para el cambio

Entiendo que de alguna manera el cambio se produce por sí mismo, es una consecuencia de un estado de cosas que no se soporta más a sí mismo. Lo que no está determinado es la rapidez o lentitud del cambio, ni el resultado final. Es en estos dos aspectos en los que tal vez podemos influir. Podemos acelerar el cambio, encontrando las claves para vencer la resistencia existente y construir más rápidamente la masa crítica necesaria; y podemos participar en su forma final, cada uno de nosotros contribuyendo con lo mejor que sabemos hacer, poniendo nuestra imaginación y creatividad individual a trabajar por el cambio.

No creo que haya reglas en esto. Cada persona, cada individuo tiene su propio ritmo en el complejo proceso de ser consciente de las cosas. A cada persona le resultará además más fácil asumir ciertas cosas, para las que se siente preparada y dispuesta, que otras, que no considera prioritarias o que le suponen un cierto esfuerzo; una misma persona puede, de hecho, sentirse favorable a asumir ciertas nuevas ideas, pero resistirse ferozmente a otras que tal vez siente como una amenaza para su ser. De hecho, los cambios a gran escala se producen sin que todas las personas asuman conscientemente todos y cada uno de los múltiples aspectos implicados.

Tampoco puede haber reglas en la manera en que cada persona participa en un proceso de transformación social. Tal vez algunas personas entiendan la sostenibilidad desde una perspectiva básicamente ecológica, pero lo cierto es que los aspectos económico, social, cultural y espiritual de la sostenibilidad son igualmente necesarios. Desde este punto de vista, cada persona puede decidir libremente por dónde empezar su contribución al cambio, dónde poner su esfuerzo, su inteligencia, su creatividad para construir una nueva forma de vida más sostenible, y dónde dejar que sean otros los que hagan el trabajo.

Unos se sentirán atraídos por la idea de desarrollar tecnología apropiada, otros por la producción de alimentos sanos, otros por experimentar con nuevas formas de intercambio económico, otros por repensar la educación de sus hijos, otros por desarrollar maneras para prevenir conflictos o resolverlos, otros por trabajar con el cuerpo como medio de expresión individual y colectiva, otros... no hay límites para lo que se puede hacer, no hay otras reglas que la coherencia con la idea. Esta es precisamente la grandeza de crear una nueva forma de vida, la posibilidad de explorar nuevos caminos de libertad, el placer de liberarse de aquello que nos asfixia, para abrir nuevas puertas, para encontrarnos con un barro, nuevo, fresco y moldeable, con el que jugar, un barro que somos nosotros mismos.

II. La comunidad

5. La comunidad que yo soy

Camino se hace al andar 2

Del lenguaje de la ciencia al lenguaje del amor

Una vez perdido el paraíso de la infancia, comenzó una fase de mi vida caracterizada por un insaciable deseo de conocer, primero el mundo, empapándome de todo lo que la ciencia tenía que decir al respecto, sobre todo en matemáticas y física; más tarde, la gente, ahora guiado por la poesía y la filosofía. Era una manera de buscar mi papel en la vida, primero como un individuo que, al ser expulsado de su casa, se encuentra sólo ante el universo y se pregunta qué es, qué es ese mundo en el que todos estamos confinados, cuál es el sentido de estar aquí. Claro que jamás llegué a encontrar una respuesta clara a estas preguntas, pero en el estudio, en la propia indagación, fui reconociéndome a mí mismo, rehaciéndome; apropiándome de una metodología, la científica, que entonces me pareció muy poderosa; adquiriendo unas ideas que ensanchaban por todos lados mi conciencia de las cosas, y un lenguaje que, al menos, me permitía expresar con cierta claridad algunas de mis dudas fundamentales.

En un momento determinado, mi amor por la ciencia entró en crisis. No sólo no daba respuestas convincentes a mis interrogantes, sino que me impedía entender lo que muchas personas, sin formación científica pero igualmente experimentados vividores, querían decirme. Era como si un excesivo apego al discurso lógico-racional de la ciencia bloqueara mis posibilidades de comunicar con otras personas que, sencillamente, no atendían a tanta lógica y razón, guiándose más por sus intuiciones y sentimientos. Empecé a vislumbrar un mundo enorme más allá de la ciencia, un mundo lleno de gente con igual pasión por la vida que yo.

Comprendí que si bien la ciencia había sido el cauce que me había permitido crear una relación muy personal con el universo, el amor habría de ser el medio del que se vale la vida para ponerme en relación con los demás; en una relación que, yendo más allá del simple interés, aspira a la comunidad, a la creación de un espacio que, desbordando nuestra individualidad, sitúa dos o más personas en un punto de encuentro y comunión. En este espacio de poco sirve el lenguaje científico, de poco sirve la razón. Se comunica de otra manera, se utilizan otras palabras, se pierde claridad en el significado de las cosas y se gana profundidad. Con cada palabra, con cada gesto se abre una línea infinita que invita al abandono, que nos arrastra más allá de todo entendimiento, que nos confronta con nosotros mismos en un proceso de implicación mutua que se desenvuelve en terrenos ocultos, para terminar volviendo siempre a lo que somos, individuos que piden respeto por su individualidad, pero más que nunca cargados de detalles que antes no estaban, que portan la esencia de quien nos acompaña, que entran a formar parte de nuestro ser.

El amor es una creación conjunta

No es que el amor apareciera en mi vida a los 29 años, cuando estaba a punto de dejar de trabajar en la universidad, un tanto decepcionado con un mundo que ya no satisfacía mis expectativas, no es que hasta entonces me hubiera dedicado exclusivamente a los libros y la ciencia, ignorando la gente y los deseos de mi propio cuerpo. No es eso. En realidad me enamoré por primera vez a los 17 años, en una época de importantes cambios en mi vida. Fue una hermosa relación que duro varios años, con una mujer que sin duda me enseñó mucho. Sólo que nunca fui consciente de lo que estaba viviendo, ni del amor que recibí, ni del que no supe corresponder.

Estar en una relación de pareja era, todavía entonces, una manera más de descubrirme a mí mismo, de conocerme como individuo. El amor era mi sentimiento, mi creación y, de alguna forma, lo utilizaba a mi conveniencia. Retrospectivamente, siento no haber sido entonces un poquito más consciente de todo esto. Nunca me di cuenta de cómo utilizaba el amor a mi antojo ni del daño que

pude hacer. Más tarde comprendí las críticas que a veces se nos hacen a los hombres de que nosotros amamos sin comprometernos, sin hacer un mínimo esfuerzo por descubrir quién es la persona que está con nosotros, por crear un espacio común que vaya más allá de nuestros respectivos egos, y en el que podamos descubrirnos como dos seres en relación. Por supuesto que no fui consciente de nada de esto en aquel primer amor, pero sí es algo que fui aprendiendo lentamente.

Por eso, cuando a los 29 años, con mi vida en una nueva fase de transición, una fase que me llevaría más tarde a dejar la universidad e irme a vivir a París a estudiar filosofía, cuando a los 29 años el amor apareció de nuevo en mi vida, yo ya sabía que el amor ha de ser necesariamente una creación conjunta, y que necesita una atención especial, una dedicación que va más allá de mis propios deseos individuales. Sabía que el amor es como una llama que se extingue si no se cuida, si ambas partes no aportan el oxígeno necesario para que siga ardiendo. Aunque ignoraba que si se le da demasiado oxígeno, si nos olvidamos de quienes somos y nos consagramos absolutamente a un amor que parece darnoslo todo, entonces corremos el riesgo de ser abrasados por un incendio que escapa a nuestro control. Y cuando, por una razón u otra, todo termina, cuando él o ella no están, con las pocas fuerzas que nos quedan descubrimos nuestro cuerpo hecho cenizas. Mientras que nuestro corazón, tan brillante antes iluminado por la llama del amor, es ahora como una roca inerte, apagado y triste.

Tiempo de dar gracias

Sólo puedo dar las gracias a quien me hizo aprender tanto, a quien me permitió descubrir el amor como un acto creativo entre dos, abriéndome así la puerta para entender más tarde el amor como un acto creativo colectivo, como la fuerza que sustenta la comunidad. Gracias a quien me ayudó a explorar otro lenguaje, a apreciar el valor metafórico de las palabras, a descubrir la dimensión poética y simbólica de la vida, para comprender también más tarde que no puede haber comunidad sin poesía, sin magia, sin un reconocimiento explícito del misterioso fondo que acoge el alma humana. Gracias a quien me enseñó a ser fiel, a honrar en todo momento aquello que creamos, porque las cosas pueden cambiar, la vida puede llevarnos por otro lado, pero eso no significa que tengamos que despreciar, ignorar u olvidar lo que construimos con otros, lo que en común hemos creado y hemos sido.

Y por último, gracias a quien me puso en la situación de tener que enfrentarme al dolor, al miedo, a mis propias miserias. Necesité años para asimilar algunas de estas lecciones, para comprender que el amor no puede ser ni un capricho individual ni un fin en sí mismo. El amor que se presenta a sí mismo como única realidad, que nos exige una entrega absoluta, una negación de nosotros mismos, que nos invita a lanzarnos a ciegas en un fuego que nos consume y del que se alimenta, no puede ser la base de ninguna relación, no puede crear una comunidad sostenible. Es sólo un medio de destrucción.

Gracias a ti comprendí que el amor debía ser otra cosa, algo que me invitara a conocerte, a explorar posibles mundos en común, establecer conexiones mágicas e invisibles, sin necesidad de tener que disolverme, sin tener que entregar en el altar del sacrificio todo lo que soy, todo lo que he sido; manteniendo un centro, tan estable como difuso, que se sostiene a sí mismo en una infinidad de relaciones. El amor recorre entonces una y otra vez los caminos que tejemos tú y yo y nos invita, a su vez, a recorrer otros caminos por separado; nos invita a acercarnos a otras personas, a crear nuevos espacios de encuentro, a expandir la red que nutre nuestra conciencia. Ahora sé que el amor está presente aunque tú no estés, sé que puedes entrar y salir de mi red de afectos y llevarte un cachito sin que me duela; sé que te sentiré cerca en todo momento, estés donde estés, seas quien seas.

Sin amor, la comunidad no sobrevive al conflicto

Hoy pienso que no puede haber una comunidad sostenible sin que el amor, en un sentido muy amplio del término, sea el principal ingrediente que circula y nutre la red de relaciones que tejen los individuos que la forman. Dudo que el interés propio, el egoísmo o la ambición puedan sustentar nada, ni basta con tener buena voluntad ni un fuerte deseo de vivir en comunidad. Hoy pienso que el amor, entendido como una energía que nos lleva a conectar a un nivel profundo con otros seres, un nivel que va más allá de las palabras que no entendemos o rechazamos, que alcanza emociones y sentimientos

que hacemos propios sin ser nuestros, y que yendo más lejos, llega a crear un mágico espacio de encuentro donde, juntos, nos sentimos cómodos, seguros, unidos, es la energía fundamental que sustenta la comunidad.

Pero esto no lo sabía en 1997, cuando después de tres años de estudio en París volví a España con una fuerte intuición de que podría encontrar una respuesta a lo que andaba buscando en una idea tan vieja como la comunidad. Ni lo sabía en 1999, cuando después de pasar dos años en Sevilla, decidí que no podía seguir con tanto devaneo teórico —esa tesis aparcada que he comentado antes sobre la filosofía de Deleuze y la Teoría de Catástrofes—, y que tenía que encontrar un poco más de coherencia en mi vida, entre lo que pensaba y lo que realmente vivía. La naturaleza, la gente eran cosas importantes para mí que estaba dejando olvidadas. Cuidar la Tierra, cuidar la gente debía ser una prioridad, y sólo se me ocurría una manera de responder positivamente a este nuevo desafío que me presentaba la vida.

Desgraciadamente, cuando en el verano de 1999 llegué a Artosilla con la intención de instalarme allí, ser por fin parte de una comunidad real, y dar prácticamente por concluida una larga transición que empezaba ya a pesarme, no sabía nada, o muy poco, de cuales son los mimbres que sustentan la comunidad, de la importancia del amor y la compasión, de la necesidad de honrar lo que ya existe, de reconocer y apreciar lo diferente; de ser consciente, valorar y tratar con sumo cuidado un proceso en el que cada persona pone en juego su propio ser, arriesga su frágil identidad. Sólo tenía un enorme deseo por vivir en aquel lugar, que conocía desde hacía años y que siempre me había atraído, una buena dosis de buena fe y algunas ideas vagas sobre consenso y facilitación. Todo ello insuficiente para evitar verme envuelto, al poco tiempo de llegar, en el tercer gran conflicto de mi vida, una nueva crisis, una nueva y forzada transición, esta vez hacia lo más profundo y desconocido de mi mismo.

Todos nos hicimos daño

La ciencia me ayudó a reconocermme como individuo estable en un universo mágico, extraño y cambiante, la filosofía me ayudó a comprenderme como un individuo inestable en un mundo dinámico poblado por seres igualmente inestables, pero ¿quién o qué podía ayudarme a entender el daño que nos hacemos los seres humanos? ¿quién podía enseñarme sobre el conflicto, sobre sus causas, de cómo y por qué se produce, cómo evoluciona, cómo nos afecta, cómo lo resolvemos? Y lo más importante, ¿quién podía enseñarme a superar el dolor que todo conflicto ocasiona, cómo aprender lo que significa ser víctima y dejar de serlo, de dónde extraer la energía necesaria para retomar un poder perdido? Estas fueron mis preguntas durante un tiempo, el motivo de una nueva transición hacia el corazón mismo de mi ser.

En los últimos años me he dedicado fundamentalmente a encontrar respuestas a estas preguntas. Tras la experiencia de Artosilla, he comprendido que es muy difícil formar comunidad sin un mínimo conocimiento de lo que ello significa. No basta la buena voluntad, ni la fidelidad a un estupendo ideal, ni contar con un elaborado proyecto, ni tener muy buenas ideas. Es necesario aprender a vivir en comunidad, es necesario conocer la carga individualista que todos llevamos dentro por el simple hecho de haber nacido en una sociedad individualista; es necesario conocer cuál es el origen de nuestras dificultades, el origen de los conflictos que surgen casi inmediatamente cuando nos ponemos a hacer cosas en grupo; es necesario desprenderse del lastre que arrastra el moderno individuo liberal y descubrirnos como seres relacionales, interconectados, conscientes, comprometidos y diversos; es necesario abordar urgente y conscientemente un proceso de transformación individual y colectivo que nos lleve a descubrir nuestro ser en comunidad.

No voy a entrar en detalles sobre el conflicto que ha asolado mi pequeña y frágil comunidad y que todavía no se ha resuelto del todo, pues no es diferente de ninguno de los conflictos que seguramente pueblan vuestras vidas. Basta decir que todos hemos sufrido mucho, y en este sentido, todos somos víctimas, todos hemos tenido ocasión de experimentar en nuestras carnes un profundo dolor, una infinita tristeza, una enorme decepción. Al menos, esto es lo que yo he vivido y me consta es algo que también han vivido mis vecinos. Lo que quiere decir que todos somos agresores, todos hemos hecho daño, todos hemos contribuido a echar leña a un fuego que se nos iba de las manos. Me ha costado

más reconocer esta segunda parte. Resulta muy fácil identificarse con el rol de víctima, especialmente cuando el dolor es tan evidente, cuando tu ego te recuerda constantemente el daño que los otros te han hecho. No hay espacio para un posible agresor escondido en ese mismo ego que se hace el despistado y que no hace más que insistir en su propio dolor. Pero sí, y esto lo aprendí después, claro que yo he sido también un agresor, claro que he utilizado todos los recursos a mi alcance para atacar a otras personas, claro que he buscado inconscientemente hacer daño con mis palabras y con mis actos. No lo sabía, no era consciente de nada de eso, pero lo cierto es que he hecho daño. Nunca me he molestado en preguntar, como nadie se ha molestado en preguntarme a mí por mi dolor.

El conflicto como camino de transformación

Ahora, unos años después de que comenzara nuestro pequeño conflicto vecinal, me siento de nuevo bien, en paz conmigo mismo, con energía y un renovado poder interior. Listo para trabajar decididamente en su solución y agradecido con la vida por haberme enseñado que el conflicto es su pequeña arma secreta en el proceso de crecimiento, personal y colectivo. Que no es malo ni bueno en sí mismo, sino un necesario agente transformador, una manera más de aumentar nuestra conciencia de las cosas; el revulsivo necesario para integrar en nuestro ser aquello que empezamos a ver como diferente y que, de alguna manera, primero rechazamos. Agradecido con mis vecinos, con mi pequeña comunidad local, Artosilla, por haberme enviado a la escuela de nuevo, lo que me ha permitido aprender mucho sobre el conflicto y conocer entretanto una gente maravillosa que lleva años trabajando en ello; por ayudarme a comprender mi papel de agresor, y hacerme ver la violencia implícita en mucho de lo que decimos y hacemos; por despertar en mí un dolor que me ha llevado a un proceso de profunda y satisfactoria exploración interna, a conocer algunos de mis miedos, algunas de las barreras y bloqueos que frenaban mi crecimiento personal y que llenaban mi vida de frustración y tristeza. Y agradecido con todas aquellas personas que me han ayudado durante este difícil proceso, mis hermanos, mis amigos, mis mentores en el descubrimiento del conflicto como un camino de transformación, como el mismo tao, como gusta decir a Arnold Mindell, fundador del Trabajo de Procesos, una de las herramientas más valiosas que he encontrado para comprender el conflicto y aprender a transformarnos con él.

En mi caso el conflicto me ha ayudado a crecer, a buscar y comprender las claves para vivir en comunidad. Sé que otras personas, que se han acercado a la comunidad con la misma buena voluntad que yo, con muchas expectativas en cuanto a una vida mejor, más feliz, han salido terriblemente tocadas de su experiencia comunitaria. Sé que el conflicto las ha hecho huir, alejarse de una forma de vida en la que habían puesto una gran ilusión. Pienso que todo ello se debe a un desconocimiento de lo que significa vivir en comunidad, en un doble sentido. Desconocen lo que ellos son como individuos, la carga que traen, y desconocen lo que la comunidad es, lo que significa y lo que supone para sus miembros.

Mi propósito al escribir este libro es contar mi experiencia como transicionero, y utilizar esta experiencia como punto de partida para investigar los dos elementos que entran en juego a la hora de construir una forma de vida sostenible para el futuro: el individuo y la comunidad. Toda la primera parte de este libro ha estado dedicada a lo que yo soy en tanto que individuo, mis orígenes, mi actualidad, mi futuro. Esta segunda parte hace el recorrido inverso. Trata sobre la comunidad, sus orígenes, su actualidad, su futuro. Y de la misma manera que el estudio del individuo estaba motivado en averiguar qué características debemos conservar y de cuáles debemos desprendernos, o al menos superar; el estudio de la comunidad tiene como objetivo analizar qué podemos conservar de la comunidad primitiva y tradicional y qué debemos incorporar para construir la comunidad del futuro.

¿Qué entendemos por comunidad?

La comunidad siempre ha estado presente

Inversamente al proceso de formación del individuo moderno, que ha conducido a la creación de la sociedad moderna liberal, la idea de comunidad ha seguido un proceso de continuo debilitamiento, desde su papel dominante en las primeras comunidades primitivas hasta la actualidad, en la que apenas es visible y muchas veces criticada, al relacionarla con sectas y extrañas prácticas esotéricas. Sin embargo, y a pesar del aparente triunfo del individualismo moderno, la comunidad, en su forma de comunidad local presente en pequeñas aldeas, pueblos y en los barrios de algunas ciudades, todavía se mantiene con fuerza en gran parte del mundo, incluyendo el mundo occidental.

Tampoco todo el mundo que vive en las grandes ciudades occidentales está dominado por la idea neoliberal. Aunque la tendencia desde hace años ha sido una forma de vida basada en la familia nuclear y, cada vez más, dado el creciente número de separaciones, en la familia monoparental, lo cierto es que en todas las ciudades viven personas que buscan y encuentran alternativas, que prefieren compartir casa con más gente, que crean pequeñas comunidades de vida en sus barrios, que se organizan activamente con sus vecinos, que se niegan a ser simples consumidores. En mi caso, por ejemplo, dejé de vivir con mis padres a los 23 años, y en los años que viví en la ciudad siempre busqué vivir compartiendo casa con más gente, compartiendo ideas con amigos y vecinos, compartiendo gastos y recursos, buscando en definitiva una manera de hacer más fácil la vida. No sólo no me pareció difícil, sino una experiencia fascinante. Soy consciente de que algunas personas, incluidos mis padres, siempre tuvieron reparos con mi forma de vida. Vivir en comunidad, en un mundo que sólo entiende de individuos y familias, es un riesgo. No sólo te arriesgas a que te acusen de vivir con gente rara —para algunas personas, los otros son siempre gente rara—, sino que incluso te pueden llegar a tachar de vivir en una secta. Para mucha gente, la propia idea de comunidad es sinónimo de secta.

Una comunidad no es una secta

Conviene deshacer cuanto antes esta relación entre comunidad y secta y devolver a la comunidad su verdadero significado, el cual, como ocurre con toda palabra de extendido uso, goza de múltiples acepciones, todas ellas válidas e interesantes. En su sentido más amplio, la comunidad, entendida como “universitas” es el conjunto de seres humanos en su totalidad, con características propias no reducibles a los individuos que lo forman. En un sentido más restringido, la comunidad es un espacio de relaciones entre personas y con el medio que las acoge. Una aldea, un pueblo, un barrio son ejemplos de esta segunda acepción de comunidad, también llamada comunidad local. En un sentido radicalmente nuevo, el declive de la comunidad local y la búsqueda de nuevas relaciones fuera de ella, los extraordinarios avances en tecnologías de comunicación y una creciente movilidad favorecida por un transporte barato han creado un nuevo tipo de relaciones sociales, en las que participan personas que viven en lugares más o menos alejados, y que de alguna manera constituyen una comunidad, también conocida como comunidad de intereses. Por último, una comunidad intencional es una comunidad formada por un grupo de personas que tienen intención de vivir juntas para desarrollar una visión compartida.

Curiosamente, tal vez no podía ser de otra manera, la comunidad sostenible que se deduce de este estudio integra en sí los cuatro tipos de comunidad anteriores. Os adelanto un poco: la comunidad intencional es la base de la convivencia diaria, la nueva familia del futuro; la comunidad local es el espacio donde realizamos la mayor parte de nuestras actividades, donde se producen los alimentos, donde trabajamos y disfrutamos de nuestro tiempo; las comunidades de intereses o las redes sociales son el tejido que nutre de vitalidad y dinamismo las diferentes comunidades locales; y por último, la comunidad global es todo lo anterior a la vez, individuos, comunidades locales y redes, conectados en una nueva visión del mundo, más horizontal, más abierta, más integradora, en conexión con la naturaleza.

La comunidad global

En su sentido más amplio, la comunidad, entendida como “universitas”, se opondría a la sociedad o “societas”. Se trataría en ambos casos del mismo conjunto de individuos (en última instancia todos los seres humanos y por qué no, todos los seres vivos), sólo que la “universitas” presta más atención al carácter holístico del conjunto, a las relaciones y estructuras flexibles en las que se desenvuelven los individuos y que, de alguna manera, determinan su acción; mientras que la “societas” parte del carácter irreducible del individuo, al que confiere una esencia y valores propios sobre los que el individuo basa su acción. Es decir, para los teóricos de la “societas”, los individuos son primeros y tienen derechos inalienables que deben ser respetados por toda organización de vida colectiva. Aún más, la sociedad, o tal vez haya que decir el Estado, existe porque los individuos quieren que exista, al reconocerle ciertas ventajas para su propia supervivencia y bienestar. Por el contrario, para los defensores de la “universitas”, la comunidad es anterior al individuo, tiene su propia razón de ser (que hay que buscar en la propia historia de la humanidad), tiene sus propias leyes de funcionamiento. El individuo sólo es una abstracción formal, pues en la práctica todo ser humano está condicionado y de alguna forma moldeado por la cultura del grupo al que pertenece.

En su traslación política, los teóricos liberales suelen apoyar sus argumentos políticos y económicos en la concepción individualista de la sociedad. La democracia parlamentaria representativa y el capitalismo se basan en la idea de un individuo con ciertos derechos políticos, como el derecho a voto, y económicos, como el derecho a participar libremente en el mercado. Por su parte, socialistas o nacionalistas tienden más a pensar la sociedad como un todo, con sus propias reglas y objetivos a los que deben someterse los proyectos y deseos individuales. Si la libertad es la palabra clave de los pensadores liberales, la igualdad (de clase, como pueblo) lo es de los pensadores socialistas y nacionalistas.

Aunque en los dos últimos siglos hemos asistido en Occidente a un claro triunfo de la concepción individualista de la sociedad, reflejado en el neoliberalismo dominante y en su idea de una sociedad de individuos privados, de la que hemos dado cuenta en la primera parte de este libro, lo cierto es que las ideas organicistas nunca han desaparecido totalmente. Más allá del escaso eco que estas ideas tienen ya en los partidos socialdemócratas, aparecen con fuerza en movimientos nacionalistas y en movimientos sociales de protesta contra el neoliberalismo, aunque por razones diferentes que tampoco conviene mezclar.

Conjugar ambos aspectos, otorgando valores insoslayables tanto al individuo como al colectivo, valores que encontrarían su unión en la responsabilidad y el compromiso social, es el ideal de estos movimientos sociales, entre los que se encuentra el movimiento de ecoaldeas y comunidades sostenibles. En lugar de una sociedad global de individuos privados, estos movimientos proponen una comunidad global de individuos participantes; una comunidad cuya esencia no es la suma de indefinidas esencias individuales, sino el resultado de las innumerables relaciones posibles.

La comunidad local

Ateniéndonos ahora al espacio físico, la comunidad se refiere a un grupo de individuos que habita un lugar determinado, lugar en el que prevalecen las relaciones directas entre las personas y entre éstas con el entorno. La comunidad son las personas, el entorno y las relaciones que se establecen entre ambos. Se trata de un espacio suficientemente grande como para que haya una diversidad de actividades y relaciones, pero suficientemente pequeño como para que todo el mundo se conozca más o menos. Durante casi toda la historia de Occidente, la mayor parte de las personas han vivido en alguna comunidad de este tipo, siendo su máximo exponente la aldea rural. Pero también las ciudades estado griegas, salvo alguna metrópolis como Atenas, eran comunidades en este sentido; o las pequeñas ciudades medievales, los incipientes burgos; e incluso muchos barrios de grandes ciudades se han organizado en forma comunitaria. Sólo a partir de la Revolución Industrial, con el advenimiento de las grandes urbes y el éxodo del mundo rural, la situación se ha invertido y la mayor parte de la gente vive en ciudades. Por desgracia, en la actualidad la comunidad desaparece incluso del mundo

rural, que se urbaniza cada día más y se hace más dependiente de las estructuras y esquemas de funcionamiento propios de la ciudad.

Lo que caracteriza en este caso a la comunidad, además de tratarse de un grupo de personas que comparten un mismo espacio, es que entre estas personas existen diferentes tipos de relaciones (familiares, de trabajo o servicios, de apoyo, de celebración...) que las vinculan a unas con otras y con el medio que habitan, formando un tejido invisible que sustenta todo el colectivo y del que los individuos se nutren, configurando su identidad, a la vez que sus acciones contribuyen a su mantenimiento. A pesar de posibles rencillas y enfrentamientos ocasionales, existe un poder oculto, o que pasa inadvertido, que obliga a todos los miembros de la comunidad a solidarizarse con cualquier otro miembro en dificultades, a participar en los trabajos vecinales que hubiera lugar, a seguir celebrando conjuntamente fiestas y ritos, y a mostrarse unidos contra cualquier agresión exterior.

En las ciudades, por el contrario, aunque también viven personas que comparten un espacio, la gestión de dicho espacio se deja en manos de un pequeño grupo (normalmente, representantes de un partido político con una visión particular de modelo de ciudad). Los ciudadanos participan raramente en el diseño de su ciudad y tampoco colaboran en las tareas de mantenimiento. La gente no se conoce, en muchos casos ni siquiera se conocen las personas que viven en un mismo edificio. Aunque aparentemente existan muchas más posibilidades para establecer relaciones, lo cierto es que éstas suelen ser superficiales, aumentando el número de personas que se sienten, o realmente viven solas. Todo se deja en manos de servicios profesionalizados, como la asistencia a los enfermos, el cuidado de niños o ancianos, o la atención de personas con dificultades, de manera que nadie se siente implicado por lo que le ocurre a los demás, en un claro déficit de solidaridad y apoyo mutuo. El crecimiento desmesurado de muchas ciudades en los últimos años ha complicado aún más las cosas: la especulación del suelo hace cada vez más difícil conseguir una vivienda, se ha perdido espacio público en beneficio del coche, lo que a su vez ha generado nuevos problemas en relación con el transporte, el tráfico y la contaminación del aire; el trabajo es cada vez más precario y se pierde poder adquisitivo, surgen bolsas de pobreza y marginación, aumenta el sentimiento de inseguridad, aumenta el número de personas con enfermedades psicológicas (depresión, estrés, melancolía...), etc.

La comunidad “rurbana”

A pesar de la negra descripción anterior, la ciudad tiene en realidad muchas ventajas. No sólo por su variada actividad cultural, sino también por ser en general espacios de gran tolerancia, donde conviven gentes de muy diversa procedencia y cultura, lo que favorece relaciones muy variadas y ricas, que nos ayudan a ensanchar nuestra visión del mundo y aumentar nuestra conciencia. La ciudad atrae igualmente gente muy emprendedora, genera continuamente riqueza y soporta una enorme diversidad de trabajos, lo que permite que muchas personas puedan dedicarse a aquello que más les satisface, generando un alto sentimiento de autoestima que tiene efectos muy positivos. Cargada de energía, la ciudad innova, crea su propio destino y arrastra al mundo rural circundante. Como modelo de vida parece inevitable. Tanto la ciudad como el campo tienen virtudes y defectos. ¿Es posible conjugar lo bueno de uno y otro modelo? Difícil, pero sin duda necesario.

Humanizar la ciudad, recuperar el espacio público como espacio de encuentro, de intercambio, de disfrute colectivo, lugar por el que transitan relaciones cotidianas, más abundantes, más humanas, menos coches; simplificar la vida en las ciudades, trabajar lo justo y cerca de casa, recuperar el tiempo para dedicarlo a nosotros mismos y a las personas que nos rodean, cuidar nuestro ser afectivo; aumentar la participación política, crear nuevas estructuras de participación más allá del voto, sentirse dentro de una visión común que se construye entre todos; transformar los barrios para dotarlos de vida, creando huertos comunitarios para la producción de alimentos, generando empleos en el mismo barrio, creando belleza en cada rincón, evitando los barrios dormitorio, conformando un alma local, un alma de barrio, una comunidad; éstos son algunos de los retos que deben afrontar las ciudades en un futuro inmediato.

A su vez, el mundo rural debe hacerse eco de todos aquellos aspectos innovadores de las ciudades, participar de su capacidad creativa, abrirse a la diversidad cultural; crear lazos y puentes con

la ciudad por los que transiten, en ambas direcciones, recursos y saberes locales. Y todo ello sin perder sus rasgos definitorios, manteniendo vivas sus tradiciones, haciendo un uso razonable de sus recursos, conservando su poder de seducción... Estos son los retos, para los que viven en la ciudad y para los que viven en el campo. En ambos casos se trata de recrear la comunidad local, reinventarla para adaptarla a las nuevas circunstancias, para hacerla más sostenible, para convertirla en el centro de una nueva forma de vida, para ser el futuro. A esta nueva comunidad local, capaz de recoger lo mejor de ambos mundos, algunos la han llamado comunidad “rurbana”³. Yo no he podido sustraerme al encanto de esta palabra.

La comunidad de intereses o las redes sociales

Las posibilidades de relación que permite la sociedad actual van más allá de nuestros vecinos inmediatos. Las nuevas tecnologías de la comunicación (teléfono, Internet, etc.) y el aumento de la movilidad, alentado sin duda por un transporte cada vez más rápido y barato, permiten conocer y mantener relaciones con personas muy alejadas de nuestro lugar de residencia. Si lo que nos rodea no nos satisface, siempre podemos buscar almas gemelas allá donde estén y comunicarnos con ellas por teléfono o por correo electrónico; siempre podremos vernos en algún lugar compartido, aunque sea en la otra punta de la ciudad, o del mundo. Ahora ya no me es necesario establecer relaciones con mis vecinos, puedo y prefiero satisfacer mis necesidades de relación con personas que comparten mis intereses y aficiones, independientemente de dónde se encuentren.

Una consecuencia de esta nueva situación es la creación de nuevas redes sociales, basadas en relaciones elegidas y no en la proximidad residencial. Puesto que el vínculo que soporta estas redes es el hecho de compartir ciertas aficiones o intereses, a la comunidad que así se forma se le conoce como Comunidad de Intereses. Pueden estar formadas por personas que comparten un mismo oficio, mismos “hobbies”, mismos ideales, mismos sueños de cambiar el mundo... Su principal característica es la flexibilidad. Por un lado, sus miembros entran y salen a conveniencia, sin que exista un compromiso fuerte con el grupo; por otro, se crean y se disuelven continuamente, en muchos casos reestructurándose con otras personas, con otras ideas. Pueden ser formales y contar con una estructura legal, estatutos y objetivos definidos; o informales, y darse simplemente en encuentros o contactos casuales. En muchos casos se forman para dar apoyo a nuevas inquietudes o tendencias sociales, contribuyendo de esta manera a aumentar la conciencia social sobre algún tema hasta entonces marginado. Aspectos como las diferencias étnicas y la diversidad, los problemas de género o de orientación sexual, el cuidado del entorno y de la naturaleza, la cooperación con países en desarrollo, el crecimiento personal, etc., son algunas de las inquietudes sociales que dan lugar a la creación de estas comunidades de intereses.

En el mejor de los casos estas redes funcionan en tres o cuatro niveles de organización diferentes. Existe una red local que trabaja dentro de una comunidad local, tratando de crear conciencia sobre un tema determinado. Para ello realizan actividades locales a nivel de barrio, de pueblo o de ciudad, en las que se invita a participar a todos los vecinos. En un segundo nivel, existe una red regional integrada por personas de las diferentes redes locales, que puede limitarse simplemente a coordinar actividades de tipo local, o que se encarga también de organizar actividades con las que llegar a un público más amplio, y de establecer contactos con otras redes o instituciones de su mismo nivel. Por último, existe una red global, continental o mundial, que además de coordinar y recoger el flujo de conocimientos que le llega desde las redes locales y regionales, aspira a realizar eventos con cierta relevancia planetaria. En los últimos años, y precisamente por las nuevas posibilidades abiertas por Internet y los viajes baratos, hemos asistido a un espectacular aumento de este tipo de redes, que a su vez se relacionan entre ellas creando lo que ya se conoce como “redes de redes”, una nueva forma de activismo con la que se pretende contrarrestar los desafíos de la globalización. Del “piensa global, actúa local” de los

³ Escuché por primera vez esta palabra al visitar la comunidad de Can Masdeu, en las afueras de Barcelona. Su situación fronteriza entre la ciudad y el campo, con una forma de vida basada en la producción agrícola, a la vez que con potentes lazos con colectivos urbanos, fue la razón para empezar a hablar de una nueva idea, la rurbanidad.

años 90, hemos pasado al “piensa global, actúa global”, que sitúa la acción local en un contexto de globalidad, en sincronía con miles de acciones locales que se dan en el mundo y cuyo efecto ya no es por tanto local, sino global.

Los problemas de las redes sociales

Con todas las virtudes aparentes que tienen estas comunidades de intereses, o redes de redes, tienen igualmente serios inconvenientes que no debemos desdeñar. En primer lugar está el asunto de la movilidad. Moverse consume energía, y hasta ahora, la energía para transporte se ha basado exclusivamente en el petróleo, un combustible que está a punto de agotarse. Por el momento no existe una alternativa real al petróleo, ni parece que vaya a existir en los próximos años. La posibilidad de un colapso de todo el sistema de transporte, y por ende de toda la economía mundial, es ciertamente real, como parecen demostrar numerosos estudios que trabajan en lo que se conoce como “el pico del petróleo” (*peak oil*, en inglés). Es posible que podamos mantener nuestros contactos por teléfono, o por Internet, pero la movilidad a gran escala está ahora mismo en cuestión.

Por otra parte, la extensión de la idea de comunidad a estas redes sociales no locales puede servir para satisfacer nuestras necesidades personales de relación, pero ¿quién satisface entonces las propias necesidades de la comunidad local en la que vivimos? En otras palabras, ¿quién cuida de nuestra casa, de ese entorno en el que vivimos y, queramos o no, pasamos la mayor parte del tiempo? ¿Lo dejamos todo en manos de servicios profesionales, incluido el cuidado de nuestros niños y ancianos, mientras nosotros nos dedicamos a arreglar el mundo? ¿Tanto nos cuesta dedicar un poco de tiempo a nuestros vecinos y compartir con ellos nuestras ideas y preocupaciones por aquello que nos afecta a todos, por un espacio que nos acoge a todos? No es necesario que coincidamos con ellos en nuestra particular visión del mundo, basta entenderse en cosas tan básicas como el cuidado del espacio o la creación de algunos servicios que a todos benefician. Si sólo nos unimos con personas que piensan como nosotros, que tienen nuestros mismos gustos, nuestros mismos intereses, e ignoramos a quienes son diferentes, acabaremos por pensar que el mundo es, o debería ser como a nosotros nos gustaría que fuera, marginando otras voces que seguro tienen algo importante que decir.

Las redes de redes, y en general cualquier comunidad de intereses, tienen sin duda un papel fundamental en la sociedad del futuro, la nueva comunidad global que se está creando. Sin embargo, creo que es necesario situarlas en su contexto. Ayudan a crear conciencia global sobre temas importantes que nos afectan a todos, a crear comunidad en un mundo globalizado sujeto a poderosas fuerzas desintegradoras, a la vez que nos ayudan a satisfacer algunas de nuestras necesidades básicas de relación; pero en ningún caso pueden reemplazar a la comunidad local, pues ésta es el marco de muchas de las cosas más importantes que suceden en nuestra vida, es donde pasamos más tiempo, es el mínimo ecosistema vital para los seres humanos.

La comunidad intencional

Una última acepción de la palabra comunidad se refiere a aquella en la que un grupo de personas deciden por voluntad propia vivir juntas y compartir una serie de cosas. Son las llamadas comunidades intencionales. La comunidad existe porque las personas que la forman tienen la “intención” de que exista. La comunidad dura en tanto que la intención se mantiene y desaparece cuando la intención se pierde o se difumina. La mayoría de estas comunidades intencionales han surgido como respuesta a situaciones sociales con las que no estaban de acuerdo, bien porque tales situaciones justifican la represión de determinadas prácticas de vida, bien por la ausencia de ciertos valores que para los comunitarios eran muy importantes. Aunque algunas de estas comunidades han sido tratadas de sectas por su oscurantismo y por sus extrañas prácticas, la mayoría las han formado simplemente personas que querían construir un mundo mejor para todos.

A lo largo de la historia nos encontramos con miles de comunidades intencionales de diferente tipo, que básicamente se pueden reducir a dos grandes modelos: las comunidades religiosas o de inspiración religiosa y las comunidades seculares o ideológicas. Curiosamente sólo las primeras han

tenido un éxito claro y han sido capaces de permanecer durante generaciones, llegando a varios siglos en algunos casos. De las segundas sólo disponemos, en su mayoría, de breves testimonios, aunque su valor como modelo transformador de la sociedad ha sido muy importante. En la actualidad, el movimiento de comunidades intencionales —lo que incluye comunidades religiosas, espirituales, ecológicas, políticas, rurales, urbanas, etc.— parece experimentar un nuevo impulso, mostrando una tendencia general a incorporar otros rasgos importantes para la sostenibilidad, más allá de los motivos primeros que llevaron a las personas a crear una determinada comunidad. Así, muchas comunidades espirituales están incorporando cada vez más prácticas ecológicas en su seno, o participando en movimientos políticos globales. Y lo mismo se puede decir de otras comunidades que, nacidas en su caso con una intención política, empiezan a incluir consideraciones ecológicas en sus planteamientos y a considerar, aun lentamente, el valor de la propia idea de espiritualidad.

La necesidad de un aglutinante

Una de las lecciones más importantes que nos dejan las comunidades intencionales es que, para que una comunidad de individuos se mantenga, se necesita un factor aglutinante, un “pegamento” que mantenga juntas a las personas cuando las cosas van mal, que evite la dispersión en caso de conflicto, que asegure un mínimo de cohesión y compromiso. En la comunidad primitiva no era necesario ningún pegamento externo, estaba incorporado en la estructura mental del propio individuo, quien instintivamente sabía que su vida no valía nada fuera del grupo al que pertenecía. El individuo como tal no existía, era inseparable de la comunidad de la que formaba parte. En la comunidad local tradicional, el vínculo entre las personas y la comunidad se fue debilitando paulatinamente en el largo proceso de formación del individuo, comentado en el capítulo anterior. De ser una necesidad interna de la que nadie podía escapar, el vínculo con la comunidad se convirtió en un simple apego externo que mantenía unidas a muchas personas, pero que no impedía la partida de otras. En la actualidad, la necesidad de reencontrar un factor aglutinante se revela fundamental en las pequeñas comunidades locales del mundo rural. Sin una visión común firmemente arraigada, los pequeños pueblos y aldeas están expuestos a sufrir un progresivo abandono por falta de alicientes o a caer en manos de poderosas fuerzas especuladoras, en caso de tener algún recurso de valor como últimamente ocurre con el turismo.

Y lo mismo puede aplicarse a los nuevos y abundantes proyectos de comunidades intencionales que surgen cada día en todo el mundo. Necesitan contar con un factor aglutinante que pueda contrarrestar la poderosa energía individual que tiende a la disociación, a la ruptura del compromiso, a la huida en caso de conflicto. Mi experiencia con muchas comunidades es que no basta compartir un conjunto de valores o de creencias. Lo que se construye con la razón se destruye igualmente con la razón, es perecedero, dura muy poco. La ideología, por muy igualitaria que sea, no suele ser un buen aglutinante, está demasiado expuesta al gusto interpretativo de egos que luchan por imponer sus posiciones, que se enfrentan por el poder. Tampoco la espiritualidad como simple idea o concepto es un buen aglutinante. Abierta igualmente a interpretaciones, puede dar lugar a luchas de poder más o menos ocultas, generando frustraciones y deserciones. Sin embargo, sí creo que en toda comunidad más o menos exitosa existe un fondo espiritual, que puede pasar incluso desapercibido a sus miembros.

Una comunidad intencional exitosa debe incluir individuos y prácticas capaces de cuidar, por su forma de ser o de hacer, del frágil tejido subyacente de relaciones y conexiones que soporta la comunidad, regenerando conexiones rotas, creando nuevos nexos, alimentando con palabras y hechos una dimensión del ser colectivo que yo no dudo en llamar espiritual. La capacidad de la comunidad para crear, apoyar y mantener esta dimensión profunda, con la dedicación constante de algunos de sus miembros, con el establecimiento de ciertas rutinas y estructuras comunitarias que la favorecen es, en mi opinión, el mejor aglutinante que puede tener una comunidad intencional.

6. La pervivencia de la comunidad a lo largo de la historia

Una comunidad de individuos

Lo que viene a continuación es un pequeño repaso a la historia de las comunidades intencionales en el mundo Occidental, con la intención de explorar su evolución, aprender de sus errores y ver qué elementos nos pueden ser útiles a la hora de conformar una comunidad sostenible. Para este repaso me he basado, entre otras fuentes, en un artículo de Bill Metcalf, publicado en *Eurotopía. Guía europea de comunidades y ecoaldeas*, y en el libro de Kenneth Rexroth, *Communalism. From Its Origins to the Twentieth Century*. Que nadie espere un recuento exhaustivo. No es ese el objetivo de este libro. Me he limitado a recoger unas pocas comunidades que me han parecido ilustrativas. Aunque en su mayor parte se trata de comunidades intencionales, no he querido dejar de lado dos importantes ejemplos de comunidades locales, que considero fundamentales por su capacidad para inyectar una intención común en su seno. De un extremo a otro de la historia nos encontramos con las ciudades estado griegas y las colectividades agrarias españolas.

Soy consciente de que fuera del mundo occidental la comunidad ha estado siempre presente de una manera mucho más clara, siendo de hecho la forma natural de vida de casi todos los pueblos indígenas tanto en América como en África, Asia u Oceanía. Se podrían dar muchísimos ejemplos de cómo todos estos pueblos indígenas han mantenido hasta nuestros días una forma de vida comunitaria basada en el aprovechamiento local de los recursos y con escaso impacto sobre el medio natural, en algunos casos incluso con cierta veneración por lo que la Naturaleza representa, convertida en una entrañable diosa, la Pachamama, como se conoce en muchas regiones americanas. No es mi intención hablar aquí de estas comunidades indígenas, por muy grande que sea su valor, pues como sucede con las comunidades prehistóricas, no son un modelo que nosotros podamos incorporar dentro de nuestra cultura individualista. Podemos aprender de ellas, como podemos aprender de las sociedades primitivas —a destacar su forma de vida simple y con escaso impacto ambiental, su respeto e incluso veneración por la Tierra convertida para algunos en diosa, etc.—, pero las diferencias culturales que nos separan de ellas son demasiado grandes y en muchos casos irreversibles.

Ya he comentado en un capítulo anterior los aspectos más relevantes de las comunidades primitivas, así que no los repetiré aquí. Como ocurre con las actuales comunidades indígenas, muchos de ellos son muy valiosos y debemos considerarlos en cualquier propuesta de comunidad sostenible. Sin embargo, quiero dejar claro que, por muy atractiva que parezca para muchas personas, nuestra meta no puede ser la comunidad primitiva. Sencillamente, no podemos dejar de ser individuos. De la misma manera que un niño pierde su inocencia infantil conforme crece y se hace adulto, conforme gana conciencia de las cosas, y desde esa perspectiva de adulto, nadie quiere volver a ser niño por muy buenos que sean sus recuerdos; tampoco nos sería posible, como individuos que ahora somos, con una conciencia individual que se ha ido enriqueciendo con el paso de los siglos, volver a nuestra infancia como especie, a una comunidad que, en gran medida, es incompatible con nuestra conciencia individual actual. Sí que podemos mantener lo mejor de ese niño que fuimos y que llevamos dentro, integrado en nuestro ser de adultos y desgraciadamente tantas veces reprimido. E igualmente podemos mantener mucho de aquella comunidad primitiva, no para repetirla, sino para integrarla en una nueva forma de vida, en una nueva propuesta comunitaria.

La comunidad en la Grecia antigua

Virtudes y defectos de las polis griegas

Si nuestro estudio sobre el proceso de formación del individuo moderno comenzó en la Grecia clásica, con la figura del sabio estoico, que hace su aparición con la caída de las ciudades estado griegas y el advenimiento del imperio; ahora este repaso a la comunidad a lo largo de la historia empieza un poco antes, precisamente en el momento en que estas ciudades alcanzan su esplendor.

Las ciudades estado de la Grecia clásica (s. VI-V a.C.) recogían algunas características importantes de lo que podemos entender por comunidad local: reunían una población no muy grande en un territorio delimitado, estaban hechas a escala humana (por término medio, unas 10.000 personas, ocupando un territorio de entre 1.000 y 3.000 km², aunque algunas ciudades como Atenas alcanzaron el medio millón de habitantes); tenían un alto grado de autosuficiencia, con una amplia variedad de actividades económicas, aunque, por supuesto, la agricultura era la actividad principal y el comercio estaba bastante desarrollado entre ellas; la propiedad, aunque en algunas *polis* estaba en manos de unos pocos terratenientes, en otras ciudades se distribuía equilibradamente entre muchos pequeños propietarios; gozaban de cierta autonomía, no estando sometidas a ningún poder exterior, aunque la presencia de megapolis como Atenas podía ser intimidante; todos los ciudadanos tenían derecho a participar por igual en el gobierno de la *polis*, tomándose las decisiones en una Asamblea popular en la que todos, menos los extranjeros y los esclavos, tenían voz y voto; todos los cargos políticos (consejo, magistrados...) se elegían por periodos cortos de tiempo y la participación solía ser rotativa. Las polis griegas eran comunidades locales, pero además existía en ellas un proyecto común, un proyecto que compartían la mayoría de sus habitantes y que constituía la base de su autonomía, la clave de su gran cohesión social.

Por supuesto que no todo eran virtudes y desde nuestro prisma actual es fácil notar muchos defectos: un sistema de producción esclavista, en el que muchas personas eran consideradas como mera fuerza de trabajo sin derechos de ningún tipo (del medio millón de habitantes de Atenas, más de la mitad eran esclavos sin derechos); el escaso papel jugado por las mujeres en la vida política, la falta de derechos cívicos para extranjeros; una Asamblea un tanto desvirtuada en la práctica, porque al tratarse de una participación no remunerada, los ciudadanos pobres apenas tenían tiempo para ejercer sus derechos políticos y los ricos siempre podían comprar los servicios de buenos oradores —al final, un 10% del cuerpo social decidía por todos—. Sin embargo, y a pesar de todos estos defectos, la *polis* clásica sigue siendo a nuestros ojos un avanzado modelo de organización social, una comunidad aglutinada en torno a una cultura propia muy desarrollada, un buen ejemplo de una estructura de red, con pequeñas comunidades relativamente autónomas como nodos y con múltiples conexiones —económicas, políticas, culturales...— entre ellas.

Las primeras comunidades intencionales

Antes de la época clásica (s. VIII-VII a.C.), la sociedad griega, mucho más rural que en los siglos posteriores, estaba organizada igualmente en ciudades estado, pero entonces bajo el control de unos pocos ciudadanos con mayor fuerza o riqueza. Sólo estos elegidos, aristócratas, (en griego, *aristoi*, los mejores) formaban parte del Consejo y tomaban las decisiones. La Asamblea existía pero tenía un papel decorativo, se reunía pocas veces y cuando lo hacía se limitaba a aprobar las decisiones del Consejo. Ante esta situación, muchos ciudadanos pobres, u otros que caían en desgracia, no tenían más remedio que emigrar si querían mejorar su situación. De esta manera muchos griegos salieron de sus tierras para buscar refugio en las regiones del Bósforo y del sur de Italia.

Uno de estos emigrantes fue el famoso matemático Pitágoras, quien nació en Samos, en torno al 580 a.C. Inculcado en las viejas tradiciones del misticismo y ascetismo, se enemistó con el tirano Polícrates que gobernaba Samos en un ambiente de opulencia y lujo. Las desavenencias éticas y políticas le obligaron a exiliarse e instalarse en Crotona, al sur de Italia, donde fundó una cofradía o

comunidad, llamada Homakoeion, para muchos primer ejemplo de comunidad intencional que se conoce. Se trataba de una comunidad vegetariana, basada en la igualdad de sexos y que seguía una vía mística e intelectual al mismo tiempo. La idea central de los pitagóricos era que el acceso a los misterios, a lo trascendente, era posible a través de la profundización en el universo de los números. Esta concepción, prácticamente religiosa de los números, era su principal aglutinante.

La comunidad ideal de Platón

Al final del siglo V a.C. la *polis* clásica entra en crisis. La guerra civil entre las ciudades griegas arrasó el territorio heleno durante años y sumió a las *polis*, especialmente a Atenas que fue derrotada, en una profunda crisis de la que ya no se recuperarían. Algunos pensadores, como Platón, consideraron que el sistema democrático griego era muy imperfecto y que era necesario reinventar la comunidad sobre otros principios. En *La República*, Platón expone los planes para la creación de su comunidad intencional ideal. Esta comunidad no se basaba en la igualdad, sino en la existencia de estrictas clases sociales, cada una desempeñando un papel diferente (productores, guerreros, legisladores), todas ellas gobernadas por un dictador benévolo, o rey filósofo. La clase gobernante carecía de propiedad privada y compartía todo, incluyendo mujeres y niños. La educación era una componente fundamental de su sistema para que cada parte realizara su papel con la mayor perfección. Platón intentó varias veces poner en práctica su sistema ideal, en concreto en Sicilia, donde gobernaba un tirano ilustrado, Dionisio, pero no lo consiguió debido a las fuertes desavenencias con el tirano, que casi le cuestan la vida.

Mientras Pitágoras es el precursor en occidente de comunidades de tipo esotérico o religioso, con Platón se inaugura toda una tradición, rica en occidente, de comunidades ideales basadas en principios ideológicos o filosóficos, que tendrá su máximo exponente en las comunidades utópicas del siglo XIX.

Las comunidades en el mundo cristiano

De los primeros cristianos a los monasterios

En los primeros tiempos del cristianismo (siglos I-IV d.C) los seguidores cristianos constituían minorías en una sociedad que tenía creencias y formas de organización social distintas. De ahí que para protegerse de las críticas, y en ocasiones de la persecución, se organizaran en forma de pequeñas comunidades casi secretas, en las que se juntaban todos los cristianos de una misma ciudad. Estas comunidades, llamadas *iglesias* (del griego *ekklesia*, asamblea), se distinguían por la realización de ritos en común, por la aceptación de un sistema de valores propio y diferente al de la sociedad pagana romana en la que se hallaban —caracterizado, entre otras cosas, por una moral sexual muy ascética, por un claro rechazo del lucro, por el rechazo de costumbres crueles, por su pacifismo, por su constante apoyo mutuo, etc.—; por tener sus posesiones en común, sobre todo los edificios destinados al culto; y por la existencia de una autoridad reconocida en la figura del obispo, a quien se consideraba sucesor de los apóstoles. Todas estas comunidades, a su vez, debían obediencia a la iglesia romana, cuyo obispo era considerado como el sucesor de Pedro, primero de los apóstoles.

Con el triunfo del cristianismo en todo el imperio romano, la Iglesia se convirtió en una auténtica estructura de poder, no sólo sobre los asuntos de la fe, sino también sobre los asuntos terrenales. Este poder jerarquizado pronto empezó a desconfiar de las prácticas comunistas de las comunidades cristianas de base hasta llegar a prohibirlas o relegarlas a los monasterios, que empezaron a construirse a partir del siglo IV. La forma de vida de los monasterios se caracterizaba básicamente por la no existencia de propiedad privada y el desapego de los bienes materiales, el desarrollo consciente de una “atmósfera familiar”, el trabajo y la comida en común, los rituales colectivos (oración, canto, celebraciones) y la vida retirada. A lo largo de la Edad Media, muchos monasterios se convirtieron en grandes y prósperas comunidades, lo que, cómo no, provocó en más de una ocasión los celos de la autoridad eclesiástica, que siempre estuvo muy atenta a todo aquello que pudiera contestar su

supremacía. Con la excusa de que se practicaban ritos aberrantes y contrarios al espíritu del cristianismo, la Iglesia las condenó por heréticas, obligándolas a disolverse y, en ocasiones, exterminándolas directamente.

Las comunidades cristianas de la Reforma

Las prácticas y abusos de la Iglesia medieval, un verdadero poder por encima del poder de nobles y reyes, desembocaron en el siglo XVI en una revuelta generalizada, un extenso movimiento de protesta que acabó con la unidad de la iglesia cristiana en Europa occidental. Muchos y variados fueron los movimientos que, bajo el común denominador de la Reforma, sacudieron los fundamentos del Cristianismo en dicha época. Entre ellos cabe destacar, por su espíritu comunitario, el movimiento de los anabaptistas, que supuso la creación de numerosas comunidades intencionales por toda Europa. Su influencia ha llegado hasta nuestros días, y es visible en comunidades hutteritas y Bruderhof de Estados Unidos.

El origen del movimiento anabaptista, al igual que la Reforma en general, hay que buscarlo en las difíciles condiciones de vida de las clases pobres durante los siglos XV y XVI. Los campesinos hambrientos e iletrados, generalmente descontentos con las actitudes de la jerarquía eclesiástica, eran presa fácil de la propaganda crítica con la iglesia tradicional, el radicalismo religioso florecía entre sus miembros. Los anabaptistas defendían la separación de la Iglesia y del Estado y la libertad de conciencia, para ellos ningún Estado tenía derecho a controlar la fe del pueblo o castigar a la gente por sus creencias religiosas. Rechazaban la violencia, la guerra y, por tanto, el servicio militar. Algunos grupos rechazaban al Estado por completo, creando comunidades autosuficientes en las que se compartían bienes. Enfrentados a todos, a la Iglesia protestante y al Estado, los anabaptistas fueron perseguidos por los reformadores protestantes, por los líderes católicos y por los príncipes.

En la actualidad existen numerosas comunidades cristianas de base en todos los países del mundo. Su religiosidad, su sólida creencia en las enseñanzas de Cristo, sus arraigados valores de igualdad, solidaridad, pacifismo, etc. constituyen un aglutinante indisoluble sobre el que se asientan tales comunidades. Si en la primera parte de este libro, el cristianismo aparece como un elemento esencial en el proceso de formación del individuo, dada la relación privilegiada que se establece entre el creyente y Dios, lo cierto es que sin la decidida intervención de la Iglesia medieval en el control del poder terrenal, lo que le llevó a sospechar de las propias comunidades cristianas, los cristianos han mostrado siempre una fuerte tendencia a valorar la vida en comunidad, al menos aquellos que actúan coherentemente con las enseñanzas de Cristo.

Las comunidades utópicas del s. XIX

La comunidad aquí y ahora

Si las Revoluciones Americana y Francesa y sus derechos del hombre marcaban el triunfo del individualismo, acentuado a lo largo del siglo XIX con la expansión del liberalismo económico, la misma época vivía, tal vez en un movimiento de compensación, una búsqueda frenética de formas de vida más comunitarias, un deseo de organizar las relaciones sociales sobre otras bases, libres de los problemas de la industrialización y la opresión capitalista. Robert Owen, Étienne Cabet, Charles Fourier, Saint Simon son los nombres de algunos de estos pensadores que apostaron por la vida comunitaria como una opción apropiada en la compleja sociedad industrial. A diferencia de las comunidades religiosas anteriores —monasterios y comunidades anabaptistas—, las comunidades utópicas del siglo XIX se caracterizan por su secularidad, por la ausencia de principios religiosos en su motivación primaria, y aunque comparten con aquellas algunos principios humanistas (igualdad, apoyo mutuo, bien común, etc.), su principal razón de ser es la búsqueda de una mayor justicia social, el establecimiento de una sociedad que aprecie por igual las aportaciones de todos los seres humanos y redistribuya en consecuencia la riqueza colectiva. Por tanto, se trata de iniciativas que reafirman continuamente su

compromiso social, proponiendo modelos que pretenden ser extensibles a toda la sociedad y no un simple medio para la salvación de un grupo de elegidos. Es de destacar también su fuerte componente antiautoritario y en contra el Estado.

Marx tildó de socialistas utópicos a estos críticos del capitalismo incipiente, que buscaban soluciones concretas para un momento histórico concreto, en vez de limitarse simplemente a “contemplar” la autodestrucción del capitalismo, que habría de llegar, según el teórico alemán, como lógica consecuencia de sus contradicciones internas. Con todo mi respeto por Marx, está claro que se equivocó en este punto. Las contradicciones existentes en cada etapa histórica no son sólo económicas, no sólo afectan a las fuerzas productivas y a los modos de producción. De hecho, se puede entrar en una nueva etapa, y así hemos pasado de la sociedad industrial a la sociedad de la información, con todos los cambios culturales que ello conlleva, sin que el capitalismo, como sistema económico dominante, se haya visto gravemente afectado.

Por el contrario, la idea de que la libertad es algo que debemos ejercer aquí y ahora, sin esperar a una improbable revolución; de que podemos empezar a cambiar desde ya mismo nuestra forma de vida, y ajustarla a nuestros valores y creencias, sin necesidad de hacernos primero con un poder que siempre termina corrompiendo; y de que podemos crear modelos sostenibles para el futuro, que no pretenden imponerse a nadie, sino inspirar a otros a que desarrollen sus propios modelos, en una red que se pretende abierta e inclusiva; todo ello es un grandioso regalo de estos primeros pensadores, socialistas y libertarios, por el cual debemos estar agradecidos.

New Lanarck y New Harmony

Robert Owen es conocido por ser el creador de New Lanark, un experimento único en su época, modelo de empresa y de comunidad, en la que trabajaban y vivían unas 1.500 personas, la mayoría mujeres y niños. Owen mejoró considerablemente las condiciones de vida de los trabajadores, abrió un almacén en el que vendía alimentos y otras mercancías a precio de coste, construyó viviendas sanas para la gente y fundó una escuela “comunitaria”, pedagógicamente muy avanzada para la época. Owen quería compaginar el buen uso de la tecnología con inquietudes ecologistas. Pensaba que los seres humanos son el producto del entorno en el que viven y que por tanto éste debe ser lo más sano y acogedor posible. Racionalista ilustrado, Owen creía en la educación como único remedio a la descomposición social. Resultado de todas estas prácticas fue el considerable éxito que alcanzó New Lanark, empresa con beneficios incluso en épocas de crisis. Este éxito atrajo la atención de numerosas personalidades de todo el mundo que quisieron visitar el lugar.

Owen recibió muchos apoyos y sus teorías fueron ampliamente difundidas. Sin embargo, nunca estuvo del todo contento con New Lanark, no respondía completamente a sus ideales comunitarios: no era autosuficiente, faltaba una base agrícola importante, carecía de muchos servicios indispensables, sólo trabajaban las mujeres por lo que los hombres tenían que buscarse trabajo fuera de la comunidad, su componente principal eran trabajadores, faltaban profesionales y gente ilustrada, etc. Cansado además de los continuos problemas que surgían con sus socios en New Lanark, decidió desvincularse del lugar y colaborar en la fundación de nuevas comunidades de tipo cooperativo, que en su honor recibieron el nombre de comunidades owenitas.

La más importante de todas ellas fue New Harmony, que se fundó en Indiana (Estados Unidos). Aunque las comunidades owenitas dieron bastante importancia a la educación, a preparar a las nuevas generaciones para un futuro en comunidad, en realidad duraron poco, extinguiéndose en no más de una generación. El principal elemento de descomposición fue precisamente la falta de un aglutinante. No es lo mismo mantener unidos a un grupo de obreros, en su mayoría mujeres y con una clara necesidad de trabajar, que a un montón de gentes de la más diversa índole que quieren participar en igualdad de condiciones, pero sin ningún tipo de compromiso. Además, estas comunidades crecieron muy rápido, sin tiempo para una verdadera integración entre fundadores y nuevos miembros, muchos de ellos personas que no reunían la formación necesaria para gestionar las actividades económicas básicas. A pesar de su fracaso, New Harmony tuvo una gran influencia en la introducción de métodos educativos progresistas en Norteamérica, al menos en el norte del país.

Los falansterios

Charles Fourier, más que ningún otro socialista utópico, trató de resolver todos los problemas de la sociedad mediante la construcción de un elaborado sistema de organización social, en el que toda persona, actividad o cosa ocupaba por anticipado un lugar bien determinado. Fourier partía de la creencia de que el ser humano es intrínsecamente bueno, porque es depositario de una armonía natural que refleja la armonía del universo. El problema estaba en la sociedad existente, que impedía el desarrollo completamente libre de las cualidades del ser humano. Para resolverlo planteó la construcción de una rígida comunidad liberadora: el falansterio. El falansterio era la unidad social mínima, reunía a unas 1.000 personas, disponía de tierras para agricultura y para diversas actividades económicas, para viviendas y para una gran casa común. Todo estaba reglado, todo debía seguir un orden muy particular, incluso el amor y el sexo. Todo estaba pensado para una vida cómoda y con el mayor placer.

En la práctica, sin embargo, sólo hubo una experiencia de falansterio en Francia y fracasó inmediatamente. Demasiado difícil plasmar en la práctica las ideas, algunas muy enrevesadas, de un solo hombre. Los proyectos, o son compartidos, o no son. En Europa la importancia del fourierismo declinó rápidamente, pero en Norteamérica tuvo una buena acogida y gozó de cierto prestigio intelectual. La idea de una forma de vida cooperativa resultó atractiva para mucha gente en una época de depresión económica. En poco tiempo se crearon entre 40 y 50 falansterios, aunque sólo 3 sobrevivieron más de 2 años. El más exitoso fue el llamado North American, que se disolvió después de un aparatoso incendio que acabó con sus bienes. Como en el caso de las comunidades owenitas, el fracaso de estos falansterios, más allá de sus dificultades intrínsecas, se debió a su rápido crecimiento, que atrajo en poco tiempo a un montón de gente poco preparada y menos comprometida.

Icaria

La historia de Etienne Cabet y su Icaria es similar a las anteriores. En 1839 Cabet escribió un libro titulado *Viaje a Icaria*, en el que exponía sus ideas sobre una sociedad comunista y que el autor consideraba como una versión moderna de la *Utopía* de Tomás Moro, pero mejorada por las ideas económicas de Robert Owen. El libro, para su sorpresa, se convirtió en un best-seller y le supuso numerosos apoyos y un alto número de seguidores. Cuando Cabet escribió el libro, en ningún momento pensó llevar a la práctica sus ideas utópicas, pero la presión de sus seguidores le animó a emprender viaje para América del Norte donde fundó una comunidad llamada Icaria, situada en el estado de Illinois. La comunidad llegó a contar con 500 miembros, pero violentas disensiones internas por asuntos legales y la muerte de Cabet llevaron a su disolución. Otras comunidades icarianas continuaron en diversos lugares de los Estados Unidos todavía durante un tiempo.

La iglesia saintsimoniana

Analista de su tiempo con numerosos libros publicados, Saint Simon compara el dinamismo de América, joven nación que promueve la igualdad y la libertad, con el viejo continente, que presenta síntomas claros de agotamiento, en particular por la pesadez del aparato estatal y el parasitismo de las clases ociosas (militares, rentistas, funcionarios, etc.). La sociedad debe ser completamente reorganizada, con un mayor peso para las clases productoras (industriales, comerciantes, obreros) y sobre nuevos vínculos sociales basados en el amor y la fraternidad. Una nueva religión, *el nuevo cristianismo*, es necesaria para regenerar la sociedad. Algunos de los seguidores de Saint Simon se tomaron al pie de la letra la idea de crear una nueva religión y fundaron una iglesia-comunidad en París, que duró 5 años y que fue violentamente disuelta por las autoridades.

El movimiento comunalista en la Norteamérica del s. XIX

Nadie puede quedar fuera de una comunidad por sus creencias

Norteamérica no fue sólo el destino de muchos movimientos ideológicos “utópicos” nacidos en Europa, que ante las dificultades políticas que encontraban en el viejo continente para poner en práctica sus ideales comunitarios se vieron obligados a emigrar. Fue también el destino y el origen de muchas comunidades de inspiración religiosa que hallaron allí una tierra fértil para poner en práctica sus ideas. De todos estos grupos, muy numerosos, expongo solamente algunos ejemplos de aquellos en los que los principios de igualdad y apoyo mutuo eran más evidentes, llegando en las más de las ocasiones al rechazo total de cualquier forma de jerarquía, a la ausencia de propiedad privada con la puesta en común de todos sus bienes, e incluso a la resistencia a las imposiciones del Estado. Dadas sus particulares características, parece conveniente calificar este movimiento con un nombre propio, y puesto que en su organización interna estos grupos eran, y en algunos casos todavía son, auténticas comunas, las palabras “comunalismo” y “comunalista” parecen convenirle bastante bien.

Aunque su probado éxito en llevar una vida prácticamente autosuficiente, generar riqueza, mantener cierta autonomía en relación al Estado, configurar un proceso igualitario en la toma de decisiones (aunque en algunas de estas comunidades religiosas, las decisiones sólo las tomaban hombres), mantener un alto grado de cohesión interna, etc., nos ha de llevar a considerar seriamente estas comunidades y evaluar sus elementos positivos, tampoco son en general un modelo válido para una comunidad sostenible. En todas ellas, el elemento aglutinante, aquel que mantiene unida la comunidad, es algún tipo de creencia profunda o fe, canalizada muchas veces a través de un carismático líder, que a la vez que refuerza la cohesión interna del grupo, impone ciertas normas y hábitos de comportamiento que obligan a quienes están dentro y delimitan quienes se quedan fuera.

Con otras palabras, no son comunidades abiertas a todo el mundo, sólo son apropiadas para quienes comulgan con su creencia básica. Entiendo que una comunidad intencional, aquella que se forma por expreso deseo de un grupo de personas con un objetivo común, puede exigir a sus nuevos miembros la aceptación de esos objetivos. Por el contrario, una comunidad local, que simplemente aspira a ser sostenible, no puede dejar a nadie fuera por sus creencias, aunque por supuesto puede desarrollar estrategias para que las personas vayan asumiendo los que, a mi entender, son los dos criterios básicos de toda comunidad sostenible: cuidar la gente, cuidar la tierra.

Rápit

En 1803 George Rapp, un alemán que huía de la justicia por sus ideas religiosas apocalípticas, compró unas tierras vírgenes cerca de Pittsburgh. Un año más tarde, mil setecientas personas de origen alemán fundaban en dicho lugar la Harmony Society, primero como una cooperativa, poco después como una comunidad comunista. La mayoría de los hombres eran trabajadores duros, agricultores con conocimientos de construcción y de mecánica. En poco tiempo consiguieron poner en marcha una comunidad floreciente prácticamente autosuficiente. Tenían una iglesia, una escuela, un molino, un granero común, carpintería, herrería, aserradero, destilería y plantaciones de trigo, centeno, tabaco, cáñamo, lino, uva y amapolas para aceite.

Cuando el lugar se quedó pequeño para sus propósitos, vendieron el terreno (precisamente a R. Owen, quien fundaría en el mismo sitio New Harmony) y buscaron un nuevo emplazamiento en el que fundaron una nueva ciudad, Economy, que existió hasta principios del siglo XX, momento en que se extinguió la comunidad. No obstante, los descendientes continuaron viviendo en la misma región. El éxito de los rápit se debió al tipo de gente que formaba la comunidad, alemanes habilidosos, la mayoría de origen suave, granjeros, vinicultores y mecánicos, que se sentían a gusto con su trabajo y que encontraban en la comunidad la posibilidad de realizarse.

Amana

Hasta su disolución como comunidad, que tuvo lugar en 1933, Amana ha sido una de las comunidades más exitosas que se conocen. De raíces europeas, unos 800 miembros de la Sociedad de la Inspiración Verdadera se establecieron en los Estados Unidos entre 1842 y 1845, donde compraron un pedazo de tierra virgen, en el que construyeron cuatro pequeños poblados. Al principio funcionaron como cooperativa, pero desde 1854, año en que se desplazaron a otro lugar más apropiado, cercano a la frontera con Canadá, empezaron a funcionar de una manera totalmente comunista. En su nuevo emplazamiento construyeron seis poblados que llamaron Amana, conformando la Sociedad Amana.

Aunque se considera a Christian Metz fundador de la Sociedad de la Inspiración Verdadera, sus raíces hay que buscarlas en el monasticismo tardío de la zona del Rin y de los Países Bajos. Christian Metz dio a la sociedad una organización muy práctica, dividida en congregaciones gobernadas por ancianos y creó numerosas colonias que, aunque no eran completamente comunistas, compartían los beneficios de sus pequeños negocios a través de un fondo de ayuda mutua que daba préstamos sin interés. Las colonias prosperaron pero sufrieron diversas persecuciones, dada su negativa a enviar los niños a la escuela pública, a llevar armas, prestar juramento o colaborar con el Estado. De ahí que emigraran a América.

En América, la sociedad Amana pronto desarrolló una amplia variedad de pequeños negocios y artesanías, llegando a ser prácticamente autosuficiente. Además “exportaban” parte de la producción textil y agrícola, lo que les daba buenas plusvalías, que disponían colectivamente. Las familias vivían cada una en su casa, pero comían juntas por barrios en comedores comunes. Los niños iban a las escuelas comunitarias, donde recibían educación en inglés y en alemán. La escuela duraba todo el día y todos los días del año, pero se dividía en periodos de estudios, de aprendizaje de oficios y de juego. Muchos trabajos eran rotativos y otros muchos se hacían entre todos. La expresión artística, salvo cantar himnos, no estaba bien vista.

Aunque los primeros inspiracionistas eran en su mayoría intelectuales y aristócratas venidos a menos, en su época americana, la Sociedad estaba formada por campesinos simples, buenos trabajadores, que encontraban suficiente satisfacción en la agricultura, el trabajo y los oficios religiosos. Viviendo de una forma tan simple tenían de todo y les sobraba. Por ello cuando en 1933 se disolvió la comunidad y se volvió a la empresa privada, ésta ha seguido gozando de considerable éxito hasta nuestros días.

Oneida

John Humphrey Noyes, nacido en 1811 en Vermont (Estados Unidos), fue el fundador de la comunidad Oneida y de una secta conocida como los Perfeccionistas. Tras una profunda conversión religiosa, Noyes llegó a la creencia de que al ser humano no sólo le era posible la salvación, sino también la perfección en esta vida. En 1848 unos cien perfeccionistas compraron unos terrenos en el norte de New York, donde se establecieron con pocos recursos y sobre una tierra pobre. Con esfuerzo lograron producir lo suficiente para alimentarse ellos mismos y vender excedentes. Con los beneficios obtenidos empezaron un diversificado programa de desarrollo económico a pequeña escala, que les llevó a producir, además de grano y algodón y frutas y verduras, otros objetos como muebles, tejidos, bolsas de viaje, etc. e instalar otros negocios como un aserradero, una herrería y finalmente una orfebrería que como negocio privado todavía existe actualmente.

Oneida parece haber sido un estupendo lugar para vivir. El éxito de esta comunidad se debió probablemente al buen talante de las personas que la formaron y las excepcionales cualidades de su fundador, John Noyes, persona muy inteligente y de buena voluntad, que nunca pedía a nadie que hiciera algo que él mismo no pudiera hacer, y así trabajó como granjero, herrero, administrador... Noyes consideraba que las relaciones sexuales son un punto fundamental de la vida comunitaria, argumentando que el matrimonio monógamo es una forma de esclavitud. Por ello, enseñó a aquellos comuneros a extender sus sentimientos de amor y pasión, propios de la tradicional unidad familiar, a grupos más numerosos de personas y practicar el “compañerismo horizontal”, es decir a tener

relaciones sexuales con otros miembros. Para evitar hijos indeseados y controlar la natalidad utilizaban como único método anticonceptivo la “retirada a tiempo”. El placer sexual de las mujeres era también importante y se trataba a nivel de comunidad. Los hijos estaban a cargo del grupo.

La sociedad norteamericana dominante acogió con relativa calma una comunidad como Oneida. Prácticas como el matrimonio de grupo, la igualdad de la mujer o la manera de vestirse resultaban muy chocantes para la época, que no prestó sin embargo suficiente atención a su avanzado radicalismo político. Por ejemplo, todas las decisiones importantes se tomaban en asamblea general, preferentemente por consenso, aunque existían por supuesto grupos de trabajo que llevaban los asuntos cotidianos, siempre bajo el control de la asamblea. Oneida compartía con los quáckeros dos ideas, que todo el mundo parece aceptar, pero que luego suelen brillar por su ausencia en la mayoría de las comunidades cristianas o seculares utópicas. Primero, que es posible y no extremadamente difícil ser bueno (de ahí su nombre de perfeccionistas). Segundo, que una comunidad no puede funcionar realmente si no es por consenso.

Conforme Noyes se fue haciendo viejo, y una nueva generación fue cogiendo más peso dentro de la comunidad, aumentaron las objeciones hacia las prácticas sexuales existentes. En 1879 se abandonó el matrimonio de grupo y poco a poco la comunidad se fue desintegrando y la tierra y propiedades repartiendo entre los miembros. En 1881 Oneida se convirtió en una empresa de platería que dura hasta nuestros días.

Hutteritas

Los hutteritas se instalaron en América en el tercer cuarto del siglo XIX, después de que el gobierno ruso les amenazó con poner todas sus escuelas bajo la supervisión del Estado, obligarles a hablar ruso y darles un plazo de diez años para adaptarse al servicio militar obligatorio. Con el deseo de mantener sus costumbres, hutteritas y menonitas emigraron a Estados Unidos, Canadá y Sudamérica. Algunos se quedaron, pero en su deseo de mantener su estilo comunista de vida, la mayoría fueron exterminados por los bolcheviques. La primera colonia hutterita se estableció en Nebraska en 1874 y estaba formada por unas cien personas. Su actividad principal era la agricultura, aunque también hacían sus propias ropas, zapatos, objetos de metal y de hierro, entre otros sus aperos agrícolas. Dejadas a su propia suerte, las comunidades hutteritas pronto florecieron. En 1915 había 17 colonias en Estados Unidos con más de 1.700 personas. En la actualidad, existen 150 colonias repartidas entre Estados Unidos y Canadá.

Los hutteritas tienen sus orígenes en las comunidades anabaptistas del siglo XVI existentes en la Europa Central. En 1533 Jacob Hutter, anabaptista convencido, reunió a gentes de Suiza, Bohemia, Moravia y Austria y los convenció para adoptar una forma de vida completamente comunitaria. Con un sistema de producción y distribución mucho mejor organizado que cualquier otro colectivo de su época, estas comunidades crecieron espectacularmente. Puesto que ellos vivían de una manera muy simple, pronto acumularon una considerable riqueza que invirtieron en mejoras internas y en el apoyo a nuevas colonias. Vivieron relativamente bien hasta 1622, momento en que los nobles moravos que los habían protegido fueron obligados por la Iglesia y el imperio a expulsarlos de sus estados. Después de pasar por diferentes países, y sufrir varias persecuciones, se instalaron definitivamente en Ucrania, invitados por Catalina la Grande, hasta que emigraron a América.

En los primeros años de estancia en Norteamérica muchos hutteritas acabaron en prisión por su rechazo absoluto de todo lo que tuviera que ver con las armas o el ejército. Su lengua común era el alemán y los niños eran educados en sus propias escuelas en esta lengua. Ninguno recibía educación superior. En la actualidad la necesidad de diversos profesionales (maestros, médicos, abogados...) ha llevado a las comunidades hutteritas existentes a permitir que alguno de sus miembros, cuidadosamente seleccionado, vaya a la universidad.

A diferencia de muchos movimientos comunitarios, que sólo duraron mientras vivió el fundador (caso de Owen o de Noyes), el movimiento de los hutteritas nunca ha dependido de la fidelidad a ningún líder. Desde el principio estas comunidades se han basado en la igualdad real de todos los

miembros, quienes han asumido por igual la responsabilidad de mantener la cohesión y la eficacia del grupo.

Las colectividades agrarias anarquistas en la Revolución española

Gestión directa de la tierra

Los acontecimientos que se desarrollaron en España entre 1936 y 1939 dieron lugar a situaciones completamente nuevas en relación a otros momentos del periodo republicano. La ocupación de tierras y de fábricas por parte de campesinos y trabajadores no era simplemente una medida de presión para obtener una mejora de las condiciones de trabajo y de salario, su finalidad era más bien la gestión directa de la tierra y de los medios de producción. El resultado fue que, encabezados por organizaciones sindicales y grupos anarquistas, numerosos pueblos de la zona republicana optaron por una forma de vida colectivista en la que todos los bienes eran compartidos por sus habitantes. Muchos de estos pueblos tenían ya una larga tradición comunitaria, de ahí que no tuvieran mucha dificultad en aceptar una forma de producción y de distribución que no les era ajena.

En las colectividades los campesinos trabajaban las tierras en común y enviaban los productos al sindicato quien vendía la producción y repartía los salarios. Los pequeños propietarios que no querían unirse a la colectividad podían quedarse al margen, sin que se les hiciera ninguna presión directa, pero sin dejarles participar de los beneficios de la colectivización. Tampoco se les permitía tener más tierra que la que ellos pudieran trabajar con sus propias manos. Los campos de los grandes terratenientes o de los caciques, abandonados en su mayoría o expropiados, pasaron a ser trabajados colectivamente. El sindicato funcionaba realmente como una empresa cooperativa. Recogía y vendía los productos, organizaba el trabajo, pagaba a los trabajadores, invertía en maquinaria y otras infraestructuras y ofrecía servicios de recreo a la población (bar, cine, etc.). En las pequeñas localidades existía un único sindicato, que controlaba la economía, al mismo tiempo que servía de centro político y cultural de la comunidad. En los pueblos más grandes cada rama industrial tenía su propio sindicato unidos en una federación local. A su vez, todas las colectividades de una misma región estaban unidas en una federación regional.

Apoyo mutuo

La tierra controlada por cada colectividad correspondía normalmente con el territorio municipal, pero internamente se dividía en zonas gestionadas por un grupo de trabajadores que elegía un delegado para el comité local. Los delegados se reunían cada dos días o cada semana con el concejal de agricultura y ganadería, para coordinar todas las diferentes actividades. La moneda dejó de circular entre las colectividades, que utilizaban en su lugar tarjetas de avituallamiento, o se creaba una moneda local. El principio de apoyo mutuo se aplicaba continuamente. La caridad y la mendicidad quedaban abolidas y había presupuestos especiales para sacar a los indigentes de su situación. Este apoyo mutuo se extendía más allá del pueblo. Cada colectividad llevaba un control exacto de su producción y consumo, que enviaba al comité regional de cara a una redistribución según necesidades.

El sistema funcionó sin especiales problemas hasta la llegada de los fascistas en 1939, quienes abolieron las colectividades y restablecieron la propiedad privada. Mucho se ha especulado sobre la viabilidad futura de estas colectividades, bruscamente interrumpidas por la dictadura franquista. A diferencia de las comunidades comunistas de inspiración religiosa existentes en Norteamérica, que se conforman con mantener su sistema en un entorno sociopolítico adverso, las colectividades libertarias españolas tenían una profunda aspiración de cambiar la sociedad en su conjunto. El reto era enorme pues se trataba de autogestionar un espacio en el que vivían varios miles de personas, en ocasiones decenas de miles. Su objetivo no era tampoco la creación de un estado comunista. Cada colectividad tenía su autonomía y estaba igualmente representada en la federación regional. Su sueño era conjugar la libertad de las personas, agrupadas en pequeños colectivos más o menos autosuficientes, con la

igualdad que habría de surgir de la reducción de la injusticia y de la justa redistribución de la riqueza enmarcadas en un sistema federalista.

La comunidad en la actualidad

A diferencia de las comunidades religiosas, ninguna de las comunidades utópicas que proliferaron durante el siglo XIX sobrevivieron al siglo XX. El movimiento comunitario sufrió un largo parón que duró toda la primera mitad del siglo XX, marcado por fuertes convulsiones políticas y dos guerras mundiales. Aunque quizá la explicación más razonable para este parón haya que buscarla en el triunfo del comunismo en la Unión Soviética y en otras regiones del globo, triunfo que colocó al movimiento comunitario en una difícil situación. La larga tradición comunitaria campesina fue reprimida en la Unión Soviética, cuyo gobierno centralista y dirigista no podía aceptar ninguna forma de organización más o menos autónoma, como fueron reprimidos por presiones directas de los gobiernos soviéticos todos los intentos de crear estructuras autónomas en las regiones bajo su influencia. En Occidente, por otra parte, comunidad y comunismo se identificaron rápidamente, lo que bajo una gran tensión política, convertía a los partidarios de la comunidad directamente en comunistas y, por tanto, sometidos a estrecha vigilancia.

Los kibbutz israelíes

Hay que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX cuando, con la formación del Estado de Israel en 1949 y la llegada al país de una gran cantidad de judíos —sionistas, religiosos, socialistas y comunistas—, que huían de las persecuciones nazis, se empiezan a crear un nuevo tipo de asentamientos en todo el territorio que, tanto por motivaciones espirituales como ideológicas, buscan crear un nuevo tipo de sociedad basada en la igualdad y en la autosuficiencia. Son los llamados kibbutz, comunidades agrícolas intencionales, que con el paso de las décadas se han transformado en verdaderos semilleros de experimentación social y económica.

Combinando socialismo y sionismo, los primeros kibbutz se fundaron en una época en la que no era viable una agricultura individual en una zona tan desértica. Forzados por tanto por la necesidad de vivir juntos, e inspirados por una ideología socialista, los habitantes de los kibbutz desarrollaron una forma de vida completamente comunitaria que atrajo el interés del resto del mundo. Aunque han conservado algunos de sus principios fundacionales, la mayoría de los kibbutz actuales se diferencian poco de cualquier empresa capitalista o de cualquier otro pueblo normal, sin que su prestigio haya sin embargo decaído. Aunque menos del 7% de la población israelí vive en kibbutz, su aportación al país en riqueza económica, intelectual, política y militar sigue siendo muy grande.

Las comunidades de los 60 y 70

Con el surgimiento del movimiento *hippie* en los años 60, y su apuesta por una vida basada en el amor libre, el pacifismo y la espiritualidad oriental, comienzan a crearse en Europa y Estados Unidos numerosas comunidades en las que muchos jóvenes atraídos por esta nueva cultura pretenden llevar a la práctica sus sueños e ideales revolucionarios. Son las llamadas comunas, espacios de experimentación social —normalmente espacios pequeños: casas, apartamentos, *lofts*... y en su mayoría, urbanos—, en los que poder practicar el amor libre, el cuidado colectivo de los hijos, el consumo ilegal de drogas, las más recientes técnicas de meditación, el misticismo y la vida simple... y en los que funciona una especie de economía solidaria por la que se comparte todo entre todos.

Aunque las comunas *hippies* no duraron como tales ni siquiera una generación, fueron la base para la creación de numerosas comunidades alternativas, muchas de ellas rurales, que buscaban en el campo un ideal de vida basado en la autosuficiencia alimenticia, la vida simple y sin apenas tecnología, la experimentación con nuevas formas de relación social, basadas en la igualdad, la ausencia de jerarquía y de patrones de dominación; un espacio virgen para la tenencia y cuidado de los hijos,

nuevas formas de educar, de enseñar y de aprender; motivadas en ocasiones por cierto compromiso político o social, y en otros casos por una decisión más de búsqueda espiritual y de crecimiento personal. Como ejemplo de las primeras, podemos citar las comunidades Longo Mai, nacidas directamente como consecuencia del Mayo del 68 francés, y las comunidades conductistas norteamericanas que fundan la Fellowship of Intentional Communities, FIC. Y de las segundas, las comunidades del Arca de Lanza del Vasto, inspiradas en la no violencia gandhiana, o la comunidad Findhorn, en Escocia, prototipo de comunidad basada en la espiritualidad de la Nueva Era.

Biorregionalistas y rainbows

Otro ejemplo de movimiento social comunitario, nacido a principios de los 70, y heredero de la generación hippie y del movimiento de vuelta al campo, es el caso de la llamada Nación del Arcoiris. Treinta años después de su fundación en los Estados Unidos, cuenta hoy con una amplia representación en Canadá, México, Brasil y otros muchos países sudamericanos, al igual que en la mayoría de los países europeos, en Israel, Sudáfrica, India y Australia. Cada una de las redes de la Nación del Arcoiris es autónoma de las demás, cuenta con sus propias revistas, servicios de comunicación por Internet, sus directorios de comunidades y sus encuentros locales y nacionales, habiendo además encuentros continentales e internacionales, donde se pueden llegar a juntar hasta 25.000 personas. Su visión está fuertemente arraigada en las ideas de muchas de las tribus indias norteamericanas, de las que han tomado prestado ritos y símbolos, y su aspiración es la creación de un mundo de paz y armonía para todos los seres vivos.

También en los años 70 surge en los Estados Unidos un interesante movimiento alternativo, basado en algunos proyectos que tienen lugar en la bahía de San Francisco y en los Montes Ozarks, y que se agrupó bajo el nombre de Congreso Biorregional de Norteamérica, NABC. La palabra “biorregión” se introdujo para definir un área geográfica a partir de sus límites naturales y culturales y no de sus fronteras políticas y artificiales creadas por el ser humano. Una biorregión se distingue tanto por su fauna, flora, clima, cuencas de sus ríos, costas, montañas y su tipo de suelo, como por los rasgos culturales propios de los pueblos que habitaron en ella desde hace siglos o milenios y que la habitan actualmente. El biorregionalismo surge así como un movimiento de recuperación de la conciencia de rehabetar la tierra, de ser parte responsable del sitio donde vivimos y cuyo cuidado asumimos. En los últimos treinta años, el biorregionalismo ha ido creciendo por toda Norteamérica, extendiéndose a Canadá y México, a otros países sudamericanos, y posteriormente a Europa, Nueva Zelanda y Australia.

Ecoaldeas y comunidades sostenibles

En los años 80 el movimiento comunitario creció espectacularmente en Europa y Estados Unidos, siendo el periodo en el que nacen la mayoría de las comunidades intencionales existentes en la actualidad. A las razones sociales, políticas o espirituales, que propiciaron la creación de estas primeras comunidades, hay que añadir a partir de los 90, especialmente tras la cumbre de Río de Janeiro en 1992, razones de tipo ecológico como un argumento decisivo para fundar algunas de las más recientes comunidades alternativas, cuyo objetivo primero es experimentar con formas de vida más sostenibles y de menor impacto sobre el planeta. Las preocupaciones ecologistas se han revelado tan importantes en los últimos años que muchas comunidades existentes, nacidas por un interés social o espiritual, se están readaptando para incorporar a sus objetivos el cuidado prioritario de la Tierra.

Una nueva visión del planeta Tierra como ser vivo —la famosa hipótesis Gaia, introducida por James Lovelock a finales de los 70—, bastante alineada con las tradiciones espirituales de muchos pueblos indígenas, ha favorecido una nueva aproximación a la naturaleza, en la que ecología y espiritualidad van de la mano. Es sobre esta base que se creó, a principios de los 90, la Red Global de Ecoaldeas, también conocida como GEN por sus siglas en inglés (Global Ecovillage Network). El objetivo del GEN es apoyar y fomentar la creación de asentamientos sostenibles en todo el mundo —ecoaldeas—, a través de la creación de una red internacional que posibilite el flujo e intercambio de

información y conocimientos, y de la cooperación con agencias internacionales que trabajan por la sostenibilidad.

Puesto que hemos de volver sobre el concepto de ecoaldea un poco más adelante, al hablar de la comunidad sostenible, no me entretendré aquí explicando en qué consiste. El lector interesado puede adelantar páginas o ir directamente a la siguiente dirección web: <http://gen.ecovillage.org>. Por su parte, la Fellowship of Intentional Communities, FIC, cuenta igualmente con un magnífico sitio web, <http://www.ic.org>, que incluye un directorio con más de 500 comunidades de Estados Unidos y unas 100 del resto del mundo. En Europa se publica desde hace un tiempo el libro Eurotopia, <http://www.eurotopia.de>, con un listado de cerca de 400 comunidades y redes de comunidades del continente europeo.

Conclusiones

El declive de la Universitas

Tal vez la primera y más importante conclusión que podemos sacar de este breve repaso por la comunidad a lo largo de la historia es que, a pesar de todas las dificultades y condicionamientos históricos, el espíritu comunitario ha pervivido y se mantiene todavía vivo en la actualidad, experimentando incluso un cierto resurgir. El modelo liberal está llegando al límite de su ser, generando cada vez contradicciones más insoportables, que llevan a muchas personas a replantearse su modo de vida y buscar una salida en la comunidad. En todo este proceso histórico, la propia idea de comunidad ha sido afectada de diversas maneras y, evidentemente, la comunidad de hoy no es ni puede ser la comunidad del pasado. Los seres humanos han cambiado considerablemente desde las primeras comunidades primitivas hasta la moderna sociedad actual. Su conciencia de sí mismos, de las cosas y del mundo es diferente. La comunidad que viene ha de ser necesariamente diferente.

Desgraciadamente, y hasta la fecha, es innegable que la comunidad, en su acepción más amplia de comunidad universal o *universitas*, ha experimentado un progresivo debilitamiento, desde aquellas primeras comunidades primitivas que constituían la única forma de vida de todos los seres humanos, hasta la moderna sociedad individualista, que prioriza exclusivamente las relaciones económicas entre las personas y margina relaciones sociales y afectivas que constituyen la base de la comunidad. En la actualidad, la comunidad sólo es visible en unas pocas comunidades intencionales esparcidas por el mundo occidental y en unas decaídas comunidades locales, olvidadas o engullidas por la presión urbanizadora de las ciudades. El declive de la comunidad se desarrolla en paralelo a la formación y extensión del individuo moderno liberal y la aparición y afianzamiento de estructuras de poder y control social y territorial supracomunitarias, que desde los primeros imperios hasta los Estados actuales, pasando por las monarquías y autoridades religiosas medievales, siempre han visto con reticencia la existencia de formas de vida relativamente autónomas, que podían amenazar su autoridad y poner en peligro todo el sistema de privilegios existente.

La pérdida de autonomía

En este sentido, el principal problema externo para la comunidad a lo largo de la historia —y me refiero ahora a comunidades concretas, sean comunidades locales o intencionales—, ha sido la pérdida de autonomía. Las polis griegas, poco después de enfrentarse entre ellas por el poder, hubieron de someterse a la autoridad del imperio alejandrino, perdiendo así gran parte de su autonomía. Los monasterios y otras comunidades cristianas, que consiguieron prosperar dejadas a su buena voluntad, fueron rápidamente disueltas o exterminadas por una Iglesia que las consideraba una amenaza —para lo cual contaron con el decidido apoyo de nobles y príncipes—. Las comunidades utópicas del siglo XIX tuvieron pocas posibilidades de desarrollarse en Europa, entre otras razones por la presión de un Estado burgués que no aceptaba ninguna competencia en la gestión de “su” territorio, y que no dudaba, en caso de ser necesario, en recurrir al uso “legítimo” de la fuerza para salvaguardar sus intereses

clasistas. El ejemplo de la Comuna de París, que apenas duró unos meses, resulta bastante ilustrativo de esta situación.

También en Estados Unidos, las “comunidades” de inspiración religiosa han ido perdiendo autonomía, y aunque han conseguido el reconocimiento y derechos para algunas de sus prácticas, en otros muchos aspectos han tenido que ceder a la presión del Estado. Las colectividades españolas fueron sencillamente borradas del mapa cuando los fascistas llegaron al poder. Y por último, en la actualidad, la comunidad se consiente en las democracias liberales mientras se reduzca a pequeños grupos sin influencia real y no cuestione ciertos privilegios arraigados. Pero en el momento en que, en algún país, surgen formas de organización social comunitarias, que se enfrentan al modelo liberal y a la economía de mercado, entonces no existe autonomía ni soberanía que valga. Cualquier medio se considera lícito para acabar con ellas.

Contrarrestar la desintegración interna

Además de la pérdida de autonomía y de la continua presión ejercida por el Estado, la comunidad ha estado sometida igualmente a fuertes procesos de desintegración interna, que se han hecho más evidentes conforme la sociedad se ha ido haciendo más individualista. Para contrarrestarlos es necesario contar con un buen aglutinante, algo que permita mantener la cohesión del grupo en todo momento, pero especialmente en los momentos de crisis y dificultades. En la comunidad primitiva, este aglutinante era simplemente una necesidad básica por sobrevivir en un mundo que se lo ponía difícil al individuo, junto con una conciencia colectiva que determinaba el hacer de cada uno y garantizaba la cohesión del grupo. Conforme se desarrolla la conciencia individual, algo que, como hemos visto en un capítulo anterior, comienza en la Grecia clásica con la figura del sabio y continúa con el Cristianismo en la relación especial que cada individuo establece con Dios, la cohesión de la comunidad ya no está garantizada por ninguna conciencia colectiva preexistente al individuo. Es necesario contar con algún aglutinante, es necesario desarrollar aquellos factores que ayudan a mantener la cohesión grupal.

En las primeras comunidades cristianas, además de contar con la religión como aglutinante, existía todavía una fuerte amenaza externa, la persecución a la que eran sometidas por el imperio romano. Esta necesidad de protegerse frente a un enemigo externo actuaba entonces como un importante factor de cohesión, y lo ha seguido siendo a lo largo de la historia. Cuando los factores externos desaparecen, o al menos están controlados, es cuando se hace más evidente la necesidad de contar con un buen aglutinante interno y de trabajar aquellos aspectos que pueden favorecer la cohesión del grupo. En ese sentido, podemos observar una gran diferencia entre las comunidades religiosas y las comunidades ideológicas que se establecieron en Estados Unidos en el siglo XIX y que nos pueden servir como referencia para analizar cuáles son los factores de cohesión y cuáles contribuyen desde dentro a la disgregación de la comunidad.

La espiritualidad, factor de cohesión

Es interesante observar, en primer lugar, que la religión es un aglutinante bastante más fuerte que la ideología y la razón, como lo demuestra el hecho de que muchas de las comunidades religiosas, que se remontan hasta los tiempos de la Reforma, han llegado hasta nuestros días, mientras que las comunidades utópicas desaparecieron en poco tiempo. Y no estamos hablando de una religión oficial, que la mayoría de estas comunidades criticaban o rechazaban, sino de compartir unas creencias básicas de tipo espiritual que, más allá de la creencia en la existencia de un Ser supremo, lo que hacían era recuperar el aspecto relacional de todo ser humano. En este sentido, y entendiendo la religión de acuerdo con una de sus posibles etimologías como *relegere*, la religión no sería más que el simple hecho de “reunir” o “rejuntar” a las personas en un espacio recreado de conciencia colectiva, un espacio que acoge a todo el mundo más allá de sus diferentes opiniones o “razones” para hacer las cosas.

Las comunidades seculares compartían con las religiosas creencias básicas sobre la igualdad y natural bondad de los seres humanos, pero dominadas por el racionalismo materialista de la época no podían considerar ninguna instancia “religante” más allá de la propia razón. La razón, como hoy

sabemos, es una formidable facultad del ser humano, pero su fuerza radica en su capacidad analítica y diferenciadora. Es una buena herramienta para la discusión y el análisis de diferentes posibilidades, pero encuentra dificultades en reunir lo que ha separado previamente. La razón, si no viene acompañada de otras facultades humanas como el amor o la compasión, que la pueden reconducir hacia un tipo de diálogo verdaderamente inclusivo e integrador, se suele perder en la discusión y el debate, que en la mayoría de los casos actúan como fuerzas desintegradoras.

La necesidad de trabajar los conflictos

Otra diferencia notable entre ambos tipos de comunidades era su manera de aceptar nuevos miembros y de prevenir y resolver los conflictos. En las comunidades seculares, una creencia no cuestionada de que todos los seres humanos son iguales, bondadosos y racionales, les llevaba ingenuamente a pensar que todo el mundo podía formar parte de la comunidad y que todo el mundo disponía de un sentido común y una sensata razón con los que se podía resolver cualquier conflicto. Por el contrario, las comunidades religiosas eran mucho más cuidadosas a la hora de aceptar nuevos miembros, quienes debían ser personas que comprendieran el espíritu de la comunidad, sus motivaciones religiosas y sus objetivos a corto y largo plazo. Este filtro de entrada les evitaba sin duda muchos problemas, pero además, en muchas de ellas, las decisiones se tomaban por consenso, lo que de por sí previene muchos conflictos, y en última instancia algunas contaban con procedimientos para resolver los conflictos una vez que éstos aparecían.

Personalmente estoy de acuerdo con la idea defendida por los socialistas utópicos de que la comunidad debería estar abierta a cualquier tipo de personas, más allá de sus creencias religiosas o ideológicas, de que debería ser un modelo de convivencia extendible a toda la sociedad. Pero es necesario establecer entonces unas reglas mínimas de funcionamiento que todo participante debe aceptar. Y puesto que la experiencia demuestra que la razón y la buena voluntad no son cualidades suficientes para lidiar con las diferencias que, inevitablemente, surgen en todo proceso comunitario, es también necesario contar con procedimientos y técnicas que nos ayuden a tratar las diferencias y los posibles conflictos que se crean sin poner en peligro la propia integridad del grupo.

Nada de esto existía en las comunidades utópicas del siglo XIX, ni un procedimiento para la admisión de nuevos miembros, ni una estrategia y técnicas para prevenir y resolver conflictos, más allá de una inusitada confianza en la buena voluntad de la gente y en el uso de la razón. El resultado fue que estas comunidades se vieron desbordadas por la presencia de individuos que huían de la sociedad y que buscaban en la comunidad una solución a sus problemas personales, pero sin aportar nada a cambio. En su mayoría intelectuales, sin un conocimiento real de ningún oficio útil para la comunidad, consumían sus esfuerzos en la discusión y la crítica improductiva, mermando la energía colectiva y actuando como una terrible fuerza desintegradora.

Apoyar la diversidad y la apertura al exterior

Lo que nos lleva a destacar una tercera diferencia importante entre ambos grupos de comunidades. Una comunidad que pretende ser autosuficiente debe contar con personas de diferentes habilidades, capaces de afrontar todos los trabajos necesarios para la autosuficiencia. Agricultores, albañiles, artesanos, administradores, sanadores, educadores, etc. son algunos de los oficios imprescindibles para conseguir tales objetivos. Así como en las comunidades de inspiración religiosa estas tareas estaban suficientemente representadas por personas bien preparadas, en la mayoría de las comunidades ideológicas el componente principal eran intelectuales con escasos conocimientos de los oficios más elementales. Es imposible mantener una buena cohesión cuando existe un enorme desequilibrio en conocimientos y recursos humanos, con algunas áreas sobradamente cubiertas, mientras que en otras existe un vacío insoportable que impide el normal funcionamiento de la comunidad.

Por último, un error típico de los comuneros utópicos, aunque éste generalizable a muchas comunidades de inspiración religiosa y a algunas comunidades intencionales actuales, es una

concepción romántica del “retorno a la tierra”, la visión de una comunidad totalmente autosuficiente cuya primera fuente de recursos es una forma primitiva de agricultura, en la que se desdeña cualquier atisbo de tecnología moderna, y que aspira, en última instancia, a una forma de vida similar a la comunidad primitiva o medieval. Basta observar la naturaleza para comprender que un sistema vivo que se aísla de su entorno tiene pocas posibilidades de supervivencia.

Lo mismo puede decirse de un sistema humano. Una comunidad que se aísla, que se cierra sobre sí misma, que no quiere contactos con un mundo exterior que considera impuro o contaminado, que no se abre al conocimiento que se crea en otros lugares, que no se renueva en su composición, que no mantiene abundantes y diversas relaciones con otros grupos..., está condenada a una muerte lenta y agonizante. Resulta muy difícil renovar una comunidad que es muy estricta en sus planteamientos, que prácticamente se ha cerrado sobre sí misma sin admitir nada que la pueda contaminar desde afuera. Pero sin renovación, sin la llegada de gente nueva, que aporta nuevas ideas, nuevas ilusiones, nuevos proyectos, la comunidad simplemente no se mantiene, después de una generación desaparece.

Apoyo mutuo y simplicidad voluntaria

Si nos fijamos ahora en la economía, exceptuando las polis griegas que contaban con un sistema de producción esclavista, en todas las comunidades citadas se favorece una distribución igualitaria de la riqueza colectiva, que todos los miembros de la comunidad contribuyen de alguna manera a producir. El comunismo existente en muchas comunidades, tanto religiosas como seculares, no sólo no actúa como factor de disgregación, sino que puede llegar a ser un importante factor de cohesión, en la medida que evita sentimientos de agravio e injusticia y crea una inmensa riqueza social de la que todos pueden disfrutar por igual. Otros sistemas de economía mixta, también presentes en comunidades de ambos signos, han resultado igualmente exitosos y por ello, la clave no hay que buscarla tanto en el tipo de economía interna que se practica en la comunidad, como en el compromiso colectivo por evitar desigualdades sociales, proporcionando iguales condiciones de trabajo para todos y asegurando un reparto equilibrado de la riqueza producida, a fin de asegurar que nadie resulte privilegiado y nadie quede marginado. Se trata de una economía al servicio de la comunidad y no del individuo, una economía social y solidaria.

Resulta igualmente interesante observar que en muchas comunidades se practicaba una forma de vida sencilla, pionera de lo que hoy llamaríamos “simplicidad voluntaria”, que convertía en abundancia todo lo que tenían y que, sin duda, facilitaba el reparto de la riqueza, ya que nadie pensaba que necesitaba más de lo que tenía. De hecho, satisfacer nuestras necesidades básicas de manera colectiva resulta mucho más fácil, más económico y más divertido, que buscarse cada uno la vida como pueda. La gran paradoja de la economía capitalista actual, basada en la libre iniciativa individual y en la sola búsqueda de beneficio, es que no es nada económica, pues satisfacer de manera individual nuestras necesidades supone un gran consumo de recursos, humanos y naturales, que se podría reducir extraordinariamente con formas de vida más comunitarias. La gran tragedia es que es totalmente insolidaria con las personas y con la naturaleza. Ya sólo por eso, la comunidad es necesaria.

En pocas palabras

Como resumen de este pequeño repaso a la historia de las comunidades intencionales, podemos decir que las componentes esenciales para el éxito de una comunidad son la existencia de un grupo de personas cohesionado en torno a un aglutinante capaz de despertar algún tipo de conciencia colectiva, de crear en última instancia un espacio de encuentro más allá de las diferencias individuales, y que se plasma en una visión común que comparten todos los miembros del grupo; un grupo que ha definido unas reglas claras de funcionamiento que regulan la entrada de nuevos miembros, que determinan cómo se toman las decisiones y que establecen procedimientos para afrontar las diferencias y resolver conflictos; un grupo que se halla equilibrado en cuanto a conocimientos y habilidades, contando entre sus miembros con personas de formación muy diversa y adecuada a los objetivos de la comunidad, y con procedimientos que garantizan una distribución justa de la riqueza colectiva; que establece

relaciones con otros grupos y comunidades con las que intercambia información, conocimientos y productos; y, en el caso de comunidades que aspiran a la autosuficiencia, que cuentan con suficiente tierra para poder producir gran parte de los alimentos que necesitan, con una variada producción artesanal para consumo interno, pero también con la capacidad para producir bienes y ofrecer servicios en el mercado externo y conseguir así la plusvalía necesaria para poder adquirir otros bienes necesarios para la comunidad.

7. La comunidad que viene

Una comunidad de individuos participantes

La comunidad en boca de todos

Posiblemente como una reacción a los excesos del individualismo dominante —que entre otras cosas se traduce en una dificultad para salir adelante experimentada por muchas personas que carecen de una red de apoyo familiar o social, en un aumento del sentimiento de soledad y de enfermedades sociales como la depresión, o en un temor patológico por la seguridad al ver al otro como un extraño, un desconocido del que no se sabe que esperar—, la idea de comunidad se va abriendo de nuevo paso como una alternativa posible y deseable. Cada vez más personas buscan la comunidad como una solución a sus problemas, para los que ya no encuentran respuesta en las estructuras sociales existentes. La palabra comunidad empieza a aparecer en boca de mucha gente normal y corriente que quiere apostar por una forma de vida más humana, de algunos estudiosos que ensalzan sus ventajas y su necesidad para nuestra supervivencia como especie, e incluso de algunos políticos que son conscientes de la necesidad de una mayor cooperación y participación social para afrontar con garantías los tremendos retos a los que deben enfrentarse sus comunidades.

La comunidad está por tanto en boca de todos, se habla de comunidad, de desarrollo comunitario, de participación ciudadana, etc. La pregunta es: ¿hablamos todos de lo mismo? Y si no es así, ¿qué tipo de comunidad es deseable? ¿cuál responde a una forma de vida sostenible? ¿qué rasgos debe tener la comunidad para recoger la esencia de ese individuo relacional y participante, consciente, diverso y comprometido del que dábamos cuenta en un capítulo anterior? ¿cómo ha de ser la comunidad del futuro?

Los estudios anteriores sobre el individuo moderno y sobre la comunidad a lo largo de la historia aportan algunas de las claves que nos pueden servir para empezar a dar forma a esa compleja idea que es la comunidad. Para decirlo en pocas palabras, la comunidad que viene será una comunidad de individuos “participantes”, iguales y diferentes, libres y comprometidos, conscientes; una comunidad diversa, en gentes y en habilidades, en la que el “amor” y la “compasión” serán sus principales aglutinantes; una comunidad que se establece en diferentes niveles, desde la comunidad intencional, pasando por la comunidad local, hasta la comunidad global atravesada por un sinnúmero de comunidades de intereses; una comunidad ecológica, económica, social y culturalmente sostenible.

El “ser cualquiera”

El individuo “participante” es mi manera de interpretar lo que el filósofo Giorgio Agamben ha llamado el “ser cualquiera”, un ser que no se caracteriza por ninguna identidad concreta —no es hombre o mujer, español o francés, católico o musulmán, bailarín o fontanero...—, ni toma su valor de esa identidad; pero tampoco es un ser desnudo, desvalorizado, intercambiable, obligado a asumir cualquier identidad —como parece querer el capitalismo más reciente—. Su especificidad no está en su indiferencia a cualquier forma de identidad concreta, sino en una identidad que es en sí misma valiosa, cualquiera que sea la forma concreta que tome. Su ser no está por tanto en ser hombre, español y católico, por ejemplo, sino en el hecho de poder ser eso y cualquier otra cosa.

Así, la comunidad que forma el ser cualquiera no es una comunidad mediatizada por ninguna condición de pertenencia, no es una comunidad que se defina, por ejemplo, por los atributos de hombre, español y católico, ni es una comunidad que carece de toda identidad, sino que se trata de una comunidad que halla su esencia, su valor, en la propia pertenencia, en la simple existencia de un conjunto de relaciones que mantienen los individuos que la forman, más allá de cualquier contenido

concreto de estas relaciones. El ser cualquiera basa su ser en el puro hecho de pertenecer, independientemente de la forma que toma la comunidad concreta a la que pertenece.

El ser cualquiera es un ser participante. Lo esencial de su ser está en el hecho de participar, de ser parte de algo, no en asumir la identidad de lo participado. Yo puedo ser un hombre —biológicamente hablando— y participo, normalmente de manera inconsciente, del hecho de ser hombre —me refiero ahora al ser hombre como identidad cultural—, pero como ser cualquiera mi ser fundamental no está en ser hombre, no tengo por qué asumir el ser hombre como una característica identitaria insoslayable de la que no me puedo desprender. Puedo aprender a desprenderme de esa identidad o de alguna de sus características, y dejar así espacio para poder participar del hecho de ser mujer, para aprender a ser mujer, o para ser hombre y mujer, para explorar mi ser andrógino, siempre en tanto que identidades culturales, no biológicas. Como ser cualquiera, mi identidad no sufre por ello porque no está ni en ser hombre ni en ser mujer, sino en la posibilidad de ser ambas cosas, en la posibilidad de participar de ambos mundos. Participando de una determinada esencia me hago concreto, accesible para el resto de la gente, pero mi propia esencia no está en ninguna de las maneras o modos de presentarme a los demás, sino en mi capacidad para participar de cualquier esencia.

La comunidad como espacio de participación y pertenencia

No estoy diciendo que la forma concreta de ser del individuo y de la comunidad no sean importantes. Lo son y en cada caso concreto serán también diferentes. Lo que digo es que el valor, o la esencia, o la singularidad de este individuo y esta comunidad está en la misma idea de *pertenencia*, de manera que cualquier propiedad o característica identitaria se somete a ella y puede ser, por tanto, reformulada, repensada, incluso abandonada, en un proceso dinámico *participativo*, que involucra al individuo —poniendo en juego su esencia como ser participante— y a la comunidad concreta a la que pertenece —poniendo en juego su ser como espacio de participación—, y que va cambiando y adaptándose según las circunstancias, las necesidades y las expectativas individuales y colectivas.

Que nadie piense, por tanto, que una comunidad así puede tomar la forma concreta de una comunidad fascista. Es imposible. No cabe una forma de ser dictatorial, autoritaria, jerárquica o dirigista, en una comunidad de individuos participantes que, precisamente por su forma de ser, cuestionan cualquier identidad concreta —autoridad, jerarquía, etc.— y que entienden la comunidad básicamente como un espacio de participación. Además, una comunidad de seres participantes es una comunidad eminentemente ecológica, porque la participación no se termina con los seres humanos —¿por qué habría de hacerlo?—, alcanza a todos los seres vivos, a la vida en su totalidad. La participación crea un espacio de profunda conexión entre todos los seres vivos, que devienen así seres participantes.

Una comunidad atravesada por el amor

Si el ser participante es la característica principal del individuo cualquiera en tanto que individuo, la participación o la pertenencia, en tanto que fuerza que conecta entre sí diversos individuos en una comunidad, se llama simplemente “amor”. Es interesante notar que el propio Agamben utiliza la palabra “amor” para designar este hecho. Lo cualquiera, afirma, es la parte “amable” del ser, pues el amor no se refiere nunca a ninguna propiedad concreta del amado, ni hace abstracción de todas ellas en un tibio amor genérico, sino que quiere el objeto con todos los predicados, lo quiere en lo que es, tal cual como es e independientemente de que sea una u otra cosa concreta —yo no te amo porque eres mujer, morena, tierna, inteligente..., ni te amo por el hecho de amar, al margen de ser quien eres y de cómo eres; te amo por *todo* lo que eres, sin importar si eres o no inteligente, si eres o no tierna, si eres o no morena y, ¡glup!, si eres o no mujer—. El ser cualquiera es un ser amable por el propio hecho de ser, sin importar lo que concretamente es; y en su infinidad de posibilidades de ser cualquier cosa se encuentra con seres igualmente infinitos en un espacio que Agamben describe como pura pertenencia, pura participación, un espacio profundamente recorrido por el amor.

Una comunidad de individuos participantes es por tanto una comunidad atravesada por el amor. En tanto que seres que basan su esencia en la propia participación, se impregnan del amor que toda

participación conlleva. Son por tanto seres amantes, seres que buscan otros seres en el espacio amoroso que crea la propia participación; y son seres amables, seres que son objeto de amor en ese mismo espacio; amantes y amables a la vez en un espacio de participación, de profunda conexión esencial. Este espacio esencial no se debe confundir con el espacio de las conexiones concretas que creamos diariamente. Las relaciones cotidianas se producen entre individuos concretos, cargados de una identidad y de un humor temporal. Pueden ser muy diferentes y poner en marcha fuerzas afectivas muy diferentes —atracción, odio, indiferencia, alegría, tristeza, etc.—. No obstante, también esas relaciones cotidianas, en tanto que conexiones que ponen en marcha nuestro ser participante, se pueden considerar de alguna manera relaciones amorosas, sólo que en general no somos capaces de verlo así, nos cuesta desprendernos del manto de inmediatez que cubre nuestra cotidianeidad. Sólo en momentos de lucidez, sólo cuando alcanzamos determinados estados de conciencia de extraordinaria claridad, podemos ver que toda relación afectiva, toda acción que nos conecta con otras personas, despojada de su contenido emocional concreto, es en última instancia una relación amorosa.

El amor, aglutinante de la comunidad que viene

Como personas comprometidas con múltiples actividades y cargadas de muchos pensamientos y emociones diferentes, raras veces somos conscientes de nuestro ser participante. Nos cuesta conectar con ese espacio en el que la vida se manifiesta en una dimensión diferente, mostrándonos claramente la profunda interconexión que existe entre todos los seres. Para la mayoría de las personas resulta muy difícil renunciar a las principales características o valores que definen su identidad, aunque ni siquiera se trata de renunciar, sino de tomar perspectiva, de separarse de todo lo que uno es y ser capaz de observarse a sí mismo y observar el ser de los demás, tal cual como somos, sin juicio, sin prejuicios.

Muchos llaman al espacio que así se abre espíritu y llaman espiritualidad a nuestra capacidad —con su correspondiente práctica, metodología, conocimiento...— para alcanzar esta dimensión de nuestro ser. A otros no les gusta la palabra, seguramente porque tienen una idea diferente de lo que significa. Se puede llamar espíritu, o se puede llamar amor, no importa. Lo verdaderamente importante es que el amor o el espíritu es el aglutinante de la comunidad del futuro. Una comunidad de individuos sólo puede mantenerse gracias al amor, sólo creando un espacio de participación en el que el individuo se muestra en su ser amoroso, participante o espiritual —según gustos—.

Compasión: amor en acción

En tanto que no somos conscientes de nuestro ser participante, al menos no lo somos en la mayor parte del tiempo, parece difícil apelar al amor o al espíritu como aglutinantes de la comunidad que formamos. Si no somos capaces de entender que todas nuestras relaciones cotidianas son, en última instancia, relaciones impregnadas de amor, ¿de qué manera el amor nos puede ayudar a mantenernos unidos? Mi experiencia personal, viviendo en diferentes comunidades y visitando otras muchas más, me dice que basta con que, en cada comunidad, algunas personas sean conscientes de su ser amoroso o espiritual, expandiendo el amor en todo lo que hacen —en cada palabra que pronuncian, en cada gesto, en cada acción—, para que la comunidad se beneficie positivamente de ello y se mantenga la cohesión del grupo.

No tienen que ser siempre las mismas personas, basta con que en cada momento haya algunas que puedan aportar el espíritu, la voz que el grupo necesita en ese instante. No obstante, mi experiencia también me dice que en toda comunidad o grupo hay algunas personas que, de manera consistente y constante, son capaces de transmitir ese espíritu de cohesión y amor. Siguiendo a Arnold Mindell yo los llamo élderes. Hablaré de ellos más adelante. De momento, es suficiente decir que su principal característica es la “compasión”, que no es otra cosa que el amor que se practica de manera cotidiana, en situaciones adversas o conflictivas y con personas que, ejerciendo su derecho a la diferencia, desafían nuestro propio ser, el ser de otras personas, o el ser de todo el grupo.

La libertad del individuo participante

El individuo participante es además un ser libre, pero no sólo es libre por hallarse libre de ataduras externas, sino porque se halla libre de ataduras internas, o al menos es consciente de la necesidad de hacerlo y sabe aprovechar cualquier oportunidad que le presenta la vida para avanzar en su camino de liberación personal —lo que algunas personas llaman crecimiento personal o ser más conscientes—. Por eso, su libertad no consiste en elegir caprichosamente entre varias posibilidades según sus intereses o deseos inmediatos, sino en un profundo compromiso —también podríamos decir fidelidad— con su ser participante, lo que le permite avanzar tanto en su proceso de liberación personal como colectivo, pues no olvidemos que el grupo sólo se libera de estructuras opresivas existentes si cada uno de sus miembros, o al menos muchos de ellos, consiguen liberarse de sus propias estructuras de opresión interna.

Recordemos que, para el sabio estoico, no existía nada parecido a la idea actual de libertad individual, esa idea simple e ingenua de que cada uno puede hacer lo que quiera. La libertad para los griegos era, desde el punto de vista personal, la simple adecuación al acontecer de las cosas; y desde el punto de vista colectivo, el ineludible compromiso con los asuntos de la ciudad. En esto radicaba para ellos la sabiduría. Igualmente, en su proceso de liberación personal el individuo participante aprende a fluir con la vida, a adecuar su ser al acontecer de las cosas, a comprometerse con el grupo o la comunidad de la que forma parte; aprende a ser más consciente de sí mismo y del mundo que lo rodea, a percibir las fuerzas que atraviesan la comunidad y utilizarlas en beneficio propio y del grupo; se hace más sabio, se convierte en un élder.

Una comunidad diversa

Valorar la diversidad

La comunidad que viene será una comunidad diversa y que valora la diversidad. Como he dicho varias veces somos tan iguales como diferentes. La igualdad formal o teórica de los seres humanos, que todos aceptamos sin mucha reflexión, resulta de poca utilidad en la práctica cuando, ante nuestra incapacidad para reconocernos esencialmente iguales en tanto que seres participantes, lo que nos encontramos diariamente son seres diferentes y que, en su diferencia, desafían nuestra propia identidad. Este desafío no es necesariamente negativo. Al contrario, superado el temor al conflicto y relajados en nuestros mecanismos de defensa que se suelen disparar inmediatamente en estos casos, el desafío que nos provoca lo diverso puede ser motivo de regocijo, ya que nos permite aprender, crecer e incluso disfrutar de otras maneras de pensar y hacer las cosas.

Empecemos por crear confianza

Valorar la diversidad no es, sin embargo, fácil. A veces no pasa de simple retórica. Valoramos lo diverso sólo en la medida en que no es tan diferente como para cuestionar o amenazar nuestra identidad, sólo en la medida en que se adecua esencialmente a nosotros, o sólo en la medida en que se halla lejos y fuera de nuestro espacio. Por el contrario, cuando ese mismo ser diferente se inmiscuye en nuestras vidas, se adentra en nuestro espacio, cuestiona con su simple presencia todo el complejo y frágil sistema de valores, creencias y relaciones en que se asienta nuestra identidad individual y colectiva, entonces lo convertimos en un enemigo y ponemos en marcha sofisticados mecanismos de defensa que tienen como única finalidad conjurar la amenaza, mecanismos que serán más agresivos o evasivos dependiendo de nuestra fuerza.

Sin embargo, todas estas reacciones son perfectamente comprensibles. Es cierto que debemos aceptar la diversidad, abrimos a lo diferente, reconfigurar nuestra identidad en cada encuentro con el otro..., pero ¿seguro que ha de ser siempre así? No lo creo. Cuando lo diferente es un ser agresivo, dominante, poderoso, expansionista, un ser convencido de que su manera de ver el mundo es la única

manera buena, aceptable y válida para todos; un ser que utiliza la fuerza para imponer su visión del mundo, impidiendo toda posibilidad de diálogo y que se niega a procesar las diferencias en un espacio de participación, ¿por qué no habríamos de defendernos? ¿por qué no habríamos de enfrentarnos a él para proteger nuestra propia identidad, aunque sólo fuera nuestro derecho a ser cualesquiera? Abrirse a lo diferente no puede significar en ningún caso someterse a lo diferente. Por eso la apertura sólo puede darse en un clima de confianza. Sólo si hemos conseguido establecer una relación de confianza entre tú y yo, sólo cuando esté seguro de que puedo mostrarme ante ti sin que tú te aproveches de ello y abusos de mi, y yo te haya hecho ver que no me voy a aprovechar de ti cuando tú te abras a mi, sólo entonces nos podremos reconocer completamente en nuestras diferencias, confrontarlas y aprender de ellas. Es un proceso lento, la confianza no se crea en un día.

La diversidad sólo es por tanto posible si hay confianza. Una comunidad que se quiere diversa, que reconoce y aprecia lo diferente, es una comunidad que apuesta por la confianza, que genera confianza en todo lo que la gente hace o dice, pero también en estructuras comunitarias que la favorecen. Una comunidad sólo puede ser verdaderamente diversa si cuenta con espacios y mecanismos para procesar, en un clima de absoluta seguridad y confianza, las diferencias que se hacen visibles en cada encuentro, en cada acción, en cada palabra que se dice en voz alta, y que alguien percibe como una amenaza, como un ataque a su identidad, como un dolor asociado a pasados abusos y que ahora se despierta. Si estas estructuras sociales no existen, si las personas afectadas no encuentran una manera de expresar lo que piensan y sienten, la diversidad desaparece porque, o bien esas personas se van de la comunidad, o bien se quedan y aceptan resignadamente la situación, pero han perdido la confianza, ya no se van a mostrar más, ya no se van a abrir ante los demás, su voz diferente ya no será audible para el grupo.

Arriesgar la identidad, procesar la diferencia

Una comunidad diversa acepta el hecho de que todas las personas somos diferentes, de que tenemos identidades diferentes porque partimos de vivencias personales distintas, y que ello supone una manera diferente de entender el mundo y de hacer las cosas. Pero una comunidad diversa no consiste en un reparto del espacio según afinidades identitarias, que clasifica a las personas y les asigna un lugar según su identidad de origen, de manera que cada grupo así formado sólo interacciona afectivamente consigo mismo, y limita sus relaciones externas a simples intercambios de cosas. Eso no es diversidad. La comunidad diversa crea espacios de confianza para confrontar las diferencias y cuestionar lo que somos.

Una persona que no arriesga su identidad, que se protege continuamente del exterior, que no se abre ni siquiera en un ambiente de confianza, sólo puede ser una persona que ha sufrido muchos abusos y que necesita un cuidado especial, o una persona que tiene privilegios y que no se quiere arriesgar a perderlos. Y lo mismo resulta válido para un grupo social. Normalmente los grupos sociales que más hablan de la necesidad de mantener su identidad colectiva son los grupos históricamente más desfavorecidos y los grupos con mayores privilegios. Una comunidad en la que su esencia y su poder no se redistribuyen continuamente, que mantiene posiciones fijas que favorecen a algunas personas y marginan a otras, que no crea espacios de confianza y participación en los que la gente puede mostrarse abiertamente y arriesgar su identidad, no es una comunidad diversa, por muy diversos que sean los elementos que la forman. La diversidad no está en la simple yuxtaposición de lo diferente, sino en la posibilidad de transformación y creación que aporta procesar lo diferente.

Evitar la presión social

Algunos grupos feministas y liberales critican la comunidad argumentando que tras la inocente idea de construir comunidad se halla en realidad una imposición del orden social tradicional, que encuentra a través del ideal comunitario una manera de volver con sus anticuadas ideas sobre la familia y el orden. Para estos grupos, la idea de comunidad, en boca de políticos conservadores, se refiere a una comunidad de individuos que aceptan pasivamente unos valores morales que, en última instancia,

favorecen ciertos privilegios e intereses. El neoliberalismo conservador recurre a menudo a una beneficiosa imagen de la comunidad que la presenta como depositaria de unos valores tradicionales que, dado su incuestionado carácter natural, todo el mundo debe asumir. Quienes discrepan de tales valores, se ven sometidos a una fuerte presión social, cuando no a una persecución legal, que puede hacer la vida imposible a muchas personas.

No voy a negar que esta presión social existe en la comunidad local tradicional, y que como consecuencia de ello, muchas personas han tenido que largarse de determinados sitios en busca de aires más tolerantes. Pero ésta no es una característica exclusiva de la comunidad. Existe en toda la sociedad, y aunque muchas personas prefieran el anonimato de las grandes ciudades, la presión social no desaparece por ello, como bien saben las personas que pertenecen a minorías sociales. Tal vez en la comunidad local tradicional la presión social sea más fuerte, sobre todo por la existencia de “redes sociales” como el cotilleo, que agravan el problema. Con todo, en una comunidad que se quiere diversa y que procesa sus diferencias en un espacio de confianza y participación, no ha lugar para la presión social. Asumiendo la diferencia como una característica fundamental del individuo y reconociendo la diversidad con la creación de diferentes espacios de participación y confrontación de las diferencias, la comunidad que viene se libera de la presión social y favorece así la existencia de multitud de comportamientos y formas de relación diferentes entre sus miembros, en un proceso liberador y creativo que sin duda resulta muy beneficioso para todos.

Honrar la diversidad

La diversidad es por tanto una característica fundamental para toda comunidad. Ya hemos visto cómo las comunidades utópicas del s.XIX fracasaron por no prestar suficiente atención a la diversidad de sus miembros. Una comunidad necesita personas con diferentes habilidades y conocimientos, personas que conocen diversos oficios y acumulan diversos saberes, con los que satisfacer las necesidades básicas del grupo. Pero las personas no vienen solas con un determinado saber práctico o teórico, tienen también una visión del mundo, una identidad compleja en torno a unas ideas y valores, en esto también son diversas.

Es necesario honrar esa diversidad de identidades para que nadie se sienta herido o marginado, para mantener su espíritu participativo y poder generar las sinergias que dan lugar a la creación e innovación colectivas. Y es igualmente necesario extender la diversidad al espacio que nos acoge, reconocer que no es un espacio de uso exclusivo para los seres humanos, que otros muchos seres vivos están haciendo uso de él con el mismo derecho que nosotros y que, por tanto, también debemos honrar sus identidades, incorporarlos de alguna manera al proceso de participación para que sus voces estén también presentes, considerarlos miembros de nuestra comunidad.

Una comunidad familiar

Las dificultades de vivir solos

La comunidad que viene será una comunidad familiar, local, biorregional, global y “enredada”. Más allá de la familia nuclear o monoparental, el espacio más inmediato de la convivencia será una nueva familia extendida o comunidad intencional, ya no unida por lazos de sangre, sino por una idea de pertenencia que, como hemos visto antes, se basa en el amor y el cuidado. La familia nuclear o monoparental se está revelando como una carga casi insostenible para mucha gente, que no aciertan a ver cómo se pueden satisfacer sus necesidades personales o profesionales y, al mismo tiempo, cuidar de la casa, de sus hijos, prestarles la atención que requieren. Muchas personas no se sienten satisfechas pagando a otras personas para que cuiden de sus hijos, ni tampoco enviando a sus padres a centros de acogida para ancianos. Muchas personas no se sienten realizadas viviendo solas, ni siquiera en pareja, y anhelan un espacio de relaciones más rico y variado.

Pero además, cada vez más personas se están dando cuenta de que resulta mucho más barato y eficiente compartir recursos y buscar satisfactores colectivos para sus necesidades que buscarse la vida por su cuenta, empiezan a ser conscientes de que si se unen esfuerzos y energías se puede vivir con menos dinero, trabajar menos y tener más tiempo libre, de que sus capacidades creativas aumentan cuando se comparten en un ambiente de confianza y apoyo mutuo y de que, en definitiva, son más felices. Por todas estas razones y seguramente muchas más, cada vez más personas aspiran a vivir en comunidad y la comunidad intencional, entendida como una simple extensión de la familia tradicional, puede ser un buen punto de partida.

La comunidad intencional “familiar”

Una comunidad intencional “familiar” está formada por un grupo de personas que viven juntas porque así lo han decidido —normalmente por afinidad en ciertas ideas, valores y gustos— y que comparten un espacio de convivencia, que puede ser una simple casa o un pequeño grupo de casas, en el que se busca un equilibrio entre lo privado y lo común. Todos los miembros de la comunidad se consideran parte de una familia y establecen entre ellos relaciones afectivas que suelen ser muy intensas. Su tamaño no es muy grande, desde tres o cuatro personas hasta unas pocas decenas. El trabajo, salvo excepciones, no está en la comunidad sino fuera de ella y la economía comunitaria varía entre compartirlo todo, compartir algo, participar en un fondo común o aportaciones individuales según gastos. Los niños se mueven por la comunidad como si toda ella fuera su casa y su cuidado puede estar a cargo de sus padres o de parte de la comunidad. La relación entre espacios privados y comunes y la manera de cuidar de estos espacios comunes también varía mucho entre una comunidad y otra.

Muchas de las comunidades intencionales existentes en el mundo son de este tipo, pequeñas comunidades “familiares” que nos permiten recuperar nuestra dimensión humana en algo tan sencillo como compartir o relacionarnos con los demás, a la vez que nos permiten llevar una vida más simple, aprovechando mejor nuestros recursos y siendo más conscientes de nuestra relación esencial con la naturaleza. Esta es la idea, por ejemplo, del “cohousing”, término inglés que se podría traducir por “co-vivienda”, y que designa una pequeña comunidad humana distribuida en una o varias casas. El *cohousing*, un modelo de vida cada vez más extendido en Estados Unidos y algunos países europeos como Dinamarca, ha desarrollado con detalle los aspectos prácticos de esta forma de vida, sobre todo en relación con sus aspectos financieros, búsqueda y adquisición del terreno, técnicas de construcción ecológica, temas legales y aprendizaje y uso de habilidades sociales para crear comunidad.

Cuidar la comunidad familiar donde ya exista

No obstante, y con toda la importancia que la comunidad intencional “familiar” puede tener en algunas regiones del mundo, no hay que olvidar que, en otras muchas, la comunidad todavía está presente, tanto en la forma de familias extensas como de intensas comunidades locales, en las que las personas satisfacen sus necesidades y encuentran apoyo mutuo. El reto para estas regiones es mantener las estructuras comunitarias existentes, al menos aquellas que resultan realmente beneficiosas para sus miembros, al tiempo que se desprenden de otros elementos que simplemente esconden privilegios y mantienen a gran parte de la población atada a valores y formas de pensar opresivos.

La liberación, en estos casos, de la opresión existente debe conducir necesariamente a un aumento de la conciencia individual de la gente, que a su vez cuestionará profundamente los cimientos de la comunidad tradicional. Es importante entonces que estas personas dispongan de modelos comunitarios alternativos, que funcionen bien y respondan a sus nuevas exigencias como individuos más conscientes, de lo contrario serán presa fácil del individualismo neoliberal y reproducirán inconscientemente sus estructuras. En muchas de estas regiones, en las que la comunidad todavía está presente, la familia extensa y la comunidad local pueden jugar, al menos durante un tiempo, un importante papel aglutinador y de espacio básico para las relaciones cotidianas.

Una comunidad local

La comunidad local como lugar en el que vivimos

La comunidad intencional “familiar” es una componente fundamental de la comunidad del futuro, satisface nuestra necesidad de cobijo y es el espacio de nuestras relaciones más intensas, más cargadas de afectividad. Pero no satisface otras de nuestras necesidades básicas, como la necesidad de alimentos, de energía o de determinados objetos de uso diario, ni es el lugar en el que trabajamos o creamos riqueza colectiva, y ni siquiera, si el tamaño es pequeño, es el lugar en el que satisfacemos todas nuestras necesidades relacionales. Para ello necesitamos ampliar la comunidad “familiar” a la comunidad local, una comunidad más grande en un espacio mayor, pero que todavía conserva su escala humana. Si la comunidad familiar es nuestra *casa*, la comunidad local es el *lugar* en el que vivimos. Puede ser una aldea, un pueblo, un pequeño valle con casas dispersas, un barrio en una ciudad, todos ellos asentamientos que probablemente cuentan con una larga historia. O puede ser también una comunidad intencional más grande, como algunas de las que hemos visto en el anterior repaso histórico de la comunidad, o como algunas de las ecoaldeas existentes en la actualidad.

La comunidad local es, o debería ser, nuestro espacio de referencia más importante. Es el lugar en el que obtenemos prácticamente todo lo que necesitamos para vivir, donde cultivamos alimentos, construimos viviendas, talleres y otros edificios de trabajo o de uso común; donde obtenemos la energía que necesitamos; es el lugar en el que educamos a nuestros hijos, donde trabajamos y ofrecemos nuestros servicios a la comunidad; es el lugar en el que crecemos, nos socializamos, jugamos; es el lugar que queremos, que valoramos, que hemos hecho nuestro; es la principal fuente de nuestras vivencias, el espacio que sabe de nuestras risas y de nuestros llantos, de nuestros secretos, de cómo nos movemos y actuamos, y que jamás nos ha traicionado. Es el espacio que nos lo da todo y que estamos obligados a honrar, mimándolo, cuidando de él, restaurándolo cuando sea necesario, haciéndolo más hermoso, creando belleza en todos sus rincones.

Mi pequeña comunidad local

Es el espacio en el que yo crecí, unas cuantas “torres” dispersas en la parte sur de la ciudad, cuyos moradores eran sencillos agricultores que se conformaban con poco y que vivían bien sin apenas electricidad o gas. En la casa de mis padres había luz, pero no en la de mis abuelos, que todavía encendían candiles cuando llegaba la noche y cocinaban con leña todos los días del año, en verano y en invierno. En su casa no había televisión, claro, y las largas tardes de invierno las pasábamos a la luz de las velas contando historias, o jugando a las cartas con los vecinos. Mi abuelo producía en sus tierras una buena parte de la comida que consumía, comida fresca en primavera y verano, en botes y conservas en invierno. Como mi padre trabajaba en una fábrica, nosotros comprábamos más cosas, pero también teníamos gallinas, conejos y cerdos para huevos, embutidos y carne, y la leche venía de una vaquería cercana.

Mi escuela estaba a una media hora andando desde casa. Todos los niños, de todas las edades entre seis y diez años, estábamos juntos en la misma clase. En otra estaban las niñas. El camino de ida y vuelta de la escuela era una ocasión maravillosa para conocer, jugando, todos los recovecos de aquel lugar de mi infancia. Recuerdo con detalle cada rincón, cada árbol del camino, cada acequia que nos servía de escondite, cada ribazo en que cogíamos caracoles. Recuerdo todas las casas y los amigos que tenía en ellas, recuerdo los campos de alfalfa y de maíz en los que nos escondíamos; el “escorredero”, un canal con abundantes cascadas por las que “escorría” el agua y en el que tratábamos de pescar peces con la mano. ¡Tantos y tantos sitios mágicos y rebosantes de vida! El lugar de mi infancia era un lugar con magia, misterio, con sitios seguros y otros que nos daban miedo. Fue mi primera comunidad local, un lugar con alma para una comunidad humana que valoraba las cosas sencillas.

Tal vez el relato de esta experiencia pueda parecer muy personal, tal vez estoy magnificando un recuerdo que no está de ninguna manera en ti, tal vez tú no guardas tan buena imagen de tu infancia, especialmente si transcurrió en la ciudad. Soy consciente de ello. Pero también sé que no es tan personal ni tan único, sé que mucha gente de mi edad recuerda perfectamente su infancia como un momento de sus vidas en el que la comunidad todavía era visible, en el campo y en la ciudad. Antes de que los coches invadieran el espacio urbano, las calles y plazas de todas las ciudades eran el lugar de juego de todos los niños y el lugar de encuentro de los adultos, eran rincones con magia, tenían alma. De hecho, la comunidad local, tal vez no como espacio productivo pero sí como espacio relacional, se mantuvo en las ciudades hasta hace relativamente poco. Creo que ha llegado el momento de volver a reivindicarla y recuperar la ciudad para las personas. A partir de ahí, con la gente relacionándose otra vez en los portales, calles y plazas de cada barrio; intercambiando información y conocimientos sobre cómo vivir de una manera más simple, puede ocurrir cualquier cosa, hasta podríamos deshacernos del miedo que nos han metido en el cuerpo y aprender a disfrutar de nuestros vecinos y de todo lo que nos aportan.

Urge reinventar la comunidad local

La comunidad que viene será, por tanto, una comunidad local. Como veremos en el capítulo siguiente, dedicado íntegramente a la comunidad local, es de vital importancia recuperar la comunidad local como nuestro primer espacio vital. Nada nos garantiza que en el futuro podamos viajar tanto, o ni siquiera que tengamos ganas de viajar tanto. Haciéndonos dependientes de un transporte masivo de personas y alimentos, que requiere enormes infraestructuras y conlleva un gigantesco gasto energético, ponemos en peligro nuestra supervivencia como especie. Además, al delegar en grandes corporaciones, guiadas por intereses privados y un claro ánimo de lucro, algo tan básico como la comida, ¿quién nos asegura que tendremos siempre alimentos disponibles? ¿quién nos asegura la calidad de lo que comemos? La respuesta es simple: nadie. Por eso, me parece fundamental recuperar nuestra capacidad de producir alimentos localmente, evitar tanta dependencia.

Tampoco es necesario, además de ser probablemente irreal, ser totalmente autosuficientes. El intercambio tiene cosas muy positivas, entre otras conseguir alimentos que no se pueden producir localmente y servir de apoyo en caso de necesidad, en caso de una mala cosecha. Bastaría con que cada comunidad local fuera capaz de producir los alimentos más adaptados a su lugar, el resto pueden formar parte de una extensa red de comercio justo.

Transformar las comunidades locales existentes

No me cansaré nunca de repetir las ventajas de la comunidad local. Son muchas, como veremos más adelante. Ahora bien, la comunidad local, tradicional y rural también tiene muchos inconvenientes. El más importante, una mentalidad y unas estructuras sociales estancadas que reaccionan tarde, y a veces mal, a las ideas progresistas y liberadoras que se cuecen en las ciudades; que le impide desarrollar el dinamismo necesario para acoger los cambios e innovaciones que traen gente que viene de otros lugares; que mantiene patrones culturales y de conducta anticuados con los que ejerce una enorme presión social sobre algunas personas que no los aceptan, sean del lugar o de fuera; que le hace ir a remolque de lo que se decide en otros sitios y con enormes dificultades para avanzar por sí misma y crear su propio destino. Muchas personas lo tienen claro: la ciudad es el lugar de la creatividad y la innovación, en el campo sólo se cuecen habas.

Con todo, la ciudad tampoco es ninguna maravilla en lo que a la vida cotidiana se refiere. La mayor parte del tiempo se pasa en desplazamientos. La gente se desplaza para todo, para ir a trabajar, para llevar los niños al colegio, para ir de compras, para salir de copas. Todo se hace lejos de donde uno vive. Muchas personas que viven en ciudades ni siquiera conocen su barrio, no saben absolutamente nada del lugar en el que viven, ni de lo que hacen las personas que viven ahí. No creo que en este punto las ciudades sean ninguna maravilla. Por eso creo que es necesario reinventar la comunidad local, en el campo y en la ciudad.

En el campo podemos partir de las comunidades locales existentes e iniciar una lenta pero decidida transformación hacia una comunidad más dinámica, participativa y sostenible. En la ciudad podemos partir de los barrios y de algunos de los elementos válidos de la cultura local para crear más comunidad, para producir alimentos en el mismo barrio o en tierras cercanas, para crear más puestos de trabajo, más escuelas y centros sociales, en definitiva más vida. En uno y otro caso, en el campo y la ciudad, esta transformación sólo será efectiva si se hace desde dentro, con gente que vive en el lugar y que conoce bien la idiosincrasia local; gente abierta y que conoce lo que se está haciendo en otros sitios a través de alguna de las redes de las que forma parte, gente con capacidad para motivar a sus vecinos y crear redes locales adaptadas a sus circunstancias particulares; gente que, como tú y yo, se halla en transición hacia una forma de vida más sostenible y ha encontrado en la comunidad la manera de experimentar viviendo.

Una comunidad biorregional

La comunidad y el territorio

Una comunidad local abierta, diversa, participativa, innovadora es suficiente para satisfacer prácticamente todas nuestras necesidades, ha de ser el lugar en el que vivimos y pasamos la mayor parte de nuestro tiempo, un lugar que podemos conocer caminando o paseando. Ahora bien, no es una comunidad aislada. Una comunidad local urbana forma parte de una ciudad, mantiene necesariamente relaciones con otros barrios vecinos y con la ciudad en su conjunto. A su vez, la ciudad y las comunidades locales rurales forman igualmente parte de una unidad mayor, una biorregión, un territorio con características geográficas y culturales propias. Una biorregión puede ser un valle, una zona montañosa o esteparia, una zona de costa, etc. Lo importante es que sus fronteras no son políticas, lo que no deja de ser arbitrario, sino que es en sí misma una unidad geográfica y cultural.

La comunidad local es parte de un territorio que se ve afectado por lo que ésta hace, por ejemplo, con los vertidos de los ríos, la contaminación del aire, los productos de uso agrícola que llegan a las aguas del subsuelo, la construcción de carreteras, etc. Al afectar al territorio afecta también a otras comunidades dentro de la misma biorregión y, por tanto, es necesario crear un nuevo espacio de participación en el que confrontar las posibles diferencias. De ahí que sea necesario considerar un nuevo nivel de la comunidad en su camino hacia la globalidad, es la comunidad biorregional.

Biorregionalismo: el cuidado del lugar

El biorregionalismo es por tanto otra componente imprescindible para comprender adecuadamente la comunidad del futuro. Además de la comunidad “familiar” y de la comunidad local, es necesario considerar la influencia que diversas comunidades locales tienen sobre un territorio determinado que cuenta con ciertas características identitarias propias, geográficas y culturales, cuenta con un alma propia. A su vez, el alma del lugar, diferente según sea una zona montañosa, un valle, una zona llana y extensa, una zona de costa, se deja sentir en las personas que viven en dicho lugar. Estas personas acumulan, a lo largo de su vida, vivencias que las conectan directamente con las características singulares de ese lugar, se “apropian” de valores simbólicos relacionados con el lugar y crean así una identidad propia en sintonía con la identidad del lugar.

Se trata de una relación mutua, que ha funcionado muy bien durante años. Las personas, con sus actividades, intervienen en el lugar y lo modifican para adaptarlo a sus necesidades. El lugar influye en el ser de las personas y les confiere una identidad que comparten con otras personas de la misma biorregión, creando una cultura común. Durante cientos de años, las personas y las comunidades locales han mantenido una relación de mutuo beneficio con el entorno, sabiendo sacar el máximo provecho sin necesidad de cambiarlo.

En la actualidad, nuestra capacidad de intervención sobre el territorio es tan grande que llegamos a transformarlo radicalmente para nuestro beneficio, sin considerar de qué manera estamos conectados

con él, de qué manera afecta nuestra propia esencia. El resultado es una “desconexión” con el lugar en el que vivimos, un lugar que no reconocemos porque cambia más rápido que nuestra capacidad para asimilar los cambios. Esta desconexión tiene, a su vez, consecuencias importantes sobre la comunidad y sus miembros, siendo la principal de ellas un marcado retraimiento de los asuntos públicos —ya no nos interesa lo que ocurre en el lugar—, un desinterés por participar en algo que escapa a nuestros manos y, en última instancia, un aumento de la descohesión social.

Diferentes niveles biorregionales

Entre la comunidad local y biorregional y la comunidad global y planetaria pueden darse otros niveles, otros espacios de participación y toma de decisiones. Pero no serán tan claros como los anteriores. La comunidad local es el lugar en el que vivo, la comunidad biorregional es el territorio en el que vivo —geográfica y culturalmente hablando—, la comunidad global es el planeta en el que vivo. Alguien puede pensar que la idea de pueblo o nación, o hablar la misma lengua son características identitarias suficientemente importantes como para crear una comunidad en torno a ellas. No seré yo quien lo discuta. Pero desde luego no son el tipo de comunidad al que yo me estoy refiriendo. Sí que es posible, por el contrario, establecer diferentes niveles biorregionales, territorios dentro de territorios más grandes que comparten ciertas características —principalmente geográficas y, en cierta medida, culturales, aunque la influencia “cultural” de un territorio muy grande no es tan evidente—, y que pueden suponer la necesidad de crear diferentes espacios de participación. Pero, desde mi punto de vista, cualquier otra comunidad es aterritorial, es decir es una comunidad de intereses que no debería tener relevancia sobre el uso y cuidado del territorio.

Hablar español, como es mi caso, o hablar vasco o catalán, no es una razón válida para formar una comunidad territorial, o dicho de otra manera, no es una condición necesaria para crear un espacio de “participación” en el que tomar decisiones sobre el territorio. Es evidente que resulta más fácil crear ese espacio de participación con personas que hablan mi misma lengua, sobre todo si es la única que hablo, pero las decisiones a las que habremos de llegar entre todos no dependen —no serán mejores ni peores—, de que hablemos todos un mismo idioma o idiomas diferentes. No hay nada en el hecho de hablar español que me dé ninguna ventaja para cuidar de un determinado territorio, para pensar que puedo hacerlo mejor que otros que no hablan español.

El problema de las identidades nacionales

Personalmente, no encuentro nada en el hecho de hablar español que me lleve a querer participar en una comunidad de personas que sólo hablan español, aunque puedo entender que otras personas tengan un interés lingüístico en el tema. Pero que quede claro entonces que la comunidad que estas personas forman es simplemente una comunidad de intereses.

He de reconocer, no obstante, que ser español, como es mi caso, sí me lleva a identificarme a veces con otras personas que también son españoles. Comparto con ellas algunas características culturales —entre ellas el idioma—, y probablemente participo de alguna identidad común, aunque no sé exactamente en qué consiste. Pero yo no soy español todo el tiempo, o dicho de otra manera, yo no “participo” todo el tiempo del ser español porque mi identidad es mucho más compleja que eso y no se reduce a eso.

Como ser participante, ser español es una manera más de sustentar mi esencia participativa, pero no la única. Por haber vivido durante años en otros países, sé que con práctica y suficientes vivencias puedo llegar a participar, aun levemente, de otras identidades nacionales. Así después de tres años de vivir en París, me sentía un poco francés; después de dos años en Estados Unidos, me he sentido un poco californiano. Incluso tras cuatro meses en San Petersburgo, en una dura inmersión en ruso y en contacto exclusivo con rusos, llegué a captar algunos matices del alma rusa. Si “lo español”, cualquiera que sea su significado, está más presente en mi, se debe simplemente al hecho de haberme relacionado más años con personas que comparten el ser español, pero mi identidad no se reduce a ser

español pues participo, aun en menor medida, de otras identidades, o al menos tengo la posibilidad de hacerlo.

Considero por tanto que la comunidad que forman las personas que se sienten muy identificadas con una identidad nacional, a la que podemos llamar comunidad nacional, no tiene que ir necesariamente ligada a un territorio. Aunque puede coincidir que toda una biorregión esté poblada por personas con una misma identidad nacional que “cuidan” del territorio, la identidad nacional no aporta nada relevante a la comunidad biorregional asentada en dicho territorio. Si lo importante es el cuidado del territorio, y por supuesto de las personas que lo habitan, ¿qué importa ser o sentirse español, francés o catalán?, ¿qué importa ser cristiano, musulmán o ateo? ¿qué importa hablar un idioma u otro, más allá de que podamos entendernos? Cuidemos de las personas y del territorio, creando un amplio espacio de participación que dé cabida a la diversidad de identidades presentes, y dejemos que cada individuo sustente su ser participante en la identidad que quiera.

Apoyar la diversidad cultural

Si la diversidad de un territorio es una característica importante para su supervivencia, como afirma la ecología, ¿qué interés podemos tener los seres humanos en que todas las personas de una biorregión compartan la misma identidad cultural y nacional? Soy consciente de que las diferencias culturales existentes, agrandadas con las recientes olas migratorias que se están dando hacia los países desarrollados, hacen difícil la convivencia en espacios que tradicionalmente gozaban de cierta homogeneidad cultural. Lo diferente empieza a ser visto como una amenaza contra la que es necesario protegerse y para ello, nada más fácil que empezar con denigrar o minusvalorar aquello que viene de afuera.

Es seguramente cierto que muchas de las minorías culturales y étnicas que se están extendiendo por Occidente conservan sistemas internos de dominación y represión que mantienen sometidos a muchos de sus miembros y que por tanto, tal vez necesiten nuestra ayuda en su propio camino de emancipación cultural. Es igualmente cierto que nuestra cultura dominante todavía contiene estructuras represivas que oprimen a mucha gente y de las que es necesario liberarse. La liberación de tales estructuras de dominación, tanto de la cultura dominante como de las culturas minoritarias recién llegadas, es un trabajo que podemos emprender conjuntamente, apoyándonos unos a otros. En esto, las culturas foráneas no son ningún peligro para nosotros. Me temo que el miedo existente se refiere más a la posibilidad de perder unos privilegios que tenemos bien arraigados como parte de la cultura dominante y que, en su mayoría, tienen que ver con la propiedad y control del territorio, que nos resistimos a compartir.

La comunidad global es Gaia

La comunidad que viene es una comunidad de individuos participantes, individuos que ponen su ser en el puro hecho de la participación, más allá de participar concretamente de tal o cual esencia, más allá de hablar español o francés y de creer en Dios o Alá. Individuos que establecen comunidades “familiares”, cuya única razón está en el entramado de relaciones que las recorren y que sustentan la necesidad afectiva y participativa de sus miembros, indiferentemente de lo que cada uno de ellos piensa sobre la vida y la muerte.

Individuos y familias que viven en comunidades locales, en las que satisfacen sus necesidades básicas de alimentos, de cobijo y otras de tipo relacional o personal, para lo cual crean estructuras, aprenden oficios y desarrollan habilidades apropiadas, de nuevo indiferentemente del idioma en que han de relacionarse y de sus creencias personales. Comunidades locales que se hallan en una biorregión que reúne características propias —por su clima, su geografía y ciertos rasgos culturales que se hallan ligados al alma del lugar—, y que comparten con otras comunidades, con las que por tanto se hallan obligadas a entenderse en el uso y en el aprecio que hacen de ese territorio, creando para ello un nuevo espacio de participación que tampoco sabe de idiomas ni de creencias.

Y por último, individuos participantes que tienen conciencia de que su esencia participativa es algo que comparten con todos los seres humanos, y yendo un poquito más lejos y seguramente de otra manera, es algo que comparten con todos los seres vivos, con todo el planeta. Se puede decir que la comunidad global es el espacio de participación que se abre para cuidar de todos los seres humanos y de todo el planeta; desde otra perspectiva, la comunidad global es Gaia, la Tierra como ser y espacio que acoge tal participación.

Una comunidad “enredada”

La comunidad como entramado de relaciones

La comunidad que viene es una comunidad “enredada”. Quiere ello decir que en todos los niveles comentados, las diversas comunidades familiares, locales y biorregionales se “enredan” entre sí, crean redes entre ellas, establecen relaciones de cooperación y apoyo mutuo. Pero además, los individuos dentro de una misma comunidad o de diferentes comunidades también se “enredan” entre sí, creando redes según sus particulares intereses con las que, no sólo satisfacen su necesidad de participación, sino que contribuyen a mantener viva y dinámica la comunidad en su conjunto. Por eso, la imagen de la comunidad que viene no estaría completa si, además de la estructura holárquica anterior —individuo, familia, localidad, territorio, Tierra—, no añadiéramos una componente transversal que es el verdadero sustrato de la idea de comunidad, a saber el conjunto de relaciones formales e informales que los individuos establecen entre sí, creando comunidades de intereses con las que responden a su ser participante y que hacen manifiesta y visible la idea de comunidad.

La comunidad local, por ejemplo, no es comunidad por ser el lugar en el que satisfacemos gran parte de nuestras necesidades básicas. Es comunidad porque en el hecho de satisfacer tales necesidades nos vemos compelidos a relacionarnos con otras personas y formar parte, cada uno según sus gustos e intereses, de estructuras participativas pensadas para satisfacer esas necesidades. La comunidad local será tanto más rica y exitosa, cuanto más abundantes, diversas y de más calidad sean las relaciones que se establecen en su seno. Pero además, el hecho de que algunos individuos de esa misma comunidad local establezcan relaciones con individuos de otras comunidades locales, es decir se “enreden” en comunidades de intereses mayores, tiene también un efecto muy positivo sobre la propia comunidad local, al servir como elementos de transmisión de informaciones, conocimientos, técnicas que pueden resultar de gran utilidad. Si por algo se puede definir la comunidad es por la existencia de relaciones y redes, la comunidad es el entramado de las relaciones que los seres humanos establecemos entre nosotros y con el entorno que nos acoge.

4 fuerzas actúan sobre la comunidad

Volviendo ahora a la estructura holárquica de la comunidad, y tomando prestadas algunas ideas de Ken Wilber, podemos decir que en cada nivel actúan cuatro fuerzas diferentes. Utilizando sus mismas palabras, estas fuerzas son “agenciamiento”, comunión, trascendencia y disolución. Por una parte, cada individuo, cada comunidad quiere mantener cierta autonomía, quiere preservar su identidad, la manera en que las cosas se han “agenciado”. Una comunidad, digamos “familiar”, que no mantiene su identidad, que deja de cuidar su entramado de relaciones afectivas, deja de existir, se *disuelve* en un conjunto de individuos sin conexión entre sí. Y lo mismo podemos decir de una particular comunidad local o biorregional. Sin una convicción por perseverar en su ser y mantener la cohesión interna, no tenemos una comunidad local, sólo un conjunto de familias viviendo en el mismo espacio. Agenciamiento es la fuerza que mantiene la cohesión en cada nivel de la comunidad, es su aglutinante. Y disolución es la fuerza que hace caer la comunidad desde un nivel a alguno de los niveles anteriores. Así cuando, por ejemplo, una comunidad local se disuelve, es decir pierde su cohesión y vertebración internas, lo que nos encontramos es un conjunto de unidades familiares o personas aisladas,

fragmentadas. La disolución de la comunidad local supone pasar de un nivel de agenciamiento a otro “inferior”.

A su vez, un individuo o una comunidad no están aislados, son partes de un sistema mayor, se relacionan con otros individuos o comunidades para satisfacer necesidades compartidas. Su propia existencia depende de su capacidad de establecer las relaciones apropiadas. Así, por ejemplo, una comunidad “familiar” que no establece relaciones con otras “familias” locales está condenada a desaparecer. Como familia satisfará parte de sus relaciones afectivas, pero sin localidad no podrá satisfacer sus necesidades vitales. Y lo mismo ocurre con una comunidad local que se aísla de su biorregión, o con una biorregión que se aísla de una biorregión mayor y, en última instancia, de la comunidad global. Una comunidad que no establece con otras comunidades una abundante y sustancial red de relaciones está condenada al fracaso. Inversamente, su propia autonomía, su fuerza y cohesión internas, aumentan siendo parte de esa red de comunidades. “Comunión” es el nombre que utiliza Wilber para la fuerza que lleva a cada comunidad a establecer relaciones con comunidades de su mismo nivel, aunque también se podría llamar “apoyo mutuo”, de acuerdo con la tradición anarquista, o “amor” tal y como hemos visto anteriormente al hablar del ser participante.

Y por último, “trascendencia” es la fuerza o el impulso por trascender y crear una nueva estructura cuyas características son irreducibles a sus componentes. La comunidad “familiar” no es una simple agrupación de individuos, no es algo que se pueda entender observando cómo son los miembros que la forman. Es más que todos los miembros juntos. Tiene características propias, propiedades que “emergen” en su propia creación. La comunidad local no es una simple unión de familias, es más que todas las familias juntas; la comunidad biorregional no es una simple unión de comunidades locales. El alma de un territorio no se deriva de la comunidad local, pertenece al territorio y afecta a la comunidad local, pero no es el resultado de sumar las características propias de cada comunidad local que lo componen. Por último, la comunidad global no es la simple unión de comunidades biorregionales, es Gaia como entidad propia y espacio último de participación para todos los seres vivos. Y en este sentido, como espacio expresivo de participación, es también espíritu.

Una comunidad sostenible

La comunidad que viene será una comunidad sostenible, una comunidad que sabe mantenerse en el tiempo, e incluso mejorar con el tiempo; que crece en calidad, aumentado la diversidad y riqueza del entramado de relaciones que conectan los seres humanos y a éstos con el entorno, pero que limita su crecimiento cuantitativo para no agotar los recursos disponibles; una comunidad que reconoce el precario equilibrio que caracteriza todos los ecosistemas vivos y que no sólo no hace nada por perturbarlo, sino que se esfuerza en restaurar en la medida de lo posible gran parte de los daños causados en el pasado; una comunidad que honra la vida presente y futura sobre el planeta.

Apertura honesta y cuidado empático para todos los seres vivos

La sostenibilidad es una cualidad que recorre la comunidad en todos los niveles, familiar, local, biorregional y global, y que se deriva de la propia definición de comunidad como espacio de participación, abierto a todos los seres vivos. En una comunidad de individuos participantes, la participación se desarrolla idealmente en un espacio de absoluta confianza, un espacio que nos permite mostrarnos tal como somos y contrastar nuestras diferencias con los demás, embarcarnos en un diálogo colectivo que apuesta por un pensamiento colectivo y que conduce a una acción que todo el mundo acepta y respeta. Es un espacio en el que cada individuo se muestra con honestidad y cuida del otro con empatía. Apertura honesta y cuidado empático son las dos características fundamentales de ese espacio de participación que, ahora extendido al conjunto de seres vivos y al propio territorio que nos acoge, nos ha de llevar a confrontarnos honestamente con otros seres que, no siendo como yo, tienen también sus propias necesidades, forman igualmente parte de esa comunidad global que es

Gaia; y nos ha de llevar a escucharlos y cuidar de ellos empáticamente, incluyéndolos de alguna manera en nuestro diálogo colectivo.

Vivir de manera sostenible

La sostenibilidad se expresa, además, en una forma de vida concreta para los seres humanos que se hace eco del diálogo anterior; un diálogo abierto a la diversidad de seres que habitan este planeta. Esa forma de vida “sostenible” afecta a todo lo que hacemos como individuos, como parte de una familia, de una comunidad local y biorregional, de diversas comunidades transversales o de intereses, de la comunidad global. Así por ejemplo, la comunidad familiar es el espacio de las relaciones afectivas más intensas, y es también mi casa, la manera de satisfacer mi necesidad de cobijo, con todo lo que ello representa en tanto que hogar, seguridad, calidez, confort, etc. Tanto como espacio de relación como cobijo, la comunidad familiar se manifiesta de formas muy diversas. ¿Son todas ellas sostenibles? Es evidente que no.

La comunidad familiar es sostenible sólo si el espacio familiar de participación recoge las dos ideas anteriores de apertura honesta y cuidado empático extendido a todos los seres que la pueblan. La calidad de las relaciones humanas en una “familia” capaz de crear tal espacio de participación será muy diferente, con relaciones más sólidas y seguramente más duraderas. También la casa, como espacio físico y simbólico, será diferente, en el uso y distribución de espacios, en la utilización de unos materiales u otros, en la presencia de la luz y del color. Sólo ampliando nuestro diálogo “familiar” al resto de seres construiremos una vivienda realmente sostenible.

Y lo mismo se puede decir de la comunidad local. También la comunidad local se puede manifestar de muchas maneras, pero sólo algunas serán realmente sostenibles. En tanto que espacio vital básico, la sostenibilidad de la comunidad local dependerá de cómo producimos los alimentos, construimos las casas, obtenemos la energía que necesitamos, cómo nos relacionamos con otras personas para trabajar y ofrecer servicios, cómo educamos a nuestros hijos, cuidamos de nuestra salud, cuidamos de los mayores, etc. Si a la hora de hacer todas estas cosas no tenemos en cuenta de qué manera afectamos a otros seres humanos que viven con nosotros, de qué manera afectamos a otros seres vivos que comparten el espacio con nosotros y de qué manera afectamos al propio territorio que nos acoge, si no incluimos todos estos “seres” en el espacio de participación de la comunidad local, ésta no será sostenible.

Hay por tanto una manera de hacer las cosas sosteniblemente que se traduce en una forma de vida individual sostenible. Como individuo, mi forma de vida es sostenible si cualquiera de las cosas que hago, a nivel familiar, local, trasversal o global, es el resultado de una decisión que nace como fruto de un diálogo diverso y participativo que incluye todos los seres vivos y el propio espacio que nos acoge. Lo que no quiere decir que tenga que estar pensando todo el tiempo cuál es la acción correcta. ¡Demasiado trabajo para un sólo individuo! Basta con ser consciente de este hecho, estar abierto a incorporar en mi vida lo que otros ya llevan tiempo experimentando y aportar mi granito de arena en aquello que realmente me interesa.

8. La comunidad local

Recrear la comunidad local

La situación actual es insostenible

La comunidad local es la base de la comunidad que viene. Es el lugar en el que vivimos, el espacio en el que satisfacemos la mayoría de nuestras necesidades, desde la obtención de alimentos hasta nuestra necesidad de celebración y pertenencia. Es el lugar en el que ocurren la mayoría de nuestras relaciones, el lugar en el que mejor se manifiesta nuestro ser participante. Es el lugar donde estamos más “enredados”. Durante siglos ha sido también el lugar en el que ha vivido la mayor parte de la población humana, una situación que empezó a cambiar hace más de un siglo en el mundo occidental y que se está completando ahora mismo en el resto del planeta, en beneficio de unas macrociudades que, en tanto que grandes centros de creación de riqueza, atraen a millones de personas que ya no pueden vivir en sus comunidades rurales de origen.

La situación actual se está haciendo, no obstante, insostenible. Las ciudades del Sur no dan abasto para acoger a toda la masa de desheredados del campo que se acercan a sus puertas en busca de unas migajas. Las ciudades del Norte no dan abasto para acoger toda la masa de desheredados del Sur que consiguen atravesar la muralla que los países ricos están creando en sus fronteras. La ciudad se aísla del campo, al que sólo utiliza como fuente de recursos para sí misma —es de donde viene la energía, el agua, los alimentos; es dónde pasamos el fin de semana, donde nos distraemos...—, de la misma manera que el Norte se cierra al Sur, al que sólo utiliza como fuente de recursos para sí mismo —es de donde vienen la mayor parte de las materias primas que utilizamos, muchos de los alimentos que comemos, donde nuestras multinacionales se enriquecen aprovechándose de una mano de obra barata y donde vamos de turismo en viajes exóticos—.

Es necesario recuperar el equilibrio entre el campo y la ciudad, entre el Norte y el Sur. Y eso significa necesariamente recuperar la comunidad local rural, en el Norte y en el Sur, reconocer su valor intrínseco, devolverle la parte que le corresponde en la creación de riqueza global, y que nadie tenga así que emigrar en busca de un destino incierto que se lleva muchas vidas por delante. Y es igualmente necesario recuperar la comunidad local en las ciudades, que se han hecho tan grandes, tan inhumanas, que se están convirtiendo en lugares inhabitables, con barrios ricos y bien protegidos y barrios pobres en los que impera la ley del “sálvese quien pueda”. El fenómeno de las “bandas” de jóvenes, que proliferan en los barrios marginales de las grandes ciudades, es una consecuencia más de esta falta de espíritu comunitario. Al no encontrar respuestas en la comunidad tradicional, inexistente en dichos barrios, los jóvenes expresan su ser participante a través de la única manera accesible para ellos, perteneciendo a una banda local.

Se necesitan transicioneros

Una revalorizada comunidad local, que contara con el apoyo político necesario, podría resolver muchos de los problemas que existen actualmente en el campo y en las ciudades, empezando por recuperar el equilibrio en un flujo migratorio que ahora es unidireccional. No obstante, para que esta comunidad local sea efectiva debe hacerse sostenible. Es decir, debe desprenderse de aquellos elementos inservibles en una realidad actual de individuos participantes —sobran caciquismos y ciertas estructuras de control y mantenimiento de viejos privilegios—, y debe ampliar su espacio de participación para hacerse más inclusiva, diversa, flexible e innovadora, prestando especial atención al cuidado de la gente y al cuidado de su entorno. En definitiva, se trataría de recrear la comunidad local según el ejemplo de las ecoaldeas, una propuesta reciente elaborada por un grupo de comunidades

intencionales de todo el mundo, que pretende servir de modelo para la creación de una forma de vida más sostenible.

Para poder recrear efectivamente la comunidad local se necesita sin duda apoyo político, entre otras cosas para devolverle la parte que realmente le corresponde en la creación de la riqueza colectiva, que hoy en día se queda en su mayor parte en la ciudad. Pero sobre todo se necesita el trabajo pionero de algunas personas que, viviendo en comunidades locales, han iniciado su personal transición hacia una forma de vida sostenible y están empezando a crear, desde dentro, las redes necesarias para transformar sus comunidades.

La transformación completa de la comunidad local tradicional en una comunidad local sostenible requerirá finalmente la intervención de muchas personas, una intervención sin duda delicada que, para no dejar a nadie excluido, debe conjugar el respeto por la tradición y la identidad primaria de la comunidad con una decidida apuesta por la sostenibilidad. Pero es necesario empezar de alguna manera, y en esto la labor de los pioneros es fundamental. Se necesitan por tanto transicioneros, personas decididas a empezar su particular transición desde una forma de vida individualista y consumista, hacia una forma de vida comunitaria y sostenible, y decididas a “enredarse” con otras personas en una red de relaciones múltiples de apoyo mutuo e intercambio de información y conocimientos. Los transicioneros son la base de la comunidad local del futuro. La tercera parte de este libro está dedicada a dar claves para iniciar una transición tan necesaria como urgente.

La comunidad local desde diversos ángulos

Para facilitar la labor de recrear la comunidad local es importante conocer con más detalle qué es exactamente una comunidad local. Básicamente, podemos entender la comunidad local desde tres ángulos o dimensiones diferentes:

- Funcional: la comunidad local vista como el centro de las actividades cotidianas, educativas, compras, ocio y trabajo; o desde otra perspectiva como el conjunto de infraestructuras, recursos y servicios que permiten satisfacer las necesidades básicas: alimentación, vivienda, formación, trabajo, ocio, etc.
- Relacional: la comunidad local como espacio de relaciones entre personas con intereses diversos e interrelacionados, capaces de crear estructuras y redes formales e informales, de apoyo mutuo e intercambio. Incluye las relaciones de intercambio económico.
- Simbólica⁴: la comunidad local como experiencia estética y afectiva, en relación con sus valores paisajísticos, culturales, arquitectónicos e históricos. Se trata de una idea de la comunidad ligada a la percepción subjetiva que los residentes tienen del lugar en el que viven, y que se crea a partir de las vivencias que cada persona tiene en relación con el espacio que le rodea y las personas que lo habitan.

Los aspectos funcionales de la comunidad local

Un tamaño apropiado

Desde una perspectiva funcional la comunidad local es el lugar de nuestras actividades cotidianas, aquellas con las que pretendemos satisfacer nuestras necesidades básicas de alimentos, trabajo, educación, ocio, etc. Para ello la comunidad local debe contar con el espacio suficiente y con un número mínimo de personas que hagan posible que se den todas esas actividades. El espacio debe ser

⁴ La comunidad local adquiere parte de su dimensión simbólica a través de la comunidad biorregional en la que se enmarca. La identidad individual que se crea con la apropiación simbólica del territorio desborda el marco local y se hace biorregional. Aunque la comunidad local sea el lugar donde se llevan a cabo la mayor parte de las actividades cotidianas, el territorio biorregional es el lugar explorado por los habitantes de una comunidad local, lo que históricamente ha contribuido a crear una cultura biorregional propia a partir de los encuentros, intercambios o relaciones, en un mismo territorio, de personas de diferentes comunidades.

suficientemente grande para acoger todas las infraestructuras necesarias —campos de cultivo, granjas, talleres artesanales y fábricas, tiendas y oficinas de servicios, calles y plazas, parques, bibliotecas y centros sociales, escuelas y centros de formación, etc.—, y debe ser lo suficientemente pequeño como para poder hablar de “cercanía”. El ideal sería que se pudiera llegar andando a cualquier rincón de la comunidad local, o utilizando un transporte no motorizado.

La agrupación en un asentamiento compacto es importante para optimizar recursos y vertebrar la comunidad local. La dispersión de varias familias en un territorio amplio no se puede considerar una comunidad local. En general, una aldea, un pequeño pueblo o el barrio de una ciudad son todos ellos posibles ejemplos de comunidades locales. Como lo es una ecoaldea o comunidad intencional relativamente grande. En cuanto al número mínimo de personas no existe un acuerdo unánime al respecto. Podría variar entre las 500 personas de una pequeña comunidad rural y las 20.000 personas de un pequeño pueblo o barrio de una ciudad.

Autosuficiencia y localización

Es importante dejar claro que un barrio de una ciudad, una urbanización o un pueblo en las cercanías de una gran ciudad, en los que la gente sólo va a dormir, mientras la mayor parte de sus actividades diarias —trabajo, compras, ocio, etc.— ocurren en otro lugar, no pueden considerarse ejemplos de comunidades locales. Para ser una comunidad local es necesario que al menos una buena parte de las actividades cotidianas se den en el lugar. Es posible que un barrio de una ciudad no disponga de tierras para cultivar sus propios alimentos, pero al menos podría contar con una buena red de pequeños comercios que venden productos locales, o también con una o varias cooperativas de consumidores que trabajan con agricultores locales. Y si no cabe esperar que una comunidad local tenga universidad, sí que es deseable que tenga una escuela y un centro de formación. Igualmente importante es que la mayor parte de la gente trabaje dentro de la comunidad local, para lo que es necesario impulsar y apoyar los pequeños negocios locales, aquellos que cumplen una doble función de ofrecer un servicio a la comunidad y satisfacer las necesidades de emprendimiento, innovación y creatividad de algunos residentes.

Es en estos aspectos básicos y cotidianos donde la comunidad local debería optar por el mayor grado de autosuficiencia posible, haciendo un uso sostenible de sus recursos y creando las infraestructuras necesarias para el desarrollo de las diferentes actividades productivas, educativas, culturales, etc. Aunque pueda existir una dependencia tecnológica, toda comunidad local debería ser capaz de satisfacer por sí misma, a partir de sus recursos, la necesidad de alimentos (al menos, en un gran porcentaje), la necesidad de una vivienda para todos sus habitantes, la necesidad de trabajo y de seguridad económica, la necesidad de relaciones sociales y actividades culturales, etc. La “localización” de las actividades básicas y cotidianas, en lugar de la propuesta “globalizadora” de determinados gobiernos y multinacionales, debería ser un objetivo prioritario de toda comunidad local.

La esfera relacional

Fomentar las “buenas” relaciones

Alguien ha definido la comunidad como la experiencia de la interconexión social. Si nuestros pueblos o ciudades son algo más que una simple agrupación de individuos es porque entre sus habitantes se establecen cientos de interacciones personales de todo tipo a lo largo de sus vidas, se intercambian cientos de cosas, se crean redes de relaciones más o menos estables, más o menos formales. Estas interacciones vehiculan muchas cosas, no sólo ideas o bienes materiales, también sentimientos (de apoyo, simpatía, seguridad, aunque también de rencor, animadversión, venganza), representaciones (estereotipos, prejuicios, imágenes adecuadas o falsas de las cosas), fuerzas que empujan en una u otra dirección y que pugnan por el acceso a un determinado poder, etc. Todos estos

elementos forman parte de la dimensión social de la comunidad y todos ellos nos afectan de una u otra manera como individuos.

En la comunidad local estas interacciones están ocurriendo continuamente. Por el simple hecho de salir a la calle y encontrarnos con otras personas, que casi seguro conocemos, estamos interactuando, alimentando las redes de relaciones existentes. Creo haber comentado que algunas redes comunitarias, como el cotilleo, pueden tener consecuencias muy negativas, al ejercer una fuerte presión social sobre las personas que se salen de las normas establecidas. Pero también es cierto que la existencia de sólidas redes sociales tiene más ventajas que inconvenientes. Existe cada vez más evidencia empírica de que vivir en una comunidad local con sólidas relaciones sociales mejora la salud física y mental, aporta más momentos de felicidad y genera una mayor capacidad para soportar enfermedades y otras situaciones difíciles en la vida. Si en las ciudades la presión social es menor, al ser posible llevar una vida más anónima, la contrapartida es para muchos una insoportable soledad, el estrés o la depresión.

La falta de redes sociales

Por otra parte, en una comunidad local es más fácil la participación en los asuntos que interesan a la gente y a la comunidad, se tiene un acceso directo a la toma de decisiones, es posible tener en cuenta todas las voces, todas las ideas y opiniones. En una comunidad local una persona puede sentir que realmente participa en el destino de la comunidad, cosa que raramente ocurre en las grandes ciudades.

El problema de las comunidades locales actuales, como veremos después, no es el exceso de redes de relaciones y la presión social que conllevan, sino precisamente lo contrario, la falta de relaciones, la falta de redes formales e informales, y por tanto la pérdida de cohesión social y del necesario dinamismo para crear empleo a partir de los recursos existentes, en parte como consecuencia de la creciente presencia de una cultura urbana, televisiva, globalizadora, que no valora la cultura local, y del proceso de desapropiación del lugar inducido por intervenciones externas, invasoras y poco respetuosas.

La dimensión simbólica

El valor afectivo de las cosas

Además de servir como centro de actividades cotidianas, la comunidad local es también un lugar singular. Es un lugar singular por su entorno natural, con una vegetación, una orografía, una determinada fauna y flora propias, que sin duda lo hacen único e irrepetible. Es un lugar singular también por sus monumentos arquitectónicos, por sus restos históricos, por sus manifestaciones culturales. El paisaje natural y cultural de toda comunidad local tiene para muchos un valor difícilmente cuantificable en términos económicos. Se trata de un valor afectivo, asociado a historias y vivencias personales, que forma parte de nuestra identidad.

La dimensión simbólica de la comunidad tiene una relevancia mayor de lo que muchas personas creen, contribuyendo esencialmente a la vertebración y cohesión social. Cuando se interviene en un lugar, por ejemplo con un proyecto urbanístico, el impacto social del proyecto, en la esfera de lo simbólico, puede ser muy superior y de mucha mayor trascendencia que los cambios funcionales derivados de la intervención. Aunque desde el punto de vista funcional el proyecto sea positivo, en cuanto que contribuye a satisfacer la necesidad de vivienda, si se descuida la dimensión simbólica con una intervención que destruye o va en contra de valores simbólicos profundamente arraigados en la comunidad local, a largo plazo las consecuencias negativas de tal intervención serán mayores que los supuestos beneficios inmediatos.

La apropiación del espacio

El simbolismo de un lugar está estrechamente relacionado con el sentimiento de pertenencia o de apropiación del espacio. Apropiarnos de un espacio, en sentido figurado, significa hacerlo nuestro, cuidarlo y gestionarlo para nuestro uso y disfrute, independientemente de quién sea el propietario legal. La apropiación del espacio es un fenómeno complejo que contiene dos componentes fundamentales: una componente comportamental, de actuación sobre el entorno, por medio de la cual el individuo y el colectivo transforman su espacio circundante, dejan su huella en él; al mismo tiempo que se transforma su propio ser, incorporando en sí una nueva vivencia relacionada con dicha actuación. Y una componente de identificación simbólica, por la que la persona y el grupo se reconocen en el entorno por ellos modelado, compartiendo cualidades del entorno como parte de su propia identidad.

El fenómeno de apropiación del espacio y de identificación simbólica con un lugar desempeña un papel fundamental en cuanto al tipo de procesos cognitivos, afectivos y simbólicos que se darán en la comunidad, estructurando el marco de referencia en el que encajan los conocimientos y saberes disponibles, condicionando el flujo de afectos permitidos y determinando ritos y celebraciones. No tener en cuenta este hecho a la hora de actuar en el espacio “apropiado” de una comunidad puede tener consecuencias desastrosas en relación con la vertebración social de una comunidad local. Una serie de actuaciones desafortunadas seguidas puede incluso conducir a lo que algunos expertos llaman procesos de “desapropiación”, por los que una persona o grupo comienza a sentir que el espacio en el que vive ya no le pertenece, le es ajeno. La desidentificación con el espacio conlleva cierta apatía y falta de interés por los temas comunitarios, el repliegue sobre uno mismo y sus propios intereses, y la búsqueda de alicientes no locales, siendo por tanto un factor de descohesión social y de desvertebración de la comunidad local.

Reconocimiento y flexibilidad

Cualquier intento de transformar una comunidad local existente en una comunidad sostenible debería tener muy presentes los aspectos simbólicos antes mencionados. Debemos partir siempre del reconocimiento y el aprecio de los aspectos y cualidades que constituyen la identidad simbólica de un lugar y de las gentes que lo habitan, siendo conscientes de que cualquier deseo de cambio provocará sin duda reticencias y una mayor o menor resistencia, que sólo se podrá superar positivamente con una actitud abierta e integradora. La llegada de gente nueva a un lugar entraña una necesaria reapropiación del espacio, que ha de basarse en el reconocimiento, el aprecio y la flexibilidad necesaria para integrar lo viejo y lo nuevo.

Inconvenientes de la comunidad local

Existe cada vez más evidencia empírica de que la comunidad local, tal y como ha sido descrita en el párrafo anterior, aporta ventajas considerables a las personas que la forman y que se sienten parte de ella. Disponer de los recursos e infraestructuras adecuados, formar parte de una nutrida red social de relaciones estables, pertenecer a un lugar por el que se tiene un apego y una disposición singular, todo ello contribuye a crear mejores expectativas económicas, consolidando lo que se conoce como capital social de la comunidad, ayuda a conservar y mejorar nuestra salud física y mental y a aumentar nuestro sentimiento de seguridad, a través de la confianza en nosotros mismos y en las personas que nos rodean. En definitiva, vivir en una verdadera comunidad sirve para aumentar nuestra calidad de vida y bienestar personal.

Algunos “males” de las comunidades locales existentes

No obstante, la comunidad local tradicional tiene también inconvenientes, algunos tan graves como para que muchos autores los declaren como la causa principal de la actual tendencia individualista y de

preferencia por el anonimato de las ciudades. Veámoslos en detalle antes de entrar a examinar en profundidad las ventajas de la comunidad.

- Ni las pequeñas comunidades rurales ni muchos barrios de las grandes ciudades disponen de los recursos y servicios necesarios, en educación y formación continua, sanidad, trabajo, ocio y cultura, etc. Para muchas personas, especialmente los jóvenes, su pueblo o su barrio carecen de alicientes.
- Las comunidades relativamente aisladas pierden parte de su capacidad para asimilar nuevas ideas y adaptarse a los cambios, muestran una gran resistencia a lo que viene de afuera, excluyen a los extraños y terminan por entrar en una fase de estancamiento y en algunos casos de decadencia irreversible.
- Aunque teóricamente todas las personas pueden participar por igual en la gobernabilidad de la comunidad, la existencia de camaraderías y de ciertos privilegios arraigados que salpican la comunidad local rural, dificultan la participación y el acceso a la toma de decisiones, especialmente a grupos tradicionalmente desfavorecidos y a recién llegados. Es lo que se conoce como caciquismo.
- Algunas redes comunitarias, como el cotilleo, pueden tener consecuencias muy negativas sobre las personas, al ejercer una fuerte presión social para adecuarse a lo socialmente correcto. A través de inconscientes mecanismos de presión se busca eliminar las conductas “desviadas” y confirmar las que se consideran socialmente correctas y respetables.
- La comunidad local nos “obliga” a participar, coarta parte de nuestra libertad individual estableciendo responsabilidades y compromisos con gentes con las que ni siquiera nos identificamos.

Transformar la comunidad local

Valga este pequeño muestrario de inconvenientes para comprender por qué muchas personas desconfían de la idea de comunidad local, e incluso de la idea más general de comunidad. Cuando se utiliza la idea de comunidad para defender ciertos valores tradicionales que, por muy arraigados que estén, contribuyen a mantener los privilegios de algunas personas, a la vez que otras se ven “obligadas” a aceptar resignadamente su situación de marginación, el resultado llega a ser una nueva manera de opresión; más sutil en cuanto que no necesita de ninguna estructura legal y coercitiva para ser defendida, sino que es asumida inconscientemente por las propias personas, pero igualmente dañina, tanto para las personas que sufren directamente la marginación, como para la propia comunidad que no sale de su situación de letargo y lenta descomposición. Esto es algo que está ocurriendo en comunidades locales de todo el mundo, que mantienen estructuras de poder caciquil, apoyándose en la religión y en la buena fe de la gente. Es también una de las razones de la ola actual de migraciones.

Sin embargo, y aún aceptando que la comunidad local actual puede ser un lugar de conflicto y exclusión, un lugar con mayor presión social, un lugar que nos “obliga” a un mayor compromiso y responsabilidad, sólo confrontando estos puntos de vista negativos podrá crearse una nueva y positiva visión de la comunidad, que sea inclusiva, diversa e innovadora, capaz de crear un espacio de participación en el que las diferencias se confrontan en un diálogo de múltiples voces, basado en el respeto y la confianza. La comunidad local del futuro no es exactamente la comunidad local existente. Está todavía por inventar. Algunos de sus rasgos son ya visibles en muchas de las ecoaldeas dispersas por el mundo. Otros se irán incorporando con el tiempo. Lo importante es que no tenemos que inventarla de nuevo. La comunidad local ya existe, lleva siglos existiendo. Tiene muchas cosas buenas, como veremos a continuación, que podemos mantener. A partir de ahí podemos ir introduciendo todo aquello que la hace más sostenible.

Por una libertad realista

Quisiera hacer un último comentario sobre el asunto de la “obligación”, de que la comunidad mengua nuestra libertad. Ya he comentado en el capítulo anterior hasta qué punto la idea de libertad como la posibilidad de hacer lo que queramos no es más que una ilusión. Vivimos en la creencia de que podemos elegirlo todo, cuando en realidad lo único permitido es soñar con que podemos consumir de

todo, mientras se nos mantiene atados a una cadena de trabajo de la que no sabemos escapar. Sólo unos pocos privilegiados viven como quieren en la sociedad actual. El resto tiene que trabajar duro cada día para satisfacer sus necesidades básicas. La libertad se reduce en la mayoría de los casos a un puro sueño, tan inalcanzable como el que te toque la lotería.

La comunidad local, y en particular el modelo de las ecoaldeas, es una apuesta por una libertad posible y realista. Vivir en comunidad puede parecer un esfuerzo y requiere sin duda un necesario compromiso, pero el resultado no es, como algunos piensan, disponer de menor libertad individual, sino ganar en libertad, libertad real para disponer de nuestro tiempo y dedicarnos a aquello que nos gusta, libertad real para educar a nuestros hijos, libertad real para decidir sobre los asuntos que nos incumben... A cambio de dar un poco a la comunidad, recibimos mucho más que lo que nos ofrece la sociedad moderna, que sutilmente nos lo exige todo y no nos da nada. Las ecoaldeas buscan reforzar la autonomía individual a través del compromiso colectivo, algo que desde luego no es posible desde un individualismo que acepta pasivamente las reglas de juego de la sociedad actual.

Ventajas económicas: el capital social

Más allá de elucubraciones teóricas sobre las ventajas de la comunidad, existen, como he dicho al inicio, considerables ventajas prácticas en pertenecer a una comunidad estable y bien cohesionada. Estudios recientes demuestran que las comunidades con sólidas redes formales e informales se hallan en mejores condiciones para enfrentarse a situaciones de crisis, de cambio y de conflicto y mantener, e incluso mejorar, su situación económica y su calidad de vida.

Las redes de “compromiso cívico”

En sus estudios en Italia, Robert Putnam concluyó que la fortaleza económica de algunos gobiernos regionales no dependía ni de los recursos de la región, ni de la ideología de sus respectivos gobiernos, ni de la estabilidad social o la armonía política. La clave estaba más bien en su habilidad para generar lazos locales que mejoraban la capacidad de ahorro y su reinversión en la comunidad, lo que a su vez animaba la implantación de nuevos negocios con un efecto multiplicador.

A estos lazos y relaciones locales, a las normas cívicas existentes y admitidas por todos, a la confianza entre la población para generar acuerdos, a su capacidad para crear asociaciones de todo tipo, a la existencia de fuertes y arraigados valores comunitarios, a todo ello Robert Putnam lo llamó el capital social de una comunidad, demostrando además que la existencia de un importante *stock* de capital social era una condición imprescindible para la prosperidad económica de toda comunidad. En su análisis, el bienestar económico de una comunidad no depende tanto de las políticas gubernamentales o de las actuaciones del sector privado como de la existencia de una sólida red de “compromiso cívico”, usando sus mismas palabras.

Importancia del capital social

Entre las razones que explican la importancia del capital social en la prosperidad económica de una comunidad, Putnam avanza las siguientes:

- Las redes de compromiso cívico y de confianza favorecen la reciprocidad y el apoyo mutuo, dando pie a un invisible “banco de favores”. A través de las redes, la gente recibe información muy valiosa para resolver sus situaciones personales, se comparten o se prestan recursos, se intercambian bienes y favores. El sistema se hace más eficiente.
- Las redes de compromiso cívico facilitan la coordinación y la comunicación y amplifican la información y circulación de los “buenos ejemplos”, aumentando la confianza y disminuyendo las posibilidades de oportunistas y aprovechados. El capital social no es sólo necesario para la prosperidad económica de una comunidad, es también un prerrequisito inevitable para garantizar un buen gobierno, eficaz y transparente.

- Las redes de compromiso cívico registran de alguna manera los éxitos colaboradores del pasado, lo cual se convierte en una poderosa herramienta para afrontar situaciones futuras. La solidaridad y la confianza se refuerzan con el uso y tienen un efecto acumulativo. Los ejemplos de colaboración exitosa del pasado bien pueden servir para enfrentarse colectivamente a injusticias o amenazas exteriores del futuro.
- En definitiva, la existencia de un importante *stock* de capital social, en confianza, normas y redes, permite a una comunidad hacer un uso más eficiente de sus finanzas, sus recursos físicos y sus recursos humanos.

Crear capital social

Es interesante notar que el capital social, a diferencia del capital convencional, es un bien público, pertenece a la comunidad en su conjunto y es el resultado de un esfuerzo que realiza toda la comunidad. No se crea por la intervención de algunos individuos ni de un particular sector social. Es en realidad un producto colateral de otras actividades sociales. Una persona que decide participar en una asociación para la defensa del patrimonio cultural de su municipio, lo hará motivado por su creencia en la importancia de salvaguardar dicho patrimonio, no porque con su acción crea estar contribuyendo al capital social de su comunidad. Y sin embargo, eso es lo que hace, aumentar el capital social.

Es necesario advertir que de la misma manera que se puede crear capital social con una buena política local o regional que favorezca la creación de redes, también se puede destruir con una mala política de intervención económica y social. Por poner un ejemplo, la política de reconversión del mundo rural, emprendida en todos los países de la Unión Europea en los últimos años, por la que se ha obligado a los agricultores a pasar de sus explotaciones agrarias familiares a una explotación intensiva e industrializada o a la reconversión forzosa en gestores turísticos no está contribuyendo precisamente a mantener el capital social de las pequeñas comunidades rurales.

Crear o aumentar el capital social de una comunidad no es en cualquier caso sencillo. Está claro que hay que favorecer la creación de redes informales de relaciones, extender la confianza, la solidaridad y el apoyo mutuo, recuperar la dimensión simbólica y afectiva..., pero el estado actual de la mayoría de las comunidades locales, del que hablaré más adelante, nos lleva a un círculo vicioso difícil de romper: el capital social sólo se regenera desde la propia gente y con su participación en los asuntos de la comunidad, pero la participación sólo se consigue sobre la base de cierto capital social inicial, en muchos casos inexistente. ¿Cómo intervenir para romper este círculo infernal que está llevando a la desagregación de miles de comunidades locales?

Ventajas en la salud física y mental

Relaciones estables y duraderas

Estudios recientes, como los llevados a cabo por la *Relationships Foundation*⁵, ponen en evidencia que formar parte de una nutrida y estable red de relaciones sociales contribuye sin duda alguna a mantener o mejorar la salud física y mental de las personas, proporcionando mayores momentos de felicidad e induciendo una mayor capacidad de aguante (*resilience*) para soportar tanto las enfermedades como los golpes de la vida. Una de las principales conclusiones del estudio anterior, que se deduce de las aportaciones directas de diversas asociaciones de atención social, es que unas relaciones estables, comprometidas y de larga duración son la clave para el bienestar personal.

⁵ La Relationships Foundation es una organización británica que busca extender el pensamiento relacional en el ámbito humano, desde el individuo a la comunidad. Desde la publicación de *The R Factor*, en 1993, han llevado a cabo un extenso programa de investigación que se ha visto reflejado en varios libros sobre el tema. *Building a Relational Society* es su segundo libro en el marco de esta investigación, y que contiene el artículo de M. Argyle, al que me refiero en este párrafo.

En la misma línea, en un trabajo dedicado expresamente a estudiar el efecto de las relaciones sobre el bienestar individual, Michael Argyle concluye que unas relaciones estrechas, del tipo que sean (familiares, amigos, conocidos, vecinos, compañeros de trabajo...) producen grandes beneficios para la salud, la salud mental y la felicidad de las personas, siempre que éstas sean estables y de larga duración. Y al contrario, sus efectos son muy nocivos cuando éstas se rompen o desaparecen.

Reconstruir la inteligencia colectiva

El estudio de la *Relationships Foundation* deja también claro que el estado de las relaciones sociales en el mundo occidental deja mucho que desear. Diversos factores externos influyen negativamente en la calidad de las relaciones hasta el punto de hallarse muy deterioradas en determinados ambientes o grupos sociales. Y aunque el sistema político y económico acepta ya sin dificultad que la calidad de las relaciones es esencial para la prosperidad económica, valorando la importancia de la integridad, la reciprocidad y la confianza, apenas considera las relaciones personales en su nivel más profundo, en relación con su incidencia en el bienestar y la salud física y mental de las personas.

En la medida que entendemos la comunidad como entramado de redes y relaciones sociales, resulta claro que vivir en comunidad, en una comunidad real de relaciones, también debe tener efectos positivos sobre el bienestar individual. Hay que tener en cuenta que pertenecer a una red social, rica y estable, permite un mayor acceso a los recursos y servicios ofrecidos por la comunidad, cuya existencia puede ser ignorada por un individuo pero no por la red social a la que pertenece. Pertenecer a una red social garantiza también un cierto apoyo emocional y consejo en caso de dificultad, e incluso asistencia práctica en asuntos de difícil solución. Las conversaciones con amigos y vecinos son una buena fuente de información sobre posibilidades existentes y de ayuda en la toma de decisiones. Cuando la gente habla entre sí desarrolla una inteligencia colectiva, una forma de sabiduría compartida que integra las experiencias del pasado, presente y futuro en un modelo coherente y flexible del mundo.

La seguridad en la comunidad

Nuevas formas de solidaridad y confianza mutua

La inseguridad ciudadana es una de las principales preocupaciones de la gente, una de las que más aparece en las encuestas y que está más en boca de políticos y gobernantes. Se utiliza como arma electoral, acusando al gobierno de turno por su ineficacia en resolver el problema, y la única respuesta conocida hasta ahora ha sido la de aumentar la dotación policial en las calles y endurecer las penas de cárcel. La imagen que se nos quiere vender es que la inseguridad ciudadana aumenta constantemente, que aumenta la delincuencia común y el crimen organizado y, como consecuencia, el temor y la sensación de inseguridad en la población. Esta imagen pesimista y catastrofista sobre la condición humana da buenos réditos a los partidos conservadores.

Sin embargo, también aquí, estudios de sociólogos como Ken Worpole, desmienten la base del problema: nunca ha habido una edad de oro de solidaridad y altruismo. La situación actual no es ni mejor ni peor que en el pasado. Las relaciones de confianza han sido estructuradas, social e históricamente, por diferentes tipos de instituciones, espacios y redes, apoyados en algunos casos por políticas públicas. Si alguno de estos tipos ha desaparecido coincidiendo con el fin de la sociedad industrial, otras nuevas formas de solidaridad y confianza mutua están emergiendo en la sociedad urbana postindustrial. La clave por tanto no está en “más policía”, como se empeñan inútilmente algunos, sino en mostrar mayor receptividad a las emergentes formas de la solidaridad y diseñar políticas que favorezcan la creación y el aumento de la confianza en la gente. Para atajar la inseguridad —sentimiento en gran parte subjetivo— no basta con reforzar la seguridad “objetiva”, poniendo en marcha medidas que se revelan inútiles; hay que crear confianza —sentimiento igualmente subjetivo—, o al menos permitir que ésta se desarrolle por sí misma.

Cómo reducir la inseguridad ciudadana

Las redes comunitarias, en tanto que portadoras de confianza en diversas dosis, se revelan como un elemento fundamental a la hora de reducir los niveles de delincuencia y de inseguridad. Por eso, crear comunidad es sin duda una de las políticas más eficaces que se pueden emprender contra la inseguridad ciudadana. Sobre este punto, Ken Worpole da una serie de indicaciones de cómo fomentar las relaciones de confianza en comunidades urbanas:

- Las relaciones de confianza se desarrollan mejor en lugares públicos con sus normas y tradiciones, incluso aun cuando su uso sea totalmente voluntario. El desarrollo a lo largo del s. XIX de bibliotecas, museos, parques y otros lugares de mejora social, que fueron gobernados por rígidas reglas, todavía estructura los comportamientos de la gente actual.
- Las relaciones de confianza se fortalecen con la presencia de trabajadores públicos (guardas de parques, porteros, bibliotecarios, policía de barrio), que aun no teniendo ningún poder sancionador, contribuyen a crear una imagen colectiva de seguridad y asistencia.
- Las relaciones de confianza se debilitan en lugares públicos en los que se evidencia la dejadez de la autoridad pública que debería gestionarlos. Estos espacios abandonados podrían ser colectivamente reapropiados y convertidos en un lugar seguro y confiable, si se organizaran en ellos diversas actividades comunitarias y lúdicas encaminadas a restablecer su dimensión simbólica.
- Las relaciones de confianza se rompen en lugares o contextos donde los valores de pluralismo y diversidad están ausentes. Lo que afecta directamente a la división de las ciudades en áreas residenciales y en barrios marginales, en las que se permite a un grupo ser dominante y por tanto mostrar un excesivo celo en sus intereses particulares.
- Apoyando el principio de que los niños y los jóvenes aprenden las reglas de comportamiento cívico, de la justicia y la cooperación a través del juego y de la aventura, parece lógico pensar que los proyectos de desarrollo comunitario basados en las necesidades de niños y jóvenes, son los más apropiados para desarrollar las relaciones de confianza. En este sentido, la actual aprensión de los padres sobre la seguridad de sus hijos lejos de casa es una de las principales razones en el declive de la confianza.
- Las relaciones de confianza mejoran si se dan auténticas oportunidades a los diversos colectivos sociales de participar en proyectos que hagan uso de los recursos comunes, como sistemas para compartir el coche, compartir el cuidado de los niños, convertir un espacio abandonado en un jardín natural, crear una asociación de crédito solidario, etc.
- La confianza se consolida donde existen claros mecanismos para resolver los conflictos locales entre personas, o entre diferentes grupos de interés.

Una comunidad local, que funcionalmente se ha desarrollado de acuerdo con las anteriores indicaciones, capaz de crear y mantener una rica y variada red de relaciones formales e informales y que cuida de sus aspectos simbólicos es también un lugar seguro, un lugar donde la gente tiene confianza en sí misma y, por tanto, en los demás.

Bienestar y Calidad de Vida

Más allá del nivel de vida

Crear comunidad es, de acuerdo con lo anterior, una condición imprescindible para aumentar el bienestar y la calidad de vida. Estos dos términos son muy populares actualmente y recogen sintéticamente la principal aspiración de todo ser humano, que es ser feliz. Bienestar y calidad de vida se utilizan muchas veces como sinónimos, aunque sus orígenes son diferentes. El término bienestar remite, en la literatura anglosajona, a dos palabras distintas: “welfare” y “wellbeing”. El primero se ha utilizado principalmente en relación con la idea de Estado del Bienestar y tiene un carácter sociológico y político. El segundo, en cambio, se utiliza para referirse a un subjetivo “estar bien”. Por su parte, el

término calidad de vida se desarrolla en la década de los 70 como una evolución de otro término utilizado hasta entonces, el de “nivel de vida”, del que se critica su carácter básicamente economicista y alejado de la experiencia subjetiva de la gente sobre su bienestar personal.

La calidad de vida es subjetiva

El concepto “nivel de vida” pretende utilizar indicadores objetivos y cuantificables para medir el grado de bienestar social de un país o región. Algunas de las componentes del “nivel de vida” son la salud, el consumo de alimentos, la educación, la ocupación y las condiciones de trabajo, las condiciones de la vivienda, la seguridad social, el vestido, el ocio y el tiempo libre y los derechos humanos. Sin embargo, se vio rápidamente que un alto nivel de vida objetivo no tenía por qué ir acompañado de un alto índice de satisfacción individual, de bienestar o de calidad de vida. Así como pobreza y malestar son términos estrechamente ligados, riqueza y bienestar no lo están. Reducir la pobreza sirve para disminuir el malestar, pero amasar una fortuna y disponer de un alto nivel de vida no asegura el bienestar.

En la década de los 80 y 90, los trabajos de sociólogos y psicólogos sociales permitieron considerar importantes factores subjetivos que incidían en la evaluación del bienestar y la calidad de vida. Entre ellos destacan: identificación con el lugar y correspondencia con una imagen ideal, expectativas y aspiraciones, comparación con otros grupos de referencia, satisfacción de determinadas necesidades, variables actitudinales hacia la comunidad, la vivienda y el vecindario, etc. En otros trabajos se hacía más hincapié en evaluar el grado de satisfacción en relación con ciertas necesidades básicas, algunas de tipo objetivo y otras subjetivas, destacando entre estas últimas: pertenencia, participación y afecto; estatus, respeto y poder; autorrealización, belleza y creatividad; y seguridad, libertad y compromiso. Por último, algunos autores definen el bienestar como la experiencia de una buena calidad de vida e insisten en el “bienestar responsable” como el bienestar que reconoce también nuestras obligaciones, con el resto del mundo y con las generaciones futuras y su propia calidad de vida.

Las diferencias observadas entre “nivel de vida” y “calidad de vida” llevaron a algunos autores a definir la “calidad de vida” como el “ajuste o coincidencia entre las características de la situación (de exigencias y oportunidades) y las expectativas, capacidades y necesidades de la persona, tal como ella misma los percibe”. Es decir, una persona afirmará disponer de una alta calidad de vida si sus necesidades presentes y sus expectativas futuras se ajustan bien a la situación real en la que se mueve y viceversa. La percepción del “ajuste” es algo subjetivo, pero remite necesariamente a un estándar colectivo. Tanto la percepción de la situación como las expectativas abiertas se generan dentro de un grupo social, que las asume como propias en un determinado momento histórico, pudiendo cambiar con el tiempo.

En definitiva que una persona que, según indicadores sociales de corte occidental, está viviendo por debajo del umbral de la pobreza, puede ser la persona más feliz del mundo, sencillamente porque sus necesidades básicas actuales están satisfechas y sus expectativas futuras son optimistas, siempre de acuerdo a su percepción subjetiva de la situación, en la que esta persona y su grupo social se mueven. Por el contrario, una persona acomodada que no le falta de nada puede estar quejándose amargamente de su destino, bien por no ser capaz de satisfacer algunas de sus necesidades “básicas”, determinadas por su grupo social de pertenencia, o por contemplar un futuro incierto en sus proyectos y expectativas.

Creecer como personas

La anterior definición de calidad de vida conduce inexorablemente a una conclusión que, aunque sea evidente, no termina de cuajar en políticos y gobernantes: no necesitamos más crecimiento económico para aumentar nuestro bienestar y calidad de vida, necesitamos crecer como personas, encontrar maneras que nos permitan satisfacer algunas de nuestras necesidades más descuidadas, como pertenencia y afecto, respeto y poder compartido, autorrealización y creatividad, libertad y compromiso.

A esto nos referimos, cuando desde el movimiento de ecoaldeas, insistimos en la necesidad de crear comunidad. Se trata de establecer pautas y modelos de comportamiento que permitan desarrollar en su plenitud una dimensión que el ser humano parece querer esconder, la de su humanidad. Por otra parte, hablar de un bienestar responsable, que tenga en cuenta el resto del mundo y las generaciones futuras, nos conduce directamente a otro aspecto característico de la comunidad tradicional que necesita revisión: el de la sostenibilidad o capacidad para perdurar en el tiempo.

9. La comunidad sostenible

La comunidad local sostenible

La comunidad local, en su triple aspecto funcional, relacional y simbólico, es un elemento imprescindible para aumentar y mantener nuestra calidad de vida y nuestro bienestar individual y colectivo. Pero la comunidad local no puede quedarse ahí. Debe dar un paso más, debe abrir su espacio de participación para incorporar a todos los seres humanos —evitando y reparando desigualdades sociales—, a todos los seres vivos —cuidando de la diversidad y del equilibrio de los ecosistemas naturales— y al propio territorio que los acoge —evitando actuaciones que lo dañan, como la contaminación del aire, del suelo y del agua, y reparando lo ya hecho, restaurando el alma del lugar—; en definitiva, la comunidad local debe hacerse sostenible.

Necesidades ficticias

Como ha quedado establecido al final del capítulo anterior, la calidad de vida, además de componentes objetivos relacionados con la subsistencia, incorpora una fuerte componente subjetiva, en relación con las expectativas que cada persona se hace a partir de unos determinados recursos. Esta definición implica algo fundamental: superado el nivel de la subsistencia —alimentos y cobijo—, podemos mantener nuestra calidad de vida actuando sobre los recursos o actuando sobre las expectativas.

En el mundo occidental, la lógica impuesta por el capitalismo y neoliberalismo dominantes lleva a aumentar sin cesar las expectativas y necesidades artificialmente creadas, con el único fin de aumentar el consumo y dar satisfacción a un mercado que no deja de engordar las arcas de determinadas personas y corporaciones. El aumento de expectativas y necesidades ficticias lleva parejo una presión cada vez mayor sobre los recursos naturales del planeta y una creciente desigualdad económica y social entre distintas regiones del mundo, y dentro de una misma región entre ricos y pobres. Es decir, el desarrollo actual crea necesidades artificiales que “sólo” se pueden satisfacer produciendo más, presionando más sobre los recursos existentes. Es un modelo absolutamente insostenible.

Reducir nuestras necesidades y expectativas

Una opción más inteligente para mantener la calidad de vida sería actuar sobre nuestras necesidades y expectativas, reduciéndolas, simplificando nuestra forma de vida, atendiendo otras necesidades humanas que no se colman con cosas materiales. De esta manera podríamos detener la actual presión sobre los recursos naturales, trabajar menos y dedicar más tiempo a cuidar de nosotros mismos y de la vida sobre el planeta. Simplificar necesidades y expectativas es actuar sobre la misma base de la comunidad, sus principios, valores y universo simbólico, que son los que en última instancia pueden alterar la percepción que la gente tiene de la realidad. Con esta idea en mente, se empezó a gestar a principios de los 70 el importante concepto de desarrollo sostenible. Y aunque hoy ha perdido gran parte de su prestigio por el uso tan dispar, e incluso contradictorio, que las distintas fuerzas políticas y grupos de presión hacen de él, merece todavía cierta consideración. Ligeramente modificado y renombrado como “sostenibilidad”, nos encontramos con una cualidad ineludible de toda comunidad local.

Un pequeño apunte sobre Desarrollo Sostenible

Un poco de historia

Haciendo un poco de historia, cabe recordar que en 1972 un Informe del Club de Roma sobre “los límites del crecimiento” (Meadows) resaltaba la imposibilidad de un crecimiento indefinido en un mundo finito como el planeta; en 1987, en un informe creado por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Informe Brundtland) se acuña de forma “oficial” el término Desarrollo Sostenible, como un tipo de desarrollo que *“satisface las necesidades de las generaciones actuales, sin comprometer la capacidad y los recursos de las futuras generaciones para satisfacer las suyas”*. En 1992, en la Conferencia de Río se crea un documento, conocido como Agenda 21, en el que se establecen, por primera vez, las bases para alcanzar el desarrollo sostenible a escala global. Ya en el contexto de la Unión Europea, se aprueba el V Programa Comunitario sobre desarrollo sostenible, que da lugar en 1994 a la Conferencia sobre Ciudades y Municipios Sostenibles, celebrada en Aalborg, y en la que se aprueba un documento, la Carta de Aalborg, por la que los representantes de las ciudades y municipios participantes se comprometen a impulsar el desarrollo sostenible como una manera de *“consolidar la calidad de vida actual a un ritmo adecuado a las limitaciones de la naturaleza”*. Y por último, en este limitado repaso de hitos que jalonan el desarrollo del concepto de desarrollo sostenible, en 2002 se celebra en Johannesburgo una nueva cumbre mundial, en la que se debía hacer una valoración de los avances registrados hasta ese momento en la implantación de programas de desarrollo sostenible a nivel local y estatal, y de otras actuaciones más globales, como las que tienen que ver con la capa de ozono y al calentamiento global de la Tierra. A decir de las ONG's presentes, el resultado de la cumbre no fue muy esperanzador.

Las agendas 21 locales

La Agenda 21 es el documento más importante sobre desarrollo sostenible, consensuado y aprobado por todos los gobiernos del mundo. En él se establece el marco que regula los derechos y obligaciones, individuales y colectivos, en el campo del medio ambiente y el desarrollo, y se insiste en que se elaboren propuestas concretas de actuación, a un nivel local o regional, preferentemente con la participación de todos los actores sociales implicados, públicos y privados, individuos y colectivos. Este proceso participativo de creación de un plan de desarrollo sostenible a escala local se conoce como Agenda 21 local. El fin último de este proceso es aumentar la conciencia social para reforzar actitudes, valores y medidas compatibles con el desarrollo sostenible. A través de iniciativas de educación ambiental, capacitación y formación en temas relacionados con la sostenibilidad, y fomento de la participación ciudadana se pretende aumentar el respeto por el medio ambiente, consolidar pautas para una economía más equitativa y solidaria y alcanzar una mayor justicia social, lo que finalmente habrá de repercutir en el aumento de la calidad de vida para todos.

Los procesos de implantación de Agendas 21 locales en diferentes lugares de toda la geografía europea han revelado las dificultades de crear una auténtica conciencia y cultura de la sostenibilidad, que permita satisfacer nuestras necesidades y mantener nuestra calidad de vida sin poner en peligro la calidad de vida de las generaciones futuras. Lo que ha ocurrido en realidad es que en estos procesos no se ha querido ir al fondo del asunto, que tiene mucho que ver con el lamentable estado actual de las comunidades locales, y se ha preferido aplicar medidas puntuales y superficiales, apoyadas en una triste interpretación de lo que ha de ser la participación ciudadana. En pocos lugares se ha hecho una apuesta decidida por la sostenibilidad, con todas las implicaciones que ello conlleva, en particular pasar de una cultura de la competición entre grupos de intereses diferentes (partidos, empresas, asociaciones) a una mayor cooperación entre todas las partes afectadas, llevando a cabo actuaciones que sean socialmente inclusivas, económicamente viables, respetuosas con la naturaleza, con los recursos y con el componente simbólico de toda comunidad. Por el contrario, las Agendas 21 locales están en muchos casos mediatizadas por intereses partidistas o económicos y los planes de desarrollo

local a los que han dado lugar no son más que un conjunto de medidas “coloristas”, sin una incidencia relevante en las creencias, actitudes y comportamientos de las personas y grupos afectados.

La contradicción de un desarrollo sostenible

Y es que la propia expresión “desarrollo sostenible” es en sí misma paradójica, pues pone en relación dos términos irreconciliables, el de sostenibilidad y el de desarrollo económico. Según que se preste más atención a uno u otro nos encontramos con una diferente interpretación del desarrollo sostenible, lo que hace posible que todo el mundo utilice la misma expresión para decir cosas que no tienen nada que ver y que son incluso incompatibles. Esta situación ha llevado a muchos grupos, concienciados con el problema, a hablar más de “sostenibilidad” que de desarrollo sostenible, entendiendo que nuestro compromiso con los demás (solidaridad intrageneracional) y con las generaciones futuras (solidaridad intergeneracional) nos obliga no sólo a tener en cuenta la incidencia de nuestras acciones sobre el medio ambiente (sostenibilidad ambiental), sino también sobre las personas, en relación con las estructuras económicas (sostenibilidad económica), sociales (sostenibilidad social), culturales (sostenibilidad cultural) e institucionales (sostenibilidad institucional), que los diversos grupos y comunidades han creado. Las agendas 21 locales apenas consideran algunos aspectos ambientales, a los que aplican rápidos remedios tecnocráticos (una mezcla de tecnología, economía y rédito político), pero se desentienden casi totalmente de la sostenibilidad social, cultural o institucional.

Las críticas al concepto de desarrollo sostenible no han faltado desde sus inicios. Muchos son los estudiosos que lo consideran “manifiestamente insostenible”, con un excesivo énfasis en el desarrollo económico y muy poco en la viabilidad de los ecosistemas, demasiado antropoc  trico y muy poco ecoc  trico, carente de perspectiva holística y seguramente ineficaz para resolver los grandes retos que plantea la globalización. Aún más, cada vez más personas est  n convencidas de que no sólo debemos olvidarnos de la idea de un desarrollo sostenible sino que debemos empezar a pensar a decrecer económicamente.

El decrecimiento sostenible

El decrecimiento sostenible es una propuesta relativamente reciente de la ecología política que se basa en una idea muy simple: es imposible un crecimiento infinito en un planeta finito, por mucho que toda la ideología productivista predominante —de ambos signos, neoliberal y comunista— haga de la realidad un espacio económico idealizado que niega, oculta o minusvalora la finitud de la naturaleza. No es necesario ser economista para comprender que una familia que vive de sus recursos primarios, de su capital, y no de sus ingresos, pronto se quedará si nada. Y sin embargo, eso es lo que est  n haciendo los países occidentales al utilizar los recursos naturales del planeta a una velocidad mayor que la necesaria para su reproducción. Est  n agotando el capital natural, lo que además de suponer una enorme invasión y destrucción de un planeta Tierra, por el que los occidentales hemos perdido todo respeto, nos deja sin recursos para seguir sobreviviendo en el futuro.

El decrecimiento sostenible propone la reducción del PIB, la reducción de la producción material y del consumo, la reducción de todas las fuentes energéticas no renovables —especialmente, el petróleo, principal causante del exceso de CO2 en la atmósfera—, como una medida urgente para detener las trágicas consecuencias que se vislumbran en relación con el mantenimiento de la vida en el planeta. Pero eso no quiere decir que no podamos seguir creciendo en otros campos no económicos. El crecimiento personal, el crecimiento de las relaciones y vínculos sociales, el crecimiento que produce arte, cultura y pensamiento, el crecimiento espiritual del ser humano a nivel individual y colectivo..., son todos ellos bienvenidos y necesarios. Que nadie piense que decrecer económicamente es un obstáculo para crecer. En realidad es casi una necesidad, pues sólo cuando abandonemos totalmente nuestra idea de crecimiento material, podremos concentrarnos en crecer social, cultural y espiritualmente.

Creer en los aspectos sociales, culturales y espirituales de nuestro ser sin materializar tales cambios en nuevas relaciones de intercambio económico y monetario es uno de nuestros grandes retos

actuales, que no podemos posponer más. La predominancia de la economía como ciencia básica del sistema social ha hecho que prácticamente todas las actividades humanas se contemplen bajo el prisma de su relevancia económica. Ya nada se hace si no es rentable económicamente. Incluso aquellas actividades aparentemente alejadas de la economía, como las relacionadas con el arte, el juego y la fiesta, se contemplan ahora sólo desde una perspectiva económica, que las valora por su rentabilidad y producción de beneficios, apoyando las que resultan más rentables y rechazando las que no lo son, aun cuando su repercusión y rentabilidad social pudiera ser muy alta. Contra esta reducción de la multidimensionalidad del ser humano a una dimensión puramente económica —a un simple *homo economicus* como es descrito por algunas teorías sociológicas—, se alza esta nueva propuesta de la ecología social que, abandonando la idea de desarrollo sostenible, introduce la idea de sostenibilidad como un concepto irreducible a términos puramente económicos y nos habla más de solidaridad y cuidado.

Sostenibilidad

Sostenibilidad es un concepto que, desde su creación, ha ido evolucionando con el tiempo. Inicialmente ligado al concepto de desarrollo sostenible, hoy abarca campos que no parecen tener nada que ver con la idea de desarrollo económico. En los inicios del desarrollo sostenible, la idea de sostenibilidad se relacionaba principalmente con la cuestión ambiental. Así se decía que la *“sostenibilidad implica la mejora del nivel de vida del ser humano sin menoscabar la capacidad del medio natural, ni agotar sus recursos”*. Conservar un entorno natural sano es una manera de ser solidarios con las generaciones futuras. Pero ya desde muy pronto se vio que no se pueden crear comunidades sostenibles sin ser también solidarios con las generaciones actuales. En un mundo donde las desigualdades sociales son tan grandes, donde la riqueza está tan mal repartida, es de esperar que se den pequeños y grandes flujos migratorios, a escala local y global, que hagan insostenibles las comunidades de aquí y de allá, aun cuando la cuestión ambiental estuviera resuelta.

Más allá de la sostenibilidad ambiental

Por eso, hablar hoy en día de sostenibilidad, implica considerar no sólo los factores ambientales sino otros factores de tipo social y cultural que, tratados local y globalmente, permitan actuar sobre comportamientos individuales y sociales, sobre valores y estilos de vida, sobre formas de producción y tecnologías aplicadas, sobre políticas e instituciones, con el fin de llegar a pensar la calidad de vida de una manera que sea realmente solidaria con el resto del mundo, con el planeta y con las generaciones futuras. Se trata, en definitiva, de desligar la calidad de vida de una defensa a ultranza del nivel de vida alcanzado en los países desarrollados, cuya extensión al resto del mundo resulta materialmente imposible. En realidad, no sólo resulta imposible hacer que todo el mundo alcance el mismo nivel de vida de los países desarrollados, sino que, como he comentado anteriormente, resulta urgente que nosotros mismos reduzcamos nuestro nivel de vida, llevando una vida más simple, menos consumista —especialmente en materias primas y energía—, más solidaria con el resto del planeta.

Como afirma R. Levett, en un resumen de la Conferencia de Aalborg, la sostenibilidad no tiene relación con las conexiones que se hacen tradicionalmente entre bienestar, nivel de vida, consumo, producción, recursos, residuos y daños ambientales, como si esta cadena fuera inevitable. Es necesario y posible desligar el bienestar del nivel de vida, a través de un estilo de vida más simple, menos materialista, más centrado en desarrollar la dimensión creativa y espiritual del ser humano. Desligar el nivel de vida del consumo, aumentando la durabilidad de las cosas, reparándolas, reciclándolas, reutilizándolas... El consumo de la producción, utilizando “productos” locales no elaborados ni fabricados. La producción de la utilización de recursos, aumentando la eficiencia y disminuyendo el consumo de energía. La utilización de recursos de los daños ambientales, utilizando energías renovables y tecnologías limpias. Es decir, que podemos vivir muy bien, con una altísima calidad de

vida sin aumentar más nuestro nivel de vida, que podemos incluso reducir; sin consumir tanto, sin producir tanto, sin utilizar tantos recursos naturales y cuidando de la naturaleza.

La base ética de la sostenibilidad

La sostenibilidad supone igualmente una nueva forma de entender nuestra relación moral con los seres humanos y con el resto de seres vivos. Desde la Permacultura, una de las herramientas más poderosas recientemente creadas para afrontar el diseño de espacios y comunidades sostenibles, se insiste en que antes de actuar es necesario observar, empaparse adecuadamente de cuáles son los mecanismos cíclicos que rigen los procesos naturales en un determinado lugar y, sólo desde ese conocimiento, intervenir sin romper tales ciclos, o si es posible, restaurarlos. Desde una perspectiva cultural, el Biorregionalismo viene a decir lo mismo. Cualquier intervención en un espacio, cargado de una larga y profunda tradición cultural, debe respetar los elementos simbólicos de dicha tradición y adaptarse a sus circunstancias. Toda innovación debe ser respetuosa con el alma natural y cultural de un lugar, como única manera de mantener el ritmo natural con el que respira la Tierra y nosotros con ella.

Todo esto nos lleva a considerar una nueva base ética para nuestras relaciones con los demás y el entorno. La permacultura ha definido tres principios éticos como base para la acción: el cuidado de la gente, el cuidado de la tierra y el reparto equitativo de los excedentes. El cuidado de la gente estimula la ayuda mutua entre las personas y las comunidades, centrándose en la satisfacción de sus necesidades básicas de alimento, abrigo, educación, etc. El cuidado de la tierra significa cuidar de todas las cosas vivientes y no vivientes —suelos, especies, atmósfera, bosques, montañas, aguas...—. Esto implica que todas las acciones que se hagan deben dejar los ecosistemas sustancialmente intactos y capaces de funcionar saludablemente. Además de estos principios, son igualmente importantes el principio de Precaución y el principio de Usar sólo lo necesario y los conceptos de Capacidad de carga y de Huella ecológica, que no desarrollo aquí pero que el lector interesado puede encontrar en la bibliografía recomendada al final del libro.

Una ética del cuidado

La existencia de estos principios éticos nos permite relacionar la sostenibilidad con la Ética del cuidado, desarrollada en los últimos años por una parte del movimiento feminista. La ética del cuidado se contrapone a una ética de la justicia, una ética basada en la aplicación de principios morales abstractos o formales que se aplican por igual independientemente de las circunstancias particulares que concurren en cada situación. La ética del cuidado, por el contrario, se caracteriza por un juicio más contextual, con una tendencia a adoptar el punto de vista del otro, en tanto que ser particular y sintiente. Si la ética de la justicia se basa en el respeto de los derechos formales de los demás, de manera que cada uno puede hacer lo que desee mientras no afecte a los derechos de los otros —las reglas, aunque inevitables, son un freno para la acción individual—, la ética del cuidado se basa en la responsabilidad por los demás, lo que nos lleva a actuar, a ofrecer nuestra ayuda, aun cuando no tengamos ninguna obligación. Por último, si la ética de la justicia parte del individuo como un ser autónomo, separado o independiente, con unos derechos previos a su inserción en el conjunto de relaciones sociales, la ética del cuidado comprende el mundo como una red de relaciones en las que se inserta el yo individual, por tanto inseparable de sus responsabilidades con los demás.

Basta extender las anteriores ideas de la Ética del cuidado al conjunto de seres vivos y, más en general, a la totalidad del planeta, para reconocernos en el mundo que se vislumbra desde la idea de la Sostenibilidad: un mundo rico en relaciones que determinan la viabilidad de todo ecosistema vivo, en el que no queda espacio para la reafirmación egoísta de ningún ser en particular, pues la existencia de cualquiera de ellos depende del mantenimiento de una esencia relacional en la que todo cuenta, incluso lo más insignificante. Un mundo también en la que todos los seres contribuyen a mantener vivo y dinámico el tejido de la vida, restaurándolo, siempre que es necesario, con una solidaridad de la que debemos tomar ejemplo los seres humanos. Un mundo, por último, en el que más allá de los principios

abstractos y trascendentes, lo que cuenta es la realidad concreta, las circunstancias y vivencias particulares de cada ser vivo, de acuerdo con una situación que es siempre singular y diferente.

Sostenibilidad y cohesión social

¿Cómo se consigue que todas estas ideas entren a formar parte de los hábitos de la gente? Durante mucho tiempo se pensó que aportar información podría ser suficiente para cambiar las actitudes hacia el medio ambiente y desarrollar la necesaria solidaridad inter- e intrageneracional. Sin embargo, trabajos recientes han demostrado que los intentos de fomentar la conciencia ambiental y social a través de campañas informativas no han tenido mucho éxito. El conocimiento de los problemas no garantiza un cambio de actitud en la población, ni crea un mayor activismo ambiental o social. Las investigaciones en psicología social y ambiental han revelado que los factores clave, que pueden realmente modificar comportamientos y actitudes vinculados con la sostenibilidad, son los de cohesión social, identidad social, apropiación y autonomía, precisamente aquellos en los que peor se encuentran las comunidades locales y en los que las agendas 21 locales apenas inciden.

“Sin apropiación del espacio por parte de las personas y los colectivos, sin que el entorno esté cargado de un simbolismo social compartido, que ayude a conformar una identidad social, por más estrategias conductuales o cognitivas que se utilicen en la gestión, raramente se podrán anclar los valores y los comportamientos vinculados a la sostenibilidad”, afirma el investigador social E. Pol.

La existencia de un tejido social cohesionado no es garantía de sostenibilidad, pero es una condición necesaria. Crear comunidades sostenibles implica comenzar por lo más básico, por inducir procesos de cohesión social, que restablezcan la capacidad de las comunidades para crear sus propias redes de apoyo e intercambio, para organizar eficientemente sus recursos y fortalecer su autosuficiencia y autonomía. Se trata, en última instancia, de restaurar el espacio de participación de la comunidad. Y, como ya he dicho antes, se necesitan transicioneros, personas que quieren trabajar desde dentro de sus comunidades locales en mejorar la red de relaciones comunitaria; personas que cuentan con una formación adecuada y que conocen lo que se está experimentando con éxito en otros lugares, personas con capacidad para obtener recursos, movilizar a la gente y poner en práctica algunas de las iniciativas conocidas en pro de la sostenibilidad.

La situación actual de las comunidades locales

La sostenibilidad debería ser una prioridad

La comunidad local va a jugar sin duda un papel destacado en la sociedad del futuro. Pero lo cierto es que ahora mismo se halla bastante lejos de desarrollar su potencial como espacio básico para nuestras actividades cotidianas. A los inconvenientes señalados en el capítulo anterior sobre la presión social de redes locales como el cotilleo, la falta de alicientes para los jóvenes, la existencia de privilegios arraigados y de estructuras de poder caciquil, etc., que nos llevaban a una necesidad de recrear la comunidad local sobre otras bases, hay que añadir ahora su incapacidad para mantenerse como un sistema vivo y dinámico, cohesionado, autoorganizado y en última instancia sostenible.

Hay que decir rápidamente que nuestra cultura actual ayuda muy poco a la sostenibilidad de las comunidades. Y es que una comunidad sostenible sólo necesitaría una pequeña cantidad de recursos importados para mantenerse activa, lo que supone un pobre mercado para el libre comercio, que necesita de grandes intercambios a largas distancias para hacer negocio. Ignorando que para mejorar la calidad de vida no es necesario consumir grandes recursos, sino cambiar las expectativas y explorar la dimensión social y espiritual del ser humano, los grupos económicos de presión invierten grandes sumas de dinero en desequilibrar las economías locales estables y crear así oportunidades de negocio para sus empresas multinacionales. Todo el mundo parece contribuir a este juego, en el que la autosuficiencia se presenta como algo ridículo y anticuado, siendo lo moderno la dependencia global y el mercado. Estas estrategias no sólo se aplican con los países del Tercer Mundo, también en los

países desarrollados los grandes grupos económicos hacen todo lo posible por acabar con las pequeñas iniciativas locales, incluidos los pequeños comercios, sin que haya una respuesta ni de los políticos ni de los ciudadanos.

4 aspectos a considerar

Para analizar el estado de una comunidad local es necesario considerar, de acuerdo con el trabajo de Andy Langford, cuatro elementos básicos: cohesión, autosuficiencia, capacidad organizativa y liderazgo. No incluyo aspectos importantes de la sostenibilidad ambiental, como el agua y la energía, los ecosistemas vivos, el paisaje, etc. porque en este aspecto, salvo en algunos lugares que se han empezado a tomar medidas serias, la situación es lamentable. Una agricultura de monocultivos, de gran derroche energético y abuso de productos químicos, o un turismo de masas, de escasa conciencia ecológica, han logrado degradar el entorno natural de nuestros pueblos y ciudades hasta extremos casi inconcebibles. Y ni siquiera ha acabado esta dinámica. Todavía las voces que se alzan contra estos desastres son acalladas por la cultura dominante, que erróneamente equipara desarrollo económico a bienestar individual. Por otra parte, estoy convencido de que una mejora sustancial en el estado de las comunidades locales en relación con estos cuatro aspectos citados tendría, sin duda, importantes repercusiones positivas en relación con el medio ambiente.

Cohesión

La cohesión social es “la capacidad de una comunidad de demostrar un compromiso amplio e inclusivo frente a planes de acción significativos”. Una comunidad cohesionada es una comunidad unida por una rica y variada red de relaciones que le permite afrontar con un alto grado de consenso, participación e inclusión cualquier plan de actuación decidido por la comunidad y defenderse igualmente de cualquier plan externo que se quiera imponer sobre la comunidad. La cohesión es el resultado directo del entramado de relaciones que se generan cuando la comunidad es capaz de crear un espacio de participación abierto, inclusivo, diverso y basado en la confianza y el respeto mutuos. Un espacio que, además de atender los aspectos funcionales de la comunidad, debe cuidar también de su dimensión simbólica, especialmente en la relación que el simbolismo social mantiene con la configuración de una identidad colectiva.

Normalmente la lucha contra problemas compartidos, sobre todo aquellos que afectan precisamente a alguno de los símbolos comunitarios, la consecución de determinados objetivos, la búsqueda de soluciones, etc. dan muestra de la cohesión social de la comunidad a la vez que la refuerzan. La cohesión se relaciona entonces con el modo en que las aptitudes y habilidades del grupo se conjugan para permitir un desempeño óptimo en la consecución de sus objetivos.

Pues bien, la mayoría de las comunidades locales no presentan un alto grado de cohesión social, exceptuando quizás a aquellas que arrastran una larga lucha común contra alguna actuación externa. Lo más probable es encontrar una colección de individuos, con escasas relaciones entre sí y en muchos casos tan deterioradas que les resulta imposible unirse para enfrentar problemas que afectan a todos. No faltarán algunos individuos particulares que intentarán mantener un sentido de cohesión dentro de la comunidad, mientras que otros habrán tirado la toalla hace tiempo y habrán pasado a adoptar una actitud cínica en relación con la participación y la gestión de la comunidad. Por último, habrá algunos, que partiendo de una situación personal de comodidad, se resistirán a cualquier cambio y considerarán una amenaza para sus intereses los deseos de participación de otros.

Autosuficiencia

El término autosuficiencia recoge dos significados diferentes. El primero alude a “la capacidad de una comunidad para alimentarse, vestirse y obtener energía a partir de productos de su propio entorno”. La existencia de un mercado global que parece suministrar todo lo que uno necesita si se puede pagar y el aumento del nivel de vida en las comunidades locales han logrado que éstas se desentiendan de

esta cuestión. Raramente una comunidad alcanza un 10% de autosuficiencia en este aspecto. Y desde luego no suele ser una prioridad. Las consecuencias, negativas, afectan a la economía local, que se hace dependiente del capital externo y con intereses que no suelen coincidir con los de la comunidad; al medio ambiente, que sufre una fuerte presión en agua, energía y recursos para satisfacer las necesidades de comunidades absolutamente insostenibles; a la producción de alimentos, que ya no se realiza para satisfacer las demandas locales, sino que se intensifica para el mercado exterior, con la consiguiente disminución en calidad; a la calidad de vida de la población, que pierde oportunidades de empleo, debiendo desplazarse cada vez más para poder trabajar, etc.

Un segundo significado de autosuficiencia, más ligado al término de autonomía o autogestión, se refiere a la capacidad de una comunidad para encontrar soluciones a sus propios problemas, sin necesidad de una ayuda o control externo, que muchas veces se traduce en una imposición. Esta capacidad existe en los pocos casos de comunidades que cuentan con gente activa y comprometida y que expresa claramente su preferencia por resolver los asuntos locales en el ámbito local. Pero no es lo normal. La mayoría de las veces, las pequeñas comunidades locales prefieren recurrir a órganos administrativos superiores para que les resuelvan sus problemas. Muchas veces sin éxito. Desgraciadamente, cada rechazo sirve para incrementar el sentido de abandono y frustración en la comunidad y refuerza la resistencia o apatía frente a nuevas demandas de participación.

Capacidad organizativa

Otra dimensión de la salud de una comunidad es su capacidad de organización. Esto se refiere al “conjunto de recursos físicos y habilidades de las que se vale un grupo de gente a la hora de gestionar y utilizar en su provecho sistemas útiles de desarrollo y administración”. Es decir, es la capacidad de la comunidad para poner en marcha proyectos e iniciativas que contribuyen a satisfacer sus necesidades básicas y aumentar la calidad de vida de la gente, de nuevo sin dependencias externas que la hacen vulnerable a decisiones que la comunidad no puede controlar. Algunas de las iniciativas posibles son la creación de empresas comunitarias, de esquemas de agricultura apoyada por la comunidad, de sistemas para compartir transporte, sistemas de trueque o de financiación solidaria, sistemas para compartir el cuidado de los niños pequeños, etc.

Iniciar y administrar tales sistemas requiere gente hábil y emprendedora, bien relacionada, que conozca lo que se está haciendo en otros lugares y con acceso a determinados recursos básicos que la comunidad debe poner a su disposición, como un espacio de trabajo, acceso a Internet, etc. Pocas comunidades disponen de estas personas y cuando las tienen, carecen de instalaciones y otros recursos necesarios que faciliten el trabajo.

Liderazgo

Por último, la existencia de un grupo de personas fuertemente comprometidas con la comunidad, con una cierta formación y con una nutrida red de relaciones sociales, internas y externas, y con capacidad para poner en marcha iniciativas y proyectos en beneficio de la comunidad es también un elemento imprescindible a la hora de valorar el estado de toda comunidad. No se ha de confundir liderazgo con la existencia de grupos de interés. Un grupo de interés buscará el beneplácito de la comunidad para iniciativas que favorezcan únicamente sus intereses. Un líder buscará lo mejor para la comunidad en su conjunto. Toda comunidad necesita personas que sean capaces de dedicar su tiempo a los asuntos comunitarios y de arriesgarse proponiendo iniciativas y cambios para los que puede encontrar una gran resistencia.

El que estas personas consigan o no sus propósitos dependerá de muchos factores, algunos de tipo subjetivo, como su capacidad para conectar con la gente y dejar sus propuestas en manos de la comunidad. Pero también influyen factores objetivos, como su relación con otros grupos con experiencia en establecer iniciativas similares, el acceso a recursos administrativos y de comunicación, facilidad para obtener apoyo financiero al menos para los pequeños gastos, etc.

Aprender de las experiencias exitosas

La imagen de una comunidad local deprimida, desagregada y dependiente, que se dibuja en los párrafos anteriores, puede parecer severa y exagerada. Es probable que no corresponda en absoluto con la imagen que tú tienes de tu propia comunidad, a la que estás unida por lazos afectivos y simbólicos. Con todo lo general que pueda ser, es no obstante bastante acertada y se puede afirmar que incluso empeora cada día en muchos lugares. Quienes quieran comenzar el proceso de transformación de sus comunidades locales en comunidades sostenibles deben saber cuál es su punto de partida, conocer lo mejor posible la situación real de su comunidad, aprender de las experiencias exitosas que se están llevando a cabo en otros sitios, reunir gente afín y ponerse a trabajar.

Para no andar a ciegas y no repetir los fracasos que otros ya hicieron, lo mejor es conocer primero qué experiencias de comunidad local están funcionando bien, cuáles están poniendo en marcha proyectos directamente relacionados con la sostenibilidad. En este sentido el movimiento de ecoaldeas ha creado un modelo de sostenibilidad aplicable a cualquier comunidad local, que se está desarrollando con éxito en muchas ecoaldeas intencionales dispersas por todo el planeta.

El modelo de las ecoaldeas

Espacio de experimentación

Una ecoaldea es un modelo de vida sostenible basado en dos principios éticos fundamentales: el cuidado de la Gente y el cuidado de la Tierra. Para ello propone una forma de comunidad local, relativamente pequeña para favorecer las interacciones directas, suficientemente grande para acoger en su seno todas las actividades necesarias para la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas. Una comunidad local fuertemente cohesionada en una rica red de relaciones formales e informales; que cuida de la tradición a la vez que se abre a propuestas innovadoras; que fomenta la participación en la toma de decisiones a través de la inclusión, la transparencia y la búsqueda del consenso; que garantiza la seguridad económica de todos sus miembros con la creación de empresas locales y solidarias y la puesta en marcha de sistemas de intercambio no monetario; que utiliza sabiamente sus recursos locales, favoreciendo la producción local y ecológica de alimentos en pequeñas granjas familiares, construyendo casas sanas y accesibles para todos, haciendo un uso consciente de recursos básicos como el agua y la energía, preservando y restaurando los espacios naturales..., y que se relaciona con otras comunidades locales creando redes de intercambio por las que fluyen recursos, gentes, conocimiento, tecnología, arte, y especialmente un poder creativo capaz de equilibrar diferencias y suavizar tensiones.

Esta forma de vida se está aplicando, con diferentes resultados en cuanto a los logros conseguidos hasta la fecha, en numerosas comunidades intencionales dispersas por todo el mundo, que aspiran a servir de modelo para la comunidad del futuro. Las ecoaldeas intencionales existentes se pueden considerar auténticos centros de experimentación, en los que sus habitantes desarrollan y ponen en práctica nuevas tecnologías productivas más respetuosas con la naturaleza y nuevas tecnologías sociales más respetuosas con las personas, con el fin de concretar de manera efectiva la esencia de la comunidad como espacio de participación abierto a todos los seres vivos. En muchos casos son también centros de vida y aprendizaje que ofrecen experiencias formativas basadas en la idea de aprender haciendo.

Referencias históricas de las ecoaldeas

El modelo de las ecoaldeas no es totalmente original. Es fácil rastrear su presencia en el pasado, e incluso en el presente de muchos lugares sobre la Tierra. Desde las primeras tribus humanas, pasando por las ciudades-estado griegas, los monasterios y las aldeas medievales, muchas de las comunidades religiosas y utópicas que se crearon en Europa y Estados Unidos en el s.XIX, las colectividades

libertarias en España, las actuales aldeas indígenas en Sudamérica y África, en todas ellas está presente de alguna manera la idea de ecoaldea.

Las únicas diferencias importantes son, primero, que desde nuestra mentalidad individualista, la ecoaldea, en tanto que comunidad, es una comunidad de individuos, una comunidad que surge como expresión y deseo de los individuos que la forman, no una comunidad que precede a sus miembros o que determina su esencia individual, como fue el caso de las comunidades del pasado o de algunas comunidades indígenas actuales. En segundo lugar, la moderna ecoaldea insiste en los aspectos ecológicos, un problema que se ha generado con el desarrollo industrial de los dos últimos siglos, especialmente en Occidente, y que no era tan acuciante en el pasado. No obstante, su propuesta de Cuidar la Tierra no se aleja mucho del sentir y hacer de muchas tribus del mundo, que siempre han entendido su relación con la Tierra con veneración, respeto y cuidado mutuo.

Vivir sosteniblemente en las ciudades

Para aplicar esta idea a las ciudades, hay que “romper” las ciudades en unidades más pequeñas, en barrios o vecindades. Y convertir cada uno de estos barrios en comunidades en gran parte autosuficientes, capaces de resolver localmente el problema de la producción de alimentos, del suministro de agua y energía, capaces de crear empleo para sus habitantes y proporcionar los servicios básicos, como educación, salud, ocio, etc. Y todo ello haciendo un uso sostenible de sus recursos, utilizando energía limpia y renovable y no contaminando, favoreciendo el reciclado y la reducción del transporte. Es necesario devolver la ciudad a los ciudadanos, arrebatándosela a los coches y a las manos privadas, recuperar la calle y los espacios públicos para cultivar alimentos, para el disfrute de personas y niños, para favorecer la interacción y crear lazos y redes, para la expresión de la creatividad colectiva, para la creación de belleza y el arte.

Todas estas ideas están ya en la mente de muchos administradores locales, de planificadores y urbanistas, de individuos y asociaciones vecinales. Se están incorporando lentamente en algunos lugares, pero todavía falta una decidida voluntad política para aplicarlas completamente. Con la promesa de un transporte rápido, las ciudades se han organizado en zonas residenciales y zonas de trabajo, comercio y ocio. Su falta de infraestructuras adecuadas les obliga a depender de un suministro, que suele provenir de lugares lejanos, para satisfacer sus necesidades de alimentos, agua y energía, lo que las hace muy insostenibles. Sin combustible barato para todo el transporte asociado a este suministro y para los desplazamientos desde el lugar de residencia hasta los lugares de trabajo o consumo, las ciudades colapsarían.

Vivir sosteniblemente en el campo

En el mundo rural las dificultades para vivir sosteniblemente son otras. En pequeñas ciudades y pueblos los recursos naturales están cerca, los desplazamientos son limitados, la gente se conoce y la idea de comunidad todavía está de alguna manera presente. El problema del mundo rural es la práctica desaparición de la agricultura como forma primaria de vida y la consiguiente despoblación ante la falta de alternativas de empleo. La agricultura industrial intensiva conlleva un uso desorbitado de productos nocivos y contaminantes —pesticidas, herbicidas, fertilizantes químicos, antibióticos...—, que dañan el suelo acabando con la gran variedad de microorganismos que lo pueblan, contaminan las aguas subterráneas y entran en la cadena alimenticia llegando al ser humano. Otra de sus consecuencias es que se necesita poca gente para trabajar la tierra, haciendo inviables las pequeñas explotaciones y necesitando espacios grandes y homogéneos.

Ante esta situación, la respuesta del mundo rural ha sido la emigración forzada a las ciudades o, en los casos en los que ha sido posible, su reconversión como destino turístico. Así, mientras muchos pueblos agonizan ante la falta de expectativas, otros están siendo presa de las grandes empresas del turismo que, con el poder del dinero, llevan a cabo intervenciones desastrosas. Convertir nuestros pueblos en ecoaldeas supone recuperar la idea de una comunidad autónoma, cohesionada y sólida, capaz de encontrar una respuesta creativa a sus problemas sin venderse al capital exterior, buscando

formas de generar riqueza a partir de un uso sostenible de sus recursos naturales, con un fuerte apoyo comunitario por la agricultura familiar y ecológica, respetuosa con su pasado y decidida a cuidar de su entorno natural y cultural, a la vez que abierta al futuro, a las nuevas ideas y a la diversidad de gentes.

Lo que ya se está haciendo

Convertir nuestros pueblos y ciudades en ecoaldeas es un reto enorme que requiere una gran voluntad política. Pero esa voluntad política sólo puede ser la expresión de un deseo personal y colectivo por el cambio, por una apuesta por una forma de vida diferente. Para que el cambio se produzca se necesitan personas capaces de iniciarlo, personas que marquen el camino para que otros puedan seguirlo. Y se necesitan modelos alternativos, visiones concretas de un mundo diferente que generen en la gente el deseo de cambio y lo orienten hacia la realización de dicha visión. En la actualidad existen numerosos grupos de personas en todo el mundo que están haciendo manifiesta, cada uno a su manera, la visión de las ecoaldeas, creando pequeñas comunidades en las que están llevando a la práctica los diferentes elementos constituyentes del modelo ecoaldeano. Se trata de personas atrevidas, capaces de experimentar con una forma de vida que presenta problemas para los que no se tienen respuestas claras y cuya solución se ha de improvisar una y otra vez, a la espera de una opción definitiva.

En estas comunidades o ecoaldeas intencionales, sus miembros tratan de procurarse todos los alimentos básicos desarrollando diferentes métodos de agricultura ecológica —agricultura natural, biodinámica, permacultura...—; experimentan con nuevos materiales de construcción ecológicos, a la vez que refuerzan el uso de materiales naturales como la piedra, la madera o el barro, o inventan nuevas técnicas de construcción más eficientes, con las que se consigue un mejor aislamiento térmico y acústico, mientras recuperan técnicas tradicionales; utilizan exclusivamente fuentes de energía local y renovable, a la vez que desarrollan una conciencia del ahorro y de un bajo consumo energético; minimizan la necesidad de desplazarse y en su caso utilizan sistemas colectivos de transporte o no basados en el petróleo; almacenan el agua de lluvia y tratan sus aguas grises y negras con diferentes sistemas de depuración natural; impulsan el desarrollo de una economía local, sostenible y solidaria, con la creación de pequeñas empresas que sirven a la comunidad y que hacen un uso sostenible de los recursos naturales, la puesta en marcha de sistemas de intercambio no monetario o el uso de monedas complementarias, la creación de sistemas de financiación solidaria y el apoyo a las iniciativas individuales capaces de crear riqueza para la comunidad; desarrollan sistemas de participación que buscan ser inclusivos, transparentes y descentralizados, evitando la política de la confrontación y buscando el consenso o acuerdos de amplio alcance; experimentan con sistemas para prevenir o resolver posibles conflictos, favoreciendo formas de comunicación no violenta e impulsando el crecimiento personal y colectivo; favorecen la diversidad, creando espacios para los niños, los mayores, las personas con discapacidades físicas o psíquicas, las culturas minoritarias...; consideran la salud desde una perspectiva holística, que insiste en la prevención y no en la enfermedad, que ve los problemas físicos o psíquicos que alguien pueda tener, no como un mal de la persona, sino como un síntoma del estado del grupo en el que dicha persona vive; celebran la vida con fiestas y rituales periódicos consagrados a honrar la tierra, su propia historia como grupo o la de alguno de sus miembros; crean espacios para el desarrollo de la creatividad individual y colectiva, favoreciendo toda manifestación artística y la creación de belleza; se conectan con otras ecoaldeas o comunidades creando redes por las que se manifiesta la idea de la sostenibilidad, que se hace así visible y con una mayor dimensión y alcance social.

Ahondar en la dimensión social y espiritual del ser humano

Todos los aspectos anteriores son parte de la visión ecoaldeana, todos están siendo experimentados y trabajados en diferentes comunidades y ecoaldeas intencionales. Sin embargo, dada la inmensidad del cambio que suponen, es difícil encontrarlos todos en el mismo lugar. Cada ecoaldea existente ha empezado por desarrollar sólo algunos de dichos aspectos, normalmente aquellos que

resultan más atractivos para sus miembros. La mayoría de las ecoaldeas intencionales son, de hecho, demasiado pequeñas para desarrollar completamente la visión. Las dificultades para crecer son grandes, los problemas económicos y de convivencia resultan en muchos casos insalvables. Por otra parte, algunos grupos están haciendo un gran trabajo en desarrollar los aspectos ecológicos de la visión, pero su preocupación social o espiritual es mínima.

Sin una adecuada atención a temas como la economía y la distribución de la riqueza, los problemas de la convivencia, los conflictos y la violencia subyacente, el crecimiento personal y colectivo, o la dimensión espiritual del ser humano, es imposible crear comunidades realmente sostenibles. Los problemas ecológicos actuales son una expresión más de los problemas humanos en su dimensión social y espiritual. No se pueden tratar aisladamente, es inútil pretender resolverlos sin cambiar nada más. Es toda una forma de vida concreta la que provoca dichos problemas ecológicos. Es la forma de vida creada por el individualismo liberal y neoliberal. La sostenibilidad, en tanto que solidaridad con las generaciones presentes y futuras, con todos los seres vivos y con el planeta en su totalidad, implica una forma de vida radicalmente diferente. Una forma de vida basada en la comunidad y en el individuo participante, una forma de vida que de momento ha encontrado en las ecoaldeas su principal cauce expresivo.

III. En tránsito. Del individuo a la comunidad

10. En busca de la felicidad perdida

El individuo moderno es un ser insatisfecho

La individualidad no nos ha aportado más felicidad

El descubrimiento de nuestra individualidad y el reconocimiento universal de ciertos derechos individuales se puede considerar como un gran logro en la historia de la humanidad. Antes de que esto ocurriera, millones de personas han sido esclavizadas, torturadas, violadas, maltratadas o asesinadas sin que sus agresores tuvieran ningún problema de conciencia, entre otras cosas porque, sencillamente, no las consideraban personas. Ya sé que esto todavía ocurre hoy en día, pero quiero creer que se trata de un problema residual, quiero creer que la humanidad en su conjunto avanza en el reconocimiento del individuo y sus derechos, avanza incluso en el reconocimiento de todos los seres vivos y del planeta que nos acoge.

Desgraciadamente este descubrimiento de nuestro ser individual y sus derechos no nos ha traído más felicidad. Más bien todo lo contrario. Llevada a su límite, la individualidad supone aislamiento, separación, fragmentación, desconexión, inseguridad, etc., lo que se traduce a su vez en un enorme esfuerzo por salir adelante, trabajar mucho para satisfacer necesidades que ni siquiera son básicas, contar con pocos apoyos cuando son más necesarios, hacernos muy vulnerables y dependientes, reforzar nuestras barreras de seguridad individual y colectiva, acumular cosas para sostener una identidad frágil y quebradiza, etc. Todo ello es causa de un cierto malestar que, en casos extremos, conduce a la depresión, el estrés, la ansiedad, entre otras enfermedades “sociales”. Lo que late en el fondo es una profunda insatisfacción que ninguna droga, ni la televisión ni el consumo obsesivo, puede eliminar.

Una insatisfacción inconsciente y represiva

Se trata en su mayor parte de una insatisfacción inconsciente, que las personas apenas vislumbran en ciertos momentos de lucidez rápidamente reprimidos. El resto del tiempo esta insatisfacción permanece oculta, enterrada en la mente de individuos anestesiados en muchas horas de trabajo, retenida por el placer inmediato de un ocio consumista, atontada en largas horas de tele-basura. Sólo en esos momentos en que el individuo moderno se encuentra a solas consigo mismo, sólo cuando se mira al espejo y se queda quieto observando un rostro que apenas conoce, sólo en esos segundos cuando cierra la puerta de casa para empezar un día más de duro trabajo, sólo entonces se pregunta si su vida tiene sentido. Es un instante de duda que apenas llega a florecer, engullido inmediatamente por otros pensamientos.

Reprimir la duda no la hace desaparecer. Su energía se transforma para resurgir de nuevo en forma de una extraña enfermedad, de una depresión que no termina de pasar, de un estrés que no nos deja dormir, de una agresividad que revela nuestros miedos; o son los otros los que nos parecen irascibles, alterados, violentos, estresados o ansiosos. Cuando todo esto ocurre, intuimos que algo anda mal, pero tampoco nos atrevemos a nombrarlo. ¡Cómo voy a estar insatisfecho si tengo todo lo que necesito!, nos preguntamos haciéndonos los despistados, como si no supiéramos que la felicidad está en otra parte, que nos hemos equivocado al emprender esta loca carrera por tener cosas, que ni nos hacen ser más felices ni nos hacen sentir más seguros.

Desde ese estado de aturdimiento que nos impide reconocer nuestras propias miserias, nos preguntamos incluso por qué hay gente que se queja. No entendemos que la gente proteste en las calles reivindicando un futuro distinto, gritando que otro mundo es posible. Estamos tan aislados en nuestra burbuja, tan desconectados de nuestro ser participante, tan alejados de la vida, que no somos capaces de ver las consecuencias de nuestros actos, desconocemos el impacto que nuestra forma de

vida tiene sobre otras personas y sobre el planeta, hasta nos sorprendemos de que alguien se atreva a mostrar abiertamente una insatisfacción que a nosotros nos cuesta tanto mantener a raya.

Nos aferramos a nuestra relativamente cómoda situación, defendemos con uñas y dientes nuestros bien ganados privilegios, buscamos acallar las voces de quienes amenazan el precario equilibrio social, todo en vano. La insatisfacción no desaparece. Está en la calle, en las voces de quienes reivindican un mundo mejor; está en la mirada perdida de muchos niños que, tanto se chupan los mocos, como desenfundan una pistola; está en el grito silencioso de quien llega a nuestras fronteras buscando un poco de comida; y sobre todo, está en nosotros mismos, en ese temblor que nos recorre a veces el cuerpo y que golpea nuestro cerebro en un brevísimo instante de duda y ausencia de sentido.

La vida está en otra parte

En ocasiones somos conscientes de que algo anda mal, de que no nos gusta lo que hacemos. En ocasiones somos capaces de expresar abiertamente nuestra insatisfacción, solos o con la ayuda de amigos, en casa o en la consulta del terapeuta. Es entonces que buscamos un cambio en nuestras vidas. Y así, cambiamos de trabajo, de casa, de pareja, de amigos... Estos pequeños cambios funcionan bien al principio, mientras dura la novedad, pero al no atacar la verdadera esencia del problema, pronto resultan insuficientes y la insatisfacción aparece de nuevo. Algunas personas resuelven el problema cambiando una y otra vez, queriendo vivir en un permanente estado de novedad, pero entonces hasta la novedad deja de ser novedad y su efecto calmante desaparece.

Mi amigo y filósofo Benno Hübner afirma que el ser humano, refiriéndose al individuo moderno liberal, es un ser deproyectado. Es decir, es un ser sin una forma de vida o proyecto propio que, por tanto, vive continuamente proyectando un ideal al que dice aspirar, pero al que nunca quiere ni puede llegar. Ya que, conforme se acerca a él, se agota la energía que lo impulsa y pierde su sentido, lo que le lleva a proyectar un nuevo ideal para poder empezar de nuevo. De esta manera, el ser deproyectado vive permanentemente en un espacio vacío entre metas que jamás llega a alcanzar. Es como el viajero que viaja continuamente de un lugar a otro sin querer llegar a su destino, o que cuando llega ya está pensando en el siguiente viaje, de manera que su vida es una permanente proyección hacia otra parte, siempre un paso más allá de la realidad presente. “La vie est ailleurs” decía el poeta francés Rimbaud al hablar del permanente desasosiego en que vive el ser humano (occidental). “La vida está en otra parte”, siempre en otra parte, ésta es la tragedia del individuo moderno que le lleva a no parar, a buscar siempre nuevos estímulos, a no conformarse con lo que tiene, a querer saberlo todo sin llegar a saber nada, para terminar insatisfecho y en ocasiones, amargado y triste.

La actitud reactiva

La mayoría de los cambios que emprendemos en nuestra vida son como respuesta a algo que ocurre fuera de nosotros y que nos obliga a adaptarnos, a reaccionar ante la nueva situación. Estos cambios, que definen lo que algunos autores llaman una “actitud reactiva”, no hacen más que aumentar nuestra insatisfacción, ya que nos quitan mucha energía que podríamos dedicar a otras cosas, nos hacen sentir impotentes en comparación con las poderosas fuerzas externas que nos acosan y, en muchos casos, desencadenan complejas reacciones emotivas de las que nos cuesta recuperarnos.

Frente a esta actitud reactiva, es posible desarrollar una “actitud creativa” en la que uno se reconoce como ser activo de los cambios que le afectan a través de sus propias elecciones personales. De alguna manera, todo proceso de crecimiento personal nos lleva necesariamente hacia ahí. Y esa es también mi pretensión con esta tercera parte de este libro. El problema es que, como ya he comentado antes, no resulta tan fácil liberarse de la opresión interna, que se introduce en nosotros a través de la socialización e interiorización de las ideas dominantes. Sentirse impotente, víctima o tener una actitud reactiva no es algo que se cambia con la simple voluntad individual, como afirman algunas personas. Todo proceso de liberación supone un cambio individual y colectivo, al menos si lo que queremos es recuperar la dimensión relacional del individuo, en cuyo caso cualquier proceso de transformación

individual entraña la necesaria transformación de las relaciones que mantiene con otros individuos y con el colectivo que los acoge a todos.

Finitos, reprimidos e incompletos

El tema de la insatisfacción personal ha sido tratado por psicólogos, filósofos, poetas y escritores. Unos, como Freud, atribuyen la insatisfacción del individuo a la represión de ciertos “instintos”, como el deseo sexual o el deseo de dominación y poder, que al no poder satisfacer directamente, le obliga a buscar substitutos que nunca llegan a colmarle. Otros, como Sartre, colocan la angustia del ser humano en el desgarramiento existencial que surge de nuestra esencia inacabada, lo que nos lleva desesperadamente a querer ser más. Es posible que ambos tengan razón y que seamos seres reprimidos e incompletos. Sin embargo, no creo que ni la represión ni la incompletud sean características del ser humano en general. Más bien parecen atributos propios del individuo moderno, derivados de su aislamiento y desconexión del resto de seres y cosas.

Al llevar su individualidad al límite, en busca de una autonomía que da más poder a su emergente Yo, el individuo moderno liberal se convierte en un ser aislado, desconectado. Sigue siendo un ser necesitado, un ser que tiene que esforzarse para satisfacer sus necesidades básicas, pero ahora sin el apoyo que tenía cuando era parte de una red de relaciones extensa y diversa. Con un Yo más poderoso, más consciente de sí mismo y del esfuerzo que supone ser individuo, su identidad se hace más clara, más definida y, por ello mismo, más cerrada, con claros y protectores contornos que delimitan un espacio de seguridad interior. Es un espacio previsible, limitado, finito, que a la vez que da seguridad se revela insuficiente para una conciencia que siempre quiere más. Al mismo tiempo, en este proceso de repliegue sobre sí mismo y de ruptura de lazos con el exterior, con la comunidad y el entorno que lo acogen, el individuo moderno se encuentra sin importantes conexiones afectivas con las que procesar externamente algunos de sus deseos y vivencias más profundas, que ahora han de ser reprimidas y bloqueadas en su inconsciente y en su propio cuerpo, al no encontrar ninguna salida hacia el exterior. Sin proponérselo, el individuo moderno se ha encontrado, en su búsqueda de autonomía, con una esencia finita, incompleta y reprimida.

Cambiar de forma de vida

Para acabar con la insatisfacción que invade nuestras vidas es necesario cambiar. Pero según lo anterior, no basta con pequeños cambios, que no hacen sino prolongar nuestra angustia. Es necesario reencontrar nuestra esencia como seres participantes, romper la coraza que hemos construido en torno a nuestro Yo y configurar una identidad más difusa, menos definida, capaz de extenderse infinitamente en una red de relaciones amplia, diversa y expresiva, por la que circulan libremente diferentes fuerzas afectivas. Sólo así dejaremos de ser seres insatisfechos y reprimidos, sólo así recuperaremos nuestra infinitud, nuestra divinidad: desbordando nuestro pequeño yo en un ser colectivo, extensible a todas las cosas, que tanto nos acoge y nos aporta el sentido necesario para nuestras vidas, como se nutre de lo que nosotros somos y hacemos; en una idea compartida que no nos preexiste ni trasciende, que no está separada de nosotros sino que vive de nosotros, a la que damos forma con nuestros pensamientos y acciones.

Nuestra labor ha de ser cocrear y nutrir entre todos esta Idea, este ser colectivo, que dé cabida a un individuo que busca la participación, la conexión; y crear entre todos una nueva Forma de Vida que traduzca en la práctica, en la vida cotidiana, tal idea. Este es el camino que debe recorrer quien busca la comunidad desde el individuo. Este ha de ser el inicio de toda transición. En última instancia lo que se pretende es reencontrar la vida, reencontrar nuestro lugar en esa mágica red de redes que lo conecta todo, desde el mundo de lo infinitamente pequeño, con sus partículas subatómicas y sus energías sutiles, hasta el mundo de lo infinitamente grande, con sus galaxias y campos gravitatorios, pasando por ese mundo a escala humana que puebla nuestros sentidos. Para ello hemos de ser más humildes, dejar de ser dioses en nuestra torre de marfil y volver a ser parte de un proyecto compartido, desbordar

nuestra conciencia egoíca para descubrir una conciencia colectiva que dé plenitud a nuestra vida y que nos permita ser más felices.

Hablemos de la felicidad

La felicidad como un instante mágico y fugaz

No conozco nadie que no quiera ser feliz. Y si no fuera porque hay tanta gente en el mundo que aspira simplemente a sobrevivir, desconociendo grandemente el significado de la palabra felicidad, diría que ser feliz es una aspiración básica del ser humano, de todo ser humano. Todos queremos ser felices y si pensamos o creemos que no lo somos, entonces hacemos lo que está a nuestro alcance para cambiar esa situación. De ahí que la razón última de todo cambio personal sea una difusa búsqueda de la felicidad.

Difusa porque resulta difícil definir exactamente en qué consiste la felicidad. La gente sabe cuándo es o fue feliz, pero pocos saben describir ese estado o explicar qué les hace felices. Muchas veces pensamos que somos felices simplemente porque nos pasa algo que nos alegra el día. Cuando nos dan un premio —un reconocimiento, un beso, un halago...— por algo que hemos hecho, o mejor aún cuando nos lo dan de manera inesperada, nos sentimos felices por un instante y tendemos a pensar que la felicidad sólo es eso, ese fugaz momento en que nos sentimos reconocidos, queridos o valorados. Otras veces la felicidad es un recuerdo, un momento del pasado en que la vida parecía sonreírnos con toda su fuerza. Yo siempre digo que mi infancia fue dichosa, que fui el niño más feliz del mundo, que viví en un paraíso del que me vi expulsado en la adolescencia. Pero lo cierto es que no tengo recuerdos de niño en los que me parara a pensar y me dijera a mi mismo qué feliz soy. Son mis recuerdos actuales los que convierten a mi infancia en una época feliz de mi vida. En ocasiones, la felicidad se nos presenta como una ilusión, como un momento de desbordante optimismo por el futuro, por algo que queremos hacer y que sólo de pensarlo nos hace felices. Son momentos de sueños compartidos, de posibles proyectos por realizar, solos o con otras personas. Por último, podemos ser felices contagiados por la felicidad de otras personas. La felicidad es ciertamente contagiosa y basta que alguien querido a nuestro alrededor sea feliz para que nosotros participemos de su dicha. Puede incluso ser una felicidad que nos llega por la televisión o leyendo un libro. No es raro meterse en la piel de personajes de ficción y sentir sus mismas emociones.

Ser felices todo el tiempo

De esta manera no es difícil decir que he sido feliz o que me siento feliz en un determinado momento. Pero resulta muy difícil poder decir soy feliz. Ser feliz todo el tiempo, en todo lo que hacemos, sentimos o vivimos, durante días, meses, incluso años, parece algo sólo reservado a unas pocas personas. Y cuando nos encontramos con una de ellas, tendemos a desconfiar, no terminando de creernos que alguien pueda ser feliz como dice, cuando a nosotros nos parece algo tan efímero. De hecho la simple idea de ser completamente felices es algo que muchas personas ni siquiera consideran, aceptando resignadamente que la vida no puede ser perfecta, que es imposible adecuar nuestras vidas a aquello que nos haría más felices. Mucha gente no cree que se pueda ser feliz todo el tiempo, ni por supuesto se les ocurre nada, absolutamente nada, que ellos puedan hacer para ser felices.

En la actualidad ni siquiera se habla de la felicidad, ha dejado de ser parte del vocabulario habitual. El ser humano no puede aspirar a ser feliz, pues un estado así no tiene traducción en algo concreto, no puede ser objeto de una promesa de comerciantes y políticos. Hoy se habla de bienestar, de calidad de vida y de términos similares que sí tienen una traducción concreta en indicadores medibles por sociólogos y economistas. Además, tienen la ventaja de que dan cuenta de la insatisfacción sin atacar sus causas. Si estás insatisfecho con tu vida, cambia, haz algo que te guste más, busca o elige alguna actividad que se adecue mejor a tus posibilidades, eso es algo que el sistema puede asumir. Pero ni se te ocurra pretender ser feliz, no existe una píldora para esa enfermedad en el modelo liberal. Y sin

embargo, yo quiero ser feliz, quiero ser feliz todo el tiempo, ¿por qué habría de renunciar a ello? Así que, por favor, volvamos a hablar de la felicidad.

De la felicidad y el deseo

La felicidad es, como la insatisfacción, un viejo tema de la filosofía, y más recientemente, de la psicología. Muchos filósofos y psicólogos son de la opinión de que es imposible ser completamente feliz, que la felicidad sólo es alcanzable en pequeñas dosis, en efímeros instantes que no hacen sino subrayar la limitación esencial del ser humano, su absoluta finitud, una finitud que le lleva a querer ser más que lo que es, a proyectarse continuamente en el futuro, en otro ser que nunca se llega a realizar, o a inventarse dioses todopoderosos que llenan nuestras carencias.

Al describir al ser humano como un ser de deseo, la felicidad surge exclusivamente en ese fugaz instante en que satisfacemos nuestros deseos. Si no satisfacemos nuestros deseos somos infelices, nos quejamos de nuestra mala suerte o nuestra incapacidad para sacar adelante nuestros proyectos; pero si los satisfacemos demasiado pronto somos igualmente infelices, porque entonces no nos llenan, no dejan un poso de felicidad en nosotros, llegamos a pensar que en realidad no era eso lo que deseábamos. O somos infelices porque ni siquiera tenemos deseos o no sabemos qué desear, convencidos de que no se puede hacer nada que merezca la pena. De esta manera nuestra vida transcurre con cierta apatía, sólo alterada por determinados momentos que nos alegran fugazmente, sin conseguir realmente superar nuestra limitación esencial como seres finitos.

Prescindir de nuestros deseos

Para resolver este problema se han propuesto diversas alternativas. La filosofía oriental recomienda aprender a prescindir de nuestros deseos. Los deseos son caprichos de nuestro yo. No conducen a la verdadera felicidad. Sólo si renunciamos a nuestros deseos, al menos a aquellos cuya satisfacción no depende de nosotros, podemos alcanzar la felicidad. A estos deseos que nos dejan en una situación de dependencia de algo externo a nosotros, se les ha llamado clásicamente pasiones. Su principal característica es la inestabilidad emocional que conllevan. Al no poder controlarlas, nos encontramos a merced de acontecimientos que nos desbordan, que tanto nos llenan de dicha como nos sumergen en una inmensa tristeza.

Para evitar los traumas causados por deseos insatisfechos, una opción aparentemente simple es aprender a renunciar a tales deseos. No faltan hoy en día quienes dicen conocer el secreto y la técnica necesaria para llevar a buen puerto esta renuncia. Es necesario ser precavidos. Renunciar a nuestros deseos no es tan fácil. La propia renuncia se puede convertir en un nuevo deseo que nos lleva a sufrir un complejo conflicto interno. Cuando la renuncia no es más que un deseo, su propia satisfacción nos da miedo, dada la radicalidad del cambio que supondría en nuestras vidas. Así que cuando más cerca creemos estar de conseguirlo, más grande es el temor y la tensión que nos tiran hacia atrás, a dejarlo estar y volver de lleno a nuestra vida de deseos imposibles. El resultado es que resulta muy difícil renunciar a nuestros deseos mientras pretendamos dejar inalterado el resto de nuestro ser y de nuestra existencia. De hecho, dudo mucho que sea posible renunciar a nuestros deseos sin más. Sin embargo, sí podemos aprender a vivir de una manera diferente en la que los deseos sean otros, muy distintos a la desesperada consecución de cosas materiales en que cae nuestro ser deseante en la sociedad actual.

Lecciones del estoicismo

El estoicismo fue una de las primeras corrientes filosóficas que recomendaba alejarnos de las pasiones y buscar activamente sólo aquello que dependía completamente de nosotros. El sabio estoico era un individuo que pasaba su vida entrenándose para afrontar los acontecimientos externos y no dejarse arrastrar por sus propias pasiones. Con ello, el sabio estoico no renunciaba a la vida, no era un asceta, se limitaba a aceptar la vida tal como le llegaba, sin idear planes o proyectos que no pudiera afrontar por sí mismo. El conocimiento de sí mismo y del mundo a través de sí mismo era lo único en lo

que cabía ser activo y lo que le llenaba de felicidad. El deseo por otra persona, el deseo de riqueza o poder son algunas de las pasiones a las que el sabio estoico renunciaba voluntariamente para alcanzar este ideal. No las deseaba, pero tampoco las rechazaba, simplemente las aceptaba con desapego. Vivía intensamente todo lo que la vida le ofrecía, sin dejar de ser consciente en ningún momento de que todo es efímero, que todo pasa y nada permanece para siempre.

El sabio estoico nos enseña muchas cosas, algunas muy valiosas para alcanzar la felicidad, como su capacidad para el desapego, para vivir las cosas tal como vienen, para no dejarse atrapar por pasiones indeseadas. Pero no necesitamos su soledad, su tristeza de fondo. Desde mi punto de vista, no se trata de renunciar a las pasiones, y menos al contacto o la relación apasionada con los demás, sino de construir una forma de vida en que los deseos sean otros o se vivan de otra manera. La construcción de esta nueva forma de vida nos tiene que llevar a recuperar nuestra dimensión colectiva, nuestro ser amante y compasivo, de manera que nuestra relación con el otro no sea más una amenaza, algo que tengamos que evitar para no sufrir su presencia o su ausencia. Podemos y debemos vivir apasionadamente nuestro ser deseante, pero para ello a lo que verdaderamente hay que renunciar es a un Yo que se quiere separado y encerrado en su torre de marfil, y que ha sometido el deseo a un capricho suyo de conseguir lo que no tiene.

Los deseos del individuo liberal

El amor por otra persona, el deseo de riqueza o poder, o en general el deseo consciente o desesperado por el placer han sido algunos de los impulsos que con más fuerza han atraído a los seres humanos en su búsqueda de la felicidad. Y lo siguen siendo en la actualidad. Su principal virtud es que, a diferencia de otros deseos más específicos, como tener el último modelo de coche o de ordenador, éstos no se agotan fácilmente, siempre se puede amar más, acumular más poder o riqueza o sentir más placer.

Sin embargo, en nuestra sociedad occidental, fuertemente materialista, el amor apenas es separable del deseo físico, el cual es en sí mismo fugaz y fácilmente agotable. Acumular riqueza o poder es algo que muchos intentan pero pocos consiguen, dejando frustrados a los que fracasan y ansiosos a los que tienen éxito, pues siempre pueden perder lo que han logrado y no pueden dejar de luchar por tener más. Y en cuanto al placer, exceptuando los pocos que lo encuentran en el conocimiento, la búsqueda del placer se traduce para la mayoría en una obsesión compulsiva que les lleva al juego de casinos y loterías, al consumo de drogas —duras y blandas, legales e ilegales—, al abuso en la comida o al consumo excesivo.

El deseo de consumir, de acumular riqueza o poder, de conocer

El consumo obsesivo

El consumo continuo y compulsivo se ha convertido, en nuestra sociedad, en una de las principales actividades en las que la gente encuentra un cierto placer que algunos identifican con la felicidad. No se trata de comprar nada en concreto, lo que se puede conseguir relativamente fácil, sino de consumir en general, consumir lo último, consumir más y más, consumir hasta morir, como reza la ingeniosa campaña de Ecologistas en Acción. Toda la sociedad de consumo está pensada para hacer inagotable este deseo general de consumir y poseer. Con cada avance tecnológico, con cada invento, se pospone la agonía de mucha gente que sabe así lo que debe hacer en su vida, esforzarse para conseguir lo último, lo último en ropa, en coches, en comida, en cosas para la casa, etc. Como se trata de una satisfacción que dura poco es conveniente renovar continuamente la lista de artefactos en venta. El deseo de consumir no puede morir. La felicidad de mucha gente está en peligro.

Difícilmente se puede decir que una persona que vive con este deseo básico es realmente feliz. La felicidad es en este caso una ilusión. El sentimiento de dicha que produce consumir apenas dura unos instantes, el momento en que uno sale de la tienda con su compra bajo el brazo y el momento en que la

enseña a sus conocidos. La felicidad se confunde con un deseo inconsciente por alcanzar cierto reconocimiento y prestigio, en parte por una más que probable falta de autoestima, o por un grave vacío existencial con el que se pretende llenar de “contenido” un ser inacabado que no se sostiene sobre sí mismo. Desgraciadamente esta dicha no dura mucho, pronto se hace evidente que tener lo último para fardar ante los amigos no resuelve nuestros problemas, ni mejora nuestras relaciones. Después la cruda realidad se impone, hay que volver a trabajar, a veces muy duro, para optar a la siguiente compra. Dada la falta de alternativas, a muchas personas les resulta imposible reconocer la inutilidad de tanto esfuerzo. Aceptarlo sería encontrarse con un enorme vacío en sus vidas, un vacío que ignoran se puede llenar de otra manera.

Acumular poder o riqueza

Para otras personas, el deseo inagotable que llena sus vidas consiste en acumular poder o riqueza, lo que suele estar bastante ligado. La vida tiene un sentido en la medida en que van acumulando más riqueza o ascendiendo en la jerarquía de poder. Con cada escalafón que se sube en la cadena de mando, con cada moneda acumulada, se obtiene una gran satisfacción, una enorme felicidad. El poder conlleva privilegios, reconocimiento, conexiones que abren nuevas posibilidades de obtener más poder, más riqueza, más privilegios; lo que permite mantener vivo un deseo que se desinfla sin nuevos horizontes. De nuevo, nuestra sociedad está montada para permitir que algunas personas satisfagan su deseo básico de poder. La mayoría de nuestras estructuras sociales son jerárquicas: las empresas, las escuelas, el ejército, la administración... En todos estos lugares es posible desarrollar la vida como una estrategia para tener más poder. Y por supuesto, nuestro sistema económico invita a la acumulación de riqueza, aunque cada vez más ésta se halla en manos de unas pocas personas. Con el capitalismo, acumular riqueza es de hecho una obligación. Quien no hace lo posible por crecer es rápidamente engullido por sus competidores.

Pero tampoco aquí se alcanza una verdadera felicidad. Aparte de ese preciso momento en que una persona recibe un ascenso y gana poder, momento que vive felizmente por el reconocimiento que supone, el poder no crea por sí mismo la felicidad. Es de nuevo una ilusión, el sueño de que el poder o el dinero nos van a permitir hacer muchas cosas que ahora no podemos hacer. Pero llegado el momento de llevarlas a cabo, la felicidad se esfuma enseguida y el ascenso se convierte apenas en una recompensa efímera que ni siquiera reconoce todo el esfuerzo que hemos hecho. El resto del tiempo es bastante probable que el poder nos abrume, incapaces de sobrellevar la carga que supone tratar de mantener lo alcanzado y que otros nos querrán arrebatarse. Y lo mismo puede decirse de quien mucho tiene. La aparente seguridad que da el tener se difumina en el hecho de tener que vivir permanentemente protegiendo lo que se tiene, en muchos casos obsesionados por la amenaza de perderlo todo, lo que sin duda no nos hace más felices.

La búsqueda del conocimiento

Algunas personas consagran su vida al conocimiento o a la perfección de una actividad. El deseo de conocer es igualmente inagotable, siempre se puede conocer más, siempre se pueden hacer las cosas mejor. Conocer o perfeccionar puede ser un deseo más conveniente para alcanzar la felicidad que el deseo de consumir, acumular riqueza o poder. Plantear la vida como una búsqueda de conocimiento nos permite estar siempre viviendo nuestro deseo, no sólo ocasionalmente como ocurre con las cosas materiales o con el poder. Pero para ello es necesario plantear el conocimiento como una manera de vivir, no como un fin, porque entonces nos sentiremos infelices si no conseguimos dicho fin.

Si me gusta la fotografía puedo disfrutar en perfeccionar mi arte y ser feliz con cada avance, con cada descubrimiento de cómo mejorar lo que hago; pero si me comparo con otros fotógrafos y me planteo el querer ser como ellos, si mi objetivo es alcanzar la fama y reconocimiento de alguno de los grandes fotógrafos de la historia, entonces puedo ser la persona más infeliz del mundo al descubrir que pasa el tiempo y no consigo lo que me había propuesto. E igualmente si lo que me interesa es conocerme a mi mismo y conocer al ser humano, puedo disfrutar y ser feliz con cada avance, con cada

aprendizaje y aumento de conciencia sobre lo que soy, pero si me planteo alcanzar un determinado estado de conciencia que he leído en algún libro, puedo ser muy infeliz si nunca lo alcanzo.

Lo cierto es que en los ejemplos anteriores mi deseo real no era conocer la fotografía o conocerme a mi mismo, era más bien alcanzar el reconocimiento y el prestigio, en definitiva era un deseo de poder. Bajo la apariencia de un deseo por conocer, se esconde muchas veces un deseo más fuerte por alcanzar reconocimiento, fama y poder. Un auténtico deseo por conocer ignora hasta dónde puede llegar, no se compara con lo hecho por nadie anteriormente, no se sostiene en los resultados finales. Encuentra placer en el propio conocimiento, en la exploración minuciosa de lo que se abre ante nosotros, en la acción creadora que conlleva. Un auténtico deseo por conocer desborda además cualquier límite, investiga todas las conexiones, supera el ser individual y se hace colectivo. En última instancia, todo conocimiento, toda creación son resultado de un esfuerzo colectivo.

El deseo que nos atraviesa

El deseo no surge de nosotros

El hacer depender la felicidad de algo que hemos de conseguir, que ahora no tenemos y por tanto desconocemos, pero que deseamos porque otros lo desean, sea el poder, sean bienes y riqueza, un cierto estatus social o un hombre o mujer hermosos, es algo por lo que todos nos hemos sentido atraídos y cuyas consecuencias conocemos bien. Si no alcanzamos lo que queremos nos sentimos decepcionados, frustrados, nos enfadamos con nosotros mismos, perdemos estima y capacidad para dirigir nuestra vida, podemos incluso enfermar y pasar por una fuerte depresión. Pero si lo alcanzamos, tras el fugaz momento en el que disfrutamos de nuestro logro, la insatisfacción aparece de nuevo llevándonos a un nuevo deseo, esta vez más lejos, más difícil que el anterior, y que por tanto supone más esfuerzo, más sacrificio. O nos obsesionamos con la posibilidad de perder lo que hemos alcanzado, de que alguien nos arrebatase nuestra riqueza, nuestro poder, nuestro amor. En uno y otro caso la felicidad se esfuma, se convierte en un sueño por alcanzar algo más difícil, algo que tal vez no consigamos nunca, o peor, se transmuta en un temor por mantener lo conseguido, en una obsesión enfermiza que no nos deja vivir.

La felicidad no puede depender de este tipo de deseos porque entonces no seremos nunca felices. Si aceptamos que el ser humano es un ser de deseo, lo cual parece cierto pues todos participamos de un deseo básico por vivir —por perseverar en nuestro ser, como decía Spinoza—, hemos de buscar otro tipo de deseos, o tal vez entender el deseo de otra manera, no como la consecución de algo que carecemos y está fuera de nosotros, sino como la realización de una visión, el deseo como una forma de vida. En mi opinión es un error pensar que el deseo surge de nosotros, sea como proyección o sublimación de un deseo básico inalcanzable, y que el psicoanálisis equipara a ese estado de fusión con la madre que todos experimentamos mientras nos hallamos en el útero materno; o sea por imitación, deseando lo que otros desean desde que en nuestra más tierna infancia aprendimos a desear lo que deseaba nuestro padre, tal y como asegura Rene Girard.

Este deseo de algo externo a nosotros sólo se entiende desde la perspectiva de un Yo que se estructura como una entidad independiente desde el primer momento de su existencia. En el momento en que pensamos en un Yo que se nutre y se asienta en un entramado de relaciones de apoyo —que desde el punto de vista práctico, comienzan con la presencia de la madre, de la familia extensa y de la propia comunidad local y biorregional—, el deseo ya no es privativo del Yo, sino que se convierte en una energía que atraviesa el Yo y que recorre la red de relaciones existente en las que éste se enmarca. El deseo es algo que surge en mí, sin nacer necesariamente en mí, de la misma manera que el agua que brota en un manantial no se crea ahí mismo, sino que forma parte de una extensa red de canalizaciones subterráneas que alimenta varios manantiales.

El deseo como impulso vital

Para un Yo inmerso en una red de relaciones de apoyo y cuidado, un Yo que por tanto no se siente desconectado del resto del mundo, un Yo que se sabe parte de un ser colectivo que extiende infinitamente su esencia finita, un Yo en definitiva consciente de su ser participante, el deseo no puede nacer de un inexistente sentimiento de incompletud. El deseo es inicialmente el resultado de una tensión que se crea entre la percepción actual que tenemos de las cosas y la visión que vislumbramos de cómo podrían ser. La percepción que tenemos de un estado de cosas particular es una percepción personal basada en nuestras vivencias, conocimientos y actitud hacia ese estado de cosas, que no deja de estar enmarcada en un contexto social del que se nutren dichas vivencias y que produce una “percepción inconsciente”. La visión que tenemos de cómo podría ser ese estado de cosas es, para algunos de nosotros, diferente a la situación actual y se alimenta igualmente del contexto social y relacional en el que estamos inmersos. El deseo es la energía que me impulsa a realizar esa visión, es la energía diferencial que tiende a resolver la tensión existente entre dos estados de mi propio ser —mi percepción actual de las cosas y mi visión de cómo podrían ser—.

Según esta interpretación, el deseo no es algo mío, no soy yo quien desea algo que estaría fuera de mí y que con esfuerzo podría no querer, el deseo me atraviesa y resulta así inevitable. Me empuja hacia una situación de mayor sentido. Porque eso es en realidad lo que ocurre al querer realizar mi visión. Lo que conocemos de las cosas, lo que conocemos de una idea, es siempre limitado, apenas aquellas manifestaciones con las que hemos podido interactuar a lo largo de nuestra vida. Esa situación puede llegar a dejar de tener sentido para nosotros, en la medida en que ya no nos aporta nada en nuestro proceso de descubrimiento, individual y colectivo. Tener una visión es recobrar el sentido como promesa, de la misma manera que tratar de realizarla es incorporar más sentido en nuestras vidas.

El deseo nos anima a hacer visible una idea, nos lleva a querer resolver la tensión que existe entre lo que ahora somos y lo que podemos ser. De esta manera no estoy tratando de completar nada que ahora no tengo, simplemente me muevo en la dirección de ser más, es decir me desarrollo como ser más consciente de lo que era, me reconozco mejor como ser participante, me extiendo más allá de las conexiones ya transitadas para explorar otras nuevas. El deseo es, en última instancia, un impulso vital que nos empuja a estar más vivos, a ser más conscientes del entramado de relaciones del que somos parte y que constituye el tejido de la vida. El deseo es energía de crecimiento, de realización, de conocimiento de uno mismo a través de todo lo que hacemos. Es voluntad de poder, como diría Nietzsche. No consiste en conseguir nada en concreto, basta con participar en el hecho compartido de vivir.

El proceso creativo

En la satisfacción de mi ser deseante, por una parte yo contribuyo a hacer manifiesta una idea al revelar mi visión —al explicarla, explorarla, exponerla, materializarla...—, pero por otra, habría que decir que es la propia idea la que se manifiesta por sí misma, a través de una visión que en realidad no es nuestra. Como veremos en el capítulo siguiente, de alguna manera las ideas tienen “vida propia”. Más que crearlas, los seres humanos contribuimos a hacerlas manifiestas a través de nuestros actos y hechos. Nuestra capacidad creativa no consistiría exactamente en inventar nada, sino en sintonizar con una idea existente, de la que sin duda somos parte aunque seamos inconscientes de ello, para “vislumbrar” partes de ella no conocidas y en el proceso de materialización de tales partes, hacer visible y manifiesta la idea. Puesto que todas las ideas son a su vez manifestaciones o modos de algo que algunos llaman “substancia” y otros llaman “espíritu”, se podría decir que crear o hacer manifiesta una idea o realizar una visión es simplemente una manera de traer espíritu a nuestras vidas o, también al revés, es una manera por la que el espíritu se expresa en nuestras vidas.

En la realización de una idea, nuestro propio ser se descubre a sí mismo conforme la idea se despliega ante él, modifica su identidad conforme la idea va tomando forma, se readapta una y otra vez a las nuevas circunstancias. Con cada paso que damos en la realización de una visión, con cada descubrimiento que hacemos, nos conocemos un poco más a nosotros mismos, a la vez que vamos

conociendo la forma de la idea que se expresa a través de nosotros. Nuestra realización individual depende tanto de la expresión de una idea, de ese cachito de espíritu que a su vez se expresa en tantas otras personas, que resulta inimaginable que podamos liberarnos de aquello que nos bloquea y oprime y empezar a desarrollar una actitud creativa sin el concurso y el apoyo de todos aquellos que trabajan igualmente en la manifestación de dicha idea.

Para un artista, y de alguna manera todos lo somos en tanto que potenciales creadores de nuestra vida, una idea puede ser algo que le atraviesa a lo largo de un amplio trecho de su vida y que se manifiesta en toda una serie de obras por las que se hace visible, o puede ser una visión para una sola obra que ha de hacer en poco tiempo. En ambos casos, el artista se siente atravesado por un deseo que le impulsa a desarrollar su idea, a hacer manifiesta su visión. Al realizar su visión y poner en juego su ser, el artista se conoce y conoce mejor su oficio, y de alguna manera también conoce mejor el mundo que le circunda. En este proceso el artista encuentra un placer que no se puede reducir al simple reconocimiento final, cuando ya su obra está en la sala de exposición. El placer por el reconocimiento también existe, pero no agota el placer, tal vez más sutil, que se genera durante todo el proceso creativo.

Ese placer de fondo, que acompaña la realización de una visión es lo que podríamos llamar la felicidad. Es un placer que tiene que ver con el conocimiento de sí mismo y del mundo circundante, que acompaña el proceso creativo y que se traduce en la creación de algo hermoso, en la creación de belleza. Si todo su trabajo estuviera exclusivamente encaminado al reconocimiento final, el artista no sería feliz, viviría lleno de angustia en espera de la respuesta del público, y se sentiría enormemente frustrado de no alcanzar el reconocimiento soñado.

Vivir la vida creativamente

Esto mismo es aplicable a cualquier persona que viva su vida creativamente, participando en cualquier actividad, contribuyendo con su dedicación a la realización de una visión que pugna por hacerse manifiesta. La felicidad la encontramos entonces en la propia realización de esa visión, en tanto que el proceso por el que se desvela la idea que toda visión contiene, nos permite conocernos y conocer el mundo, a la vez que somos partícipes de la creación de algo hermoso, pues hermosa es la manifestación concreta de toda idea que nos ayuda a aumentar la cantidad y calidad de nuestras conexiones, como hermoso es sentir que somos parte de un proyecto colectivo que nos acoge o sentir la presencia del espíritu en nuestras vidas.

La felicidad está en el descubrimiento de numerosas conexiones que hasta entonces estaban ocultas, pero que se hacen evidentes conforme avanzamos en la realización de nuestra visión. Esas conexiones amplían la capacidad de nuestro ser para explorar territorios novedosos más allá de nuestra identidad finita, expanden nuestra conciencia y nos ponen en relación con otros seres que necesariamente encontramos en nuestro camino.

La felicidad no es más que la dicha que acompaña todo proceso de crecimiento de nuestro ser, de expansión de nuestra conciencia, de creación de nuevas conexiones con otros seres y con el mundo, en busca de una infinitud que vislumbramos a nuestro alcance. Es la dicha que acompaña todo acto creativo, en tanto que crear conecta nuestro ser con un ser colectivo que nos llena de sentido, llámese idea o espíritu, y que en parte “traemos” al mundo con el resultado de nuestra creación.

Transiciones

La felicidad es nuestra compañera

Cuando una persona vive su vida creativamente, la felicidad forma parte de su vida de una manera duradera, estable, impermeable a los pequeños cambios que se producen cada día. Esto no quiere decir que una persona feliz no pase por momentos de alegría y tristeza, no tenga altibajos o no se deprima nunca. Siempre ocurren cosas que alteran nuestro estado emocional, que nos hacen sentir

mejor o peor. Pueden ser cosas externas, que nos llegan desde afuera, y que recibimos con alegría o tristeza, o pueden ser contratiempos en nuestro propio proceso creativo. En la realización de una visión, no siempre damos pasos hacia delante, a veces el miedo nos asalta y nos hace retroceder. La duda, la decepción, cierta tristeza acompañan estos momentos. Pero estos estados cambiantes no son más que pequeñas variaciones que no alteran el sustrato de la felicidad.

Si entendemos la felicidad como la dicha que acompaña todo proceso creativo por el que se manifiesta una idea, una visión, en tanto que dicho proceso nos ayuda a conocernos y a conocer el mundo a través de la belleza que toda manifestación individual o colectiva encierra, entonces no es necesario competir, ni recurrir a la violencia, ni entender la vida como esfuerzo, estrés o tensión. Desde el momento en que participamos activamente en la vida, desde que decidimos abrazar la vida con todas nuestras fuerzas, dejamos de hacer las cosas porque sí y empezamos a cuestionarnos lo que hacemos y lo que queremos hacer, desde que nos sentimos parte de una idea y sentimos el deseo que nos atraviesa para hacerla manifiesta, desde ese momento la felicidad siempre estará ahí, acompañándonos como un mar de fondo, presente a veces de una manera clara y rotunda, oculta otras entre pequeños contratiempos y despistes, pero jamás ausente, siempre con nosotros. La felicidad se convierte en nuestra compañera.

Una vida sin sentido

Cambiamos porque queremos ser felices, lo que ocurre es que no sabemos en qué consiste la felicidad y por eso tampoco sabemos muy bien qué debemos cambiar, hacia dónde debemos orientar nuestros cambios. Tendemos a pensar que la insatisfacción que nos invade es un asunto personal, algo que sólo nos pasa a nosotros, cuando en realidad es un fenómeno social del que simplemente no se habla porque nadie quiere mostrar públicamente sus miserias. O no se habla porque nadie sabe muy bien qué se puede hacer, especialmente cuando ya se han intentado esos pequeños cambios que la sociedad admite, pero que apenas resuelven nada.

Cuando yo dejé la universidad para ir a vivir a París mi situación vital era envidiable para cualquiera que me conociera. Tenía un buen trabajo, tiempo libre, leía mucho, disfrutaba con mis amigos. No estaba reaccionando contra nada ni huyendo de nada. No tenía enemigos ni nadie que no quisiera ver en 1000 km a la redonda. Lo único que puedo decir es que no me sentía satisfecho, echaba en falta algo más de sentido en mi vida. Esta falta de sentido en la situación presente en la que uno se encuentra es, de hecho, la única explicación que puede dar una persona que inicia un cambio. Y puesto que el sentido no se encuentra en nosotros, sino que es la energía que conlleva toda idea, una falta de sentido es por tanto una vida fuera de una idea, una vida que carece del impulso que toda idea, todo proyecto vital arrastra. También se podría decir que la falta de sentido se debe a una forma de vida que languidece, que ha perdido su impulso vital aferrándose a su propia autodestrucción.

El deseo de cambio

La falta de sentido en nuestras vidas no nos lleva necesariamente a cambiar. Hay personas que viven en un permanente estado de falta de sentido, que se mueren sin haber conocido nunca el sentido de su vida, tal vez por no saber dónde buscarlo. Una transición se inicia cuando la falta de sentido se ve atravesada por el deseo de cambio. Sin deseo, no hay cambio. Cuando, en una situación de falta de sentido, nos atraviesa algo que aporta sentido a nuestras vidas, aunque inicialmente tal vez no sea más que una promesa de sentido, se crea una tensión entre aquello a lo que queremos llegar y aquello en lo que ahora estamos. Esa tensión, ese diferencial de sentido, libera una energía, un deseo que se apodera de nosotros para iniciar el cambio.

El punto está, por tanto, en nuestra capacidad para entrever posibilidades, nuevos lugares de sentido, lo cual es sin duda más fácil cuanto mayor sea nuestra capacidad para sintonizar con lo que ocurre en el mundo. Cuanto mayores sean nuestras vivencias personales, mayores nuestras experiencias mundanas y espirituales, mayor nuestro conocimiento letrado y vivido de lo que nos rodea, de lo que es y lo que fue, mayores serán también nuestras posibilidades de conectar con una nueva

idea, participando de su sentido, primero como una promesa que inicia el cambio, después como una realidad que nos hace dichosos.

Una transición se compone por tanto de tres partes: una situación inicial de falta de sentido (al menos en algún aspecto de nuestra vida), una idea que nos atrapa y que nos hace vislumbrar un lugar de mayor sentido, y una tensión o diferencial de sentido que genera una energía o deseo de cambio y que nos impulsa a hacer manifiesta la idea. Algunas personas llaman también “visión” a esa idea que mueve el cambio y llaman “creación” al proceso de cambio que conduce a la manifestación de la idea en nuestras vidas.

La actitud creativa

De acuerdo con esto, todo cambio, para que sea realmente efectivo, supone partir de una actitud creativa ante la vida, por la cual somos nosotros, individual y colectivamente, los que creamos nuestra vida en la realización de una idea portadora de sentido y que busca su propia manifestación. Sin embargo, no hay que olvidar que plantear nuestra vida de una manera creativa no es fácil. Tenemos muy interiorizadas las diferentes estructuras sociales represivas y la impotencia y el victimismo son nuestras primeras reacciones ante las cosas que desde fuera nos obligan a cambiar. El resultado es, como ya he comentado antes, una actitud reactiva, que sólo nos lleva a salvar nuestras vidas poniendo parches y reaccionando contra todo lo que nos ocurre como si fuera una maldición. Antes de poder hacer nada necesitamos recuperar nuestro poder, como individuos y como grupo, hemos de poder sentirnos capaces de hacer cosas.

Desde una situación inicial de insatisfacción y falta de sentido resulta difícil encontrar el poder necesario para empezar a trabajar por una idea, igual que resulta difícil vislumbrar una simple idea que merezca la pena intentar llevar a cabo. Es un círculo vicioso: sin ideas y sin sentido nos quedamos impotentes y sin fuerzas para emprender nada activamente, pero a la vez, sin autoestima ni poder nos resulta difícil abrimos a posibles ideas que pudieran aportar un renovado sentido a nuestras vidas. El resultado es una fenomenal parálisis en la que está inmersa la mayor parte de la sociedad.

La única manera de romper este círculo vicioso es a través de ciertas personas, pioneras y visionarias, con capacidad y poder para desarrollar nuevas ideas que funcionen como modelos para el resto. Es a través de estos modelos que otras personas pueden llegar a conocer nuevas ideas y nuevas formas de vida. Si tú eres una de estas personas visionarias, ¡enhorabuena! Puedes hacer mucho por la gente que te rodea. Ahora bien, no pienses que todo el mundo tiene esta misma capacidad, o está en una situación tan favorable como la tuya para sintonizar con una idea. Si te enfadas cuando los demás no “ven” lo que tú fácilmente ves, tu contribución no será muy positiva y no conseguirás cambiar su situación. Si, por el contrario, te dedicas sencillamente a realizar tu visión de manera que haya espacio para que otros encuentren en ella su sitio y su poder, entonces estás dando grandes pasos para el cambio. Gracias a tu trabajo como pionera, a tu trabajo abierto e inclusivo, otras personas en búsqueda de sentido podrán conectar entre sí y crear las redes de apoyo y estructuras necesarias para comenzar su proceso de empoderamiento y de cambio hacia una actitud creativa ante la vida. Es sólo entonces que, de buscadoras, se convierten en transicioneras. Ahora tienen una idea en la que pensar, una idea que conocen a través del trabajo realizado por algunos pioneros, una idea que les aporta sentido a sus vidas, tienen un poder mínimo con el que comenzar basado en algo tan simple como el apoyo mutuo, y tienen el deseo, las ganas de desarrollar su visión. Comienza su transición.

Las dificultades de toda transición

El proceso de transición no siempre resulta cómodo. Especialmente complejo es el caso en que queremos cambiar de forma de vida, abandonar una vida individualista y ligada a la sociedad de consumo y adoptar una forma de vida sostenible y comunitaria. En este caso, la transición puede ser mas larga de lo previsto, puede llegar a durar años o incluso toda la vida. Nuestra felicidad no puede esperar hasta que consigamos vivir como nos gustaría. Hemos de poder ser igualmente felices viviendo en transición. Basta recordar para ello que la transición es también parte del desarrollo de una idea. Y

que toda gran idea se compone de pequeñas ideas que se pueden hacer visibles más rápidamente, confirmando en las pequeñas cosas que hagamos nuestra esencia creadora.

Si nuestra visión es vivir en una ecoaldea o en una comunidad sostenible, por ejemplo, no tenemos que esperar a encontrar la comunidad ideal para ser felices. Tal vez no exista, tal vez no la encontremos nunca. La propia búsqueda de comunidad, el desarrollo de alguno de los aspectos de la vida comunitaria —como contar con un sistema de trueque o de agricultura apoyada por la comunidad, crear una escuela alternativa, aprender sobre consenso y resolución de conflictos, etc.—, todo ello son momentos del desarrollo de la visión general, que nos pueden aportar igualmente una gran dicha. En todas esas pequeñas cosas podemos mostrar nuestro ser participante y creativo, todas esas pequeñas ideas van igualmente preñadas de felicidad.

En lo que sigue, y hasta el final de este libro, iré explicando cuáles son algunos de los pasos que hemos de dar para avanzar en nuestra particular transición hacia una forma de vida más sostenible. El primero está implícito en todo lo dicho hasta ahora: la felicidad no puede esperar hasta el final. No nos pongamos ni muy serios ni muy exigentes, ni queramos justificar ningún fin a través de unos medios impresentables. ¡Que la felicidad esté en todo lo que hagamos!, teniendo bien presente que las ideas se manifiestan por sí mismas —nunca son exactamente lo que nosotros creemos que son, su manifestación final no es algo que podamos ni debamos prever, sino dejar al fluir de las cosas. Toda forma de vida es un proyecto colectivo, nuestro objetivo ha de ser el conocernos a nosotros mismos en su propio desenvolvimiento, no en intentar imponer una particular forma de ver las cosas, que destroza en su desarrollo todo aquello que dice aspira a crear.

Bienestar y necesidades

Vivir bien y ser felices

Una vez en transición, una vez que estamos dispuestos a adoptar una actitud creativa ante la vida, nuestra primera preocupación ha de ser claramente cómo vamos a vivir. Hasta ahora he hablado de la felicidad y no he dicho nada sobre necesidades. Sé que muchos se preguntarán ¿cómo puede alguien siquiera plantearse ser feliz si no tiene cubiertas sus necesidades básicas? Es cierto que todos queremos ser felices, pero para ello necesitamos poder comer todos los días, tener un cobijo en el que resguardarnos del frío y del calor, contar con el apoyo de un grupo humano que nos cuide cuando estemos enfermos, etc. Sin nuestras necesidades básicas satisfechas, hablar de felicidad suena cuando menos extraño.

Según este planteamiento, la primera aspiración del ser humano no sería ser felices, sino vivir mínimamente bien, gozar de cierto bienestar material. En realidad, no son cosas incompatibles. No creo que sea necesario esperar a tener resueltas nuestras necesidades básicas para ser felices, podemos ser felices en todo lo que hacemos, incluyendo aquello que hacemos para satisfacer nuestras necesidades básicas, para crear bienestar. Basta con recuperar la dimensión humana de estas actividades, que desde siempre se han realizado en el marco de la comunidad local y que en la actualidad se han dejado en manos de grandes empresas que se preocupan poco por la suerte de aquellas personas que carecen de recursos.

Con todo, resulta útil no confundir la felicidad con el bienestar. Aunque la felicidad es difícil en casos de pobreza extrema, el bienestar tampoco garantiza la felicidad. Quienes reducen la felicidad al bienestar —por eso de convertir un concepto relativamente abstracto, como la felicidad, en algo más tangible y que se puede medir—, están haciendo un flaco favor al ser humano, pues en la medida en que estar materialmente bien no elimina ese poso de insatisfacción que caracteriza al individuo moderno, la solución para muchas personas pasa por querer estar “más bien”, es decir acumular riqueza, poder, amores, entrando en una carrera que no tiene fin y que sólo lleva a un aumento de las desigualdades y de nuestro impacto sobre la naturaleza. Necesitamos alcanzar un mínimo bienestar, material y espiritual, para vivir una vida plena en la que podamos realizarnos como seres humanos, pero en tanto que seres participantes y creadores, la felicidad sólo la encontraremos en la medida en

que en todo aquello que hagamos, construyamos un espacio de participación que haga posible aquello que buscamos como resultado de un acto creativo individual y colectivo.

En qué consiste vivir bien

Aceptando, no obstante, que es necesario vivir bien para poder realizarnos como seres humanos, cabe preguntarnos en qué consiste estar bien. Tampoco es fácil responder a esta pregunta. El bienestar no es algo que un individuo determina por sí mismo, es un concepto cultural. Las aspiraciones de una persona en relación con su bienestar vienen marcadas por la cultura en que dicha persona vive. En nuestra sociedad occidental, fuertemente materialista, el bienestar depende, para muchas personas, de lo que se posee. Si se tiene marido o mujer, buen trabajo, casa, coche y todos los artilugios que la moderna tecnología ha creado en los últimos años, entonces decimos que vivimos bien. No nos atrevemos a decir que somos felices, no vaya a ser que en realidad no lo seamos, preferimos decir que estamos bien, que vivimos bien, que tenemos todo lo que queremos, ¿qué más se puede pedir? Para la gente, poseer cosas, es una manera de asegurar sus necesidades y por tanto su bienestar. El dinero no da la felicidad, dice el refrán, pero ayuda bastante. Cuando la gente siente sus necesidades cubiertas, entonces se considera afortunada y ese bienestar es para ellos lo más cercano a la felicidad.

Poseer cosas nos permite sin duda mantener un cierto nivel de vida, pero lo que no está tan claro es que con ello seamos más felices. En primer lugar, porque la felicidad no depende de satisfacer ningún deseo, necesidad o expectativa, y menos de conseguir algo que ahora no tengo. En segundo lugar, porque aunque la felicidad fuera equiparable al bienestar, a la satisfacción de determinadas necesidades, lo cierto es que no todas nuestras necesidades son materiales y pueden ser satisfechas con dinero. Los seres humanos tenemos necesidades que ningún dinero del mundo puede satisfacer. Tal vez estas necesidades están relegadas a un segundo plano en nuestra sociedad, pero eso no quiero decir que no existan. En tercer lugar, para poseer cosas hay que trabajar, en ocasiones trabajar mucho, mucho más que lo que realmente se necesita para sobrevivir. De esta manera al enfocar su bienestar en el nivel material de vida, muchas personas se obsesionan con el trabajo, descuidando aspectos muy importantes para su salud mental y física, con lo que su bienestar y calidad de vida se resienten.

Decir que estar bien no depende de lo que se posee, sino de nuestra capacidad para satisfacer nuestros deseos y necesidades, podrá resultar obvio. Pero esta idea tan simple no forma todavía parte de la cultura dominante, como lo demuestra el hecho de que toda nuestra sociedad está montada en torno a la producción y el consumo. Un primer paso necesario para transitar hacia una forma de vida sostenible es por tanto desligar claramente el bienestar de la posesión material. Para vivir bien no necesitamos muchas de las cosas que nos venden como imprescindibles. Necesitamos simplemente cubrir nuestras necesidades básicas, lo cual se puede hacer de muchas maneras, algunas más sostenibles que otras.

Prescindir de cosas

Si no resulta fácil prescindir de cosas es, en parte, porque existe una fuerte presión social que nos lleva a actuar como otros actúan, y que nos hace internalizar una serie de valores y necesidades externas como si fueran propias. Una de las críticas que más veces he escuchado de la gente es que vivir como yo lo hago es fácil porque estoy soltero y no tengo hijos. Si tuvieras familia, me dicen, ya verías como no podrías prescindir de todo lo que dices. ¿Por qué no? Me pregunto. Si tuviera familia, evaluaría con mi familia nuestras necesidades y trataríamos de satisfacerlas de la manera más apropiada de acuerdo con nuestros conocimientos e información. Si en el mundo hay millones de familias que viven sin tener casi nada de lo que nosotros consideramos necesario, especialmente para nuestros hijos, que solemos utilizar como excusa para dejar de hacer muchas cosas, ¿por qué mi familia y yo no podríamos vivir igualmente sin cosas?

Después de años de visitar ecoaldeas y proyectos de vida sostenible, si algo me ha quedado claro es que podemos prescindir de casi todo lo que nos ofrece la sociedad de consumo, sin que nuestro

bienestar se resienta lo más mínimo. Y prescindir significa ahorrar energía, contaminar menos, conservar la naturaleza..., pero también trabajar menos, depender menos del trabajo y del consumo, tener más tiempo para satisfacer otras necesidades, aumentar nuestra calidad de vida.

Nuestras necesidades más básicas

No hacer depender nuestra felicidad de lo que poseemos o de la realización de determinadas expectativas ajenas a nosotros es un primer paso fundamental en nuestro crecimiento como personas y en el descubrimiento de nuestro ser participante y creativo. Vivir de una manera simple, sin ocupar mucho espacio ni poseer muchas cosas, buscando formas creativas y sostenibles para satisfacer nuestras necesidades, sin caer en la trampa del consumo o dedicar nuestra vida al trabajo, es un segundo paso, igualmente fundamental, para aumentar nuestro bienestar en nuestro tránsito hacia una forma de vida más sostenible. El siguiente paso sería analizar cuáles son nuestras necesidades reales, teniendo presente que cada forma de vida tiene asociadas unas necesidades diferentes y que, por tanto, al pasar de la forma de vida mayoritaria hacia otra más sostenible, no podemos arrastrar todas las necesidades que en aquella nos parecen básicas.

Todos los seres humanos compartimos unas mínimas necesidades básicas, básicas, cuya no satisfacción supone la muerte. Utilizando la metáfora de los cuatro elementos, estas necesidades básicas son aire, agua, tierra y fuego. Necesitamos aire para respirar, agua para beber, alimentos (tierra) para comer, y energía (fuego) para calentar y calentarnos. Para sobrevivir no necesitamos nada más. Y lo bueno es que todo esto está ahí, en la Naturaleza, a nuestro alcance. O al menos estaba, porque en la actualidad el aire de muchas ciudades está tan contaminado que resulta irrespirable, el agua de muchos ríos está tan contaminada que no es bebible, los alimentos de muchos campos están tan cargados de productos tóxicos que son dañinos para nuestra salud y la energía que producimos es tan peligrosa (nuclear) y contaminante (combustibles fósiles) que haríamos mejor en prescindir de ella.

Estas cuatro necesidades son básicas para cualquier forma de vida. El siguiente paso en nuestra búsqueda del bienestar sostenible debe ser satisfacer dichas necesidades de una manera que respete los cuatro elementos. Hemos de hacer lo posible para que allá donde vivamos, sea una comunidad rural, un pequeño pueblo o una ciudad, el aire esté limpio sin emisiones tóxicas de coches o industrias, el agua de los ríos cercanos baje cristalina y llena de vida, sin vertidos tóxicos; los alimentos que consumamos procedan de productos naturales, que no contienen herbicidas o fertilizantes químicos, o no han sido genéticamente modificados; y la energía que consumimos sea limpia y renovable.

Transitar hacia una forma de vida sostenible supone, en este caso, empezar a dar los pasos necesarios para poder satisfacer sosteniblemente nuestras necesidades básicas, lo que implica, a su vez, dos cosas, no contribuir con nuestras actuaciones a la contaminación del aire, agua y suelo, mientras utilizamos fuentes de energía limpia y renovable, y unirse con otras personas para conseguir que la comunidad en su conjunto actúe en la misma dirección. De la misma manera que durante mucho tiempo los no fumadores han estado reivindicando, hasta conseguirlo, que no se fume en espacios cerrados para no tener que tragar el humo de los demás, los defensores de un aire, agua, suelo y energía limpios debemos reivindicar hasta ser oídos que nuestra comunidad dé los pasos necesarios para contar con un aire, agua, suelo y energía totalmente limpios, pues es nuestro derecho vital, nuestras necesidades básicas están en juego y no queremos soportar la contaminación de nadie.

La pirámide de necesidades de Maslow

Las necesidades básicas comentadas son sólo el primer escalón de la famosa pirámide de necesidades de Maslow. Según este autor las necesidades humanas están jerarquizadas y escalonadas, de manera que sólo cuando hemos satisfecho un escalón podemos pensar en el siguiente. En el primer nivel de la pirámide, Maslow sitúa lo que él llama necesidades fisiológicas. Además de las cuatro citadas anteriormente, se podría incluir el sueño (necesidad de descanso) y las relaciones sexuales. En el siguiente nivel se sitúan las necesidades relacionadas con la seguridad, tanto de protección contra un posible daño inmediato como futuro. El tercer nivel es de las necesidades de

aceptación social, lo que incluye la necesidad de afecto, amor, pertenencia, amistad, etc. El cuarto nivel es de las necesidades del Yo: autoestima, confianza y seguridad en uno mismo, éxito, prestigio, etc. Por último, el nivel más elevado es de las necesidades de autorrealización y de crecimiento personal.

Cuando el ser humano tiene ya cubiertas las necesidades fisiológicas, asegura Maslow, empieza entonces a preocuparse por la seguridad, por asegurarse de que las va a seguir teniendo cubiertas en el futuro y por protegerse de cualquier daño actual. Una vez que el individuo se siente físicamente seguro, empieza a buscar la aceptación social. Quiere identificarse y compartir las aficiones de un grupo social y quiere que este grupo lo acepte como miembro. Siente entonces también la necesidad de amistad, de amar y ser amado, de relacionarse con sus amigos y su familia. Cuando el individuo está integrado en una familia y en un grupo social, empieza entonces a sentir la necesidad de obtener prestigio, éxito, reconocimiento por parte de los demás, y para ello necesita confianza en sí mismo, autoestima. Finalmente, aquellas personas que han cubierto todos los escalones, necesitan sentir que están dando de sí todo lo que pueden, necesitan sentirse autorrealizados.

Críticas a la pirámide de Maslow

Estoy seguro que muchas personas no se sienten identificadas con esta lista de necesidades o con el orden en que vienen dadas. Yo no creo que este conjunto de necesidades sea aplicable a todas las culturas, pero sí creo que responde bien a la forma de vida dominante en nuestra sociedad occidental, una sociedad de individuos que se consideran libres, iguales y autónomos. Para mí no se pueden considerar necesidades universales del ser humano, en primer lugar, porque, como he comentado antes, la necesidad de seguridad sólo es pensable en una forma de vida violenta e insegura, en la que prima la competición por los recursos, en lugar de la cooperación y el apoyo mutuo. Y lo mismo ocurre con algunas de las supuestas necesidades del Yo, como el deseo de reconocimiento o prestigio, más bien concebibles en el marco de una cultura básicamente individualista, que da preeminencia al individuo y sus logros sobre la comunidad.

En segundo lugar, resulta extraña la idea de jerarquizar las necesidades. De nuevo, esta característica parece más bien propia de una cultura que divide y jerarquiza. Bien podemos imaginar una forma de vida en la que una persona, a la vez que satisface sus necesidades fisiológicas, por ejemplo cultivando alimentos, satisface otras necesidades sociales, haciendo el trabajo en grupo y cooperativamente, o del Yo, planteando el trabajo como el desarrollo creativo de una visión. De una sola vez, cultivando el huerto, esta persona está satisfaciendo varias de sus necesidades. No tiene que esperar a haber comido para empezar a tener amigos. Conseguir alimentos, tener amigos y conocerse a sí mismo en su ser profundo y espiritual forman parte de la misma actividad.

La pirámide de Maslow es probablemente un buen modelo para analizar el conjunto de necesidades de una persona inserta en la forma de vida dominante en nuestra sociedad, pero si queremos transitar hacia una forma de vida más sostenible, tal y como se presenta en el modelo de las ecoaldeas, entonces el análisis de las necesidades humanas debe ser diferente. En primer lugar, debemos abandonar la idea de que las necesidades se satisfacen separadamente y, menos aún, que estén escalonadas. Uno de los principios de la Permacultura dice que cuando introducimos un elemento en el diseño de un terreno, este elemento debe cumplir necesariamente varias funciones con el fin de optimizar su presencia y poder conseguir el mayor grado de funcionalidad posible. Lo mismo se podría aplicar a los satisfactores de nuestras necesidades. Mejor que una sola actividad satisfaga varias de nuestras necesidades que no tener que exprimir nuestro tiempo en montones de actividades diferentes. Si el trabajo que hago sólo me sirve para ganar dinero y satisfacer así algunas de las necesidades fisiológicas, pero me quita tiempo y energía para otras necesidades sociales o personales, a la larga las consecuencias van a ser muy negativas para mí. Mejor sería empezar a pensar en cambiar de trabajo, un trabajo que me llene en varios aspectos. El ejemplo anterior de la múltiple funcionalidad de cultivar un huerto es significativo al respecto.

Las tres esferas del ser humano

Desde una forma de vida basada en la sostenibilidad, podemos considerar las necesidades humanas reunidas en tres esferas diferentes. En primer lugar están las necesidades que nos ponen en relación con la Tierra, con la naturaleza: necesitamos aire, agua y suelo limpios, necesitamos un entorno natural diverso, que dé cabida a otros seres vivos con los que también nos relacionamos, necesitamos la belleza y armonía de un lugar que ha sabido conservar viva su alma. Necesitamos un cobijo, una casa, un lugar que nos proteja del frío, a la vez que nos permite expresar parte de nuestro ser. Necesitamos la energía del sol para calentarnos y para hacer funcionar algunos de los aparatos que la tecnología ha inventado y que nos son ciertamente útiles.

En segundo lugar están las necesidades que nos ponen en contacto con otros seres humanos. Necesitamos relacionarnos con otros seres humanos, en parte para hacer más fácil la satisfacción de nuestras necesidades fisiológicas, en parte para desarrollar nuestra identidad personal y grupal, en parte para querer y sentirnos queridos, en la amistad, en la relación de pareja, en la familia, en la comunidad de la que somos parte. El rito, la celebración y la fiesta, entre otras actividades culturales, contribuyen también a desarrollar esa necesidad de pertenencia e identidad colectiva, y son por tanto algunos de los satisfactores más antiguos.

Por último, están las necesidades que nos ponen en relación con nosotros mismos, con nuestro ser profundo y con la totalidad. El deseo de conocernos, de explorar nuestros límites, de aumentar nuestra conciencia de las cosas, de expresar creativamente lo que llevamos dentro, de crear belleza y mostrar nuestra belleza interior, de sentir una vida plena, de trascender nuestra finitud y expandir nuestro ser hacia la totalidad de las cosas, de sentirnos uno con el universo..., todas ellas son necesidades espirituales.

Ser, nuestra única necesidad real

Las tres esferas anteriores, la esfera natural, la esfera social y la esfera espiritual de las necesidades humanas, aún presentadas por separado, están en realidad profundamente interconectadas. Es difícil conocernos a nosotros mismos, profundizar en nuestra dimensión espiritual, si no nos relacionamos con otras personas, si no nos sentamos en el fuego de la diversidad grupal y el conflicto, o si no entendemos el significado profundo de respirar, de ser aire y agua, si no honramos la Tierra cada vez que nos alimentamos. Nuestro ser natural, nuestro ser social y nuestro ser espiritual están presentes en todo lo que hacemos, aunque sólo seamos conscientes de alguno de estos aspectos.

Desde una perspectiva global, sólo tenemos una necesidad: ser, plenamente ser. Nuestro bienestar se consigue entonces haciendo lo posible por ser, ser en la totalidad de nuestro ser, ser al límite, desarrollar toda nuestra potencialidad. Ser uno con la Tierra y con la vida, ser uno con el resto de seres humanos, ser uno consigo mismo, lo cual no significa otra cosa que explorar continuamente nuestros límites, ampliar nuestra conciencia y acoger todas las voces que surgen, pues de todas ellas aprendemos. Más allá de ser aire, agua, tierra y fuego; de ser exploradores, participantes, creativos; de ser seres en comunidad; de ser conscientes y cada vez más conscientes, más allá de todo lo anterior no necesitamos nada.

Reconocer nuestras necesidades

Reconocer nuestras necesidades reales no se hace en un instante. Requiere un aprendizaje. Cuando vivimos aprisionados en una forma de vida, la respuesta a lo que necesitamos es algo inmediato y dado por dicha forma de vida. Cuando alguien dice, por ejemplo, "necesito comprarme un coche nuevo, el viejo ya no anda bien", explorar cuál es la necesidad real que se esconde detrás es un esfuerzo que no todo el mundo está dispuesto a hacer. Tratar de explicar a esta persona que el coche no es una necesidad, que es una manera de satisfacer otras necesidades, por ejemplo la necesidad de movilidad, que más que una necesidad es una imposición en la sociedad en la que vivimos, puesto que

nos movemos para ir a trabajar, o para quedar con la gente; que las verdaderas necesidades que estamos satisfaciendo son fisiológicas y sociales —si utilizo el coche para ir trabajar o para encontrarme con mis amigos—, y en algunos casos del Yo, como cuando alguien compra un buen coche para buscar el reconocimiento de su grupo social, y que basta cambiar nuestra forma de vida, viviendo por ejemplo en una comunidad pequeña, para poder satisfacer las mismas necesidades prescindiendo del coche, o en todo caso reemplazándolo por un transporte público más eficiente y menos contaminante; todo esto es un esfuerzo que no suele llevar a ninguna parte. En la forma de vida dominante, el coche es para mucha gente una necesidad absoluta y de nada sirve dar explicaciones sobre la contaminación o los problemas de salud causados por la falta de ejercicio.

Cuando estamos inmersos en una forma de vida determinada, muchas de nuestras necesidades van a estar marcadas por dicha forma de vida. Aunque no sean necesidades reales, aunque sólo sean satisfactores para otras necesidades más profundas, lo importante es que las vivimos como verdaderas necesidades. Parte de la dificultad que supone transitar de una forma de vida basada en el consumo y la existencia de múltiples necesidades materiales, a otra forma de vida en la que nuestras necesidades se reducen a las tres esferas del ser antes comentadas, está en que cuesta mucho desprenderse del hábito de consumir, de poseer cosas, y asegurar lo que se tiene. En una sociedad de consumo como la nuestra, la mayoría de nuestras aparentes necesidades son necesidades creadas, son el resultado de hábiles técnicas de publicidad que nos llevan a confundir algunas de nuestras necesidades reales con el objeto o servicio que se nos quiere vender. Confunden la necesidad con un posible satisfactor y después lo convierten en el único satisfactor posible. Cuando anuncian un coche con una hermosa chica acompañando al conductor que viaja por un paisaje de extraordinaria belleza, apelan a mi necesidad de relacionarme y a mi necesidad de sentir la belleza, pero de tal manera que parece que el único satisfactor para ambas necesidades es el coche, entonces el coche se convierte en una necesidad.

Cambiar de forma de vida

No es fácil cambiar de vida, especialmente cuando todo está pensando para satisfacer cómodamente ciertas necesidades creadas por esa forma de vida, mientras es necesario hacer un gran esfuerzo para reconectar con nuestras necesidades básicas y descubrir satisfactores más sostenibles; mientras es poca la gente que lo está haciendo y uno no sabe muy bien por dónde empezar, o tiene que enfrentarse a la incompreensión de otras personas que te consideran un poco extraño. Por otra parte, es algo que hemos de hacer —cambiar a una forma de vida más sostenible—, por nosotros, porque queremos vivir bien, contar con más tiempo para estar con la gente, con la familia y con los amigos, o para estar en silencio, meditando o leyendo; por los demás, porque sólo simplificando nuestra vida, consumiendo menos, produciendo menos, utilizando menos recursos y energía, hacemos posible que otras personas que pueblan la tierra tengan también su parte; por el resto de seres vivos y por el planeta, porque sólo eliminando toda contaminación, utilizando energías renovables, restaurando los daños causados, recuperaremos el equilibrio en que se mueve la vida; por nuestros hijos y nuestros nietos, porque sólo con una forma de vida sostenible podremos asegurar que la Tierra sea el maravilloso espacio de vida en el que nosotros vivimos.

En un capítulo posterior exploraré con más detalle en qué consiste exactamente una forma de vida, que no es otra cosa que la materialización concreta de una idea. La forma de vida actual, con su democracia representativa, su economía capitalista, su sociedad jerarquizada y clasista responde a la idea del individuo liberal. Crear una forma de vida sostenible, tal y como se propone con el modelo de las ecoaldeas, por ejemplo, sólo es posible si somos capaces de desarrollar entre todos una idea diferente, una idea que habla de un individuo participante en el marco de una comunidad diversa, enredada y sostenible.

Tres pasos para una transición

Pasar del individuo liberal al individuo participante es iniciar una transición fundamental en nuestras vidas, una transición sin duda difícil y con muchos obstáculos, para la que necesitamos conocimientos y apoyos. Ha de ser también una transición dichosa, alegre, llena de vida. De lo contrario, ¿quién querría empezarla? Para ello es necesario dar tres pasos fundamentales: Primero, es necesario desligar la felicidad del bienestar. La felicidad está en todo lo que hacemos, aunque estemos batallando por sobrevivir. Es el resultado de plantearnos la vida de manera creativa. Es la dicha que acompaña la realización de una visión, el descubrimiento de nuevas conexiones por las que nos conocemos mejor y conocemos las cosas, la manifestación de una idea a través de un acto creativo que produce belleza. El bienestar, por el contrario, está ligado a la satisfacción de determinadas necesidades. No depende del individuo, depende de la cultura en la que este individuo se inserta.

Por ello, hay que dar un segundo paso fundamental en nuestro camino hacia la sostenibilidad. Es necesario desligar el bienestar del nivel de vida, de la posesión de cosas, simplificando nuestra vida al máximo en las cuestiones materiales, consumir menos, trabajar menos, tener más tiempo para nosotros, para nuestra gente y para la comunidad; es necesario desligar el nivel de vida del consumo y de la producción, aumentando la durabilidad de las cosas, reutilizándolas, reparándolas, reciclándolas, utilizando productos locales y no elaborados; es necesario desligar la producción del gasto inútil de recursos y energía y evitar la contaminación y otros daños ambientales, favoreciendo una producción mínima, más eficiente y menos contaminante, que haga uso de energías renovables.

Y por último, el tercer paso fundamental en toda transición hacia una forma de vida sostenible es analizar seriamente cuáles son nuestras necesidades reales, y encontrar maneras creativas y sostenibles para satisfacerlas, lo que sin duda es mucho más fácil siendo parte de una importante red de apoyo, siendo parte de una comunidad.

En el capítulo siguiente veremos por qué nos resulta tan difícil desprendernos de nuestros hábitos y de las necesidades artificiales que conllevan, de qué manera estamos atrapados por ideas que nos impiden descubrir y explorar formas más sostenibles de vivir en este planeta, a la vez que nos condenan a la infelicidad y la insatisfacción permanentes. Liberarnos de aquellos pensamientos e ideas que nos impiden crecer es un trabajo personal necesario que debe acompañar toda transición.

11. Pensamientos que nos atan, ideas que nos liberan

Yo tengo claro que quiero ser feliz, en todo momento, en todo lo que hago, quiero sentir que la felicidad me acompaña en todo instante, aun en un segundo plano, aun oculta en esos momentos en que no me siento bien, o estoy un poco triste o bajo de tono. Todavía estoy aprendiendo a ser feliz. Sé que no es fácil ser feliz cuando estoy haciendo algo que no me gusta, que sólo lo hago por ganar un dinero que necesito. En esos casos necesito tener muy presente qué estoy haciendo y por qué lo estoy haciendo, para no sentir que me roban las horas, que mi vida se me escapa por entre los dedos de las manos. Por el contrario, me siento naturalmente feliz cuando hago cosas con las que resueno, cuando me veo realizando una visión que me fascina, que me atraviesa con un profundo deseo de hacerla manifiesta. También sé que es más fácil ser feliz cuando estoy bien, cuando siento mis necesidades cubiertas, cuando estoy con amigos y con gente que quiero y me quiere. Para mi, esto es la comunidad, un lugar y un entramado de relaciones; es el lugar que me permite satisfacer mis necesidades básicas, sin pensar que estoy malgastando mi vida; y es el conjunto de relaciones que me permiten sentirme bien, desbordar la finitud de mi yo hacia dimensiones inexploradas e infinitas.

No es fácil pasar de nuestra actual forma de vida individual a una vida comunitaria sostenible. En el capítulo anterior he comentado que se requieren tres pasos para iniciar una transición de este tipo: desligar la felicidad del bienestar, desligar el bienestar del nivel de vida y la posesión de cosas y, por último, aprender a reconocer nuestras necesidades básicas y encontrar maneras creativas y sostenibles de satisfacerlas en comunidad. En este proceso nos podemos encontrar con muchos obstáculos y nuestra forma de pensar, de sentir o de desear, en tanto que condicionada por muchos años de vida individualista, suele ser uno de ellos.

Por otra parte, según mi manera de entender la felicidad, para ser felices necesitamos participar de una idea, realizar una visión, acoplarnos a un deseo que nos atraviesa. ¿Cómo es posible que, por una parte, nuestros pensamientos, sentimientos y deseos sean un obstáculo en nuestro proceso de transición y, por otra, sean una necesidad para ser felices? ¿Estamos hablando de las mismas ideas y deseos? En este capítulo se explora el complejo mundo de las ideas y se dan sugerencias de cómo podemos liberarnos de aquellos pensamientos que nos maniatan, que nos impiden crecer, en contraposición a las ideas que nos liberan y que nos permiten aumentar nuestra conciencia y desbordar nuestra finitud.

No somos lo que pensamos

El peligro de identificarse con ciertas ideas

Tendemos a creer que somos lo que pensamos, un conjunto de ideas, conocimientos, valores y creencias que nos definen, que configuran nuestra personalidad, nuestro ser. A veces, por abreviar, y según el contexto decimos que somos españoles o franceses, o que somos católicos o ateos, liberales o socialistas, o tal vez maestros, mecánicos o empresarios, dando por supuesto que la gente que nos escucha comprende el significado de tales palabras, su alcance, el conjunto de ideas que encierran. Al definirnos de esta manera, como una retahíla de características generales con las que nos sentimos más o menos identificados, establecemos unos límites, una frontera ciertamente difusa entre lo que somos, los contenidos de este lado de la línea, y lo que no somos, lo que se queda fuera de la línea.

En principio no pasa nada en definirnos así, mientras seamos conscientes de que todo esto no es más que una manera de hablar, de abreviar una larga explicación para la que no tenemos tiempo. Como he comentado en un capítulo anterior, yo puedo decir ocasionalmente que soy español, pero ni lo soy todo el tiempo, ni creo que el ser español tenga unas características esenciales de las que alguien se pueda apropiar. Al contrario, ser español es una idea que sólo existe en tanto que expresada por

todas las personas que se consideran españoles, por todas ellas sin excepción. La esencia de ser español es inseparable de su expresión múltiple y concreta, conocer tal esencia es inseparable del diálogo en el que participan necesariamente todas las personas que expresan dicha esencia, sean o no formalmente españoles.

Desgraciadamente, no es así como viven su ser la mayoría de la gente, que no sólo se identifican con las ideas que piensan, sino que además están convencidas de conocer el significado y alcance de tales ideas. Esta forma de proceder, muy propia de nuestra cultura occidental, tiene el terrible inconveniente de crear divisiones y enfrentamientos, a veces insuperables, en el colectivo humano. “Yo soy español” se traduce en casos extremos en “Yo sé lo que significa ser español y sólo Yo tengo derecho a reivindicar ser español y gozar de sus ventajas, mientras que Tú, o eres un vendido y un traidor, incapaz de reconocer el significado de ser español, o eres un Extranjero, o un Inmigrante que no tienes derecho a participar de mis privilegios. En cualquiera de los dos casos, te quedas fuera de mi ‘comunidad’, la de los que somos verdaderamente españoles”.

Y lo mismo se podría decir de otras muchas características identitarias del mismo tipo, como ser católico, nacionalista, ecologista o comunista, e incluso de profesiones u oficios como el ser carpintero, comerciante o artista. En el momento en que nos identificamos con cualquiera de esas ideas hasta el punto de no poder dejar de ser ellas en ningún instante y con la profunda convicción de que sabemos perfectamente en qué consisten, de que conocemos su verdad, desde ese mismo momento estamos creando una barrera que nos separa de otras personas, que por supuesto no ven las cosas como nosotros. En esta división y fragmentación del colectivo social, creada por la identificación cerrada con ciertas ideas, está el origen de muchos de nuestros conflictos actuales, individuales y colectivos.

Confrontar nuestras ideas

Las ideas de comunidad y sostenibilidad, con todo lo atractivas que me puedan parecer, no escapan a estos comentarios. Yo me siento personalmente muy identificado con estas ideas, por las que tengo un gran aprecio y considero de enorme valor para un futuro viable en este planeta. Pero tengo claro que yo no poseo la verdad de tales ideas. Ni sé exactamente en qué consiste la comunidad o la sostenibilidad, ni estoy convencido de que sean la única manera de arreglar los problemas que nos afectan y que afectan al mundo. Entiendo ambas ideas como guías para mi acción personal, pero no me determinan, no me siento obligado con ellas. De hecho, cuando alguien se define como ecologista y se identifica con dicha idea hasta el punto de pensar que no puede ser otra cosa y llega a creer que sabe exactamente en qué consiste ser ecologista, crea igualmente barreras que nos separan y que pueden causar graves conflictos. Atrapadas en su interpretación de la idea ecologista, muchas personas cierran todas las puertas a dialogar con quienes proponen “otras” soluciones para resolver problemas existentes, llevando a una radicalización de ambas posturas que, desde mi punto de vista, no hace ningún bien al ecologismo.

Lo mejor que le puede pasar a una idea, como el ser español, el ecologismo o la comunidad, es verse confrontada desde muchos puntos de vista en un espacio de participación y diálogo, a través del cual la idea muestra sus múltiples caras. Para crear ese espacio es necesario empezar por no ver como “enemigos” a quienes se oponen a dicha idea, o a nuestra interpretación de ella. La idea también se muestra a través de ellos, con su participación podemos conocer aspectos que ignorábamos, ganar perspectiva, aumentar nuestra conciencia de las cosas. Toda idea contiene una multiplicidad infinita de caras, inabarcable para un ser finito como nosotros. Pero al mismo tiempo, toda idea es un desafío para nuestro ser, una posibilidad de desbordar nuestra finitud, explorando territorios —el extenso, desconocido y desafiante territorio de una idea— que ayudan a expandir nuestra conciencia.

Muchas personas participan de la misma Idea

Está bien contar con ideas que nos atraviesan, actualizadas en la visión propia que creamos de ellas, y que despiertan en nosotros un deseo de trabajar por ellas y de hacerlas manifiestas. Ya he dicho que la felicidad depende de nuestra capacidad para “sintonizar” con alguna idea, para desarrollar

una visión en cuya realización encontramos numerosas conexiones que expanden nuestra conciencia y expresan nuestro ser creativo. Pero las ideas no son nuestras, ni nos determinan, ni nuestra esencia depende de ellas. Como seres participantes nuestra esencia está en la simple participación. No poseemos las ideas, ni la verdad de las ideas, participamos de ellas, igual que otra mucha gente participa de las mismas ideas, que sólo se manifiestan completamente en el espacio de participación que creamos entre todos.

Yo, por ejemplo, participo de la idea de comunidad sostenible viviendo en una comunidad sostenible y escribiendo y reflexionando sobre ello. La idea de la comunidad sostenible se expresa a través de mi, en mi forma de vida y en lo que he reflexionado y escrito sobre ella, pero con ello no se agota la idea. Otras muchas personas participan de la misma idea a través de sus visiones particulares, haciéndola manifiesta de otras muchas maneras. Entre todos estamos creando un espacio participativo, tan real como teórico, en el que la idea de la comunidad sostenible va mostrando su forma.

No nos agotamos en una Idea y viceversa

Por otra parte, yo no participo de esta idea de comunidad sostenible todo el tiempo. Hay muchos momentos en que la idea de comunidad me suena extraña, distante o indiferente. Mi ser individualista aparece muchas veces y en otras, ni el individuo ni la comunidad parecen tener ninguna relevancia para mí. Mi ser no se agota en ninguna de las ideas existentes, tiene preferencias por alguna de ellas, pero también puede explorar otras que parecen contrarias y con las que no tiene tanta relación. Lo cual no quiere decir que todas las ideas me parezcan iguales. No estoy defendiendo ningún relativismo. Sólo algunas ideas despiertan en mí el deseo de trabajar por ellas, sólo algunas guían mi acción y condicionan mi forma de vida, sólo por unas pocas ideas alzo mi voz cuando es necesario. Lo que trato de decir es que ni siquiera mis ideas más queridas llenan y agotan mi ser. Siempre hay un espacio para escuchar la voz del otro, siempre puedo dedicar un tiempo a tratar de comprender la verdad encerrada en otras ideas, siempre puedo tomar distancia con mis propias ideas y dejar que se transformen y crezcan, conforme interactúan con otras en ese espacio de participación en el que nos realizamos como individuos.

En definitiva, no somos lo que pensamos. El hecho de que mi Yo esté continuamente envuelto en pensamientos de diferentes tipos no quiere decir que se “reduce” a tales pensamientos. Lo que yo pienso no me determina completamente. Mis ideas, mis creencias y mis valores son guías para la acción, pero mi Yo no se agota con ellas. Además, ni siquiera es apropiado decir que las ideas son mías. Yo participo de ellas, las interpreto a partir de mi experiencia, las hago mías en la particular visión que desarrollo de ellas, pero tampoco las ideas se agotan conmigo. Una misma idea se manifiesta de muchas maneras, a través de muchas personas, y sólo se puede conocer completamente si estamos dispuestos a desbordar nuestra identidad finita, esa barrera que hemos creado porque nos da seguridad, y entrar en ese espacio de participación en el que cada persona aporta su diferente voz. Desbordar nuestra identidad es un gran desafío y un gran paso en nuestro crecimiento como personas.

“Suspende” nuestros pensamientos

Separarnos de cualquier pensamiento o idea

Una de las razones por las que tendemos a creer que somos lo que pensamos es que nos cuesta distinguir entre nuestro Yo como sujeto pensante y el contenido de sus pensamientos, especialmente cuando se trata de creencias fuertemente arraigadas o de valores con los que nos identificamos. Cuando yo afirmo, por ejemplo, que es necesario vivir de una manera más sostenible, o que es necesario acabar con la injusticia social, no sólo estoy expresando un pensamiento con el que me identifico, sino que tengo la sensación de que mi propio Yo se expresa en dicho pensamiento, de que mi Yo es inseparable de él. Si a alguien se le ocurre decir que no es necesario acabar con la injusticia social, no sólo está negando lo que yo digo, está negando mi propio ser. Al identificar mi Yo con una

idea, una creencia o un valor, cuando alguien cuestiona, critica o ataca esa idea o ese valor, siento que está cuestionando, criticando o atacándome a mi mismo, está atacando mi propio ser. Y claro, el conflicto es entonces inevitable.

Si, por el contrario, fuéramos capaces de separar nuestro Yo de cualquier idea o valor, si viésemos las ideas como simples guías para la acción, como algo de lo que participamos pero que no nos determina, algo que sólo se muestra completamente con el concurso de otras personas que se convierten así en nuestros maestros, entonces cuando alguien criticara algo de lo que decimos o hacemos, no nos sentiríamos personalmente atacados, nuestro Yo no se sentiría ofendido, ni con una necesidad de defenderse que nos lleva tantas veces a ser extraordinariamente agresivos. Al contrario, nuestro Yo se sentiría agradecido porque, con la crítica, esas personas nos están mostrando otras caras de una idea que nos es querida, aumentando nuestra visión y conciencia de dicha idea. ¿Es posible separar nuestro Yo de lo que pensamos? ¿Es posible suspender nuestras ideas? Sí, es posible separar nuestro Yo de lo que pensamos. Aún más, es posible separar nuestro Yo de lo que sentimos y de lo que deseamos. Ni nuestros pensamientos, ni nuestros sentimientos y deseos son exactamente nuestros.

Propriocepción mental

Cuando muevo conscientemente una parte de mi cuerpo, como un brazo o una pierna, parece que el pensamiento y la acción ocurren a la vez. De hecho yo no tengo que pensar cómo mover el brazo, mi brazo se mueve instantáneamente cuando yo lo decido. El brazo es una parte de mi cuerpo, una parte que no sólo percibo visualmente, sino que tengo un sentido interno de ella (propriocepción) que me permite “saber” en todo momento dónde está sin necesidad de ver. Este conocimiento de lo que ocurre con mi brazo me permite tener cierto control sobre él. Si perdiera mi capacidad propioceptiva, mi brazo podría estar moviéndose por su cuenta sin que yo lo notara. Gracias también a la propriocepción veo a mi brazo como una parte externa a mi Yo y bajo mi control. El brazo se mueve cuando yo quiero, y aunque parezca que pensamiento y movimiento ocurren a la vez, lo cierto es que existe una diferencia clara, en esencia y en tiempo, entre la intención de mover el brazo, algo que corresponde a mi yo, y el propio movimiento, algo que sólo ocurre cuando el cerebro envía la correspondiente orden a los músculos del brazo.

Si llevamos esta misma idea a los contenidos de nuestra mente —ideas, sentimientos o deseos—, ¿por qué ahora hemos de creer que nuestro Yo no se puede separar de lo que pensamos, sentimos o deseamos? ¿por qué ahora no habremos de tener la capacidad propioceptiva necesaria para “saber” cómo fluyen por nuestra mente ideas, sentimientos o deseos y tener cierto control sobre ellos? Todos estos contenidos mentales son parte de nosotros, pero no tenemos que identificarnos con ellos, como no nos identificamos con nuestro brazo. Tal vez estén en algún lugar de la cabeza o de nuestro cuerpo, pero no son nuestro Yo. Dicho de otra manera, nuestro Yo puede tener la intención de pensar, pero los contenidos reales de tales pensamientos no son nuestro Yo. Son como el brazo, una parte de nosotros. Una parte, sin duda, importante; una parte que nos es muy útil para movernos por la vida, pero una parte que no nos impediría seguir viviendo si nos la amputaran.

Nuestro ser participa de otras muchas ideas de las que ni siquiera nuestro Yo es consciente. Es como si tuviéramos alguna otra extremidad en nuestro cuerpo de la que nos hubiéramos olvidado completamente. ¿Alguien se imagina que tuviéramos unas hermosas alas y que, por identificarnos solamente con brazos y piernas, no nos percatáramos de su existencia? Pues esto es lo que le ocurre a nuestro Yo cuando se identifica con unas ideas determinadas. Se olvida de sus hermosas alas, escondidas en algún lugar del inconsciente. Aprendiendo a desidentificarnos con lo que nos parece obvio, abrimos espacios para que afloren otros contenidos que también llenan nuestro ser. Nuestro Yo crece, se hace más consciente, se conoce mejor y conoce mejor el mundo que lo rodea conforme desarrolla su capacidad propioceptiva en relación con sus propios pensamientos e ideas y aprende a verlos como lo que son, ideas de las que participamos pero que no nos determinan, ideas que abren puertas siempre que no nos aferremos a nuestra propia visión de ellas y permitamos que se manifiesten por sí mismas en el encuentro múltiple con los otros.

Separarnos de nuestros sentimientos

Lo mismo que ocurre con las ideas, ocurre con los sentimientos y con los deseos. Alguien puede pensar que es imposible separarnos de nuestros sentimientos porque no se dan en la cabeza, sino en nuestro cuerpo. Lo cierto es que los sentimientos sólo son tales cuando los interpretamos en nuestra mente. Si yo me siento triste o deprimido, ni la tristeza ni la depresión están sólo en mi cuerpo, están también en mi mente. En mi cuerpo puede haber síntomas o sensaciones más o menos claras o difusas, pero soy yo quien interpreta tales sensaciones y las acompaña de un conjunto de ideas que refuerzan lo que estoy sintiendo.

De nuevo, como ocurre con el movimiento voluntario de nuestro brazo en el que pensamiento y movimiento parecen ir a la vez, también las sensaciones físicas y las ideas mentales que las acompañan, y que nos llevan a hablar de determinados sentimientos, parecen producirse a la vez. Cuando digo que me siento triste me parece evidente que mi cuerpo y mi mente se hallan en el mismo estado, que no puedo separar las sensaciones físicas de mi estado mental. Sin embargo, en ocasiones las ideas preceden a las sensaciones, como ocurre cuando nos encontramos con alguien que nos produce rabia o alegría. Primero nos llega la idea de esa persona y la idea de una rabia o felicidad asociada a esa persona; después aparecen los síntomas corporales con los que se expresa esa rabia o esa alegría. Nosotros lo vivimos como si fuera algo simultáneo, como si las ideas de rabia o alegría que esa persona desencadena en nosotros ocurrieran a la vez que las sensaciones que atraviesan nuestro cuerpo. Pero lo cierto es que no ocurren a la vez, es sólo una muestra más de la incapacidad propioceptiva de nuestro Yo. Las ideas de rabia o alegría se apoderan de nuestro Yo y por sí solas ponen en marcha el conjunto de reacciones físicas de nuestro cuerpo.

También puede ocurrir lo contrario. A veces nos llegan ciertas sensaciones físicas de nuestro cuerpo, a continuación una serie de ideas con las que interpretamos tales sensaciones. Ni siquiera nos molestamos en analizar con detalle y con cierta distancia tales sensaciones. Inmediatamente nuestro Yo, a partir de experiencias similares acumuladas en la memoria, hace un diagnóstico de lo que ocurre y se declara triste, deprimido, enfadado o tal vez eufórico o dichoso. Sensaciones y pensamientos llegan a ser lo mismo, el diagnóstico está hecho. Y puede ser completamente erróneo. Es el temor a lo desconocido lo que nos lleva a clasificar rápidamente las sensaciones que proceden de nuestro cuerpo a partir de sentimientos o estados anímicos conocidos. Es el temor a cuestionar nuestro propio Yo lo que nos lleva a buscar una causa externa para justificar tales sentimientos.

Cuando, por ejemplo, de manera inconsciente alguna idea está actuando sobre nosotros y nos produce determinadas sensaciones físicas, nuestra reacción inmediata es poner un nombre y una causa externa a tales sensaciones, y decimos entonces que estamos mal porque nos ha pasado tal cosa o tal persona nos ha hecho esto y lo otro. De esta manera nos quedamos tranquilos y nos despreocupamos de tratar de averiguar las auténticas razones para tales síntomas. Los síntomas pueden eventualmente retraerse y desaparecer, pero como la idea inconsciente sigue actuando, cuando aparecen de nuevo en el futuro, volvemos a proyectar hacia fuera lo que nos pasa. Y así nos podemos pasar toda la vida, negándonos a reconocer nuestro cuerpo y la sabiduría que encierra.

Cambiar de pensamientos para cambiar de ánimo

En la medida en que los sentimientos son sensaciones físicas acompañadas de pensamientos, podemos separarnos de ellos simplemente separándonos de los pensamientos que los acompañan. Yo no puedo negar las sensaciones que envía mi cuerpo, pero puedo suspender las ideas que surgen en mi mente en relación con dichas sensaciones. En muchos casos, las sensaciones físicas desaparecen con la suspensión de los pensamientos. Es decir, son nuestros propios pensamientos quienes crean las sensaciones que identificamos con tristeza, depresión, etc. Este es el fundamento de varias terapias, cambiar de pensamientos para cambiar nuestros estados de ánimo.

Yo mismo he tenido la oportunidad de experimentar en mis propias carnes el daño que puede hacer una desgraciada combinación de pensamientos a partir de ciertas sensaciones físicas. Al final de un

año de trabajo en una escuela pública de Los Angeles, tuve varias secuencias de ataques de pánico, provocados por el estrés y la ansiedad de una situación que contenía una alta dosis de violencia diaria. El estrés se fue acumulando en mi cuerpo, seguramente enviándome señales de las que no fui consciente, o a las que no presté atención. Hasta que un día mi cuerpo explotó, produciendo todo un conjunto de extrañas sensaciones para mí —temblor, debilidad, mareos, dificultades de respiración, etc.—, que mi mente se encargó de aderezar con no menos extrañas ideas de que me iba a morir, de que en cualquier momento iba a dejar de respirar, mi corazón se iba a parar o iba a sufrir un derrame cerebral. Es la secuencia típica de un ataque de pánico, y así fue diagnosticado. Pero para mí era una novedad, algo que desconocía. Y la idea que me venía a la cabeza, la idea de que me iba a morir, la consideraba absolutamente real. Tuve tres ataques de pánico en poco tiempo, pero pronto aprendí a diferenciar lo que era real, la ansiedad, y lo que no eran más que figuraciones mías, la idea de que me iba a morir. Dejé por supuesto el trabajo, pero aún así necesité algún tiempo antes de que la ansiedad comenzara a atenuarse. Una mayor atención a mi cuerpo y la práctica de la meditación me han ayudado todavía más a distinguir entre puras sensaciones físicas y las ideas que se crean en mi mente a partir de tales sensaciones.

He llegado a darme cuenta que algunas ideas se disparan “automáticamente” con ciertas sensaciones físicas, provocando entonces estados de ánimo que identificamos con miedo, tristeza, depresión, angustia..., que nos parecen absolutamente reales, cuando en realidad están siendo “recreados” por nuestros propios pensamientos, en parte como consecuencia de un fenómeno de resonancia entre las sensaciones actuales y otras del pasado que guardamos en nuestro inconsciente asociadas a momentos de dolor, abuso, tristeza, etc. Aprendiendo a suspender las ideas que surgen automáticamente con determinadas sensaciones físicas, los sentimientos se quedan en simples sensaciones —ni miedo, ni tristeza, ni angustia...—, simples sensaciones físicas. Estas sensaciones son sin duda importantes señales de nuestro cuerpo a las que debemos prestar atención, tanto en introspección individual como ayudados por alguna de las muchas terapias que se ocupan de ello, pero su verdadero contenido seguramente va más lejos que esa espontánea asociación que surge en nuestra mente llenándolo todo de tristeza, miedo o depresión.

Gestionar la rabia

Aprender a separarnos de nuestros sentimientos tiene otra ventaja añadida en la resolución de conflictos. Si yo estoy enfadado con una persona por algo que ha hecho y me identifico con este sentimiento y con la idea asociada —de que el enfado ha sido causado por esa persona—, me va a ser muy difícil superar mi mala relación con ella. Por el contrario, si separo las sensaciones de mi cuerpo de la idea de esa persona, si me concentro simplemente en seguir la energía que ha removido dicha persona en mí, suspendiendo conscientemente cualquier idea asociada a dicha persona, tal vez aprenda algo de mí mismo que desconocía, algo por lo que puedo estar agradecido.

De esta manera, puedo llegar a reconocer que, en realidad, no es la persona la causa de mi enfado. Puedo llegar a aprender que casi todo el mundo tiene buenas razones para hacer lo que hace y que raramente es intención de alguien hacer daño. Descubriré seguramente que parte del problema está en mí, por haber alimentado ciertas expectativas o necesidades que no podían ser satisfechas a través de esa persona. Comprenderé que esa persona estaba buscando igualmente satisfacer sus expectativas y necesidades, que no tenía intención de hacerme daño, o que aunque tuviera intención, el daño sólo es posible desde la posición de quien se aferra a que las cosas sean de una determinada manera.

Es comprensible enfadarnos momentáneamente con alguien por algo que ha hecho, pero si queremos seguir adelante con esa persona y superar el conflicto debemos aprender a ver el enfado como algo nuestro, como una energía que nos atraviesa y que podemos explorar sin necesidad de atribuirla a ninguna causa externa, sin necesidad de juzgar y condenar a esa persona para siempre. Como dice Marshall Rosenberg en su libro *“Comunicación no violenta”*, el enfado, como pura energía y como conjunto de sensaciones físicas, está en mí, recorre mi cuerpo y mi ser por un instante, pero no es atribuible a la otra persona. Esa persona sólo aporta una idea con la que yo alimento mi enfado, una

idea con la que justifico una serie de actos —como gritar, patear, llorar, buscar compasión, etc.— que de otra manera no me hubiera atrevido a expresar, y que necesito expresar.

Siguiendo desde dentro la energía de mi enfado, acompañándola hasta el final sin necesidad de buscar ninguna causa externa, sin atribuir a nadie lo que sólo me está ocurriendo a mi, puedo llegar a descubrir qué necesidad o expectativa mía no ha sido satisfecha e idear formas alternativas de satisfacerla. O puedo ir incluso más lejos, sobre todo si dicha situación se repite con frecuencia, y tratar de descubrir cuáles son las profundas razones que me llevan a reaccionar así, cuáles son las causas que me llevan a juzgar y condenar tan fácilmente a las personas y, en última instancia, a romper relaciones, perder apoyos y amigos.

Separarnos de nuestros deseos

Por último, con todo lo difícil que pueda parecer separar nuestros deseos del Yo, especialmente en el caso de deseos tan básicos como los instintos, lo cierto es que nuestro Yo sólo desea, pero no sabe lo que desea. No tenemos por qué identificarnos con ningún deseo concreto, podemos de hecho prescindir de cualquier deseo concreto. La explicación clásica dice que deseamos aquello que carecemos, algo que perdimos al poco de nacer y que proyectamos inconscientemente en multitud de cosas diferentes. Una explicación alternativa dice que deseamos aquello que desean otros, en un proceso de imitación que también surge en nuestra más tierna infancia. En ambos casos, nunca llegamos a estar satisfechos, ningún deseo de este tipo agota nuestra capacidad de deseo. Siempre deseamos más, cada vez deseamos cosas más difíciles de conseguir, cada vez es necesario invertir un mayor esfuerzo para conseguir lo deseado. El resultado es una permanente tensión por llegar más lejos, una enorme frustración por no conseguir lo que queríamos, o una terrible apatía que nos lleva a no desear nada.

Desde mi punto de vista, somos seres de deseo, pero el deseo no es nuestro, al menos no totalmente. Es posible que durante algunos años de nuestra vida, mientras se va formando nuestro Yo, deseamos por proyección o imitación. Es posible que para algunas personas todos sus deseos a lo largo de toda su vida sean de este tipo. Pero para un individuo que descubre su ser participante, el deseo es simplemente la fuerza que le lleva a participar en una idea concreta, es la pura actualización de su ser participante, gracias a lo cual consigue desbordar su finitud. El deseo es el diferencial creado por la presencia de una idea que nos invita a participar, generando así una energía que nos empuja irresistiblemente hacia la realización de dicha idea. De esta manera el deseo es, por un lado, la simple actualización de nuestro ser participante; por otro, es el diferencial creado por una idea que quiere hacerse manifiesta. Nosotros nos servimos de una idea para realizarnos como personas y traspasar nuestra esencia finita hacia la infinitud de la idea. La idea por su parte se sirve de nosotros para hacerse manifiesta, para llegar a realizarse.

Es fácil entender ahora que podamos separarnos de nuestros deseos inmediatos. Basta con aprender a separarnos de nuestras ideas. En la medida en que seamos capaces de mantener en suspensión cualquiera de nuestras ideas, seremos también capaces de controlar el deseo que nos impulsa hacia ellas. Al suspender una idea se rompe el gradiente de fuerza que se establece entre la idea y nuestro yo deseante. Sin esa fuerza atravesándonos, el deseo se extingue. Una persona que, a través de una práctica como la meditación, es capaz de suspender todas las ideas en su mente, es capaz de fluir entre todas ellas sin detenerse en ninguna, sin que ninguna de ellas ocupe su conciencia, deja automáticamente de desear, de la misma manera que sus sentimientos se desvanecen y las sensaciones se multiplican. La conciencia se llena entonces de otros contenidos, de sensaciones y visiones que en muchos casos resultan indescriptibles, que sólo son explicables a través de la poesía o el arte.

Meditación y participación

La meditación y la introspección personal son prácticas que nos ayudan a explorar territorios desconocidos para nosotros, a desbordar las fronteras de una identidad que se crea por identificación

con determinadas ideas. Apartando de nuestra atención estas ideas, centrándonos exclusivamente en los ritmos naturales de nuestro cuerpo, como la respiración, podemos descubrir resonancias ocultas de nuestro ser que nos conectan con dimensiones de la realidad de las que habitualmente no somos conscientes. Personalmente, me siento muy contento con mi recién adquirida práctica meditativa, aun cuando estoy dando los primeros pasos. Suspender nuestras ideas, desligar nuestro Yo de nuestros más preciados valores, nos permite acoger aun por un instante otros valores, otras ideas, nos permite ser compasivos. La compasión, a diferencia de la piedad, no es una relación desigual entre dos personas. Cuando yo siento piedad por alguien, me coloco en la posición del que está bien y coloco a la otra persona en la posición del que está mal, del necesitado. Cuando me muestro compasivo, por el contrario, me limito a dejar espacio en mi ser para una voz que no conozco, o que inicialmente rechazo. Si agoto mi ser en unas pocas ideas fijas e inmutables, difícilmente podré acoger en mi la voz del otro, no me quedará espacio para ello.

Con la meditación puedo ser más consciente de que mi esencia como ser participante no se agota en ninguna identidad concreta. Pero la meditación no basta. Yo me realizo participando de diferentes ideas, soy feliz en la realización de una determinada visión. Y eso me obliga a confrontar mi visión, mis ideas, con las de otras personas. Me obliga a participar. No basta con suspender mis pensamientos y acoger los de los otros. He de ser capaz también de exponer abierta y honestamente mis propias ideas. Y defenderlas. Y defender un espacio de diálogo en el que quepan todas las voces, un espacio en el que nadie se sienta marginado, un espacio que recoja las preocupaciones de todo el mundo, y que recoja también las aportaciones de todo el mundo —todo aquello que enriquece una idea y que por tanto nos enriquece a nosotros mismos. Si queremos crecer como personas, la meditación o la terapia personal son sin duda de gran ayuda, pero en tanto que seres participantes, el mejor espacio de aprendizaje es aquel en que me confronto con los demás, es el espacio público en el que, honesta y compasivamente, confronto mis ideas, mis valores, mis sentimientos, mis miedos, mis deseos... con los de los otros.

Un paso más en el camino hacia la sostenibilidad

Aprender a suspender nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestros deseos —lo cual, insisto, no quiere decir renunciar o reprimir, sino tomar distancia, separarse—, es por todo lo anterior otro importante paso en nuestro camino hacia la comunidad sostenible. Además de desligar la felicidad del bienestar, el bienestar del nivel de vida y de la posesión de cosas, además de aprender a reconocer nuestras necesidades básicas y de buscar formas creativas y sostenibles para satisfacerlas, además de todo eso debemos aprender también a desligar nuestro Yo de nuestras ideas. Debemos aprender a suspender tanto nuestras ideas más generales, que expresan una visión del mundo, como el ecologismo, la comunidad, la espiritualidad, etc.; como de las ideas que expresan simples conocimientos de cómo hacer algo, como llevar un huerto, construir una casa, poner un tornillo, etc. Sólo así podremos crear efectivamente ese espacio de participación que da cabida a todas las voces y en las que cualquier idea se manifiesta en su plenitud. Sólo siendo conscientes de que nuestro Yo no está en juego cuando confrontamos nuestras ideas con las de los demás, nos será posible expresar honestamente lo que pensamos y acoger compasivamente lo que piensan otros; sólo así seremos capaces de modificar nuestra visión, a la vez que los demás modifican la suya, hasta alcanzar un acuerdo colectivo por el que se hace manifiesta una idea que agrada y beneficia a todos.

Separar nuestras sensaciones y deseos indefinidos de las ideas concretas que asociamos con ellos es igualmente importante para nuestro crecimiento personal. La meditación y la terapia son dos prácticas que nos pueden ayudar en esta tarea de conocimiento y descubrimiento de lo que somos. Separarnos de los deseos inmediatos es además especialmente útil para reconocer cuáles son nuestras necesidades reales y no caer en la trampa del consumo y sus necesidades artificialmente creadas. El deseo surge entonces como la energía que arrastra una idea en su camino interno de realización, una energía que nos atraviesa y que nos empuja a desarrollar nuestra visión de la idea, desbordando con ello nuestra finitud y descubriéndonos como parte de un territorio infinito, de múltiples conexiones con otros seres por los que la idea se expresa.

Por último, es igualmente importante prestar a nuestro cuerpo la atención que requiere. No sólo nuestro Yo no se reduce a nuestros pensamientos, sentimientos y deseos; nuestro ser tampoco se reduce a nuestro Yo, el cual no es más que la parte consciente de lo que somos. Una parte importante de nuestro ser escapa al control de nuestro Yo. Es la que se expresa a través de los sueños, a través de nuestro cuerpo, a través de las palabras que pronunciamos tantas veces sin ser conscientes de lo que estamos diciendo. Es necesario prestar atención a las señales que nos llegan de nuestro cuerpo, igual que a las señales que enviamos y recibimos de los demás. Una vez que hemos aprendido a suspender nuestros pensamientos, y por tanto a dejar de justificar y clasificar rápidamente las sensaciones que nos llegan de nuestro cuerpo, podemos explorar abiertamente estas señales y tratar de descubrir su profundo significado. Acompañando cada una de nuestras sensaciones, dejando que se expliquen por sí mismas, sin prisa por ahogarlas en un mar de palabras, éstas nos pueden llevar a descubrir alguna parte de nuestro ser que ignorábamos completamente. E igualmente, si aprendemos a suspender los rápidos juicios que hacemos de la gente a partir de las señales que nos llegan, con sus gestos, con sus actos o palabras inconscientes, y somos capaces de crear un espacio de empatía en que el significado verdadero de estas señales se revela por sí mismo, entonces aprenderemos algo de esas personas que seguramente ignorábamos y nos sentiremos más conectados con ellas.

El complejo mundo de las ideas

Imitación y resistencia

Para poder dar este nuevo paso en nuestra transición hacia la comunidad sostenible se requiere comprender un poco mejor qué son exactamente las ideas y cómo participamos de ellas. La explicación clásica afirma que las ideas, aunque impregnen una cultura, no son más que productos de nuestra mente. Nosotros aprendemos todas esas ideas —conocimientos, valores, creencias, normas y reglas de comportamiento, etc.— a través de diferentes experiencias vitales que jalonan nuestra vida, y que desde una perspectiva objetiva forman parte de un proceso conocido como socialización. La imitación y la educación son dos componentes fundamentales en este proceso por el que adquirimos una cultura determinada.

Muchos de los conocimientos que tenemos los hemos aprendido simplemente imitando lo que hacían otras personas, especialmente nuestros padres, maestros y mayores. Es lo que ocurre con lo que llamamos habilidades, como nadar, ir en bicicleta, tocar un instrumento musical, o hablar una lengua, leerla y escribirla; y con la mayoría de los oficios tradicionales y modernos. Resulta casi imposible aprender algunas de estas habilidades y oficios a través de un libro. Otros conocimientos, por el contrario, sí que los hemos adquirido con la lectura y el estudio. En uno y otro caso, la asimilación de estos conocimientos debe mucho a la repetición y al hábito. No aprendemos a nadar o a leer imitando una sola vez a quien sabe, necesitamos repetir la experiencia montones de veces, habituarnos a ella con una práctica constante hasta que, finalmente, queda integrada en nuestro cuerpo. Tampoco aprendemos una teoría a la primera lectura o a resolver problemas matemáticos con un solo ejercicio. Tenemos que leer sobre dicha teoría una y otra vez, hacer los mismos o parecidos problemas una y otra vez, hasta que ya podemos decir que sabemos, hasta que dicho conocimiento queda integrado en nuestra mente.

La imitación funciona igualmente en el aprendizaje de cómo debemos comportarnos, o cómo organizamos nuestra vida. Lo lógico es empezar imitando lo que hacen los demás, hasta hacerlo nuestro, hasta llegar a interiorizarlo a través de la repetición y el hábito; primero en el interior de nuestra familia, después en la escuela y en la vida social. Es así que nos vamos haciendo poco a poco, vamos conformando una identidad, creamos el rol con el que nos mostramos socialmente, cargado de unos valores, asentado en determinados conocimientos y creencias, arrastrando algunos miedos...; poco a poco nos vamos definiendo como miembros de una cultura particular. Afortunadamente la cultura no nos determina completamente. Y no sólo porque nuestra carga genética también tiene algo que decir, sino porque de alguna manera somos capaces de resistir las imposiciones de la cultura dominante y no

hacer todo lo que se nos dice. De pequeños nos gusta imitar a nuestros padres, pero en algún momento empezamos a comprender que existen reglas familiares que no se han hecho con nuestra opinión. Al resistirnos a ellas, estamos invirtiendo el sentido de la determinación cultural, ya no son los padres los que nos educan imponiéndonos su modelo, nosotros también los educamos a ellos, cuestionándolo. Y lo mismo sirve para el conjunto de la sociedad. Resistir las normas que se nos quiere imponer, y que sentimos nos limitan, es una manera de influir en la cultura, es el principio de un posible cambio cultural y social.

Por dónde queda la memoria

Nuestro ser se configura por tanto a partir de una carga genética que heredamos de nuestros antepasados, a partir de unas vivencias concretas por las que aprendemos unas habilidades y unos conocimientos, y a partir de unas experiencias de socialización igualmente concretas por las que adquirimos un conjunto de valores, creencias y normas que guían nuestra conducta. En todo este proceso por el que llegamos a ser lo que somos, la imitación, la repetición y el hábito juegan un papel fundamental a la hora de asimilar los modelos culturales de un determinado grupo social; mientras que la negación, la resistencia y la protesta nos llevan a explorar nuevos modelos, aportando así, junto con la carga genética, una cierta singularidad a nuestra identidad.

El problema está en que no sabemos dónde guardamos todos esos hábitos contraídos, dónde guardamos esos conocimientos, valores, creencias y normas que nos hacen ser lo que somos. No basta decir que están en nuestro cuerpo, en nuestra mente o que forman parte de nuestra memoria, porque entonces la pregunta es dónde está la memoria, en qué lugar de la mente, cómo se recogen en el cuerpo. Está claro que el cerebro juega un papel en todo esto, pero pretender, como hacen muchos pensadores reduccionistas, que el complejo mundo de las ideas se puede explicar a partir de unos contenidos mentales, reductibles en última instancia a la física y química del cerebro, es seguramente desafortunado. Es más que probable que ni nuestra conciencia, ni las ideas que la llenan, sean explicables en términos biológicos o físico-químicos.

En vez de pensar las ideas como simples contenidos mentales, como productos de nuestro cerebro, podemos pensarlas como entidades con vida propia. No se trata de volver a las clásicas Formas platónicas y restablecer así un dualismo que no deja de tener el inconveniente de devaluar el mundo en que vivimos y ensalzar un mundo de formas puras, tan trascendente como inalcanzable para la mayoría de los mortales. Las ideas serían tan reales, tan parte de este mundo, como nosotros mismos. Sólo que no se hallan exactamente en nuestra mente. O dicho de otra manera, los contenidos de nuestra mente son sólo expresiones concretas de las diferentes ideas, pero estas ideas como entidades propias no se agotan en tales expresiones. En la medida en que las ideas parecen ejercer una cierta acción o influencia a distancia, podemos compararlas con los campos que utiliza la física más moderna para explicar la realidad.

Ideas y Campos mórficos

Todo está conectado

De acuerdo con la visión más reciente de la física, la materia, las ondas y el espacio dejan de ser entidades separadas afectadas por fuerzas hasta ahora incomprensibles. Toda la realidad observable sería una simple manifestación externa de una realidad implícita que responde al nombre de campo, y que se caracteriza básicamente por su interconexión. Las partículas subatómicas son, en última instancia, un conjunto de vibraciones y frecuencias distribuidas en un campo apropiado. Esta distribución no es determinista, responde a una concreta función de densidad probabilística. La energía se mueve por el campo acompañando tales vibraciones y es intercambiable con la materia. Con una concentración suficiente de energía, las vibraciones asociadas pueden dar lugar a una partícula

material. Es decir, la idea de campo rompe el dualismo clásico de la física entre materia y energía y convierte ambas cosas en intercambiables.

Todavía no se ha encontrado una teoría de campo unificado para explicar toda la realidad física conocida, desde las partículas subatómicas hasta las galaxias del universo, pero se está en ello. Un mundo de diez u once dimensiones en el que las partículas de materia se convierten en “cuerdas” vibratorias, parece ser la mejor explicación hasta la fecha. De momento, la física trabaja con varios campos por separado, como el campo gravitatorio, que explica los fenómenos de atracción entre cuerpos como una consecuencia de la forma del espacio, desde Einstein un espacio curvo e informado; el campo electromagnético, con el que se explica la luz, la electricidad, el magnetismo y en general, todos los fenómenos electromagnéticos; y los campos asociados a las partículas subatómicas.

Lo interesante de la Teoría de Campos es que la realidad deja de verse como un conjunto de cosas separadas en un espacio neutro e indiferenciado. Todo lo observable son expresiones externas de los diferentes estados de un campo, que por su parte no se debe considerar como una entidad distinta de lo observable. Materia, energía, luz, ondas y espacio son el campo, son la forma visible de un campo unificado.

Las ideas como campos mórficos

Llevando esta analogía al mundo de las ideas, podemos ver las ideas como campos mórficos, utilizando la expresión de R. Sheldrake. De esta manera, las ideas ejercen una acción a distancia sobre las personas porque el campo mórfico asociado a ellas impregna todo el espacio. Por su parte, las personas tampoco serían exactamente entidades rígidas. Como las partículas de materia de la física, tendrían también un campo mórfico asociado. Una persona piensa una idea, o participa de ella en una forma más general, cuando su campo mórfico “sintoniza” con el campo mórfico de la idea. Sheldrake llama resonancia mórfica a esta sintonía entre diferentes campos mórficos.

Sheldrake no es capaz de explicar cómo aparecen estos campos mórficos ni cuál es su realidad. Insiste en que no son campos fijos, sino que evolucionan con el tiempo y que su estabilidad se debe a la repetición y el hábito. Así por ejemplo, el campo mórfico asociado al saber nadar, creado cuando alguien por primera vez aprendió a nadar, se ha ido modificando y estabilizando con el tiempo conforme más personas han aprendido a nadar. Esta estabilidad creciente hace que hoy en día a una persona le resulte más fácil aprender a nadar, ya que le cuesta menos resonar con un campo fuertemente estabilizado.

Pero no sólo la adquisición de habilidades se explicaría como una resonancia con determinados campos mórficos; nuestros valores, normas y otras creencias arraigadas sobre lo que está bien y está mal también las adquirimos de la cultura del grupo social en el que estamos inmersos a través de un proceso de resonancia mórfica. Todos esos elementos culturales se pueden considerar como campos mórficos que impregnan una cultura particular. Su interiorización, que antes hemos explicado como consecuencia de la socialización y que básicamente es una imitación y repetición de hábitos, es comparable para Sheldrake al ajuste o búsqueda de resonancia entre nuestro campo mórfico y el del correspondiente elemento cultural. Una vez alcanzada tal resonancia con un determinado valor o creencia, siempre podemos volver a resonar con él en el futuro.

La teoría de R. Sheldrake ha generado una gran controversia en la comunidad científica. Ha sido muy contestada por materialistas y reduccionistas. Es cierto que muchas de las cosas que afirma son prácticamente inverificables, aunque él insiste en que se trata de una teoría científica, es decir sujeta a experimentación y posible falsación. Pero no es menos cierto que aporta elementos muy innovadores para comprender los fenómenos relacionados con la vida, especialmente en relación con la aparición de formas o morfogénesis, y también los relacionados con los comportamientos, las formas de organización social y los productos o actividades de la mente. Como él afirma en su libro *La presencia del pasado*, “si una verdadera teoría unificada ha de surgir algún día, organismos vivos y mentes conscientes han de estar incluidos en ella, junto con las partículas y los campos de la física. Se necesita una nueva filosofía natural que pueda ir más allá que la física y que sea no obstante armoniosa con ella.”

Las ideas como problemas y multiplicidades de sentido

Sheldrake cita a D. Bohm como una de las pocas personas que ha aportado elementos interesantes en esta dirección. Yo citaría igualmente a G. Deleuze, quien en su libro *Diferencia y repetición* crea los mimbres adecuados para la metafísica de esa filosofía natural reivindicada por el biólogo inglés. Deleuze introduce las Ideas, en parte como problemas o problematizaciones, siguiendo en esto a Kant. Como problemas las Ideas no tienen solución, o de otra manera, la solución es una posible manifestación externa de la Idea. Igualmente como problemas, las Ideas pueden ser abordadas desde ángulos muy diferentes, desde las matemáticas, desde la economía, la sociología, el arte, etc. De esta manera las Ideas se “actualizan” en un determinado campo de la realidad fenomenológica, mientras que se “expresan” a través de los contenidos concretos que como soluciones se dan en cada uno de esos campos. Un libro, una obra de arte es una manera de “resolver” una Idea, es decir de hacerla parcialmente visible, de hacerla manifiesta. Pero también lo es una determinada forma de organización económica o social, una manera de comportarse o de organizar nuestra vida para satisfacer nuestras necesidades básicas.

Si por una parte las Ideas se pueden entender como problemas, por otra son multiplicidades o variedades diferenciales que se constituyen a partir de elementos que carecen de toda forma sensible o significado conceptual, “ni tienen existencia actual, siendo inseparables de un potencial o una virtualidad”. Su falta de identidad previa, su indeterminación es la base para una posible determinación mediante relaciones recíprocas diferenciales. Se trata de relaciones ideales, no localizables, pero que contienen en sí un conjunto de singularidades que, en la posterior actualización de la idea en un espacio-tiempo determinado, dan lugar a formas observables estables. La actualización no debe entenderse como un paso temporal entre una estructura antes implicada y un después explicada. Es una génesis atemporal, un movimiento de lo virtual a lo actual, es decir “de la estructura a su actualización, de las condiciones de problemas a los casos de solución, de los elementos diferenciales y de sus relaciones ideales a los términos actuales y a las relaciones reales diversas que constituyen a cada momento la actualidad del tiempo”. La Idea no es la esencia de nada. “El problema, en tanto que objeto de la Idea, se halla del lado de lo que acontece, de las afecciones, de los accidentes, antes que de la esencia”. Como problema, la Idea no responde a la cuestión del Qué, sino del cómo, cuánto, cuándo. Por último, además de ser estructura y acontecimiento, la Idea es también sentido, es portadora de un sentido que viene dado por su propia génesis, por su movimiento de actualización. Preguntarse por el sentido de algo es concebir ese “algo” como un problema, como una Idea en busca de su actualización.

Somos hábitos e ideas contraídas

Las Ideas deleuzianas difieren totalmente de nuestra concepción de las ideas como conceptos o contenidos de la mente. Nosotros nos vemos como sujetos pensantes y vemos a las ideas como algo nuestro, algo que creamos en nuestra mente o pensamiento, y que se refiere a un mundo de cosas externas a nosotros. Es decir, establecemos una separación entre un ser que piensa —nosotros, nuestro Yo—, y las cosas pensadas (teoría clásica de la representación), como si tal separación fuera posible. Ignoramos que nuestro Yo no es un espacio neutro e indiferenciado que pueda acoger a voluntad unos hábitos u otros, unas ideas u otras. Nosotros somos también un aspecto de la Idea, nuestro Yo es igualmente la actualización de un conjunto de relaciones diferenciales, una serie de relaciones recíprocas entre elementos indeterminados que se condensan en hábitos y en memorias, un campo mórfico. Nosotros no somos lo que somos porque hemos aprendido una serie de habilidades, conocimientos, ideas, valores, etc. que hemos ido incorporando a un ser que nació todo hecho y separado del mundo. Somos lo que somos, y pensamos lo que pensamos, porque nos hemos ido haciendo con el mundo, somos la expresión de una serie de Ideas que se manifiestan a través de nosotros y a través de la realidad que nos rodea.

Las Ideas no se crean en nuestra mente, se expresan a través de nosotros, en los hábitos que hemos adquirido a lo largo de años de prácticas repetitivas, imitando lo que otras personas de nuestra cultura, de nuestro entorno social, de nuestra familia, hacían. Estos hábitos están bien arraigados en nuestro cuerpo. Algunos son hábitos que compartimos con otros animales, especialmente con los mamíferos superiores, se remontan probablemente a millones de años, transmitidos de generación en generación forman parte de nuestra propia estructura fisiológica. Otros son hábitos que compartimos todos los seres humanos, igualmente muy antiguos, determinan lo que podríamos llamar “humanidad”. Otros son más recientes, conforman una determinada cultura y nos diferencian por tanto de otros seres humanos que jamás adquirieron tales hábitos; nos permiten hablar de diversidad cultural.

En general, todos los seres vivos contraen hábitos, tal vez esa sea su principal característica. Lo importante es que todo hábito implica una modificación de las relaciones que mantenemos con el espacio que nos rodea. Por eso nuestro reconocimiento del mundo externo no es inseparable de los hábitos que hayamos podido contraer. Nos hacemos con el mundo en la medida que nuestras vivencias y hábitos recrean continuamente la relación que mantenemos con el mundo. Con cada vivencia, con cada hábito contraído somos diferentes, de la misma manera que el mundo que nos rodea es diferente.

Las Ideas se expresan a través de nuestros actos tanto como se expresan a través de las relaciones que mantenemos con nuestro entorno, y como se expresan a través del propio entorno. Y normalmente lo que pensamos no es más que una replicación de esos hábitos y relaciones. Nuestros pensamientos, los contenidos de nuestra mente, no hacen sino reflejar lo que somos en tanto que hábitos adquiridos en nuestra relación con los demás y con el medio que nos acoge. No suele haber mucha originalidad en aquello que pensamos. Lo que pensamos es parte de una o varias Ideas que se están manifestando en ese momento a través de nosotros —no sólo a través de nuestros pensamientos, también a través de cómo vivimos, a través de la forma de vida en la que estamos inmersos, y también a través de todo aquello que hacemos y de lo que ni siquiera somos conscientes—. Nuestros pensamientos no son más que Ideas contraídas.

Libertad y acción social

Las ideas no nos determinan

Por lo dicho hasta ahora sobre las Ideas, entendidas como campos mórficos o como multiplicidades diferenciales expresivas, parece deducirse que todo lo que nosotros podamos hacer está ya determinado por ellas; son las Ideas las que se desenvuelven desde su realidad implicada llenando y determinado todos los espacios externos con su presencia, incluidos nosotros mismos. Nuestra libertad parece esfumarse ante la incapacidad para influir sobre ellas. ¿Qué sentido puede tener separarse de una Idea para la que Yo no soy más que un simple canal expresivo? Aún más, ¿es posible separarse de una Idea que no sólo se expresa en mis pensamientos, sino que está también arraigada en mi cuerpo, en mi forma de vida, a través de una serie de hábitos de los que ni siquiera soy consciente? Si toda Idea persevera inexorablemente en su propia manifestación, ¿cómo podemos eludir un destino que está escrito en el propio ser de la Idea?

Sheldrake apunta que los campos mórficos sociales serían, como los campos morfogenéticos de la biología, de tipo probabilístico, permitiendo que la Idea que encierran se exprese, dentro de cada ámbito, de muchas maneras posibles. De esta manera, una misma Idea puede dar lugar a diferentes comportamientos o formas de vida, a diferentes estructuras e instituciones sociales, desarrollarse en diferentes productos culturales. Toda manifestación externa es inicialmente posible, siempre y cuando respete los límites de la estabilidad estructural, es decir siempre y cuando se mantenga dentro de la “cuenca de atracción” de la Idea. A su vez estos campos sufren modificaciones como consecuencia de las acciones que llevan a cabo los diferentes actores sociales, individuos y grupos de individuos. Y aunque presentan inicialmente una gran variabilidad, mucho mayor que los campos morfogenéticos de la biología, o los campos de fuerzas de la física, al igual que éstos, su estabilidad estructural se ve reforzada con el hábito y la repetición; es decir con la reiteración de determinadas conductas sociales,

con la repetida difusión de elementos culturales concretos, con la reiterada insistencia en determinadas formas de organización, de producción y distribución de la riqueza social, etc.; mientras que se debilita con las diferentes formas de rebelión y resistencia.

Las Ideas, como campos mórficos, no determinan completamente nuestros pensamientos, ni determinan completamente nuestra forma de vida. Las grandes Ideas de cada cultura, las Ideas dominantes presentan una gran estabilidad estructural y atraen casi todos nuestros pensamientos y actos. Pero en tanto que campos probabilísticos existe una indeterminación que permite resonancias en frecuencias diversas. Podemos resistirnos a una Idea, apoyando otras por ejemplo, contrayendo otros hábitos, creando nuevas formas de vida y, si somos muchos, llegar a modificar la dinámica subyacente que domina el campo social.

La dinámica del cambio social

Esta manera de ver las Ideas como campos mórficos, que se expresan de diferentes maneras en los distintos ámbitos del ser humano, resuelve además una vieja controversia sobre la prioridad de lo material o lo ideológico en los procesos de transformación social. Ni la materia determina las ideas, ni las ideas condicionan los procesos materiales de un sistema social. Ambos, condiciones materiales y condiciones ideológicas pierden su relevancia como determinantes sociales y se convierten en distintas expresiones de una Idea que contiene en sí misma, como elementos singulares, las formas virtuales en las que se actualizan posteriormente los comportamientos individuales, las estructuras sociales y los contenidos culturales.

Desde esta perspectiva, los cambios sociales no son el resultado de contradicciones internas en el sistema económico, como pensaba Marx, aunque tales contradicciones existen sin duda; ni responden a la evolución dialéctica de la Razón en busca de su realización, como diría Hegel. Las contradicciones económicas, los nuevos descubrimientos e investigaciones científicas, las aportaciones de intelectuales y filósofos, la actividad de escritores y artistas, así como los cambios observables en la naturaleza — cambio climático, contaminación, etc.—, a la vez que son manifestaciones externas de una Idea, son también parámetros variables que influyen en su propia estabilidad, sometiéndola a una permanente “vibración”, que podría llegar a alterar su estabilidad estructural. Es decir, la Idea determina sólo en parte la forma de los comportamientos individuales, de las estructuras sociales y de los productos culturales, estando todos ellos sometidos a una gran variabilidad ambiental que, aunque generalmente no altera la dinámica social subyacente, puede llegar a hacerlo.

Si algo ha quedado claro con las investigaciones más recientes sobre campos y sistemas dinámicos es que la estabilidad estructural de las formas observables no es previsible en el caso de sistemas caóticos, es decir sistemas que tienen una gran sensibilidad a pequeños cambios en las condiciones iniciales. En este tipo de sistemas, y todo hace pensar que el campo social es uno de ellos, pequeñas variaciones en ciertos parámetros de control del campo, pueden modificar completamente la dinámica interna dando lugar a soluciones radicalmente diferentes. Aplicado esto al campo social, el cambio social ha de entenderse como un cambio en la dinámica social que afecta a su estabilidad estructural y que se traduce en nuevas formas de organización observables. El cambio de dinámica es a su vez consecuencia de pequeñas variaciones en parámetros de control del campo, que pueden tener que ver tanto con una modificación de comportamientos individuales, con una intensificación de contradicciones estructurales, o con una mayor difusión de ciertos contenidos culturales e ideológicos.

Estas variaciones parametrales son, en cualquier caso, imprevisibles. Cualquier modificación en la conducta individual de una persona o grupo de personas afecta sin duda a la dinámica social, pero en qué momento, con qué masa crítica, con qué número mínimo de cambios individuales la variación introducida altera su estabilidad estructural es algo imposible de saber. Lo que sí se puede decir es que esta manera de ver las cosas confirma la impresión que tiene mucha gente de que para iniciar un cambio no es necesario que todo el mundo cambie. Como dice M. Mead, “basta un pequeño número de individuos comprometidos para cambiar el mundo. De hecho siempre ha sido así”.

La libertad y creatividad humanas

Nosotros, como individuos, nos vamos haciendo a la vez que vamos viviendo y experimentando el mundo. Nuestra vida recoge así, a través de nuestras infinitas vivencias, a través de los hábitos contraídos, una serie de conocimientos e ideas que, desde otra perspectiva se puede decir que se expresan en nosotros. En la medida en que participamos de estas ideas, estamos conectados con el resto de seres humanos, con el resto de seres vivos, con el mundo en su totalidad, pues las ideas se expresan a través de todos ellos. Ahora bien, ni estamos completamente determinados por unas ideas en particular, ni todas las ideas favorecen las conexiones con el resto de los seres y con el mundo.

Las ideas no nos determinan porque en sí mismas ellas no son determinantes, no nos conforman rígidamente. Si nuestro ser fuera, como dice Sheldrake, un campo mórfico que se hace en su resonar con los múltiples campos mórficos de ideas que nos atraviesan, se podría decir que las ideas son campos de distribución probabilística, de manera que su huella en nuestro campo mórfico es igualmente probabilística. Es decir la forma de nuestro campo mórfico sería lo más parecido a un fractal (en tanto que pliegues que se pliegan sobre sí mismos, vivencias de vivencias) de contornos indefinidos, difusos, en permanente vibración. Todo lo que somos está almacenado en esa forma fractal de distribución probabilística que configura el campo de nuestro ser.

Y de alguna manera, todo está almacenado ahí, pues todas las ideas nos influyen de una u otra forma. La imitación, la repetición, el hábito, junto con el rechazo y la resistencia, favorecen ciertas resonancias y reprimen otras. Un Yo nace así, privilegiando una serie de frecuencias o vibraciones que llegan a “resonar sobre sí mismas”, creando una conciencia. En tanto que reflejo de una parte de nuestro ser que vibra con ciertas ideas concretas, nuestro Yo se siente identificado con esas ideas, y llega a pensar que sólo somos esas ideas. Pero lo cierto es que nuestro ser es mucho más amplio que esa parte reflejada en nuestro Yo, y es en esa capacidad de exploración de otras frecuencias, de otros territorios de nuestra geometría fractal en donde yo situaría la libertad y la creatividad humanas.

Nuestro ser participante

Separándonos de aquello con lo que nos identificamos podemos, por una parte explorar otras partes de nuestro ser, ganando en conciencia y creciendo como personas; podemos aprender a resonar con otras ideas cuyas frecuencias apenas son perceptibles en nosotros y que pueden llevarnos a cambiar nuestra vida. Es así que se crea una “visión” y nos atraviesa con el deseo que nos empuja a hacerla manifiesta. Por otra parte, al separarnos de aquellas ideas que llenan nuestro Yo, es cuando descubrimos que en realidad participamos con mayor o menor fuerza de todas las ideas; es decir, es cuando se revela claramente nuestra esencia como seres participantes.

La cambiante forma fractal de nuestro ser es la expresión de una ininterrumpida participación que comenzó desde el mismo momento en que fuimos concebidos. Que las ideas se expresan en nosotros o que nosotros participamos de una idea son dos maneras de decir lo mismo. Lo que en cualquier caso nos debe quedar claro es que las ideas no se agotan con nosotros, no las conocemos completamente por mucho que resonemos con ellas, por mucho que hayamos trabajado en su manifestación. La idea, como multiplicidad se actualiza en muchos ámbitos y se expresa en infinitas realizaciones concretas. De nuevo hay que decir que yo no tengo la verdad de una idea, ni siquiera cabe preguntarse por su esencia, por el qué de una idea; podemos preguntar dónde, cuándo, cómo, en qué condiciones se ha hecho manifiesta. El recíproco es igualmente cierto. Nuestro ser no se agota en unas pocas ideas de las que somos conscientes.

Ideas agotadas en su capacidad expresiva

Las Ideas evolucionan con el tiempo, no son formas trascendentes inmutables. Algunas Ideas sufren cambios considerables, otras parecen quedar relegadas al olvido, otras parecen surgir de la nada. En cada momento de la historia existen algunas Ideas que parecen tomar un protagonismo especial y que son más visibles en sus expresiones externas que otras. Las podemos llamar Ideas

dominantes. Ya he explicado antes que los cambios sociales son consecuencia de alteraciones significativas en la dinámica social que se traducen en una pérdida de estabilidad estructural y el surgimiento de otras formas observables. Es decir, otras Ideas pasan a ser dominantes, pasan a controlar la dinámica social. Pero las primeras Ideas no desaparecen necesariamente. Desde su situación marginal, desde su limitada expresión en las vidas de unas pocas personas, conservan una cierta capacidad de influencia.

Desde mi punto de vista, el cambio se produce cuando las Ideas dominantes agotan su capacidad expresiva. Es decir, son incapaces de problematizar adecuadamente la realidad, de asimilar las crecientes resistencias, de seguir contrayendo hábitos. Es entonces que surgen nuevas Ideas, la mayoría de las veces en resonancia con otras Ideas del pasado que todavía perviven en “frecuencias bajas”. Las nuevas Ideas atraen a la gente porque abren nuevas posibilidades, establecen nuevas conexiones, permiten nuevas formas de problematizar la realidad, generan nuevos campos expresivos, contribuyen a aumentar nuestra conciencia individual y colectiva.

Es en este sentido que yo entiendo que la Idea del individuo liberal ha tocado fondo. Está llegando al límite de lo que puede dar de sí. No es que no resuelva los problemas que nos afectan en la actualidad, es que ni siquiera es capaz de plantearlos adecuadamente. Ha llegado incluso al punto de una expresión grotesca, visible en unos individuos que ya no saben cómo llevar más lejos su pretendida individualidad, rezumando hastío por todos los costados, consumiendo cada vez más y cada vez cosas más inútiles, privatizándose cada vez más y privatizando todos los espacios, enfrentándose agresivamente por pequeñas y grandes parcelas de poder; y a la vez que se hallan cada vez más informados, se desentienden cada vez más de las consecuencias de sus actos, en lo que afectan a otras personas, en lo que afecta a la naturaleza, en lo que les afecta, a ellos y a sus hijos, como moradores de un planeta que se destruye a cada paso.

Y es por todo ello que pienso que las Ideas de la sostenibilidad y de la comunidad van a ir ganando fuerza, resonando cada vez más en las mentes de la gente. Porque aportan nuevos elementos para leer la realidad, porque son capaces de reconocer y plantear los problemas existentes, porque nos permiten descubrir conexiones de las que hasta ahora no éramos conscientes, explorar toda una parte de nuestro ser que se nos revela como aire, agua, tierra, luz y vida contraída; porque nos ayudan a satisfacer nuestras necesidades de una manera integral, holística; porque recogen la esencia de nuestro ser participante. En el capítulo siguiente, analizo cómo se expresan, o podrían expresarse dichas Ideas en una forma de vida concreta, en oposición a la forma de vida que se desprende del desarrollo actual del individualismo liberal.

13. La sostenibilidad como Idea y como Forma de vida

Hemos visto en el capítulo anterior que las ideas, en tanto que campos mórficos o Ideas deleuzianas, son entidades que pertenecen a un orden implicado que se expresa externamente de maneras muy distintas. Una Idea se expresa a través de nuestros comportamientos individuales, a través de nuestros conocimientos, creencias y pensamientos varios; se expresa igualmente en las diversas estructuras sociales que hemos creado, en relación con la economía, con la educación, la salud, la seguridad, el gobierno, etc.; se expresa en todo un conjunto de manifestaciones y productos culturales, incluyendo relatos, rituales, celebraciones, artes y, por supuesto, a través del cine y la televisión, y se expresa finalmente en la relación que mantenemos con la naturaleza y la manera en que entendemos nuestro estar en el mundo. De todas las ideas de las que participamos, hay algunas que conectan directamente con los aspectos cotidianos de nuestra vida. Estas ideas se manifiestan, no por lo que hacemos intencionadamente o por lo que decimos que somos o queremos, sino en la forma en que vivimos las cosas diarias. Dónde vivimos, con quién vivimos, cómo nos alimentamos, cómo nos relacionamos con otras personas, cómo nos relacionamos con nuestra pareja y nuestros hijos, cómo nos relacionamos con nuestro entorno, cómo trabajamos, cómo demostramos alegría, tristeza, enfado, temor..., todo ello es parte de una forma de vida.

La mayoría de las cosas que hacemos diariamente las damos por supuestas, ni siquiera pensamos sobre ello. No se nos ocurre pensar cuáles son las implicaciones de nuestros actos, o que tengan implicación alguna. Tampoco se nos ocurre pensar que todo eso que hacemos tan inconscientemente se podría hacer de otra manera. Y sin embargo, todo lo que hacemos responde a una intención, expresa una Idea concreta, y por supuesto tiene consecuencias, en la gente y en el planeta. En el camino hacia la sostenibilidad es fundamental satisfacer nuestras necesidades de una manera creativa y sostenible; es decir, es necesario organizar nuestra vida diaria de otra manera, desarrollar una nueva Forma de vida. Como individuos normales, no necesariamente activos en cuestiones políticas o sociales, podemos contribuir al cambio social cambiando simplemente nuestra forma de vida. Con un número suficiente de personas interesadas en cambiar su forma de vida, empiezan a darse otros cambios estructurales y culturales, aumentando así la expresión de nuevas ideas y sus posibilidades de una mayor resonancia. En este capítulo se introduce el concepto de Forma de vida y se explora cómo podemos satisfacer nuestras necesidades de una manera más creativa y sostenible.

Formas de vida

La necesidad de contar con una forma de vida

La expresión de una Idea en todos esos pequeños aspectos cotidianos que organizan nuestra vida a la hora de satisfacer nuestras necesidades básicas es lo que yo llamo una forma de vida. Una forma de vida incluye todo lo que hacemos para satisfacer aquellas necesidades que van desde cómo conseguimos los alimentos que comemos, el cobijo que nos resguarda, el agua y la energía que consumimos, hasta cómo nos relacionamos con los demás y con el entorno, cómo tomamos las decisiones en los grupos de los que somos parte, o como celebramos los momentos de alegría o tristeza colectivos. Una forma de vida nos permite satisfacer tales necesidades sin tener que pensar en ello. A través de la imitación y la repetición, hemos llegado a convertir todos esos pequeños actos cotidianos en simples hábitos.

Durante milenios los diferentes grupos humanos han desarrollado sus propios hábitos o formas de vida, adaptados a sus circunstancias particulares, al lugar en el que vivían y del que formaban parte. Cada lugar exigía una respuesta distinta, una forma de vida apropiada a las condiciones del lugar que implicaba un conocimiento profundo del territorio, de los recursos que proporcionaba y de lo que se

podía esperar de él con el desarrollo de nuevas tecnologías. Todas las culturas que existen y han existido en el mundo han surgido como una respuesta apropiada a un determinado lugar, modulada por la influencia de otras culturas adyacentes y por los movimientos migratorios. En la actualidad, toda esa diversidad de culturas y formas de vida está en trance de desaparecer, ante el aplastante dominio de la forma de vida dominante en el mundo occidental.

Es significativo al respecto el siguiente texto en el que un anciano Hopi nos exhorta a abandonar nuestras diferencias y crear más comunidad, para lo que es necesario conocer nuestra forma de vida:

*“Has estado diciendo a la gente que está es la hora onceava,
ahora debes volver y decir a la gente que ésta es la hora.
Y debemos considerar algunas cosas...
¿Dónde vives? ¿Qué haces?
¿Cuáles son tus relaciones? ¿Estás en una relación justa?
¿Dónde está tu agua? ¿Conoces tu huerto?
Es tiempo de que digas tu verdad.
Crea tu comunidad.
Sed buenos unos con otros
Y no mires fuera de ti en busca de un líder”.*

Todos los seres humanos nacemos dentro de una cultura particular y adquirimos por tanto la forma de vida propia de dicha cultura. Lo hacemos por repetición y creación de hábitos, contrayendo en un corto periodo de tiempo —el que se tarda en formar un yo, una personalidad— lo que una cultura ha tardado siglos o milenios en conformar. Una forma de vida da seguridad y tranquilidad a nuestras vidas. Nos dice cómo tienen que hacerse las cosas sin que tengamos que pensar mucho en ello, nos aporta el marco de referencia sobre el que se construye una parte importante de nuestro ser, nos da las herramientas para forjar una identidad. Según Giorgio Agamben, lo peor de los regímenes totalitarios es la humillación moral de las personas, lo que se consigue impidiéndoles ser alguien en un marco de referencia concreto, eliminando toda referencia que pueda dar cierta seguridad y sentido a sus vidas y dejándolas desnudas en una indefensión aterradora y alejada de toda forma de vida.

El individualismo (neo)liberal tal vez no recurra al terror y la fuerza para imponerse como forma de vida, al menos no siempre o no de manera evidente, pero lo cierto es que en su extensión generalizada a lo largo del planeta está dejando a millones de personas sin una forma de vida que las sustente, desvalorizando y negando a través de las elites locales prácticas culturales arraigadas durante milenios, apropiándose de recursos y territorios que los pueblos nativos siempre han considerado propios y sagrados, y todo ello sin aportar una alternativa real que haga posible asumir cierta modernidad a partir del respeto por una tradición y unos hábitos que para muchas personas es lo único que cuenta, lo único que tienen.

En el propio mundo occidental, contar con una forma de vida que nos permita satisfacer nuestras necesidades básicas nos llega a parecer imprescindible como primer paso en el camino de nuestra realización personal. Ahora bien, nuestra forma de vida actual se ha revelado totalmente insostenible y un peligro para la supervivencia del planeta. Entonces ¿por qué seguir aferrados a una forma de vida que, aunque sea aparentemente buena para algunos de nosotros, tiene consecuencias desastrosas para otras personas y para el entorno que nos acoge? ¿No sería mucho más inteligente y sensato tratar de desarrollar una forma de vida que permitiera a todo el mundo, sin excepción alguna, satisfacer sus necesidades básicas, a la vez que se reduce e incluso elimina el impacto sobre el planeta?

La forma de vida mayoritaria

En la forma de vida mayoritaria en el mundo occidental, y por poner algunos ejemplos, los alimentos se consiguen en el supermercado, el agua se obtiene abriendo el grifo y la luz dando al interruptor —parece estúpido decir esto, pero no debemos olvidar que hay muchas partes del mundo en donde no es así—. Para desplazarnos de un lugar a otro utilizamos el coche, para ir a trabajar, para

hacer recados, para ver a los amigos, para llevar los niños a la escuela. Para tener un lugar en el que resguardarnos nos compramos una casa y, puesto que son tan caras, nos empeñamos con el banco por treinta o cuarenta años. Y si no podemos comprarla, pagamos un alquiler que se nos lleva la mitad del sueldo, y si no podemos pagar un alquiler nos hacíamos en chabolas en los suburbios de las ciudades. Para conseguir todas estas cosas trabajamos, la mayoría duramente, durante toda la vida, y si conseguimos ahorrar algo de dinero, lo colocamos en el banco, esperando que nos dé intereses. O no trabajamos porque no hay trabajo y nos vemos obligados a mendigar de puerta en puerta, de empresa en empresa, una pequeña limosna.

Los niños los dejamos en la escuela y delegamos su educación en otros. El tiempo libre lo utilizamos en ver la televisión, o lo pasamos en los grandes centros comerciales, o participamos en alguno de los miles de viajes organizados. Nos gusta discutir sobre cualquier cosa, para tener razón o que nos den la razón, dejando ver nuestro espíritu competitivo y tratando de imponernos sobre los puntos de vista de los demás. Nuestra manera de comunicar es incapaz de gestionar con sinceridad nuestros miedos y emociones ocultas o inconscientes y está salpicada por tanto de incontables mecanismos de defensa que, en general, llevan una gran carga de violencia. Nuestro yo suele ser precavido, temeroso y mal pensado.

Cuando hay problemas nos fijamos en los síntomas y desarrollamos un sinfín de estrategias para acabar con ellos, sin apenas prestar atención a la causa de tales problemas. Preferimos mantener una imagen, aunque nos duela, que cambiar algo de nuestro ser para adecuarnos de una manera más conveniente a las cosas. Apenas prestamos atención a los asuntos públicos, y menos si supone una contribución en tiempo o en dinero, delegamos la gestión de lo común a profesionales y reducimos la política a un espectáculo que criticamos o aplaudimos con la ferocidad de un espectador ajeno.

Esto es lo que casi todo el mundo hace, es lo normal, la forma de vida mayoritaria en el mundo occidental. La mayoría de la gente actúa de esta manera y ni siquiera se le pasa por la cabeza que se pueda vivir de otra forma, y mucho menos, que esta forma de vida tenga consecuencias que, en ocasiones, van incluso contra sus propias creencias.

Parece como si todo hubiera de ser así, como si no pudiera ser de otra manera, o como si no pudiéramos hacer nada para que fuera de otra manera. Y sin embargo, todas estas pequeñas cosas que forman parte de nuestra forma de vida encierran detrás importantes ideas de cómo se debe organizar la sociedad. Tal vez nosotros no nos demos cuenta de lo que supone vivir como vivimos, pero si algo nos debe quedar claro es que no es por azar. Toda forma de vida es la expresión de una Idea dominante, el resultado de una confrontación histórica entre diversas Ideas que se desarrollaron según diversos intereses, en algunos casos para mantener ciertos privilegios de una minoría de la población, en otros buscando una mayor emancipación de la gente. Y por supuesto, todo lo que hacemos, muchas veces sin darnos cuenta, tiene consecuencias. Tiene consecuencias sobre nosotros mismos, sobre nuestra salud física y mental, afecta sin duda a otras personas, algunas viven cerca de nosotros, otras en países que nos parecen lejanos; y afecta a la naturaleza, al resto de seres vivos, al planeta. Veamos algunos ejemplos.

Algunas consecuencias ignoradas de nuestra forma de vida

Hasta hace poco bebíamos el agua que salía del grifo. Ahora como la calidad del agua del grifo ha llegado a límites insospechadamente bajos, el agua para beber se compra en el supermercado. El agua que sale del grifo, especialmente en las grandes ciudades, proviene de grandes embalses que han inundado valles en los que vivían otras personas. Esos embalses pueden estar cerca de la ciudad, o a miles de kilómetros de distancia, trasvasando el agua de una cuenca a otra a través de gigantescas tuberías, que implican enormes movimientos de tierra y una gran afectación al entorno. Por otra parte, la mayor parte de los ríos están contaminados, debido a los vertidos incontrolados de empresas y desagües urbanos. De manera que para hacer el agua mínimamente potable se requiere una gran inversión en plantas potabilizadoras, sin que su calidad nunca llegue a ser excelente. Todavía es peor el tema del agua envasada. Este negocio está en manos de unas pocas empresas multinacionales cuyo único interés es su propio beneficio. Ni les importa la calidad del agua que venden, en algunos casos

simple agua del grifo filtrada, ni les importa apropiarse de importantes manantiales y acuíferos que compran con el beneplácito de administraciones locales y nacionales, arrebatándoselos a la población local, que de repente tiene que pagar por beber el agua que durante toda su vida fue gratis. Resulta sin duda cómodo abrir el grifo y tener agua, o ir al supermercado y comprar agua, pero tal vez si supiéramos, si quisiéramos saber, lo que supone tener agua en un sistema tan insostenible como una ciudad, nos pensaríamos mejor el dejar el grifo abierto o malgastar el agua, comprarla en el supermercado a empresas que están haciendo tanto daño en muchos países del mundo, o permitir impasibles que nuestras autoridades no hagan mayores esfuerzos en evitar la contaminación de los ríos.

De la misma manera, cuando damos al interruptor de la luz, esperamos contar con electricidad para hacer funcionar las decenas de aparatos eléctricos que tenemos en casa, y que hemos comprado diligentemente siguiendo las advertencias publicitarias de sus fabricantes. Lo que no sabemos, o no queremos saber, es que esa electricidad cuesta mucho de producir y para disponer de ella se construyen más pantanos, inundando más tierras en las que vivían otras personas, o más centrales térmicas, que contaminan el aire con sus emisiones, destruyendo valiosos ecosistemas a través de la lluvia ácida; o se quieren construir nuevas centrales nucleares, cuyos residuos radiactivos son prácticamente imperecederos o se utilizan para construir armas atómicas. Aunque poco a poco se utilizan más energías renovables, su aportación al consumo total apenas es significativa en los países más avanzados. Tal vez sepamos todo esto, pero el ahorro como primera medida, y la utilización de aparatos que no consumen electricidad o consumen menos, no forma parte de nuestra forma de vida. Lo cómodo sigue siendo dar al interruptor y esperar que haya luz.

Y qué decir de las consecuencias de utilizar alegremente el coche como medio de transporte. El coche funciona con derivados del petróleo, un combustible fósil que sólo existe en algunas partes del mundo y que está a punto de extinguirse. Los países más poderosos del mundo están intentando acaparar este recurso, que se ha convertido sin duda en la causa de las últimas guerras y seguramente de otras que están por llegar. Además, el coche es la principal causa de contaminación de la atmósfera por sus emisiones de CO₂, es el primer responsable del calentamiento global y del cambio climático. Para viajar en coche se construyen cada vez más carreteras y autopistas, lo que afecta a muchos espacios de gran valor ecológico. Las propias ciudades han cedido el espacio público al coche, de manera que calles y plazas, antaño lugares de encuentro y de paseo, son ahora lugares de tránsito para gente malhumorada o simples aparcaderos de vehículos. La economía familiar también se resiente considerablemente con los coches. Comprar un coche nuevo o mantener un coche viejo resulta muy caro. Entre seguros, mantenimiento y reparaciones se puede ir una importante parte del sueldo. Viajar en transporte público durante los diez años de vida media de un coche nuevo resulta mucho más barato. Por último, cabe recordar que las carreteras se llenan de gente sin escrúpulos al volante, o simplemente despistada, que cuestan numerosas vidas o desgracias. Pero el coche es lo que todo el mundo tiene, es el objeto más adorado en nuestra forma de vida mayoritaria. Podrá gustarnos más o menos, pero nadie parece muy preocupado por sus consecuencias.

El peligro de los intereses

Si puedo ahorrar algo de dinero, lo pongo en el banco y espero que me dé los mayores intereses. No me preocupa lo que el banco pueda hacer con mi dinero. Y sin embargo, los bancos utilizan nuestro dinero para prestárselo a empresas que invierten en armamento y patrocinan guerras, que explotan a sus trabajadores en países lejanos, que destruyen valiosas reservas naturales, que especulan con la tierra y sus recursos. Y a nosotros, no sólo no parece preocuparnos, sino que encima esperamos que nos llegue una parte de sus sucios negocios en forma de intereses. Poner el dinero en el banco es parte de nuestra forma de vida, es lo fácil. No nos preocupa lo que el banco haga con nuestro dinero, ni nos preguntamos si hay bancos que tengan un código ético para sus inversiones, ni nos cuestionamos cuáles son las consecuencias de aceptar el juego de los intereses. Podemos incluso llegar a estar preocupados por el tema de la deuda externa de los países no desarrollados, sin caer en la cuenta que

esa deuda la tienen en parte con nosotros, pues nuestro es el dinero que recibieron como préstamo de los bancos y fondos internacionales. Pero eso no lo vemos, o no queremos verlo, o no lo sabemos.

Y seguramente tampoco sabemos que por esperar intereses, por prestar con intereses, todo lo que compramos y todos los servicios que pagamos pueden costar entre un 20 y un 40% más caro, pues esa es la parte que el productor o el proveedor cargan en la factura para hacer frente a los intereses de los préstamos que deben a los bancos. De manera que, como bien ha demostrado Margrit Kennedy en su libro *Dinero sin inflación ni interés*, el juego de los intereses que aparentemente beneficia a todos los poseedores de capital, termina finalmente favoreciendo sólo al 20% que tiene mucho capital, mientras que para el otro 80%, el balance entre los intereses que reciben del banco y los intereses que pagan cargados en productos y servicios, es siempre negativo. Pero nosotros no sabemos nada de esto, no nos llega esta información y cuando nos llega apenas afecta nuestra forma de vida. Nuestro hábito sigue siendo poner el dinero en el banco porque es lo que todo el mundo hace.

Una democracia que necesita cambios

En otro orden de cosas, aceptamos la democracia representativa y partidista como la única manera de gobierno imaginable, contentos con poder votar cada cierto tiempo. Nos permitimos incluso el lujo de denigrar aquellos gobiernos considerados no democráticos, aunque tal vez su único error sea no contar con partidos políticos. ¡Como si nuestra democracia fuera una maravilla! Cuando es fácil ver que las democracias occidentales están cada vez más enfermas, que los gobiernos elegidos no representan a una gran parte de la población que ya ni siquiera acude a votar, que los partidos políticos responden cada vez más a intereses inconfesables de determinados grupos de presión, que el poder y la riqueza están indisolublemente ligados y que no queda espacio para las voces minoritarias y marginadas, que todo el sistema democrático partidista es un sistema adversarial pensado para vencer y humillar al contrincante, con una alta dosis de violencia intrínseca, etcétera, etcétera, etcétera.

La democracia tiene una base incontestable en una cultura que valora los derechos individuales. Puede ser un buen punto de partida, pero o profundizamos en lo que la democracia significa y establecemos mecanismos que permitan una mejor distribución del poder que incorpore las voces minoritarias y marginadas, o acaba siendo una forma de gobierno tan represiva como cualquier otra. De hecho, con la excusa de una nueva amenaza global, el terrorismo islamista, los gobiernos occidentales están tomando medidas que son, en última instancia, profundamente antidemocráticas, represivas y un atentado contra muchas personas inocentes. Y nosotros, mientras no nos afecte, mirando para otro lado. Nos basta con ir a votar cada cierto tiempo, es lo cómodo.

Siempre ha habido alternativas

La lista de ejemplos que se pueden dar sobre las desagradables consecuencias de nuestra forma de vida mayoritaria es interminable, afectando prácticamente a todo lo que hacemos. Eso es lo que tiene una forma de vida, que es un conjunto de hábitos tan interiorizados que muy poca gente se los cuestiona. Y algunos, que sí se los cuestionan, ante la falta de información sobre cómo organizan su vida otras personas en otros lugares, llegan a pensar que no hay alternativas, que no es posible vivir de otra manera. Cuando lo cierto es que siempre ha habido alternativas, siempre ha habido gente que ha vivido de otra manera, que ha organizado su vida siguiendo pautas diferentes a la mayoría. En todas las épocas, en todos los siglos, nos encontramos con una forma de vida mayoritaria, expresión de una idea dominante, y con pequeños grupos de personas que han procurado vivir de otra manera, siguiendo sus propias ideas o visiones. El individualismo liberal es la idea que subyace a la forma de vida dominante en la sociedad actual, visible desde el s. XIX hasta nuestros días. Pero eso no quiere decir que la comunidad, como forma de vida, haya desaparecido con el desarrollo y culminación de la sociedad individualista. La comunidad, aun como forma de vida minoritaria, siempre ha estado presente. Y sigue estando presente, tanto en la forma de pequeñas comunidades creadas intencionalmente en diversos lugares del mundo, como en la forma de una comunidad local de tipo rural o periurbano que, en muchos

lugares, ha persistido hasta nuestros días, e incluso como una nueva forma de comunidad biorregional que está naciendo en algunos países sudamericanos.

Es cierto que algunas de las características que definen nuestra forma de vida mayoritaria actual, como la contaminación, son recientes, apenas han surgido en las últimas décadas, y por tanto sus consecuencias no han sido evidentes hasta después de un tiempo de vivir así. Con todo, no es válido decir que no podemos hacer nada porque las alternativas todavía no se han creado. Las alternativas han existido desde el mismo momento en que alguna novedad se incorporó a la forma de vida mayoritaria. El problema es que han existido de manera aislada, apoyadas por pequeños grupos de personas que, desde el inicio, han reivindicado una forma diferente de hacer las cosas. La dispersión de alternativas ha hecho difícil para muchas personas, conscientes de las nefastas consecuencias de la actual forma de vida dominante, el dar el salto hacia otra forma de vida.

Por una forma de vida alternativa

Durante años la única alternativa global a la injusta distribución de la riqueza, que caracteriza nuestra forma de vida dominante, ha sido una idea que nunca se llegó a realizar en la práctica, no al menos en la forma prevista por sus creadores. Esta idea se ha llamado socialismo o comunismo. Los países en los que esta idea pudo haberse hecho realidad, los antiguos países comunistas, pronto sucumbieron a una versión dictatorial, estatista y burocrática de la misma idea de enriquecimiento ilegítimo y de desarrollo insostenible que organizaba la vida en el mundo occidental y capitalista. Sin embargo, han existido y existen algunas excepciones que merecen ser tenidas en cuenta.

En el año 1936, en España, grupos anarquistas consiguieron organizar poblaciones enteras de Aragón y Cataluña, de acuerdo con una forma de vida cercana a la idea socialista. Sólo duraron unos años, pero su experiencia todavía sigue siendo valiosa en el presente. En el año 1959 triunfaba la revolución en Cuba, una revolución que sólo por un corto periodo de tiempo siguió el modelo soviético. En la actualidad, y sin negar que Cuba puede hacer mucho más por avanzar en la democracia participativa, que todavía cuenta con una importante y criticable componente desarrollista y centralista, la sociedad cubana es un buen modelo para una forma de vida que da más valor a la seguridad económica y al reparto justo de la riqueza que al enriquecimiento individual.

En los últimos años, gracias al impulso dado por el movimiento ecologista, se ha creado una nueva propuesta global para una forma de vida diferente a la mayoritaria. Esta propuesta recoge, bajo el término de sostenibilidad, ideas muy diversas procedentes de distintos ámbitos y movimientos sociales. A las reivindicaciones ecologistas de los primeros años se han añadido recientemente otras preocupaciones de carácter más social y político, cultural y espiritual. Las ecoaldeas son el ejemplo más claro de cómo la idea de sostenibilidad se puede expresar en la totalidad de aspectos de una forma de vida.

Dificultades en adoptar una forma de vida diferente

Falta de consciencia

Muy pocas personas prestan atención a su forma de vida, o conocen realmente cómo viven su vida en sus múltiples y complejos aspectos. El trabajo es, para mucha gente, la principal ocupación, y en algunos casos, también la principal preocupación. Si se está en un puesto de responsabilidad o involucrado en una actividad intelectualmente exigente, pensar en el trabajo es inevitable. La gente puede ser muy creativa a la hora de generar ideas o de hacer manifiesta una visión particular relacionada con su trabajo, lo cual es sin duda apasionante y motivo de satisfacción, pero no les lleva a cuestionar su forma de vida. Algunas de sus ideas pueden incluso ser muy valiosas para crear un ambiente laboral mejor y más seguro, repartir mejor los beneficios o reducir la contaminación de la empresa. Pero fuera del trabajo sus vidas siguen igual, aferrados a la forma de vida que conocen, comportándose como todo el mundo y sin cuestionarse en absoluto qué supone dar al interruptor de la

luz, ir a trabajar en coche, esperar intereses del banco o persistir en una forma de comunicación que suele llevar grandes dosis de violencia.

Por otra parte, a mucha gente le gusta especular con ideas teóricas de cómo deberían ser o hacerse las cosas, de cómo debería ser la sociedad o se debería gobernar el mundo, pero sin ir demasiado lejos en las implicaciones que dichas ideas tendrían para su vida diaria. En muchas ocasiones, de hecho, nuestra forma de vida es claramente contradictoria con nuestro ideal de vida, o al menos con lo que decimos debería ser la vida. Así no es difícil encontrar personas que hablan apasionadamente de una vida tranquila, en la que lo fundamental es disfrutar del momento, disponer de tiempo para uno mismo, para la familia y los amigos, a la vez que viven una permanente situación de estrés en el trabajo y en todo lo que hacen. Tampoco es difícil oír hablar a activistas sociales acerca de la necesidad de un cambio de valores, defendiendo la solidaridad, el apoyo mutuo, el respeto entre las personas, mientras que en sus círculos de amigos o familiares esta misma persona adopta una actitud inconsciente de beligerancia y falta de respeto. E igualmente, algunas personas que se declaran amantes de la naturaleza, en su vida diaria producen cantidades ingentes de basura, contaminan el agua con productos tóxicos, el aire con el humo de los coches y derrochan energía con multitud de aparatos eléctricos.

Sé que no siempre es fácil vivir como nos gustaría, que a veces el estrés es inevitable, como lo es la necesidad de expresar nuestra rabia o la de transgredir nuestras propias reglas, pero al menos deberíamos ser conscientes de las implicaciones de todo lo que hacemos. La conciencia es el primer paso para iniciar el cambio. Si somos conscientes, podemos empezar a tomar medidas en la dirección adecuada.

Adoptar una forma de vida

No es necesario ver una mala voluntad en la manera en que se comporta o actúa la gente. Es en su mayor parte un problema de falta de conciencia, de no ser conscientes de las implicaciones de nuestros actos cotidianos. Ser consciente no sólo implica conocer las consecuencias de dichos actos de manera teórica, a través de la lectura, de la televisión o de las charlas con los amigos, sino integrar en nuestro cuerpo aquellos valores que decimos defender, convertirlos en hábitos que se quedan grabados en nuestro ser profundo, de tal manera que nuestro comportamiento inmediato, inconsciente, refleje automáticamente dichos valores.

Yo puedo saber, por haberlo leído en algún lado, que un consumo excesivo de electricidad, tiene consecuencias que me desagradan, como la creación de más centrales térmicas o nucleares, o la construcción de nuevos pantanos. Pero eso no quiere decir que haya integrado esa información en mi forma de ser y actuar. No siendo más que una información más, mi tendencia a consumir electricidad en exceso no se va a detener. E insisto, no es un problema de mala voluntad. Se trata sencillamente que no he abandonado una forma de vida que favorece el consumo sobre el ahorro, una forma de vida en la que estoy muy entrenado y me resulta cómoda. Adoptar otra forma de vida, una que implique un consumo moderado de electricidad, es un esfuerzo que sólo puedo afrontar con una decisión clara y con el apoyo de otras personas que participen de la misma idea, sólo con la promesa de sentido que la idea del ahorro energético puede dar a mi vida.

Hacer de la no violencia un hábito

Igualmente, una persona puede pensar que las relaciones entre las personas deberían basarse en la cooperación y la comunicación no violenta. Le desagradan los conflictos y aún más las guerras. Acude a manifestarse en contra de la violencia y de la última guerra injusta. La idea de la no violencia recorre su vida, se identifica con gente con iguales pensamientos, pertenece a alguna asociación antimilitarista... Y sin embargo, en su vida cotidiana, en cualquier situación de tensión, esta misma persona alza la voz para imponer su punto de vista gritando, actúa agresivamente contra quienes no pueden defenderse, ataca con virulencia a quienes se oponen a sus ideas y, en general, muestra una marcada tendencia a usar la violencia, normalmente sin ser consciente de ello. Esta persona tampoco

ha hecho de la idea de la no violencia una forma de vida. La no violencia no es más que una idea teórica, una idea que tal vez llene de sentido sus conversaciones con los amigos, pero que no ha hecho suya, no la ha integrado en su ser, no es consciente de todas las implicaciones de la idea, no se conoce en su ser cotidiano y violento, no la ha convertido en hábito.

Su ser todavía vive apegado a otra forma de vida que sí valora la violencia como medio para resolver los conflictos, una forma de vida que aprendió en la infancia y que se fue consolidando con cada una de sus interacciones sociales. Se trata de una forma de vida dominante, presente en el entorno familiar, en la escuela, en el trabajo, que recorre todos los rincones del espacio social, no como idea hablada —pues en esto existe un consenso que favorece el discurso de la no violencia—, sino como un recurso inconsciente a usar la violencia, una actitud violenta, ahora oculta, que sigue anclada en nuestro ser tras siglos de uso explícito. Para una persona que ha vivido la mayor parte de su vida participando más o menos conscientemente de esta idea —de que resulta útil utilizar la violencia para conseguir lo que queremos—, una persona que ha sufrido violencia en su niñez, en la escuela, que ha aprendido a utilizar la violencia para sus propios propósitos, el hecho de abrazar la idea de la no violencia no implica necesariamente que la haya integrado en su vida diaria. Esta idea sigue presente, aun inconscientemente, en su forma de vida, se expresa en los momentos de tensión y se refuerza con cantidad de estímulos que dominan su entorno social.

Esta persona no es un bicho raro, no es un caso único. Esta persona soy yo, que todavía utilizo la violencia —verbal, gestual, situacional..., no suele ser ni tiene por qué ser física— cuando me conviene, abusando de mi facilidad para el discurso, de mi supuesta erudición o de mi fuerza psicológica. Esta persona eres tú, cuando abusas inconscientemente de tus privilegios y de tu situación de poder o cuando utilizas el chantaje desde tu posición de víctima. Abandonar la violencia como forma de vida, no sólo como idea, y abrazar otra forma de vida realmente no violenta, es de hecho una de las transiciones más difíciles que podemos emprender, una que requiere hacer uso de toda nuestra capacidad de conciencia. Teniendo en cuenta lo anclada que está la idea de la violencia en nuestras sociedades, todo nuestro esfuerzo es necesario.

Reemplazar hábitos arraigados

Adoptar una nueva forma de vida resulta también difícil en el caso de comunidades que han vivido toda su vida de una determinada manera, que cuentan con una cultura ancestral con hábitos muy contraídos y arraigados en su ser, y con la que han funcionado muy bien hasta que la invasión occidental les ha puesto todo del revés. El ejemplo de la basura aclara un poco las cosas. Cuando vamos al campo y vemos basura, o gente tirando basura, nos llevamos las manos a la cabeza, escandalizados. No entendemos que alguien pueda tirar basura en medio del monte. Pero si nos fijamos en que algunos pueblos nativos, como los que conocí en México o Canadá, son grandes acumuladores de basura que se extiende por todos lados en los lugares en los que viven, entonces tal vez empecemos a cuestionarnos nuestro precipitado juicio. Los pueblos nativos no tienen todavía un concepto desarrollado de basura. En algunos casos ni siquiera cuentan con una palabra para “basura”. Lo que sobraba se tiraba al campo, y puesto que todo era orgánico o degradable, no dejaba rastro. En los últimos años, estos pueblos han comenzado a utilizar productos no degradables, pero ellos siguen tirando los residuos al campo como si esperaran a que desaparecieran por sí solos.

Para resolver el problema, no basta con explicarles que los envases actuales no se degradan fácilmente y que permanecen años contaminando el lugar. Les llevará tiempo asimilar esta idea de basura y las consecuencias de utilizar los nuevos productos. Reemplazar un hábito tan arraigado y tan lleno de sentido, como el de tirar lo que sobra sabiendo que se va a descomponer inmediatamente, por otro hábito que tenga en cuenta el concepto de basura, no es una tarea fácil. Lleva años, seguramente más de una generación, cambiar un hábito muy arraigado y, en última instancia, tampoco es lo mejor, porque lo lógico es lo que hacían ellos, es decir no producir basura.

No creo que para personas como mi abuelo o mi padre las cosas sean muy diferentes. Perteneciendo a una generación en la que no existía basura, en la que todo que se consumía era degradable, todo se podía tirar y todavía hoy su mentalidad, como la de mucha gente de su edad, les

lleva a pensar que no hay ningún problema en tirar los desechos en el monte o los vertidos en los ríos. Ya desaparecerán, piensan inconscientemente, con la experiencia de que durante toda su vida lo que se tiraba, se esfumaba sin dejar rastro, ni consecuencias. Ahora muchas personas siguen actuando de la misma manera, pero eso no quiere decir que no amen la naturaleza. Estoy convencido que su amor es tan profundo como el mío, a su manera saben perfectamente que no podemos vivir sin ella.

La naturaleza está en el corazón de la gente

La naturaleza no es un invento de los ecologistas. Y aunque éstos han hecho sin duda una gran labor para aumentar la conciencia de la gente en relación con el entorno natural y los problemas derivados de mantener prácticas que actualmente se revelan insostenibles, la naturaleza siempre ha estado en el corazón de mucha gente que no se identifica a sí misma como ecologista. Los seres humanos hemos vivido durante miles de años de una manera que apenas tenía impacto en el medio natural. A lo largo de la historia ha habido grandes deforestaciones y la extracción de minerales en algunos lugares ha supuesto en el pasado una gran contaminación ambiental, pero hasta hace poco la mayoría de los materiales utilizados por el hombre eran fundamentalmente naturales. Y aunque la mentalidad de respeto y temor por la naturaleza tal vez se perdiera en Occidente hace cientos de años, a la vez que se desarrollaba una nueva mentalidad de uso y explotación de los recursos naturales, lo cierto es que para la mayor parte de la gente su vida cotidiana transcurría sin impacto perceptible en el entorno. De repente, en unos pocos años se empiezan a producir materiales totalmente nuevos, con gran utilidad práctica y que hacen la vida más fácil para mucha gente, aunque sus consecuencias en la salud y en el entorno no son bien conocidas, o se sabe que son negativas y se silencian. Para algunas personas, seguir produciendo, y por tanto contaminando, es una cuestión de lucro, pero para la mayoría de la gente utilizar estos nuevos materiales es simplemente una cuestión de comodidad sin una reflexión consciente sobre los problemas derivados de uso.

Así, cuando los pequeños agricultores utilizan los modernos fertilizantes, herbicidas o pesticidas, que dañan el suelo e intoxican los alimentos, la mayoría no es consciente de hacer nada malo, nada que vaya en contra de una naturaleza que, a su manera, aprecian y respetan. Ni siquiera son conscientes de estar haciendo algo que les perjudica a ellos mismos. Y lo mismo se puede decir de muchas pequeñas industrias que contaminan el aire o el agua con sus vertidos tóxicos. Simplemente la gente no sabe lo que hace, o al menos no es completamente consciente de las consecuencias de sus acciones en un mundo que cambia demasiado rápido. Es cierto que en la actualidad el deseo de lucro y de enriquecimiento rápido se ha instalado con fuerza en la forma de vida dominante en la sociedad, desplazando otras consideraciones importantes a la hora de emprender cualquier actividad. Con todo, la idea de que la naturaleza puede absorberlo todo está muy integrada en sus vidas como para preocuparse de ello. Es parte de una forma de vida asentada y mayoritaria. El problema sólo se resolverá cuando seamos capaces de crear otra forma de vida, que resulte más cómoda y atractiva que la actual, para que la difícil tarea de desprenderse de ciertos hábitos y adquirir otros no suponga ningún esfuerzo para la mayoría de la gente.

La sostenibilidad como idea social

La contaminación de los ríos

La idea de sostenibilidad no se limita a los aspectos ecológicos, introduce igualmente elementos sociales y políticos en su propuesta. El individualismo liberal no sólo atenta contra el entorno, atenta principalmente contra las personas, perpetuando la desigualdad y la pobreza en el mundo. Por eso cuando hablamos de razones para desarrollar cuanto antes formas de vida más sostenibles, no sólo hemos de pensar en razones ecológicas, los problemas sociales son igualmente importantes. Se habla mucho del efecto invernadero y del calentamiento de la Tierra. Cada vez existe más evidencia científica

en este punto, aunque no parece que los políticos se den por enterados. Las consecuencias del cambio climático en marcha son imprevisibles, tal vez catastróficas.

Siendo todo ello cierto, tal vez haya algo todavía más urgente: la escasez de agua potable. Resulta casi incomprensible que aceptemos con tanta pasividad la contaminación de los ríos, la savia del planeta. Durante miles de años los ríos han estado ahí, limpios, puros, portando uno de los elementos básicos para la vida, accesibles para todos los seres vivos, conteniendo en sí miles de seres vivos. Ahora casi todos los ríos del mundo están fuertemente contaminados, el agua que llevan ya no sirve a nadie salvo como receptáculo de muerte, una muerte que se nos administra lentamente con cada gota de agua contaminada, cargada de metales pesados y otras sustancias tóxicas, falta de vida. Los ríos tienen una carga simbólica importante para el ser humano, son parte fundamental del alma de todo lugar, aparecen en todas las historias y cuentos, algunos son incluso sagrados. Los ríos son elementos básicos para mantener vivos los ecosistemas naturales, llevan el agua, llevan vida. Y de repente, en unos pocos años, los ríos agonizan incapaces de soportar la dura carga de nuestros vertidos tóxicos. ¡Están muriendo ante nuestros ojos y no hacemos nada para evitarlo!

O lo que es peor, lo aceptamos resignados y permitimos que las grandes corporaciones multinacionales se encarguen del suministro de agua potable. En muchos lugares del mundo la gente sufre por falta de agua potable, toda el agua cercana resulta ser letal, mientras que las corporaciones se enriquecen vendiendo agua de mala calidad a personas que siempre tuvieron el agua cerca, gratis y de buena calidad. La contaminación del agua, de los ríos y de los mares, no sólo es un problema ecológico, es un problema económico y social, consecuencia de una forma de vida que opera con la idea del beneficio y la explotación. Es imposible resolver el problema con medidas ambientalistas que sólo buscan reducir la contaminación, hay que ir más lejos, hay que cambiar de idea.

La producción de alimentos

Algo similar ocurre con la producción de alimentos. Con los actuales conocimientos podemos producir comida suficiente para alimentar a toda la población mundial. Comida sana, producida en su mayoría localmente y sin utilizar fertilizantes químicos ni otras sustancias tóxicas. Y sin embargo, dejado el negocio en las manos de unas cuantas empresas multinacionales, mucha gente en el mundo se muere de hambre, mientras en otros lugares la gente se muere de empacho o envenenada. La agricultura no puede ser un negocio más, expuesto a los vaivenes del mercado. Alimentarse es una de las necesidades básicas del ser humano.

Todo ser humano debería comprometerse activamente con su comunidad en la producción local de alimentos sanos. Igual que con la contaminación del agua, ¿cómo podemos ser tan pasivos y dejar que todo el tema de la alimentación, vital como ninguno, esté en manos de unas cuantas empresas que no tienen reparos en jugar con la salud de la gente, que no les importa lo que ocurre a millones de personas que se mueren de hambre, que desprecian la diversidad del planeta favoreciendo sus productos genéticamente modificados y patentados? La agroindustria está reemplazando paulatinamente al pequeño agricultor familiar, que no puede competir en el mercado con sus productos, contribuyendo a un acelerado éxodo del mundo rural a la ciudad, algo cada vez más perceptible en los países del Sur⁶. Mientras las ciudades de todo el mundo se hacen cada vez más grandes, el campo se despuebla, o se convierte en una extensión del mundo urbano a través del turismo o la segunda residencia.

La desaparición de la agricultura familiar supone la muerte del campo, en muchos casos el abandono, en otros más atractivos para el turismo, el desalojo de tradicionales formas de vida y la invasión de una cultura urbana que pretende reproducir su modelo de vida allá donde va. Por su parte las ciudades se ven desbordadas. Tras años de ajuste y adecuación a las demandas de una población

⁶ Utilizo la expresión “países del Sur” en un sentido socioeconómico, no geográfico. Tradicionalmente los países del hemisferio norte han sido llamados países desarrollados, el resto ha recibido diferentes nombres, países en desarrollo o del Tercer Mundo. Creo que países del Sur tiene menos connotaciones negativas.

que crecía lentamente, de repente ven impotentes la llegada masiva de millones de personas. Proliferan los suburbios donde la gente se hacina en chabolas o casas de mala calidad, sin agua corriente, sin ningún tipo de energía, en muchos casos sin ley. Primero las ciudades del Sur, ahora la ola de inmigración llega también a los países del Norte y sus ciudades son las primeras en tener que acoger oleadas de inmigrantes que apenas tienen dónde meterse. Las ciudades se han convertido en los últimos años en lugares insostenibles, con una enorme huella ecológica y con unas pésimas condiciones de vida.

La producción de alimentos no es por tanto un tema de exclusivo interés para ecologistas, es igualmente un problema social. Por una parte, la dificultad para conseguir alimentos es uno de los factores que interviene en los grandes flujos migratorios que se están produciendo en el mundo (junto con la desestabilización política de muchos países, el aumento de la violencia en forma de guerrillas o grupos militares y paramilitares, o la presión económica de las multinacionales y los países ricos). Por otra, nos afecta directamente como consumidores, primero porque el actual sistema de producción y distribución de alimentos es insostenible, consume excesiva energía, en su mayor parte derivada del petróleo, y no está claro que se pueda mantener por mucho tiempo. Si no se hace algo pronto, un colapso de todo el sistema es previsible en pocos años. En segundo lugar porque al dejar de estar motivada por la satisfacción de necesidades de la comunidad y caer en manos del capital, la producción de alimentos es un negocio más en el que no importa la calidad del producto, sino su venta a toda costa, invirtiendo más en publicidad y marketing que en otra cosa, abusando de fertilizantes químicos, pesticidas, herbicidas, semillas genéticamente modificadas, todo ello con consecuencias imprevisibles sobre la salud.

El consumo excesivo de energía

Igualmente importante es el tema de la energía. En los países del Norte consumimos mucha más energía que la que necesitamos, tanta que si todo el mundo hubiera de vivir como nosotros sería imposible satisfacer toda la demanda. Tal vez sea posible desarrollar algún día un tipo de energía barata, limpia y renovable, pero lo cierto es que en la actualidad, si exceptuamos la energía hidroeléctrica, cuya “única” consecuencia es la inundación de determinadas zonas rurales que afectan “sólo” a pequeños ecosistemas y grupos humanos, el resto de las energías importantes son no renovables y muy contaminantes.

La energía nuclear, por muy segura que la vean sus defensores, entraña siempre un riesgo de proporciones enormes, con el problema añadido de que sus residuos radiactivos permanecen por miles de años, además de poder utilizarse para hacer bombas. El petróleo, principal combustible en el mundo desarrollado, está por agotarse, generando importantes movimientos geopolíticos de las potencias mundiales para asegurar su control. Es la causa de las últimas guerras y es previsible que produzca algunas más. Y sin embargo, no parece que tampoco esto nos afecte lo más mínimo.

En lugar de fomentar una actitud de reducción del consumo energético en la gente, especialmente necesaria en los países del Norte, y favorecer una investigación orientada a hacer su uso más eficiente y a partir de fuentes renovables, se va en dirección opuesta, presionando más sobre los países con recursos energéticos no renovables, favoreciendo intereses privados en estrecha relación con las elites dominantes. Mientras a los habitantes del Norte apenas se nos exige hacer ningún esfuerzo de ahorro energético, los habitantes del Sur ven como otros se apoderan de sus recursos energéticos con la pasividad de las elites locales que esperan verse beneficiadas. Así pues, apostar por el uso de energías renovables y producidas localmente no es tampoco una cuestión puramente ecologista, se trata igualmente de no robar recursos a gente que los necesita para su propia supervivencia.

El problema nos afecta a todos

El párrafo anterior recoge algunas de las razones, entre otras muchas, por las que es urgente desarrollar cuanto antes la propuesta de la sostenibilidad. El cambio climático, la contaminación del agua, de la tierra y del aire, la producción industrial de alimentos o el consumo excesivo de energía

tienen implicaciones que van más allá del aparente problema ambiental que algunos pretenden resolver con simples parches, sin afrontar los aspectos sociales y políticos que causan los problemas, sin querer cambiar una forma de vida que les favorece, aun a sabiendas que perjudica a muchos más.

Hay algo más. Si al principio mucha gente se mostró bastante indiferente a la crítica ecologista, pensando calladamente que estos problemas no les perjudicaban a ellos, ignorando o no queriendo ver lo que sus gobiernos estaban y están haciendo en todo el mundo para mantener su nivel de vida, ahora la situación está cambiando. La desaparición del mundo rural ha afectado a mucha gente que ha visto perder su tradicional forma de vida, el crecimiento desmesurado de las ciudades las está convirtiendo, por otra parte, en lugares mucho más peligrosos de lo que fueron y la calidad de vida de los ciudadanos se resiente. El creciente alejamiento de la naturaleza, la disolución de la familia y la pérdida de valores comunitarios están teniendo igualmente un fuerte impacto en muchas personas que ya no soportan más su situación.

Cada vez más gente empieza a cuestionarse el modelo de vida propio de nuestra sociedad occidental, negándose a pagar el alto precio de la libertad individual, que tanto jalean los defensores del capitalismo, a sabiendas de que para la mayoría de nosotros (personas sin otros recursos económicos que nuestro trabajo) tal idea no encierra más que una trampa de dependencia a través del consumo y una obligación de trabajar muchas horas diarias (sin duda más de las necesarias) para beneficio de otros. Cada vez más gente se da cuenta de que esta forma de vida sólo conduce al aislamiento (de casa al trabajo y del trabajo a casa, con algunas horas de televisión por medio) y a la pérdida de importantes valores humanos, como son la amistad, el deseo de compartir o el trabajo colectivo y desinteresado. Cada vez más gente se siente a disgusto con unas rutinas que no han elegido, con una casa que no es más que un nicho en un enorme bloque de nichos y en cuyo diseño y construcción no han podido participar, con una ciudad que se deshumaniza cada día con la reducción de las zonas de convivencia y el aumento de los carriles para coches, cada vez más grandes, cada vez más rápidos. Cada vez más gente quiere recuperar el contacto con sus hijos, ahora abandonados durante casi todo el día, y con sus amigos, y busca desesperadamente espacios que posibiliten estas relaciones y otros ritos de convivencia. Y cada vez más gente quiere saber qué se puede hacer para cambiar todo esto.

Iniciativas para una forma de vida sostenible

Empieza por andar, ir en bicicleta o en transporte público

Vivir de una manera sostenible, en todos los aspectos, sólo es posible si somos capaces de crear una nueva forma de vida en la que se exprese completamente la idea de sostenibilidad. Para mí esa forma de vida supone recrear la comunidad, tal como se ha expuesto en este libro y se está haciendo en la práctica dentro de las ecoaldeas. Mientras se van creando nuevas comunidades o reinventando las ya existentes, es posible hacer muchas cosas que incorporan un poco de sostenibilidad en nuestras vidas, lo cual es especialmente importante si se vive en una ciudad. Si estás interesado en iniciar una transición hacia una forma de vida más sostenible, pero crees que necesitas un tiempo antes de dar el salto hacia una vida en comunidad, a la vez que te gustaría ir incorporando algunos aspectos de la sostenibilidad en tu forma de vida actual, lo que viene a continuación son algunas de las muchas opciones disponibles para una vida más sostenible que ya se están aplicando en muchos lugares del mundo.

Una forma de vida es un conjunto de hábitos y costumbres con los que satisfacemos nuestras necesidades básicas, sin necesidad de pensar mucho en ello. Nuestras necesidades más básicas son de tipo fisiológico. Necesitamos aire limpio, agua de calidad, alimentos sanos, energía y un cobijo en el que resguardarnos. Si vives en una ciudad o en un gran pueblo, la principal fuente de contaminación del aire es el transporte y la industria. Empezar a vivir más sosteniblemente significa en este caso utilizar el coche lo menos posible, moverte por la ciudad en transporte público, andando o en bicicleta. Si estás interesado en el activismo social puedes unirme a algún colectivo que defiende y promueve el uso de la bicicleta en la ciudad, y si no existe ninguno, lo puedes crear tú mismo. O puedes unirme a algún

movimiento vecinal que exige la salida de las industrias más contaminantes de la ciudad. Normalmente los vecinos afectados por la presencia de una fábrica contaminante son los más activos.

Agua limpia y alimentos sanos

En cuanto al agua, el principal paso a dar es ser consciente de que se trata de un bien precioso para la vida y que no se puede malgastar. Ahorrar agua es lo más importante, de esta manera evitamos que se tengan que construir más pantanos o embalses. Procura igualmente no comprar agua envasada, especialmente si se trata de marcas en manos de grandes multinacionales. Lo mejor es beber agua del grifo. En muchos lugares sigue siendo de buena calidad. En otros, tal vez sea conveniente filtrarla primero. Procura no utilizar productos tóxicos en tu casa, ni para la limpieza ni para otros usos, y si los utilizas no te deshagas de ellos a través del desagüe. Al final acaban en los ríos y en el mar. Evita ensuciar con tóxicos el agua que utilizas.

Evita comprar los alimentos en grandes supermercados. Busca algún mercado cercano en el que se vendan directamente productos de agricultores locales. Si es posible, únete a una cooperativa de consumidores y productores de alimentos ecológicos. Si no existe, anímate a crearla con amigos y otras personas. También puedes participar en un sistema de agricultura apoyada por la comunidad, AAC (en inglés, CSA: community supported agriculture). Una AAC está formada por un grupo de productores, normalmente ecológicos, y por un grupo de consumidores que compran desde el principio toda la producción, pagando una cantidad fija, que puede ser anual o mensual, por la que reciben semanalmente una “cesta” de alimentos frescos. La ventaja de este sistema es que los agricultores no dependen de las fluctuaciones del mercado, toda su mercancía está desde el principio vendida a la comunidad de apoyo. Los consumidores se arriesgan a recibir más o menos productos según sea la cosecha, teniendo garantizada una cantidad mínima. Si te va el activismo social, puedes ayudar a crear redes entre productores y consumidores, animar a los productores a pasarse a la agricultura ecológica, trabajar con los vecinos de tu barrio para convertir espacios vacíos en huertos para ancianos y jubilados, fomentando así la agricultura urbana; crear una red de personas que cultivan sus balcones, etc.

Vivienda para todos

Contar con un espacio cubierto para vivir es cada vez un problema más grave en los países occidentales. Dejado el tema de la vivienda a los caprichos del mercado, los precios se han puesto por las nubes, no reflejando para nada los costes reales de la construcción, sino los afanes especuladores de los poseedores de capital. Comprar una casa con los precios actuales supone hipotecar tu vida para siempre, teniendo que trabajar muy duro durante muchos años para afrontar los pagos. Alquilar también es cada vez más caro, pasando de un quinto del salario medio hace veinte años a no menos de un tercio en la actualidad. Una buena opción es compartir casa y crear así una pequeña comunidad intencional.

La casa compartida, o covivienda (en inglés, *cohousing*) es una propuesta que ha tenido una buena acogida en algunos países, como Dinamarca y Estados Unidos. Con la base legal apropiada, la casa se puede comprar colectivamente, lo que reduce el coste *per capita*. Además vivir en una pequeña comunidad intencional tiene ventajas añadidas, entre otras el mejor aprovechamiento de los recursos y la consiguiente reducción de los gastos. Si vives en una zona en la que es posible comprar un terreno y construir tu propia casa, infórmate y aprende a construir ecológicamente. Entérate de las características del terreno (geobiología), de los materiales más adecuados, de las técnicas bioconstructivas existentes. Busca apoyos, organiza fiestas de trabajo, ofrece tu casa como un lugar para talleres, acepta voluntarios... Todo ello te permitirá construir una casa bonita y saludable sin tener que desembolsar una gran cantidad de dinero. Si quieres ser todavía más activo, puedes convertirte en un promotor de viviendas ecológicas, ayudar a crear cooperativas de viviendas ecológicas y baratas, o presionar a la administración local para que la planificación de nuevos barrios y urbanizaciones se haga teniendo en cuenta criterios de diseño de permacultura y ecoaldeas.

Ahorra energía

Por último, en el tema de la energía, de nuevo el paso más grande que puedes hacer es ser consciente de lo que cuesta producir energía y lo importante que es ahorrar y consumir menos. Procura no utilizar muchos aparatos eléctricos en tu casa, y a ser posible que sean muy eficientes y de bajo consumo. Haz a mano todo lo que se puede hacer a mano y sólo supone un pequeño esfuerzo. Aísla tu casa todo lo que puedas, especialmente en puertas y ventanas. Es una pequeña inversión que se amortiza rápidamente con el ahorro de calefacción. Utiliza aparatos que lleven poca “energía incorporada”, es decir que se han fabricado gastando menos energía. No te olvides de utilizar el transporte público o la bicicleta para tus desplazamientos por la ciudad. Si vives en una casa propia, puedes instalar colectores solares para agua caliente. Resultan muy eficientes. Si quieres ser más activo, puedes convencer a tus vecinos de bloque para instalar colectores solares en el tejado para uso de todos los vecinos. O puedes participar en un grupo que promueve el uso de energías renovables, o presionar a la administración local y regional para que favorezca el uso de este tipo de energías.

Pon tu dinero donde de verdad se necesita

En el tema de la economía, son posibles igualmente algunos cambios en tu forma de vida que, no por pequeños, dejan de tener gran impacto social. Trabajo, consumo y dinero son tres ámbitos en los que puedes experimentar con diferentes alternativas. Ya he comentado antes que no conviene dejar el dinero en cualquier banco sin conocer cuál es el código ético con el que ese banco reinvierte tu dinero. En muchos casos, los grandes bancos utilizan ese dinero para invertirlo en empresas que producen armas y apoyan guerras, especulan con el suelo, explotan a sus trabajadores y expolían los recursos naturales de otros países. Frente a ellos, algunos bancos y cooperativas de crédito sí que funcionan con un código ético claro, haciendo sus inversiones transparentes para todo el mundo. En la medida en que te sea posible, procura dejar tu dinero en estos bancos y muéstrate activo en el seguimiento de tu dinero.

Además de tener pasivamente dinero en el banco, puedes hacer un uso más activo de tu dinero buscando proyectos solidarios en los que participar. Atrévete a poner una parte de tus ahorros en fondos solidarios con los que se financian proyectos de gran valor ecológico y social, pero de escasa rentabilidad económica. La mayoría de estos fondos prestan el dinero sin intereses, así que no esperes recibir intereses en estos casos. Ya he comentado que los intereses es una de las grandes trampas de la economía capitalista, que suponen una transferencia neta de muchísimo dinero desde el 80% de la población con recursos bajos o medios al 20% de la población con muchos recursos. Procura quitarte de la cabeza la idea de que el dinero produce dinero. Siempre que recibes intereses por tu dinero, alguien está trabajando para ti.

Participa en un club de trueque

Si no tienes dinero, una manera de conseguir algunas de las cosas que necesitas es participando o creando un club de trueque. Las personas que forman parte de un club de trueque intercambian entre ellas bienes o servicios sin utilizar dinero legal. Pueden llevar un registro informatizado de los intercambios para asegurar una justa participación de todos, o pueden emitir una moneda sin valor legal que se utiliza como pago. Cuando Argentina entró, a finales de los 90, en una profunda crisis económica, como consecuencia de las políticas neoliberales de su gobierno, la gente reaccionó creando una economía informal que salvó de la miseria a muchas familias. Más de 4 millones de argentinos participaron en diversas redes de trueque.

En un sistema de intercambio o trueque en el que se utiliza una moneda complementaria, el valor de las cosas se suele establecer por el tiempo invertido en ellas, de manera que una hora de trabajo vale lo mismo para todo el mundo, o se suele asociar al valor de mercado permitiendo que fluya según la oferta y la demanda. La ventaja de este sistema es que el dinero creado no tiene valor en sí mismo, y

por tanto no se especula con él, y que funciona y circula a nivel local, creando riqueza para la comunidad. Pues no hay que olvidar que uno de los problemas que arrastra el dinero legal es que tiene una irresistible tendencia a moverse siempre de las comunidades rurales hacia las ciudades, y de los países pobres hacia los países ricos.

Trabaja para servir a la comunidad

El trabajo es una de las grandes preocupaciones de la gente y no creo que se pueda resolver aquí en dos líneas. Parece claro, dentro de la concepción neoliberal de la economía, que no hay trabajo para todo el mundo. Lo cual no deja de ser una falacia, pues no se trata de trabajar más o menos para enriquecer unas cuantas empresas y personas, sino de trabajar para satisfacer unas necesidades. Y mientras estas necesidades existan no veo por qué no va a haber trabajo. Si comes todos los días es porque alguien está produciendo esos alimentos. Si nadie produjera tus alimentos, lo tendrías que hacer tú mismo, salvo que no te importe morirte de hambre. Si se producen más alimentos con menos personas trabajando en ello, mejor. Así el resto puede dedicarse a servir a la comunidad de otra manera, a trabajar por satisfacer otras necesidades, no necesariamente ligadas con la producción de cosas materiales.

Tal vez sobren trabajadores para las grandes empresas, pero nunca sobra gente en una comunidad. Evita, si te es posible, trabajar por trabajar y busca una actividad que te guste y que pueda ser beneficiosa para la comunidad en la que vives. Ofrece tu trabajo como un servicio, algo que se necesita y que puedes hacer por ti mismo o en cooperación con otras personas. Puedes formar parte de una cooperativa de trabajo o de una empresa solidaria existentes o puedes crearlas por ti mismo y con amigos. Lo importante no es producir cualquier cosa a cualquier costo. Se trata de ofrecer un servicio, un producto útil y valioso para la comunidad —que permita satisfacer alguna de las necesidades humanas en cualquiera de sus dimensiones natural, social o espiritual—, cooperando con otras personas en igualdad de condiciones y estando muy atentos a que lo que se produce no tiene un impacto negativo en el entorno.

Consume responsablemente

Por último, en el tema del consumo, puedes tener en cuenta algunos aspectos con los que convertirte en un consumidor responsable. Puesto que la cantidad de productos que pueblan nuestras vidas es inmensa, resulta sumamente difícil hacer un seguimiento de todos esos productos. Existen revistas especializadas que te pueden aconsejar para hacer una buena compra que incluya criterios éticos y sostenibles, pero una opción más interesante es participar en un grupo de autogestión del consumo (GAC).

Un GAC está formado por un grupo de personas que se responsabiliza colectivamente de encontrar una alternativa responsable y sostenible a todos los productos que consumimos. De esta manera, el trabajo de saber qué compramos se divide entre todo el grupo haciendo la tarea más fácil. En general, una buena opción es consumir productos locales, pero en el caso de algunos productos también resulta adecuado favorecer el llamado “comercio justo”. Cuando se consumen productos locales, especialmente si son elaborados en pequeños talleres o industrias artesanales que hacen uso de una tecnología apropiada, se está apoyando por una parte la economía local, a la vez que se favorece la conservación de conocimientos y técnicas ancestrales. No obstante, recuerda que antes de comprar es necesario seguir las cuatro famosas R’s: rechazar, reutilizar, reparar y reciclar.

Involúcrate en la educación de tus hijos

Pasando ahora a la dimensión social de toda forma de vida, puedes hacer importantes cambios en relación con la educación de tus hijos, en el tema de la salud, o en la utilización de tu tiempo de ocio. En la actualidad, en muchas familias en las que trabajan ambos padres, los niños se suelen dejar desde bien pequeños en la guardería, casi como quien deja el coche en el aparcamiento. Después se envían

a una escuela con comedor y cuando vuelven a casa por la tarde, se les pone a hacer los deberes y después se les deja “enganchados” en el televisor, el ordenador o la videoconsola. La educación y formación de estos niños se deja en manos de otras personas, normalmente saturadas de trabajo y sin posibilidad real de hacer un seguimiento individualizado y efectivo. Las familias sin recursos envían a sus hijos a colegios públicos, mientras que los hijos de las familias ricas van a colegios privados.

Todo lo anterior contribuye a una fácil reproducción de hábitos y una perpetuación de la insostenibilidad del sistema. Puedes ayudar a cambiar las cosas preocupándote seriamente por la educación de tus hijos, pasando más tiempo con ellos, inculcándoles valores relacionados con la justicia social y la sostenibilidad, contribuyendo a crear en ellos diferentes hábitos con los que afrontar las tareas cotidianas. Para ello no es necesario que dejen la escuela pública, en todo caso implícate más en la escuela y colabora con maestros y administradores en mejorar la calidad de la enseñanza recibida. Si te sientes con ganas de explorar otras posibilidades, puedes enviar a tus hijos a colegios que trabajan con alguna pedagogía particular, como las escuelas Waldorf o las de Educación Libre, o los puedes educar en casa, colaborando con otros padres y madres en una educación sin escuela.

Cuida de tu salud física y mental

Para el tema de la salud, en las dos vertientes de salud física y salud mental, existen también numerosas alternativas al sistema de medicina moderno. La homeopatía, las plantas medicinales, la acupuntura y la medicina tradicional china, la medicina ayurvédica, etc. son todas ellas maneras de abordar la salud menos agresivas con nuestro cuerpo que la medicina estándar basada en el uso de productos farmacéuticos. Con todo, el primer paso a dar en este campo es establecer en tu vida una serie de rutinas que favorecen la salud y previenen la enfermedad. Una alimentación variada y con productos ecológicos, una higiene adecuada, evitando muchos de los productos que nos venden para mejorar nuestra apariencia; evitar campos electromagnéticos y productos tóxicos, en el hogar y en el trabajo; la práctica de ejercicio diario, la meditación y la atención a las señales que nos envía nuestro cuerpo, todo ello contribuye de manera efectiva a mejorar nuestro estado de salud y nuestra autoestima. Porque no hay que olvidar lo de *mens sana in corpore sano*. Nuestro estado de ánimo mejora con un cuerpo sano y lleno de vida. Es fundamental prestar atención a tu cuerpo, hacer actividades por las que éste pueda expresarse libremente: yoga, tai-chi, deporte, danza, expresión corporal, etc. Y si con todo, la vida te coloca en una situación difícil de estrés, depresión, tristeza o alguna enfermedad, entonces infórmate de las alternativas, busca ayuda entre la gente de confianza, comparte tu problema con amigos o haz terapia y procura ser consciente de todo lo que has aprendido en el proceso.

Por último, en relación con el ocio, lo primero es repensar el concepto. En realidad no tiene sentido dividir la vida en un tiempo de trabajo y en un tiempo de ocio. Si puedes dedicarte a una actividad que te gusta y si eres independiente o trabajas en una cooperativa, tiempo de trabajo y tiempo libre pueden estar indisolublemente ligados. Ya no trabajas y descansas, simplemente vives. Claro que sigue siendo necesario esforzarse, pero los esfuerzos se reparten a lo largo del día junto con tiempos de relax y de compartir. Utiliza el tiempo libre como a ti te guste, sin dejarte avasallar por las grandes empresas del ocio. Compartir ese tiempo con la gente que te rodea, con la familia, con los amigos, o dedicarlo a proyectos creativos, que favorecen tu crecimiento personal y sirven a la comunidad, es la mejor manera de utilizar tu “tiempo de ocio”. En cualquier caso, despégate por favor de la televisión.

Empieza por donde más te guste y ¡adelante!

Todo lo anterior son sólo algunas de las posibilidades existentes para empezar a vivir más sosteniblemente. Son algunas de las que yo conozco. Seguro que hay otras muchas más. No es mi intención crear una lista exhaustiva, simplemente aportar sugerencias para que cualquier persona en tránsito hacia una forma de vida más sostenible pueda dar sus primeros pasos. Tampoco recomiendo a nadie que se agobie si le parece excesivo. Basta con elegir un punto de partida, el que sea, en lo ecológico, en lo social o en lo económico, y empezar a andar desde ahí. Ya sé que cuesta crear nuevos

hábitos y más cuando antes es necesario desprenderse de los viejos. Pero hay que empezar a hacer algo, y cualquier posibilidad de las anteriores es buena. Una vez que se ha ganado confianza en un elemento particular, se pueden introducir otros y seguir avanzando. El objetivo es crear comunidades sostenibles, en el campo y en la ciudad.

Cuantas más personas reconfiguren su vida para hacerla más sostenible, más se extenderá la idea de la sostenibilidad y más posibilidades habrá de que estas pequeñas variaciones individuales terminen afectando la dinámica social, produciendo nuevas formas de organización, nuevas estructuras sociales y una nueva concepción de la política y el poder. Es un camino largo y sin duda plagado de fuertes resistencias. Pero es un camino irreversible, porque una idea no surge por capricho, sino por necesidad propia. Yo puedo decidir cambiar mi forma de vida o no hacerlo, pero la idea de la sostenibilidad no se detiene por ello. Se seguirá expresando de otras muchas maneras, en otras muchas personas, hasta que se convierta, al menos así lo espero, en una idea dominante.

14. Al encuentro de la comunidad

La necesidad de crear comunidad

Es sostenible lo que se asienta en un sólido grupo de apoyo

En el camino hacia una forma de vida más sostenible hay muchas cosas que una persona puede hacer por sí misma. Como hemos visto al final del capítulo interior, basta cambiar pequeños hábitos cotidianos para empezar a vivir más sosteniblemente. Pero cambiar no es fácil si sólo se cuenta con el convencimiento o la creencia de que es necesario, ni los cambios son duraderos si surgen como una simple reacción a una situación concreta, por ejemplo después de haber leído un artículo en una revista o haber visto un programa de televisión. Para comenzar una transición sólida y estable hacia una forma de vida sostenible es necesario plantear el cambio como un acto creativo, por el que se busca hacer manifiesta una determinada idea. Un acto que ha de aportar felicidad a nuestras vidas, pues nadie cambia para ser infeliz; y que nos ha llevar a descubrir nuestro ser participante, pues sólo en comunidad, sólo colaborando con otras personas es posible crear una alternativa sostenible y sólida a nuestra forma de vida actual.

No es por casualidad que la mayoría de las cosas que podemos hacer para vivir sosteniblemente se consiguen más fácilmente en colaboración con otras personas. La sostenibilidad incorpora en sí misma la idea de interconexión, de participación y de comunidad. Es sostenible lo que no depende de una persona y de sus posibles cambios de humor, sino que se asienta en un sólido grupo de apoyo y cuidado mutuos; es sostenible lo que se construye como un rico tejido de relaciones por el que fluye una sabiduría colectiva; es sostenible lo que incorpora la vida en todos sus aspectos. Por eso, tarde o temprano toda transición individual ha de conducirnos al encuentro con el grupo o la comunidad. El problema es que este encuentro que, en sí mismo, es una gran oportunidad para explorar nuestra dimensión humana colectiva y desbordar nuestra esencia finita, puede ser también un gran obstáculo, al carecer de habilidades y recursos con los que superar los momentos de tensión y conflicto que surgen inevitablemente de la diversidad y el contraste de diferencias.

Reconocer nuestras carencias

Superar el conflicto y sus consecuencias, como el dolor, la huida o el retraimiento, la pérdida de confianza, la tendencia al aislamiento y al exceso de protección, la amenaza de disolución, etc., es el mayor reto que hemos de afrontar a la hora de construir comunidades sostenibles. Una verdadera transición hacia una forma de vida sostenible debe por tanto ir acompañada de un proceso de aprendizaje que nos permita adquirir las habilidades y recursos necesarios para explorar la vida en grupo y en comunidad. El primer paso en este proceso de aprendizaje es reconocer humildemente nuestras carencias, lo que de por sí es difícil para mucha gente. Todos los que hemos sido educados en el marco de esta sociedad individualista arrastramos un gran déficit de habilidades sociales. Podemos conocernos muy bien y ser muy conscientes de nuestras capacidades personales, pero a la hora de trabajar en grupo, la mayoría somos bastantes ignorantes y nuestras intervenciones pueden llegar a hacer mucho daño, aun cuando a veces ni siquiera nos demos cuenta de ello.

El segundo paso es buscar ayuda y aprender de quienes saben. Si no tenemos problemas para hacer una formación en permacultura o en bioconstrucción porque pensamos que esos conocimientos nos van a ser útiles para desarrollar una vida más sostenible, ¿por qué hemos de ser reticentes a formarnos en habilidades sociales y facilitación de grupos, cuando está más que demostrado que esas habilidades son igualmente imprescindibles para la sostenibilidad de nuestro grupo o comunidad? ¿Por qué hemos de pensar que sabemos funcionar en grupo cuando lo cierto es que no tenemos ninguna experiencia real, o peor aún, las que tenemos son bastante desagradables? ¿Dejaremos algún día de

echar la culpa a los demás de nuestros fracasos colectivos y empezaremos a asumir la parte de responsabilidad que nos corresponde?

En este capítulo pretendo mostrar sucintamente algunas de las cosas que podemos hacer para crear grupos efectivos, con los que sacar adelante cualquiera de las iniciativas comentadas en el capítulo anterior, o para crear comunidades intencionales con el objetivo de desarrollar completamente una forma de vida sostenible. Contar con una visión común, conocer e integrar ciertas habilidades sociales, aprender a tomar decisiones consensuadas, acercarse al conflicto como herramienta de transformación individual y colectiva, desarrollar en cada uno de nosotros el amor y la compasión que acompañan nuestro ser participante y crecer como verdaderos élderes al servicio del grupo, son algunos de los elementos que hemos de considerar seriamente en nuestro camino hacia la sostenibilidad.

El reto de crear comunidad

Todos tenemos razones para ser reservados

A lo largo de este libro ha debido quedar claro que una de las características fundamentales de la comunidad es la interconexión. Creamos comunidad cuando aumentamos la cantidad y calidad de las interacciones entre los miembros de un grupo o colectivo social. Podemos imaginar todas estas interacciones como elementos de un imaginario espacio de participación que se nutre con las aportaciones de todos nosotros. El amor, la compasión, el *genius loci*, el espíritu, o cualquiera que sea la palabra que utilicemos para ello, son términos que remiten a una fuerza aglutinante que impregna dicho espacio y que acompaña nuestro ser participante.

Si todos nosotros fuéramos capaces de reconocernos como seres participantes, amorosos y compasivos, lo cual supone inevitablemente suspender nuestros juicios y creencias más arraigadas y dejar lugar en nuestro ser para la acogida compasiva del otro, no tendríamos ninguna dificultad para entrar en este espacio de participación e interacción con una absoluta confianza de que no sólo no vamos a recibir daño alguno, sino que además nos va a permitir explorar dimensiones desconocidas para nosotros. Es decir, participar es una oportunidad única para crecer. Sin embargo, esto no es lo que ocurre. Todos tenemos buenas razones para ser reservados y no mostrarnos abiertamente, al menos mientras los otros no hagan lo mismo. Es por eso que la participación, es decir el conjunto de interacciones que se dan en un grupo o comunidad, nunca es algo sencillo, no parte de una expresión sincera y honesta por nuestra parte, ni de una acogida empática y respetuosa de la expresión de los demás. Al contrario, la participación se da a trompicones, alternando un juego más o menos consciente de puras apariencias, con momentos de gran intensidad afectiva en los que se desatan pasiones acumuladas que tan pronto aumentan el sentimiento de unidad del grupo como pueden conducir a su destrucción.

La carga del pasado

Crear comunidad se convierte así en un reto difícil. No se trata sólo de crear un espacio de participación que acoja la diversidad de voces presentes, que favorezca la creación de nuevas conexiones y que dé expresión a una idea colectiva que busca hacerse manifiesta; es necesario además enfrentarse a un pasado que nos habla de abusos, de represión violenta de sentimientos e ideas, de daños psicológicos y de un dolor que surge intermitentemente asociado a determinados recuerdos. Aunque tal vez no seamos muy conscientes de ello, el pasado está bien anclado en nuestro ser presente, recogido en los miles de pliegues de nuestra geometría fractal, siempre listo para surgir de nuevo y condicionar nuestros actos, siempre como una advertencia de que debemos protegernos.

Todo grupo está formado por personas que arrastran la carga de su pasado. Al conjunto de conocimientos, ideas, deseos, expectativas, temores y miedos que toda persona trae más o menos conscientemente a un grupo, hay que añadir todo ese bagaje del que no somos conscientes y que va a

salir igualmente tarde o temprano, condicionando nuestras relaciones con el resto del grupo, determinando inconscientes estrategias para una defensa preventiva, contribuyendo con alguna cualidad muy particular y muy nuestra a la atmósfera grupal. Es por eso que la comunidad no es una cualidad que acompaña a un grupo desde el principio. Es más bien un proceso continuo de aprendizaje y vida colectivos que, si todo va bien, ha de llevar a unas cuantas personas, que inicialmente no pasan de ser una simple colección de individuos, hacia la creación y consolidación de un ser común que, a la vez que se sostiene y alimenta de las relaciones que los individuos establecen entre sí, da apoyo, fuerza y vitalidad a los individuos que forman parte de él.

Conocer las técnicas y habilidades

La comunidad no es por tanto una entidad acabada e inamovible, es por el contrario un proceso cambiante y fluido que sigue unas pautas evolutivas determinadas. Este proceso ha sido analizado y estudiado por muchas personas y actualmente se cuenta con un importante cuerpo de conocimiento, del que podemos servirnos en nuestro propósito de crear comunidad, en nuestro objetivo de construir un espacio de interacción y participación que dé cabida a todas las voces. Desgraciadamente todavía muchas personas sienten cierta reticencia por este cuerpo de conocimientos, en parte por ignorancia y falta de experiencia, en parte por el temor de que se trate de nuevos instrumentos de manipulación y represión individual, pero también en parte porque nos cuesta renunciar a nuestra individualidad. Nuestro discurso se puede llenar de bonitas palabras sobre la importancia de lo colectivo y la comunidad, pero cuando llega la hora de la verdad y hay que poner en práctica esas ideas, muchas personas se retraen de lo dicho y sucumben a su propia individualidad. No hay que olvidar que, en un mundo pensado por y para individuos, resulta cómodo ser individuo, mientras que vivir en comunidad supone un esfuerzo e incertidumbre iniciales que cuesta superar.

Casi todos nosotros nos hemos lanzado a crear grupos y comunidades sin prestar atención a los conocimientos y técnicas existentes para ello, y sin desarrollar las habilidades personales necesarias. El resultado es conocido: la mayoría de estos grupos y comunidades han sido un fracaso. Es revelador el dato aportado por Diana Leafe Christian en su libro *Creating a Life Together*: sólo el diez por ciento de los proyectos para formar comunidades intencionales en Estados Unidos tiene éxito, el noventa por ciento restante fracasa. Creo que casi todos nosotros tenemos alguna experiencia de este tipo de fracasos grupales. Sus consecuencias no sólo son la disolución del grupo y la no realización de sus objetivos, desgraciadamente son también procesos acompañados de un gran dolor, de amistades rotas, de un aumento de la desconfianza. Como consecuencia de estos fracasos, muchas personas dejan de confiar en cualquier forma de vida o actividad colectiva y se encierran en su vida familiar o individual. Afortunadamente, unas pocas personas lo intentan de nuevo y sus experiencias previas les sirven como aprendizaje para no repetir los mismos errores y desarrollar así, a través de un método de ensayo y error, el conocimiento y habilidades necesarias para el trabajo en grupo y la vida comunitaria. Esta es una opción válida para todo el mundo, pero ¿por qué hemos de pasar por las mismas negativas experiencias, si podemos evitarlas simplemente aprendiendo? ¿por qué hemos de pensar que sabemos todo lo necesario para la acción y vida colectivas cuando en realidad nuestra experiencia es mínima? Por eso, el primer paso a la hora de crear comunidad ha de ser la humildad. Seamos más humildes, reconozcamos nuestras limitaciones y dispongámonos, como dice A. Mindell, a volver a la escuela.

Crear una visión común

La falta de una visión común, factor de fracaso

Plantearse la vida de manera creativa significa desarrollar una visión y trabajar para hacerla real. No basta con tener la visión, es igualmente importante realizarla. El acto de creación por el cual una idea particular se hace manifiesta es lo que diferencia al visionario del soñador. El visionario es un creador nato, su visión no se queda en su mente como simple idea, se dedica a hacerla realidad. En

algunos casos, como ocurre con artistas y artesanos, desarrollar una visión, hacerla manifiesta a través del arte o de un oficio, depende solamente de la persona y de sus batallas internas. En otros casos, la visión incluye la participación de otras personas, por ejemplo si se trata de crear una comunidad o simplemente un grupo de apoyo para una vida más sostenible. Es evidente que en estos casos no se puede pensar en realizar la visión sin contar previamente con la opinión de las personas implicadas. Para poder realizar un proyecto que incluya otras personas, se necesita previamente crear una visión común, una visión aceptada y asumida por todas las personas del grupo. No contar con una visión común, claramente expresada por escrito o de alguna otra forma tangible, es un primer factor de fracaso en cualquier proyecto colectivo.

La mayoría de las veces, un grupo se forma a partir de un conjunto de personas que se conocen y que han intercambiado sus puntos de vista sobre diversos temas que ahora quieren concretar con un proyecto común. Normalmente estos intercambios iniciales son bastante indefinidos, exageran los elementos conectores y descuidan deliberadamente aquellos aspectos en los que existen diferencias claras. La ilusión por hacer algo compartido funciona como un filtro que se abre para el acuerdo y se cierra para la diferencia. La gente da por supuesto que todos comparten la misma visión, cuando en realidad lo que ocurre es que cada uno *mantiene* su visión mostrando sólo aquellos aspectos en los que todo el mundo parece estar de acuerdo. Estas diferentes visiones se mantienen secretamente en el proceso de realización del proyecto hasta que terminan chocando. Ocurre cuando, a la hora de tener que resolver un problema concreto, una persona aporta una solución que resulta coherente con su visión pero incompatible con la visión de otro miembro del grupo. Se produce entonces un conflicto inevitable y de muy difícil solución. Para evitar este tipo de situaciones conflictivas, hubiera bastado haber hecho desde el principio el pequeño esfuerzo de concretar una visión común, compartida por todas las personas que integran el grupo. De esta manera, el proceso de realización del proyecto no nos depararía la desagradable sorpresa de descubrir después visiones antagónicas o incompatibles, que por falta de herramientas adecuadas terminan siendo causa de desagradables conflictos que, en algunos casos, llevan a la escisión del grupo.

Empezar por reconocer las diferencias

Por supuesto que contar con una visión común no nos inmuniza contra todo tipo de conflictos. Pero sí que evita algunos, además de ser un interesante proceso que también ayuda a crear comunidad. En efecto, desarrollar una visión compartida es un ejercicio muy valioso para empezar a crear ese espacio de participación que define la comunidad y que se basa en la confianza y la compasión. Existen varias técnicas disponibles que se pueden utilizar para crear una visión común. Son ejercicios que pueden durar desde unas horas hasta varios días, o extenderse incluso a lo largo de varios meses. La principal característica de todas estas técnicas es su habilidad para conducir de manera creativa y positiva un proceso en el que, por primera vez, las personas implicadas en un proyecto no sólo exponen aquellos aspectos de su visión que coinciden con los demás, sino que exponen también abiertamente sus diferencias. Reconocer las diferencias, aceptarlas y no escandalizarse por ellas es un primer paso fundamental para inculcar compasión y confianza en el grupo, que empieza así a funcionar con una base sólida de la que podrá aprovecharse en el futuro.

A la hora de crear una visión común es importante que cada persona exponga completamente su visión individual, que aporte todos los detalles que considere relevantes en cuanto a la forma final de lo que se pretende conseguir, que airee todas sus preocupaciones y temores. Nada debe ignorarse, nada debe dejarse de lado o ser minimizado por otras personas del grupo. Una visión común sólo puede ser verdaderamente asumida por alguien si en el proceso de su creación se han tenido en cuenta todas sus expectativas, todas sus necesidades y todos sus temores.

Dicho esto, sería un error pensar que una visión común ha de contener sin falta las aspiraciones de todas las personas del grupo, algo en sí mismo imposible por cuanto muchas de estas aspiraciones suelen ser incompatibles. Atender las expectativas, necesidades y temores de la gente no quiere decir que deban incorporarse a la visión común. Son sin duda importantes elementos del proceso que deben considerarse cuidadosamente, pero no son parte de una visión común que, en realidad sólo debe

recoger aquellas ideas generales sobre las que existe un acuerdo claro y que caracterizan de alguna manera la cultura del grupo. Una visión común no puede basarse en un compromiso imposible sobre una lista exhaustiva de puntos con los que cada persona trata de salvar la mayor parte de su visión individual, no es un refrito hecho con lo que cada una lleva en mente, es una visión completamente nueva que creamos entre todos, que tal vez poco tenga que ver con nuestras visiones individuales originales, pero que aceptamos como un reto en cuya realización estamos dispuestos a colaborar. Como documento escrito, una visión común se expresa en un texto que todos pueden entender fácilmente. En palabras de Diana L. Christian ha de ser simple, claro y auténtico.

Visión, misión, valores y objetivos

En su libro *Creating a Life Together*, Diana L. Christian afirma que una visión bien elaborada describe el futuro compartido que queremos crear, recoge los valores fundamentales del grupo, expresa una idea con la que todos nos identificamos, ayuda a unificar nuestro esfuerzo individual, sirve de punto de referencia al que volver en caso de confusión o desacuerdo, mantiene la inspiración del grupo y nos recuerda nuestro compromiso con el proyecto. De acuerdo igualmente con esta autora, algunos de los elementos específicos que forman el contenido de una visión común son la visión, la misión o la intención, los valores, los intereses, los objetivos, las aspiraciones y la estrategia. La visión es una frase general que recrea el futuro que queremos crear. Habla del quién, de qué y del por qué. La misión es la manera en que queremos hacer manifiesta nuestra visión en términos físicos concretos. Es igualmente una frase general que habla del cómo. Los valores son cualidades que queremos estén presentes en nuestras relaciones y en las relaciones que mantenemos con la naturaleza. Intereses, objetivos, aspiraciones y estrategias sirven para desarrollar la visión en términos concretos y con cierto detalle.

Hay que decir, no obstante, que una visión común no es un documento estanco que el grupo establece de una vez por todas. Lo lógico es que el grupo revise su visión común de vez en cuando, al menos cuando la propia historia del grupo le lleva a reconsiderar algunos de sus planteamientos iniciales. No se trata de volver a pasar por este difícil proceso cada año, pero sí contar con la flexibilidad suficiente como para incorporar algunos cambios que parecen naturales con el tiempo. Igualmente importante es que cualquier persona que quiera incorporarse al grupo más tarde tenga conocimiento inmediato de su visión común, y que pueda decidir su incorporación a partir de una reflexión meditada de este documento.

Toda visión común implica un proceso de creación compartido

Un último consejo para finalizar este apartado. Resulta una mala idea convocar un grupo de personas para desarrollar un proyecto que presentamos todo hecho. Tal vez podremos encontrar algunos seguidores que asumirán lo que les decimos sin rechistar. Pero la mayoría de las veces nos encontraremos con personas que, tal vez tengan razones para aceptar inicialmente nuestra visión, pero que, en la medida en que no han colaborado en ella, tarde o temprano terminarán enfrentándose con nosotros. Una estrategia más sostenible es acercarse a esas personas invitándolas a crear una visión compartida, para lo cual se requiere estar dispuesto a renunciar a algunas de las ideas que tal vez ya tengamos elaboradas. Sé perfectamente que no es fácil renunciar a aquello a lo que hemos dedicado tiempo y que llegamos a considerar como algo imprescindible para el éxito de nuestro proyecto, pero la experiencia me ha enseñado que esto es lo mejor que podemos hacer, congelar nuestras ideas sobre cómo deben ser o hacerse las cosas y esperar a ver cómo se incardinan con las ideas de los demás en el proceso de creación de una visión común.

Como ejemplos de técnicas de creación de visiones compartidas cabe citar el método de Historias del Futuro, desarrollado por Warren Ziegler y expuesto por Andy Langford en su manual *Designing Productive Meetings and Events*, el método desarrollado por el Rocky Mountain Institute y expuesto en el libro *Economic Renewal*, o los diversos ejercicios aportados por Diana Leafe Christian en su libro *Creating a Life Together*.

Siete pasos para crear comunidad

Además de contar con una visión común, que debe desarrollarse cuanto antes una vez formado el grupo, existen otros elementos que pueden ayudar sobremanera a mantener en todo momento un buen ambiente en el grupo, favoreciendo la producción, el respeto y la distensión. Saber mantener un ambiente animado, en el que reine la confianza, el buen humor o la fluidez es una labor fundamental para garantizar el éxito de cualquier proyecto. En lo que sigue comento brevemente algunas de las cosas que podemos hacer para crear este ambiente y mantener en todo momento en óptimas condiciones el espacio de participación comunitario.

Conocerse

Cuando varias personas deciden formar un grupo o comunidad, el grado de conocimiento que tienen unas de otras es muy distinto. Algunas se declaran viejas amigas, otras se acaban de conocer hace poco. Casi todas desconocen aspectos importantes de las otras que, no obstante, tendrán seguramente una gran influencia en la manera en que se van a comportar y participar. A pesar de ello, normalmente se hace muy poco para evitar estas lagunas, en algunos casos porque no se le da importancia, en otros porque se consideran asuntos privados. Es evidente que cada persona tiene derecho a no revelar aquellas cuestiones que considera íntimas y privadas. Con todo, dedicar tiempo y atención a conocernos en un grupo, haciendo incluso ejercicios específicos para ello, es un paso fundamental para comprender las motivaciones profundas que llevan a la gente a decir lo que dice o a hacer lo que hace. Sin este conocimiento, estamos expuestos a muchos malentendidos, interpretaciones erróneas, juicios precipitados y otros muchos factores que van a perjudicar el normal desenvolvimiento de nuestro proceso grupal.

Comunicar

Uno de los factores que más lastra nuestras relaciones es nuestra dificultad para una comunicación clara y respetuosa, honesta a la hora de expresar lo que queremos y empática a la hora de recibir lo que los demás quieren de nosotros. Nuestra falta de práctica con este tipo de comunicación, que algunos autores como Marshall B. Rosenberg llaman compasiva o no violenta, nos lleva a reaccionar “violentamente” en cuanto oímos algo que por alguna razón nos molesta. No se trata por supuesto de una violencia física —aunque puede llegar a darse cuando la comunicación falla y se pasa a una fase de agresiones verbales mutuas—, sino de una serie de mecanismos defensivos que se disparan automáticamente y que contienen diferentes formas de agresión directa e indirecta. Evitar que tales mecanismos se disparen inmediatamente, dando paso a una pequeña reflexión que nos permita actuar compasivamente, requiere un entrenamiento y una disciplina constantes. Desarrollar una forma de comunicación no violenta en nuestros grupos y comunidades es una tarea fundamental para crear una verdadera cultura de paz.

Confiar

La confianza es una cualidad imprescindible para que un grupo funcione bien. La confianza se manifiesta, entre otras muchas maneras, en el hecho de aceptar plenamente las decisiones tomadas por el grupo. Si esta confianza no existiera o estuviera muy debilitada, de poco serviría tomar decisiones, siempre habría alguien dispuesto a no aceptarlas o incluso romperlas, minando la capacidad del grupo para seguir adelante con el proyecto colectivo. La confianza se expresa igualmente en la credibilidad de lo que se dice. Cuando hay confianza tendemos a creernos lo que nos dicen, cuando la confianza está ausente nos mostramos muy cautos. En general tendemos a creer antes a una persona en la que confiamos que a una persona que nos inspira desconfianza.

En la mayoría de los casos, la desconfianza surge de una serie de actos que nos chocan, nos molestan o nos hieren y que nos parecen inexplicables o incoherentes, haciéndonos dudar de la honestidad de la persona o personas que los han llevado a cabo. Lo cierto es que casi siempre hay buenas razones para que las personas actúen como lo hacen, pero nuestro desconocimiento de estas razones, nuestro desconocimiento de las personas afectadas y nuestro desconocimiento de importantes habilidades comunicativas, nos lleva a juicios y medidas precipitadas que, en vez de traer luz y conciencia sobre lo ocurrido, sólo aportan una mayor confusión y complicaciones. La confianza sufre así un gran golpe del que suele tardar en recuperarse. De hecho, cuando la confianza se ha perdido en un grupo, resulta muy, pero que muy difícil, recuperarla.

Tratar de conocer a las personas que forman parte de nuestros grupos, escuchar sus historias vitales, comprender las razones que les llevan a actuar de una determinada manera, al igual que congelar nuestros precipitados juicios, aprender a escuchar activa y empáticamente, pedir explicaciones sin ofender ni prejuzgar, son todo ello maneras de aprender a confiar. Ni siquiera es necesario que todas las personas hagan este esfuerzo conscientemente. Basta con empezar por uno mismo. No hay mejor antídoto contra la desconfianza que irradiar confianza por todos los lados. Desconfiar de la gente nunca es una solución para nada. Podemos ser prudentes y mostrarnos con precaución, pero no debemos ser desconfiados. Antes de desconfiar de alguien, pregúntate a ti mismo si has hecho el esfuerzo de saber quién es esa persona.

Consensuar

La toma de decisiones es uno de los espacios públicos más importante de todo grupo o comunidad, es parte fundamental de ese espacio simbólico de participación e interacción en que se basa la comunidad. Tomar buenas decisiones es por tanto un factor fundamental para el éxito de cualquier proyecto colectivo. Las decisiones son buenas si sirven a los intereses del grupo, y no a intereses particulares, y si recogen las expectativas y preocupaciones de todos sus miembros, sin excluir ni marginar ninguna voz individual. El proceso de consenso es uno de los métodos para la toma de decisiones que mejor se ajusta a estos ideales. El consenso no ha de entenderse como un compromiso entre posiciones enfrentadas que terminan renunciando a alguna de sus demandas; es más bien el fruto de una mente colectiva que se crea cuando entramos en ese espacio de decisión conscientes de nuestra esencia participante, dispuestos a participar en un diálogo sincero, basado en la confianza, la honestidad y la empatía. El objetivo de este diálogo no es imponer las ideas de nadie en una agria discusión que siempre deja heridas, sino acoger todas las voces, todas las ideas, expectativas y temores, y madurarlas colectivamente hasta que den un fruto compartido.

El proceso de consenso parte de la idea, ampliamente argumentada en este libro, de que cada individuo posee una parte de la verdad. Por tanto a cada miembro del grupo se le debe dar un tiempo y un espacio en el cual pueda hablar su verdad y en el cual se le escuche con respeto. La verdad de toda idea es un calidoscopio de verdades fragmentadas que cada individuo expresa a su manera, con sus palabras y desde su experiencia. Un buen proceso de consenso debería servir para recomponer esa fragmentación y llegar a alcanzar una verdad única, al menos para ese grupo y para ese momento. La verdad surge por tanto a partir de la diversidad de la gente y de la expresión de verdades aparentemente diferentes. El problema es que esa diversidad que, por una parte, es enriquecedora al aportar más perspectivas sobre un mismo asunto, es igualmente fuente de problemas y conflictos, relacionados con los diferentes pasados individuales y los privilegios y diferencias de poder que emanan de ellos. Para personas muy capacitadas, su tendencia a dominar el grupo les resulta a veces difícil de evitar. En este sentido, un proceso de consenso, bien llevado y facilitado, no sólo sirve para tomar buenas decisiones, sino que es una inestimable ayuda para prevenir y resolver pacíficamente muchos de los conflictos grupales.

De acuerdo con Beatrice Briggs, experta en facilitación y consenso, son cinco los elementos que deben estar presentes para que el proceso de consenso funcione:

- **voluntad para compartir el poder:** dejar privilegios de lado, evitar el síndrome del fundador (típico en todas las personas que han iniciado algo y que, muchas veces sin saberlo, reclaman privilegios

por ello), no dejarse apabullar por los expertos, buscar la participación de todos (sobre todo de las personas normalmente excluidas), etc.

- **compromiso consciente e informado con el proceso de consenso:** explicar el proceso a todos los miembros del grupo y a los que se están incorporando, evaluar periódicamente el proceso.
- **tener un objetivo común:** si el grupo no cuenta con una visión común, el consenso puede verse frustrado por luchas de poder que responden a intereses particulares.
- **contar con agendas sólidas (visibles y abiertas):** la agenda (u orden del día) debe ser conocida por todos, debe estar bien hecha, debe poder revisarse en cualquier momento...
- **disponer de un facilitador:** El facilitador es el guardián del proceso de consenso, es un servidor del grupo dispuesto a ayudarlo a tomar las mejores decisiones posibles y de la manera más efectiva y entretenida. El facilitador guía la discusión y por ello no participa en ella. Debe esforzarse en permanecer neutro ante los temas que se discutan y a tratar a todo el mundo por igual, sin favoritismos ni prejuicios.

Cooperar

Cooperar es tanto una actitud como una habilidad personal. Como actitud se refiere a nuestra disposición para poner parte de nuestro tiempo, nuestra atención, nuestra experiencia y conocimientos al servicio del grupo y, en general, para ayudar a los demás. Es una disposición activa a participar y ayudar en lo que sea necesario. Sin este espíritu de cooperación, muchas de las decisiones que un grupo toma no se podrían realizar por falta de interés. No basta con decidir lo que hay que hacer, es necesario hacerlo, y para ello una actitud de entrega y cooperación son imprescindibles.

Como habilidad es una capacidad especial para hacer cosas con los demás, para trabajar en equipo, dando y recibiendo lo mejor que todos llevamos dentro. Puede resultar difícil inculcar en una persona esa permanente disposición para ayudar que caracteriza el espíritu de cooperación, pero siempre podemos aprender la habilidad de cooperar con los demás y trabajar en equipo. Realzar simplemente las cualidades de quien está enfrente de nosotros, respetar sus opiniones, reconocer y apreciar sus aportaciones, en vez de resaltar una y otra vez sus errores y defectos, es un magnífico acto de cooperación. Respeto y reconocimiento son por tanto dos elementos fundamentales del proceso cooperativo.

Igualmente, tener y difundir buenos pensamientos, mostrar una actitud constantemente positiva, especialmente en momentos de confusión o caos, o simplemente sonreír en una situación de tensión, son ejemplos de este espíritu de cooperación, que aportan una gran dosis de motivación y energía al grupo. Cooperar en la realización de una visión es la mejor manera de crear unidad y armonía.

Conflictuar

Los cinco pasos anteriores —conocerse, comunicar, confiar, consensuar y cooperar— son de gran ayuda para mantener un espíritu positivo y de colaboración dentro de un grupo. Bien entendidos e implementados han de contribuir a mantener una red de relaciones tan fluida como diversa, sin especiales fricciones o momentos de tensión. Es decir, son especialmente útiles para prevenir la aparición de conflictos en el grupo. Tomar una posición decididamente activa en el mantenimiento de unas buenas relaciones grupales y en la prevención de conflictos, por ejemplo desarrollando los pasos anteriores, es lo que algunos autores, como John Burton, llaman la “provención” de conflictos, sin duda la mejor estrategia que cualquier grupo o comunidad puede tomar en relación con el tema de los conflictos.

Con todo, y a pesar de nuestras buenas intenciones, el conflicto surge a veces como algo inevitable. Siempre que haya diversidad, y la hay en nosotros mismos, el conflicto está presente, porque la diversidad supone diferencias de intereses, de necesidades, de valores, de percepción de la realidad, de ideas, etc., que nos pueden parecer incompatibles y que creemos atacan nuestra identidad. El conflicto surge entonces como expresión del temor que sentimos de perder algo o de que nuestras necesidades no sean satisfechas. No se trata de que hayamos hecho algo mal, es simplemente un

paso necesario para estimular nuestro proceso de transformación personal y colectiva, especialmente cuando nos resistimos inconscientemente a dar ese paso. Recuerdo a mi amigo Andrew Murray decir que el conflicto es el medio que utiliza la naturaleza para conocerse y disfrutar de sí misma. En la medida en que nosotros somos seres que expresamos a nuestra manera el devenir de la naturaleza, el conflicto es la fuerza natural que nos atraviesa con el fin de que podamos conocernos mejor y disfrutar más de nosotros mismos. No es por tanto nada de lo que tengamos que huir —cuando aparece es porque se necesita—, es algo con lo que tenemos que aprender a vivir.

Resolver un conflicto no siempre es posible ni siquiera deseable, al menos no a través de simples parches. Muchas veces el conflicto surge para decirnos algo y su presencia es necesaria mientras no hayamos aprendido la lección. Es prioritario contener la violencia que en ocasiones acompaña el conflicto, con el fin de evitar dolor y sufrimiento, pero no debemos olvidar que el conflicto es también revelador de mucha violencia oculta. Como dice William Ury, el mundo necesita más conflictos y no menos, porque en la medida en que haya injusticia vamos a necesitar conflictos para llamar la atención sobre las injusticias y los abusos de poder. Resolver conflictos no quiere decir por tanto que éstos desaparezcan (lo cual no es difícil mediante prácticas represivas), sino que somos capaces de transformar la situación en que se dan y de gestionarla a través de un proceso de participación colectiva.

Es importante distinguir cuanto antes entre conflicto y violencia. El conflicto es un agente transformador de nuestra identidad individual y colectiva que acompaña la libre expresión de las diferencias. Es el encuentro de dos fuerzas que se enfrentan entre sí, una fuerza que impulsa un cambio y otra que se resiste a cambiar. Este encuentro, que casi siempre lo vemos como algo externo a nosotros, se reproduce también en nuestro ser interno, actuando en nuestro inconsciente como un agente transformador. El conflicto no sólo es por tanto inevitable, muchas veces es necesario para seguir aprendiendo y creciendo. La violencia, por el contrario, es el uso de esa misma fuerza de enfrentamiento o resistencia, con la intención, declarada o no, de hacer daño. Pueden ser violentos quienes se enfrentan a una situación que consideran injusta, y pueden serlo quienes defienden dicha situación y se resisten a cambiarla. Siempre que haya una intención de hacer daño, se está actuando violentamente, aunque en ocasiones ni siquiera seamos conscientes del daño que hacemos. La violencia puede ser física o psicológica, el daño no es menor en ninguno de los dos casos.

Hay gente que piensa que la violencia es inseparable del conflicto, que sólo mediante la violencia se puede llegar a hacer comprender a algunas personas que el cambio es necesario y que tienen que dejar de resistirse a él. Nada más lejos de la realidad. En mi opinión, la violencia sólo engendra violencia, los cambios conseguidos a través de ella suelen ser inestables y ayudan poco a instaurar una cultura de paz en el mundo. Sin embargo, es cierto que la violencia está tan asociada al conflicto que para muchas personas, especialmente aquellas con una historia importante de abusos, oír la simple palabra conflicto ya les supone malestar y un deseo de alejarse cuanto antes. De ahí que el verdadero problema al que deben enfrentarse los grupos y las comunidades no sea la existencia de conflictos, que pueden ser muy valiosos para la evolución del grupo, sino la falta de habilidades y técnicas para conflictuar bien, sin caer en la trampa de la violencia física o verbal. Adquirir estas habilidades, conocer el conflicto y saber apreciar su valor como agente transformador es una tarea imprescindible para toda persona decidida a transitar desde una forma de vida individualista a una vida en comunidad.

Celebrar

Por último, todo grupo debería dedicar una parte de su tiempo a reconocer y valorar la labor desarrollada hasta la fecha, tanto individualmente como colectivamente. Celebrar los logros conseguidos, los pequeños y grandes avances colectivos, las aportaciones individuales, el trabajo y el esfuerzo de cada uno de los miembros del grupo; reconocer que estamos ahí porque sí, porque queremos estar, porque creemos en la capacidad del grupo de desarrollar una visión que hemos creado entre todos; honrar todo este derroche de energías, este esfuerzo individual y colectivo, esta labor desinteresada por la que se realiza una idea que se hace y nos hace en su manifestación; celebrar,

reconocer, honrar, festejar... todo ello forma parte de la vida, reforzando sus lazos y conexiones, consolidando el tejido vital de la comunidad.

Todo grupo que pretenda mantenerse sosteniblemente debería celebrar sus logros, reconociendo el esfuerzo y las aportaciones individuales, reconociendo el valor del propio grupo como totalidad y como espacio de participación colectiva, y reconociendo también que todo grupo vive y actúa en un entorno natural que comparte con otros muchos seres que también deben ser honrados. No se trata de celebrar victorias, se trata de crear o seguir un ritual que resalte ese espacio de participación que nos abarca a todos, se trata de hacer evidente que entre todos estamos consiguiendo nuestro principal fin: ser más conscientes de quiénes somos.

Cada grupo debe encontrar la manera más conveniente para celebrar sus éxitos, incluido el éxito de seguir adelante un año más. Ahora bien, para que una celebración consiga realmente su finalidad de reforzamiento de los lazos y conexiones vitales que llenan todo grupo o comunidad, debería seguir unas pautas y estructura concreta, debería tomar la forma del rito. Sólo el rito garantiza que la celebración sea un asunto compartido, sólo el rito religa a los presentes en un espacio común que desborda nuestra esencia individual.

Muchos y variados son los ritos que tenemos a nuestra disposición para celebrar nuestros avances en la manifestación de una visión colectiva. Cada grupo, según sus inclinaciones y marco cultural, puede estar inclinado a elegir un tipo u otro de ritos. Lo importante es no reducir la celebración a un simple encuentro casual, pues no es por casualidad que estamos juntos. Celebrar nos exige superar nuestro innato individualismo en beneficio de un ser colectivo que, si por una parte se recrea constantemente con nuestra presencia, por otra nos nutre continuamente con su existencia. La celebración y el rito es una manera de honrar ese ser, ese espíritu colectivo que, en última instancia, comprende la vida en su totalidad.

Facilitación y procesos de grupo

De máscaras y dobles señales

En general, los seres humanos nos conocemos poco, estando gran parte del tiempo atrapados en una imagen construida de nosotros mismos con la que nos presentamos a los demás, y que protegemos de cualquier insinuación o intento de desprestigio o ataque. Muchas personas ni siquiera imaginan que se pueda ser más que esa imagen, su identificación con ella llena completamente su conciencia. A algunas personas les gustaría ser diferentes a la imagen que tienen de sí mismos, pero tampoco saben qué hacer. Esa imagen o máscara que toda persona lleva —*persona* viene del latín *per-sona*, una máscara utilizada en el teatro clásico— es el fruto de un pasado que se ha ido haciendo con unas vivencias concretas y con una serie de hábitos que resuenan en el presente y se reflejan en nuestra conciencia. Pero esas vivencias y hábitos que conforman un Yo no son la totalidad de nuestras vivencias y hábitos. Es una selección que se va haciendo, especialmente en los primeros años de nuestra vida cuando nuestro campo mórfico todavía no es muy estable estructuralmente, y que favorece determinadas frecuencias con capacidad para resonar consigo mismas, mientras se ignoran otras que quedan marginadas o relegadas a la parte “invisible” del campo, la parte inconsciente.

Cuando estamos en grupo, nuestra intención es mostrar sólo aquello con lo que nos identificamos, nuestra máscara, pero lo cierto es que nuestro ser se escapa a través de sus múltiples poros, afectando significativamente la impresión que los demás se hacen de nosotros. Muchos de los contenidos reprimidos o marginados salen involuntariamente en nuestra interacción con los demás, especialmente en aquellos momentos extremos, de gran tensión o relajación, en que sin darnos cuenta nos quitamos la máscara y nos dejamos llevar por “ideas” de las que con toda seguridad nos avergonzaremos más tarde. Claro que los demás hacen exactamente lo mismo que nosotros. Todos llevan su máscara bien puesta, tan porosa como la nuestra, y dejan por tanto entrever algunas cosas que no terminan de encajar con lo que esa persona dice ser. De esta manera, cuando estamos en grupo las personas enviamos continuamente dos tipos de señales: aquellas con las que nos identificamos, o señales

primarias, y aquellas que “se nos escapan”, que no reconocemos y que si alguien nos las recuerda, nos avergonzamos o negamos categóricamente, también llamadas señales secundarias. En algunos casos ambas señales van juntas, dando lugar a lo que en Trabajo de Procesos de grupo⁷ se conoce como “dobles señales”, como cuando aparentamos estar bien y forzamos una sonrisa (señal primaria), cuando en realidad estamos mal, y a la vez que sonreímos esquivamos la mirada o bajamos la cabeza (señales secundarias).

Los grupos como campos dinámicos

Las relaciones que establecemos en grupo son por tanto relaciones complejas, en las que la energía no sólo se mueve a través de lo que las personas dicen y comunican directamente, sino también a través de lo que no dicen o al menos no quieren decir, pero comunican indirectamente con su cuerpo y en deslices expresivos. Visto desde este punto de vista, como un flujo de energía que se extiende por todas partes, se condensa en determinados lugares y momentos, se estabiliza en configuraciones particulares, los grupos se pueden considerar como verdaderos campos dinámicos, al igual que los campos de fuerzas de la física, o los campos mórficos introducidos por Sheldrake.

Mindell dice que los grupos son “cuerpos que sueñan, entidades físicas que actúan no sólo de acuerdo a sus estructuras y reglas organizativas, sino también a través de sus sueños. El grupo, con sus intereses y deseos, y también con sus sueños y corrientes subterráneas, constituye un campo que se manifiesta en todo lo que dice o hace, pero también en sus sentimientos, en la atmósfera que crea, en los roles y actitudes de la gente”. El campo dinámico de un grupo se nutre de los materiales que cada persona aporta: sus intereses, sus necesidades, su manera de relacionarse, sus mecanismos de defensa, su visión de la realidad, su esquema de valores, sus carencias afectivas, frustraciones, expectativas, complejos, miedos, seguridades, etc. Pero no se reduce a dichas aportaciones, tiene vida propia, energía propia y es capaz de modificar o condicionar los comportamientos y actitudes individuales.

Roles con los que jugamos

En la medida en que lo que “somos” en grupo no se corresponde exactamente con lo que creemos ser —nuestra imagen—, ni con lo que en verdad somos —nuestro ser íntegro—, sino que es un ser con una realidad propia que puede variar de un grupo a otro, los sociólogos utilizan el término “rol” para designar nuestro “ser en grupo”. Un rol es un conjunto de valores, creencias, normas y actitudes con los que nos mostramos en grupo, que dependen y vienen en parte determinados por la cultura del grupo, y que no coinciden necesariamente con los valores, creencias, normas y actitudes que le gustan a nuestro Yo. Como individuos somos más que cualquier rol —de esto ya he hablado largamente antes—, no tenemos que identificarnos con ninguna de sus características, podemos suspender o desapegarnos de cualquier valor, creencia o comportamiento, podemos jugar roles muy diferentes, al menos si supiéramos cómo hacerlo. Lo interesante es que lo contrario es también cierto: todo rol es más que el individuo que lo representa.

Con ello quiero decir que los roles no son características o cualidades del campo grupal ligadas a la existencia de determinados individuos, que desaparecerían si dichos individuos dejaran el grupo. Está comprobado que los roles tienen vida propia, se mueven libremente por el grupo y se “fijan” en el individuo que mejor pueda representar sus intereses. Cuando este individuo se va del grupo o deja de representar correctamente un determinado rol, el rol busca otro individuo en el mismo grupo que pueda hacerlo. Mindell los llama “espíritus temporales”, afirmando que “necesitamos un término que exprese

⁷ El Trabajo de Procesos (Process Work) es una técnica y una manera interdisciplinar de afrontar y apoyar el cambio individual y colectivo, desarrollada inicialmente por Arnold Mindell. Tiene sus raíces en la psicología jungiana, el taoísmo y la física cuántica. Se basa en apoyar a los individuos y a los grupos a acceder a las partes negadas de su experiencia, para que puedan alcanzar un mayor nivel de conciencia y creatividad.

que las polarizaciones no son completamente un producto de determinadas personas y que los roles no son estáticos sino que cambian, crecen, disminuyen e incluso desaparecen con el tiempo”. La idea subyacente es que todo campo grupal está recorrido precisamente por aquellas cualidades, o roles, que el grupo necesita para conocerse a sí mismo. Si una persona representa una cualidad necesaria para el grupo —como la cualidad de escucha, o la cualidad de airear los trapos sucios, o de expresar la alegría o la rabia, etc.—, esa cualidad va a estar presente a través de una u otra persona mientras el grupo la necesite o tenga algo que aprender de ella.

Los roles expresan determinadas voces o cualidades que el grupo necesita para aprender y crecer. Como dice Mindell, “para que la sabiduría florezca en un grupo es necesario identificar todas las partes y espíritus presentes y después es necesario que todas ellas puedan expresarse completamente. Todas las partes, incluso aquellas que creemos no tienen importancia o que conscientemente rechazamos o negamos, tienen que estar presentes y ser apoyadas. Líderes y agitadores, caracteres duros y sensibles, los que se sienten dentro y los que se ven afuera, los que tienen poder y los que tienen miedo, los críticos y los que apoyan, todos tienen que estar presentes y ser apoyados”. El problema es que la energía que se mueve en todo grupo tiende a estabilizarse en determinadas formas y estructuras de poder que marginan, muchas veces inconscientemente, algunas de las voces presentes en un grupo, impidiendo que éstas se expresen libre y completamente, creando fuertes tensiones que si no se resuelven pueden provocar graves conflictos internos.

El rango y la desigual distribución del poder

Aprender a comunicar de una manera compasiva y no violenta es un primer paso para evitar muchas de las tensiones que se dan en los grupos. Pero no es suficiente. Si no se presta atención a la distribución de poder en el grupo, si no se tiene en cuenta el flujo interno del rango y de sus privilegios asociados, si no se procesan las diferencias individuales dando cabida a todas las voces, la comunicación directa se bloquea y la energía grupal sigue otros cauces de expresión, que pueden llegar a ser violentos. El término “rango” se refiere en Trabajo de Procesos de Grupo a la posición de poder que una persona ocupa en un grupo determinado —y que, por supuesto, puede variar de un grupo a otro—, en relación con una cualidad valorada por el grupo. El término “privilegios” se refiere a los beneficios y ventajas que derivan de un determinado rango o posición de poder. Y en esto no hay que ser ingenuos, todas las personas que disponen de una cualidad muy valorada por el grupo al que pertenecen van a disponer de privilegios que, sin duda, utilizarán.

Todos los grupos humanos, desde los más pequeños grupos formados por un puñado de amigos, hasta los más grandes grupos sociales, tienden a una distribución desigual del poder, creando, consciente o inconscientemente, una mayoría dominante que concentra la mayor parte del poder y una o más minorías marginadas con escaso poder. En el caso de grupos formados por personas consideradas “iguales”, esta situación resulta más dramática si cabe, ya que al partir de la arraigada creencia de que por ser todos iguales el poder se distribuye entre todos por igual, a las personas de la mayoría dominante les resulta prácticamente imposible reconocer que esto no es cierto, que tienen más poder que otros y que abusan de él sin darse cuenta, tendiendo a ignorar o minusvalorar las quejas de quienes sufren sus abusos, y que con el tiempo dejan de expresar abiertamente.

Esta desigual distribución del poder es inevitable si pensamos que los seres humanos somos diferentes y contamos con muy desiguales capacidades y habilidades. Aquellas capacidades valoradas por el grupo van a influir en una desigual distribución del poder a favor de quien posee tales capacidades. En un grupo que valora la discusión y la palabra, una persona que tenga una gran facilidad de palabra y capacidad persuasiva va a poder influir más en el grupo que otra persona con una capacidad inferior. Su rango será mayor. Por el contrario, en un grupo que valora la acción, aquella persona con mayor decisión y coraje para emprender las acciones que el grupo necesita, va a contar con un poder o rango superior a otras personas del grupo. En estos casos, el rango no depende de nosotros, es una posición que el grupo nos otorga en reconocimiento de nuestra capacidad personal. Teóricamente, en la medida en que todas las personas contamos con alguna que otra habilidad, todas disponemos de cierto rango y por tanto de cierto poder. En la práctica, las cosas no son tan simples, lo

normal es valorar unas cualidades más que otras y acordar el mayor rango a quien personifica tales cualidades, marginando a los menos capacitados.

El problema, con todo, no está en la desigual distribución del poder y del rango, algo inevitable, sino en el uso y abuso de los privilegios que conlleva. Resulta excesivamente tentador aprovechar nuestra posición dominante en un grupo para imponer nuestros criterios o conseguir ventajas personales, lo que hacemos muchas veces sin darnos cuenta de ello, sin valorar o tener conciencia de las consecuencias negativas que nuestros actos pueden tener en otras personas. Es entonces que surgen los problemas, no por una distribución de poder tan desigual como inevitable, sino por los privilegios y abusos que suelen acompañar tal distribución.

El abuso de poder y sus consecuencias

El uso inconsciente del rango produce abusos que dañan nuestras relaciones y que no siempre se arreglan con una buena comunicación. A la persona que abusa de su rango —lo que ocurre mucho más a menudo de lo que pensamos, especialmente entre quienes asumimos papeles de liderazgo—, le cuesta reconocer los abusos, tendiendo a justificar racionalmente sus actos, a quitarse responsabilidades y cargar las culpas sobre la víctima, o incluso a ser agresivo con quien se atreve a cuestionar su labor. Para ello suele contar con el apoyo de la mayoría del grupo que colabora activa o pasivamente en este trabajo de desprestigiar a las minorías. Incluso en los grupos más “progres” y abiertos, no resulta difícil ver situaciones en las que una mayoría del grupo se desentiende de las críticas hacia una o varias personas en minoría, acusándolas de las cosas más extravagantes, incluso de haber perdido el juicio. La víctima, por su parte, tampoco sabe hacerlo mejor. Al principio, tratará seguramente de hacerse escuchar por el grupo, pero en muchas ocasiones, su falta de autoestima y poder personal, consecuencia de un pasado difícil y marcado por los abusos, hace difícil que su voz emerja con la fuerza necesaria. Al final, terminará aceptando resignadamente su marginación, lo que le llevará a irse del grupo, a buscar algún tipo de compensación quedándose dentro, o a convertirse en “terrorista”, sabotando sutilmente las iniciativas de algunas personas del grupo.

Favorecer la expresión de todas las voces

Muchos de estos problemas, que impiden el crecimiento del grupo, que crean tensiones y conflictos que pueden incluso provocar su disolución, y que ocasionan importantes daños psicológicos en algunas personas, se pueden solucionar utilizando apropiadas técnicas de facilitación con las que favorecer la expresión de todas las voces de un grupo, con las que afrontar las tensiones derivadas de la desigual distribución de poder y rango y con las que empoderar a las minorías para que su voz se pueda oír con la fuerza y frescura necesaria, evitando la existencia de privilegios o abusos.

El objetivo de técnicas como la Comunicación No Violenta, el Trabajo de Procesos y otras técnicas de facilitación similares es mantener o recuperar la confianza, la honestidad y la compasión en ese espacio de participación e interacción que define la comunidad, empoderando y abriendo espacios a las voces minoritarias para que puedan expresar con fuerza, y con el convencimiento de que son escuchados, sus puntos de vista, sus expectativas y preocupaciones. Las técnicas de facilitación se pueden aplicar en el espacio de toma de decisiones, en otros espacios que el grupo acuerda para trabajar su proceso grupal o para tratar asuntos de gran contenido emotivo, o en la cotidianeidad de las relaciones personales. Lo importante es conocerlas y aplicarlas.

Aprender habilidades sociales

Es absurdo pensar que sabemos todo sobre los grupos y sobre nuestro ser grupal, cuando en realidad no tenemos ni idea de cómo intervenir en las situaciones conflictivas en las que nos vemos envueltos, optando casi siempre por la solución fácil del olvido o alejamiento; de cómo organizarnos con otras personas y tomar decisiones colectivas que sean del agrado de todos, casi siempre queriendo imponer nuestros puntos de vista o sintiéndonos frustrados por no conseguirlo; de cómo remodelar

nuestros comportamientos y actitudes personales para favorecer la colaboración y la empatía; en definitiva, cuando no tenemos ni idea de cómo formar colectivos y comunidades duraderas.

Necesitamos herramientas, técnicas, desarrollar nuevas habilidades. Necesitamos formarnos, reeducarnos, desaprender algunas cosas y aprender muchas nuevas. Toda persona que quiera avanzar en su transición personal hacia una forma de vida más sostenible debería pasar por este proceso reeducativo y de transformación personal, aprender facilitación y sobre todo practicarla. La facilitación no sólo es una técnica, es también un arte. No basta con aprender "teoría" para luego aplicarla desde fuera y sin mancharse. Se necesita una formación, sin duda, pero lo más importante es el propio trabajo interior. Necesitamos conocernos bien para conocer los procesos grupales e intervenir correctamente. Necesitamos aumentar nuestra capacidad de escucha, nuestra capacidad para sentir y captar atmósferas, necesitamos aprender a aceptar posiciones tan diversas que nos puedan parecer incluso contradictorias. Necesitamos saber convivir con nuestros miedos e inseguridades, reconocer nuestras debilidades. Necesitamos, en definitiva, conectar con nuestra esencia como seres participantes.

El papel de los líderes y de las estructuras grupales

Una estructura típica: líder, seguidor, oponente, indiferente

Muchos grupos y comunidades piensan que es posible eliminar la desigualdad simplemente declarando formalmente que todos somos iguales. Por ello, no creen en los líderes ni creen que existan en sus grupos. Su imagen del líder es la de una persona que se quiere aprovechar de los demás para favorecer sus intereses particulares. Sin embargo, esos mismos grupos sí reconocen la existencia de personas que "tiran" más del grupo, que son más activas o que siempre están proponiendo cosas; al contrario que otras personas que prefieren ir detrás, apoyar lo que otros hacen o simplemente mantenerse en un segundo plano. Normalmente, las primeras se quejan de la pasividad de las segundas, mientras que las segundas se quejan de que las primeras quieren ir demasiado deprisa y actúan sin respeto. Es una lucha típica en todos los grupos, que tal vez no se pueda evitar, pero que sí se puede afrontar de una manera más útil para el grupo, simplemente conociendo mejor cómo funcionan los procesos grupales.

En el campo dinámico de todo grupo se crean invisibles formas o estructuras que cuentan con cierta estabilidad, dada por su mínimo gasto energético. Recordemos que la energía que fluye en el campo grupal depende de gradientes o diferencias entre las personas que forman parte del grupo —diferencias en habilidades, expectativas, intereses, necesidades, valores, preocupaciones, miedos, etc.— y que se expresan a través de roles o cualidades específicas que pueblan el campo. Una de estas estructuras estables es la formada por "alguien" que propone o tiene la iniciativa para algo, que cuenta con "alguien" que lo apoya, pero a lo que "alguien" se opone, mientras "alguien" se mantiene indiferente. Es la estructura líder-seguidor-opponente-indiferente. Nos vamos a encontrar con esta estructura cientos de veces en todos los grupos, así que ¿por qué no tratamos de conocerla, en lugar de criticarnos unos a otros?

Los líderes critican a los que se oponen, a los que acusan de impedir sus iniciativas, o a los indiferentes por no mostrarse más activos y decididos. Los oponentes, especialmente si se trata de minorías, atacan a los líderes por ser demasiado arrogantes en la manera de proponer las cosas y por ignorar las consecuencias de sus decisiones, en general negativas para las minorías. Y a los indiferentes no les gusta que ni unos ni otros les obliguen a hacer lo que no quieren. La mayoría de estas críticas hacen mucho daño al grupo, algunas personas pierden interés en liderar iniciativas valiosas, otras personas dejan de aportar sugerencias y críticas valiosas, otras se sienten obligadas a tomar partido cuando lo que buscan es perspectiva y tiempo de reflexión, y todo para evitar ser atacados o agredidos psicológica y moralmente.

Todo grupo necesita líderes

Todo esto se arreglaría si conociéramos mejor cómo funciona dicha estructura, cuáles son los roles que intervienen y cuáles son las cualidades que como grupo queremos favorecer. Todo grupo necesita líderes, es decir personas capaces de proponer y llevar adelante iniciativas que son valiosas para el grupo. No se trata de una tarea nada de fácil, pues en ocasiones exige un gran sacrificio en tiempo y dedicación. En este sentido, el líder no es un aprovechado que busca una posición de privilegio para beneficio personal, no es un dictador que pretende que todos hagan lo que él quiere, ni es un ser agresivo e impaciente que arrastra sin miramientos al resto del grupo. El líder es simplemente un rol en el campo grupal, el rol del que quiere hacer algo por el bien del grupo, algo encaminado a desarrollar su visión común y avanzar en sus objetivos. Si el grupo se ha creado para hacer manifiesta una idea o visión, podemos decir que la idea “utiliza” a los líderes para que tiren del grupo en el camino hacia su realización.

En principio, cualquier persona puede jugar el rol de líder, dependiendo de las circunstancias y del tipo de habilidades exigidas en cada caso concreto. Lo que ocurre es que sin un conocimiento de los procesos grupales y sin un apoyo consciente y explícito del grupo hacia todos sus miembros, lo normal será que determinadas personas con ciertas cualidades y con cierta experiencia vital asuman de manera natural el papel de líder. Para cambiar esta situación el grupo debería hacer un esfuerzo decidido y consciente para apoyar todas las iniciativas individuales, reconociendo el trabajo de quienes las presentan, apreciando el valor de su contribución y estableciendo procedimientos para reforzar especialmente aquellas propuestas que provienen de minorías y que pueden ser más fácilmente rechazadas. La idea es crear una cultura grupal en la que la participación sea reconocida y apreciada y en la que todo el mundo se sienta empoderado para ser líder. De esta manera la responsabilidad de “mover” el grupo hacia delante no recaerá siempre en las mismas personas, sino que se repartirá entre todos los miembros. La confianza en los demás y en su capacidad para asumir determinadas responsabilidades es aquí fundamental.

Evitar abusos y privilegios

Un grupo que sepa reconocer abiertamente la importancia de contar con buenos líderes y que favorezca un proceso grupal claro e inclusivo, tendrá menos dificultades en solucionar aquellas dificultades relacionadas con la existencia de posibles privilegios o abusos cometidos por sus líderes, que un grupo que niega formalmente la existencia de tales líderes y que se niega a procesar las diferencias. Utilizando adecuadas técnicas de facilitación, un grupo puede tratar directamente con sus líderes y trabajar con ellos cualquier desviación dictatorial y ventajista que haya podido tener lugar. E inversamente, tratar con el resto del grupo y trabajar con ellos para que acojan con empatía la posible expresión de las frustraciones e impaciencia de un líder por la falta de apoyos o de decisión por parte del grupo. Los líderes pueden cometer abusos y aprovecharse de su situación y privilegios, pero igualmente el resto del grupo puede acomodarse en la existencia de personas que tiran por ellos y sólo expresar críticas y quejas. En un proceso grupal es importante que se aireen claramente todas estas desavenencias.

Por otra parte, en un grupo que no reconoce la existencia de líderes, que no acepta la existencia de diferencias de poder y de rango, aquellos que suelen jugar el papel de líder en el grupo, y que suelen ser las personas que cuentan con el mayor rango, cometerán inconscientemente numerosos abusos que no podrán ser contestados por falta de un espacio público en el que trabajar los procesos grupales. Sin darse cuenta, los inconscientes líderes de muchos grupos de iguales caen en la trampa de aquello que más critican: un comportamiento dictador y abusivo que produce claros daños en muchas personas y deteriora la cohesión del grupo y su capacidad organizativa. Para que el liderazgo se distribuya en un grupo de manera fluida e inclusiva es necesario empezar por reconocer su existencia y su valía. Sólo de esta manera se podrá tratar con normalidad cualquier posible desviación y abuso de poder que pueda darse, a la vez que se estará en condiciones de apoyar el papel de líder en aquellas personas que

suelen tener más dificultades para ello. El objetivo final de todo grupo debería ser que cualquier miembro pudiera jugar este importante y difícil papel de manera fluida y consciente.

Reconocer a quien se opone

Los grupos deben reconocer y apreciar el ingente trabajo realizado por sus líderes, de la misma manera que deben reconocer y apreciar el difícil papel de quien se opone inicialmente a algunas de sus propuestas, favoreciendo especialmente que las voces minoritarias, y que tienen más dificultades para dejarse oír, puedan ser escuchadas en igualdad de condiciones. En contra de lo que piensan muchos líderes, la persona que se atreve a criticar una propuesta está haciendo un enorme favor al grupo. En un grupo en el que impera la confianza y la comunicación fluye sin violencia, el crítico u oponente no busca fastidiar a nadie, ni echar por tierra una iniciativa que la mayoría considera adecuada para el grupo, no critica para ganar protagonismo, ni para quejarse de su situación personal. Simplemente representa un rol en el campo grupal, un rol que el grupo necesita porque tal vez haya que corregir algo, tal vez la propuesta tiene consecuencias que nadie ha visto, o tal vez ignora algo que preocupa profundamente a esa persona, y que afecta a sus valores y creencias más profundas. Apreciar el valor de quien se opone y acoger su voz con la importancia que merece ayuda a evitar algunos de los conflictos más habituales en los grupos, que se producen cuando la mayoría desprecia inconscientemente las voces minoritarias, a la vez que sirve para empoderar estas personas, para que ganen confianza en sí mismas y se conviertan en nuevos líderes del grupo.

Es necesario advertir, no obstante, que si bien los líderes y las mayorías tienen que esforzarse en mejorar su capacidad de escucha para incluir las voces de quienes se oponen y de las minorías, éstas también tienen que hacer un esfuerzo para reconocer que su posición en el grupo no les permite imponer sus puntos de vista. Uno de los mayores problemas que presenta la toma de decisiones por consenso es que una mayoría puede ser rehén de una minoría que bloquea continuamente sus propuestas. La compasión y la empatía que rigen el proceso de participación deben aplicarse por igual a mayorías y minorías. Las minorías deben asumir su responsabilidad en relación con el grupo y, una vez que sus voces han sido escuchadas, valoradas e incluidas en el proceso de toma de decisiones, no caer en la trampa del bloqueo sistemático y permitir que el grupo siga adelante en la realización de su visión. Si el proceso de tomar decisiones se lleva a cabo con la claridad y transparencia requeridas, si las diferentes voces se expresan con honestidad y empatía, si las personas aprenden a pensar en común y se esfuerzan por desarrollar una mente colectiva, entonces no debería haber ningún problema para que el grupo avanzara en la realización de su visión, contando con la fidelidad y la cooperación de todos, incluso de aquellos que en una iniciativa concreta les toca estar en minoría.

Representar diferentes roles

Lo ideal sería que en todo grupo, líderes y críticos, mayorías y minorías, seguidores e indiferentes fueran cambiando continuamente sus roles según las circunstancias y el tipo de iniciativas requeridas por el grupo. Todo el mundo debería ser capaz de representar diferentes roles, desarrollando la capacidad y habilidad necesarias para ello. Con práctica, estos roles o espíritus temporales podrían ser representados por diferentes personas incluso dentro de la misma reunión, siguiendo por ejemplo, el modelo de E. de Bono, quien en su libro *Seis sombreros para pensar* amplía la estructura anterior a seis personajes diferentes: el que apoya, el que se opone, el que necesita datos objetivos, el que se interesa por las emociones, el que aporta soluciones e ideas creativas y el que facilita el proceso. En un grupo bien entrenado, una persona podría presentar y defender una iniciativa y al poco tiempo esforzarse en criticarla y explorar sus puntos débiles, o alguien podría estar pidiendo datos objetivos sobre la propuesta y poco después expresar sus sentimientos en relación con ella. Todas estas cualidades fluirían en el grupo de manera natural, el facilitador sería simplemente el encargado de leer el flujo de los acontecimientos y decidir qué “sombrero” es apropiado en cada momento.

Una comunidad de élderes

De agresores y víctimas

A través de un trabajo personal y colectivo, trabajando el desapego y la suspensión de juicios, y a través de una buena facilitación, la estructura líder-oponente-seguidor-indiferente puede evolucionar hacia una forma más flexible en la que todos los miembros del grupo pueden representar diferentes roles, sabiendo que tales roles sólo son cualidades que el grupo necesita para extraer una sabiduría común y avanzar en la manifestación de su visión. O por el contrario, sin ese trabajo personal y colectivo, sin una buena facilitación y una seria atención a los procesos grupales, esa misma estructura presente en todo grupo puede degenerar en una forma conflictiva de consecuencias muy negativas. Es la estructura agresor-víctima-indiferente, que en algunos casos deriva en agresor-víctima-rescatador, estructura conocida como Triángulo del Poder, en la que una o varias personas ofrecen a la/s víctima/s una ayuda no solicitada o sin conocimiento de cómo hacerlo.

Lo importante de esta estructura es que se da en muchos grupos de iguales, en los que por falta de un proceso claro, algunas personas con habilidades para liderar cometen abusos que producen un gran daño a otros miembros del grupo, mientras el público mira para otro lado prefiriendo ignorar lo que ocurre. En estos casos, las víctimas suelen tomar uno de los siguientes caminos: evitar su situación de víctima, largándose, si es posible, del grupo o comunidad; asumir su condición de víctima, resignarse y buscar algún tipo de compensación (emocional, inconsciente) dentro del grupo; asumir su condición de víctima, no resignarse y buscar venganza de alguna manera, recurriendo a pequeños actos “terroristas” si es necesario; y por último, la opción que encuentro más difícil, esforzarse por superar su condición de víctima, empoderarse y, a ser posible con la ayuda de otras personas, trabajar para crear una dinámica grupal en la que no se produzcan más abusos y se reestablezca la confianza y la armonía en el grupo.

Con un cambio de actitud, el triángulo del poder se puede transformar en el triángulo del descubrimiento. El agresor se convierte en maestro, utiliza su poder por el bien de todo el grupo, abandona las amenazas y los resentimientos, solicita y respeta los puntos de vista de las minorías; el rescatador se convierte en facilitador, apoya a ambas partes en conflicto, observa la situación global y considera cuánta ayuda es, o no es, adecuada; y la víctima se convierte en aprendiz, utiliza cualquier situación, incluso las más difíciles, como una oportunidad para aprender, y celebra su capacidad para encontrar su propio camino.

Dobles barreras y opresión interna

El facilitador que trabaja con conflictos de rango y abuso de poder se enfrenta a un problema delicado. Convencer a las personas de mayor rango de que están abusando de él, de que gozan de privilegios no asumidos por el grupo, no es fácil. En general estas personas van a mostrar una gran resistencia a reconocer su situación de privilegio e incluso pueden llegar a sentirse oprimidas, en primer lugar por aquellos que las critican y en segundo lugar por el propio facilitador. Las personas de mayor rango pueden pensar que su privilegiada situación se debe a su propio esfuerzo personal y, por tanto, su reacción a una crítica que no vaya acompañada de un mínimo reconocimiento de ese esfuerzo, será sin duda defensiva. Si además el facilitador o mediador del conflicto se alinea abiertamente con las víctimas, los agresores todavía se cerrarán más en su propia historia y descalificarán al facilitador y a todo el proceso de facilitación. Surge así una primera barrera o bloqueo comunicacional. Una parte del grupo o comunidad no quiere hablar con la otra y menos, cuando lo que recibe es una crítica carente de reconocimiento o sufre el acoso de una violencia directa en forma de actos o atentados “terroristas”.

Por su parte las víctimas lo tienen probablemente más difícil. En primer lugar tienen que enfrentarse a sí mismas, a la opresión interna, a todo el sistema de poder del grupo en el que están inmersas y que han internalizado a través de la repetición de un conjunto de vivencias que les lleva a aceptar como algo “natural” los privilegios de la mayoría dominante. Es el caso de muchas mujeres que asumen el machismo, y los privilegios que conlleva para los hombres, porque han internalizado sus principios y reglas desde pequeñas. En segundo lugar, tienen que enfrentarse a su propio grupo o minoría, pues

para muchas personas de su propio grupo no existen, o no quieren o no son capaces de ver, tales abusos o privilegios que cuestionar, y por tanto verán mal cualquier acción que pueda desestabilizar el precario equilibrio en el que se hallan y que posiblemente también les beneficia de alguna manera. Por último, las víctimas tienen que enfrentarse a la opresión que sufren desde la mayoría o de aquellas personas con más rango. Acosadas por arriba, desde donde les llega la opresión, y acosadas por los lados, desde donde sólo les llega incompreensión, su reacción suele ser de huida, resignación o lucha (que se puede manifestar en forma de vandalismo, sabotaje, acciones guerrilleras y terrorismo, a pequeña o gran escala). Surge así una nueva barrera, en esta ocasión del lado de las víctimas, que les impide comunicar con sus agresores, con los que se sienten incapaces de hablar.

Esta doble barrera supone un bloqueo comunicacional que hace muy difícil la resolución o transformación de este tipo de situaciones de abuso. El escritor y pensador Paolo Freire, en su libro *Pedagogía del Oprimido*, nos advierte que “el gran problema radica en cómo podrán los oprimidos como seres duales, inauténticos, que ‘alojan’ al opresor en sí, participar en la elaboración de la pedagogía para su liberación. (...) (Hay que hacer notar) que, casi siempre, en un primer momento de este descubrimiento, los oprimidos, en vez de buscar la liberación, en la lucha y a través de ella, tienden a ser opresores también. La estructura de su pensamiento se encuentra condicionada por la contradicción vivida en la situación concreta, existencial en que se forman. Su ideal es, realmente, ser hombres, pero para ellos, ser hombres, en la contradicción en que siempre estuvieron, equivale a ser opresores. (...) Son raros los casos de campesinos que al ser promovidos a capataces, no se transformen en opresores, más rudos con sus antiguos compañeros que el antiguo patrón.”

El proceso de liberación de la opresión

Opresores y oprimidos no son conceptos únicamente aplicables a los grandes grupos sociales. En cualquier grupo pequeño o comunidad nos vamos a encontrar, en virtud de la desigual distribución del poder y de nuestra inconsciencia del rango y de sus abusos, con ambos lados. Romper esta situación de bloqueo supone dar una serie de pasos coordinados que ayuden a transformar la realidad opresora y restaurar el espacio de confianza en que se basa la comunidad.

El proceso de empoderamiento de las víctimas las debe llevar a recuperar su poder interno sin necesidad de caer en resentimientos o deseos de venganza. El dolor y el resentimiento guardados condicionan mucho nuestra actitud en el presente. La víctima que fuimos está siempre dispuesta a aparecer en cualquier conflicto nuevo al que nos enfrentamos, llevándonos a la resignación, la huida o la venganza. Podemos cambiar esta actitud resolviendo viejos conflictos de pasado y transformando la energía que encierran de una manera creativa. Desde este poder propio, que surge de la liberación de la opresión interna y el desarrollo de una actitud creativa ante la vida, podemos empezar a reconocer algunas cosas de la otra parte, que seguramente son también valiosas para nosotros. Como dice Freire, “por paradójico que pueda parecer, la respuesta de los oprimidos a la violencia de los opresores es un gesto de amor”.

Por su parte, el agresor u opresor debe reconocer sus abusos y solidarizarse con las víctimas. Ahora bien, reconocerse como agresor, aunque ello entrañe resistencia y dolor, no equivale aún a solidarizarse con las víctimas. No basta con tener conciencia del daño hecho y “racionalizar” paternalmente la culpa. La verdadera solidaridad está en luchar con ellas para transformar la realidad que justifica tales abusos. De nuevo en palabras de Freire, “el opresor sólo se solidariza con los oprimidos cuando su gesto deja de ser un gesto ingenuo y sentimental de carácter individual y pasa a ser un acto de amor para aquéllos. (...) Decir que los hombres son personas, y como personas son libres y no hacer nada para lograr que esta afirmación sea una realidad objetiva, es una farsa.”

De opresores y oprimidos a élderes al servicio de la comunidad

Cuando una persona, opresor u oprimido, seguramente desde una posición de liderazgo dentro de su grupo, empieza a reconocer el valor de todas las partes, a aceptar que todas son imprescindibles para que el espacio de la comunidad se manifieste en su totalidad, se convierte entonces en un élder,

en un ser lleno de compasión y amor, capaz de dar su atención al conjunto antes que a sí mismo y de ponerse por tanto al servicio del grupo, en sus pensamientos, sentimientos y acciones.

El élder es un rol más en el campo grupal que puede ser asumido por cualquier persona. Puede surgir de manera espontánea en un momento álgido para el grupo, o puede aprenderse con la práctica y el estudio. Cuando una persona, un líder, es capaz de fluir libremente por los diferentes roles del campo grupal, reconociendo y respetando a aquellos que permanecen en silencio, dando la bienvenida a las críticas y ayudando a quien le ataca, invitando a otros a desempeñar el papel de líder cuando se sabe incompetente o mediatizado por algo, aumentando su conciencia de lo que ocurre y mostrando su compasión abiertamente, de líder esta persona se convierte en el élder que todos llevamos dentro. Como dice Mindell en *Sentados en el fuego*, “el élder, acostumbrado al dolor del fracaso, a la dicha del éxito, a la rabia frente a la injusticia, a la culpa por haber actuado injustamente, a la pérdida de personas cercanas y a sus propias pequeñas muertes, se convierte así en alguien capaz de aceptarlo todo, en alguien transparente al permanente proceso de la vida y capaz de acoger en su seno a todas las partes”.

Con su actitud compasiva y amorosa, el élder recrea el espacio de participación y acogida que sustenta la comunidad, restaura la confianza en el grupo, ayuda a que fluya de nuevo la comunicación y la expresión de todas las voces, contribuye a que las ideas se manifiesten de una manera más clara y completa y nos recuerda nuestra esencia como seres participantes, una esencia que nos remite en última instancia a una unidad fundamental con todos los seres, la comunidad.

Camino se hace al andar 3

El pasado

No me considero una persona muy apegada al pasado, me gusta vivir el presente, poner toda mi pasión en lo que estoy haciendo. El pasado es el molde que delimita mi ser actual, es lo que establece un contexto y unos límites para mis vivencias presentes. Aunque quisiera no podría ser muy diferente de como soy porque mi pasado determina gran parte de mi ser actual. Si hubiera nacido en otra cultura, en otra época, si tuviera un pasado distinto, jamás podría pensar o actuar como lo hago ahora.

Tampoco me quejo de mi pasado, ni me siento desafortunado con lo que me ha tocado ser. He llegado a aceptar todo lo que he sido y me ha ocurrido, lo bueno y lo que aparentemente no fue tan bueno. De todo he aprendido algo, todo ha contribuido a que sea la persona que soy ahora. Aceptar la totalidad de nuestro pasado es como abrir un montón de caminos nuevos en el presente. Nuestros miedos y bloqueos tienen su fuente en el pasado, casi siempre un pasado negado, oculto a nuestro ser consciente para evitar el sufrimiento que traen los recuerdos. Rememorar el pasado, esto es, no tratar de recordar o de aferrarse a determinados recuerdos, sino dejar que el pasado fluya en nosotros según su propio gusto, acoger la dicha que nos traen determinados recuerdos e, igualmente importante, acoger el dolor asociado a otros momentos de nuestra vida, sentir que todo es parte de ti y, que por tanto, no puede hacerte ningún daño, no cerrar los ojos ni siquiera para las imágenes más desagradables y dejarse llevar por todo ello, ir más allá de nuestras barreras y explorar mundos inicialmente desconocidos, acoger en esta exploración a los seres que hemos querido y acoger también a quienes nos hicieron daño, dejar que surjan libremente todos los sentimientos asociados a estas imágenes rememoradas y abrazar tales sentimientos, sentir con intensidad la alegría y el dolor, la dicha y la tristeza, todo esto es vivir o, como a mi me gusta decir, es honrar la vida.

Llegados a este punto, el pasado ya no puede hacernos daño. De hecho desaparece como idea de nuestras vidas. No nos aferramos más a las imágenes que nos llegan del pasado, ni las ocultamos en algún lugar remoto de nuestro inconsciente. Lo que nos interesa ahora son las sensaciones que acompañan tales imágenes. Si de repente me llegan recuerdos de un momento triste de mi vida, dejo que los recuerdos fluyan por mi mente sin prestarles atención, me concentro en las sensaciones que acompañan la tristeza, en cómo invaden mi cuerpo presente, desde esa sensación de frío que recorre mi cuello hasta el leve temblor que moviliza mis manos. Estas sensaciones son lo único real, lo único

presente y a ellas me debo. No salgo corriendo para evitarlas, ni busco una distracción que me aleje de los recuerdos. Los recuerdos llevan su curso en mi mente, no los molesto. Las sensaciones exigen mi atención y sé, que al seguirlas, me adentro en un mundo nuevo que crea a su vez nuevas imágenes, nuevas sensaciones, muchas veces desconocidas, que se superponen a la tristeza inicial. Poniendo toda la atención en mi cuerpo, y dejándome llevar por lo que siento, de repente es como si se abriera una puerta accesible sólo para el alma. Sin darme cuenta, desaparecen las imágenes del pasado, desaparecen las sensaciones físicas del presente y me adentro con la imaginación, con el alma, en un mundo fascinante de plenitud. El pasado se convierte así en un centro de poder, una plataforma para vivir gozoso el presente y desarrollar una actitud creativa que nos introduzca en un futuro por descubrir.

Y es así que aquellos caminos polvorientos que me llevaban de casa a la escuela y de la escuela al encuentro con mis amigos; aquel patio de recreo del instituto que vivía como un campo de concentración, sólo para hombres, cuando ya la libido empezaba a dejarse notar con fuerza; aquella chica de la universidad que se sentaba una fila delante de mi y que yo perseguía por los pasillos; aquel día que me enteré que se me había pasado el plazo para firmar mi candidatura a profesor de universidad, justo al volver de un viaje que había querido hacer sin decir a nadie dónde estaba; aquella tarde que salí desesperado de casa para ir a buscar aquella mujer que ya se marchaba de mi vida; aquel intento fallido de querer vivir haciendo marionetas porque ya me cansaba de tanta palabra vacía; aquellas días lánguidos que me llevaban a recorrer, bajo un cielo plomizo, la Rue de Charonne de cabo a rabo; aquellas tardes al sol en el cuarto de invierno de la Torre de Vara, en las que se gestaron proyectos tan imposibles como organizar un autobús que recorriera Aragón con personas que quisieran aprender español, lo que por supuesto nunca se llegó a hacer; aquella carta que recibí de las manos de mi vecino del pueblo con la advertencia de que era el último regalo que me hacía en su vida; aquella magnífica vista del Grand Canyon desde el Desert View, mientras en mi cabeza sonaba el clarinete de Paul Winter; todos estos recuerdos, que en unos instantes han pasado por mi cabeza, son imágenes que siguen su propio fluir, un flujo en el que apenas me detengo y que me gusta contemplar sin apegos, como quien contempla desde la orilla el transcurrir del agua de un río. Son sin duda imágenes cargadas de emociones diversas en las que tampoco entro, tal vez me detengo un instante en alguna de ellas para saborear de nuevo una emoción olvidada, como quien saborea con un pequeño sorbo un vino de una determinada cosecha, pero sin pretender ir más lejos.

Sé que imágenes y emociones dejaron su rastro en mi cuerpo porque ahora, al pensar en ellas, he sentido como un cosquilleo que me subía por el estómago y un pequeño temblor que recorría mi espalda, como si quisieran recordarme quien soy, un montón de vivencias y experiencias contraídas, un ser que se recrea a cada instante, un cuerpo que ha sido testigo directo de toda una vida y que guarda en sí otras miles de vidas, que es una memoria viva de la humanidad, que es vida. Y es a partir de este momento que los recuerdos desaparecen, e imágenes y emociones se transforman en un sentimiento de plenitud y conexión con todo lo que he sido, con todas las personas y seres con los que me he encontrado en mi vida y que tanto me han aportado. Y es así que, empapándome de todo lo que he sido y soy, el pasado se transforma en un presente lleno de fuerza y vitalidad, un presente que me dice: ¡estás vivo, vive entonces!

El presente

A través de la ventana de mi cuarto, en mi casa de Artosilla, justo en este momento en que escribo estas líneas, veo el precioso nogal junto a la borda de Chema, cargado de nueces como hacía muchos años; veo mi valle con el pico Guara al fondo y siento una gran paz interior. Me siento afortunado porque la vida me sonríe, aunque yo sé que es un compromiso mutuo: la vida me sonreirá mientras yo sea capaz de sonreírle a ella. Siento que estoy llegando al final de una importante transición en mi vida, la que me ha llevado a buscar la comunidad a partir del individuo que fui.

Estoy descubriendo Artosilla, mi comunidad local, con otros ojos, los ojos de un ser que está aprendiendo a amar, sin condiciones, sin excepción. Estoy conociendo mi comunidad biorregional, la Guarguera, Álto Gallego, Jacetania..., una gran zona montañosa de los Pirineos Centrales, en la que coexisten actividades tradicionales como la ganadería junto a una explotación turística que muchos

sentimos perjudicial. Sigo creando y participando en redes de intereses con gente afín. Estos últimos años he dedicado mucho tiempo y energías a conocer la comunidad sostenible, a comprender los conflictos y cómo podemos resolverlos o transformarnos con ellos, a desarrollar mis habilidades como facilitador de grupos. Siento que ahora tengo ganas de hacer otras cosas, de trabajar más con mi cuerpo, de bailar y expresarme a través del movimiento. Quiero escribir más y reencontrarme con la filosofía. Y no olvido mis deseos de viajar, de conocer otras gentes y otros lugares, de participar en encuentros y actividades en todo el mundo y sentir así que la Tierra es también mi casa, mi comunidad global.

Aunque esto, de momento, no son más que deseos. Al otro lado de la ventana, se yergue magnífico el nogal junto a la borda de Chema, y ahora aparece también Mascún, el perro más cariñoso de este pueblo. Y por unos instantes, me veo parte de una pequeña comunidad local que está naciendo en este mismo momento.

El futuro

Sé que estás ahí, sé que seguirás estando. Y que juntos construiremos el futuro que queremos.

Bibliografía

- Aberly, D. *Boundaries of Home. Mapping for Local Empowerment*. New Society Publishers, 1993
- Agamben, G. *La communauté qui vient*. Seuil, 1990
- . *Moyens sans fins*. Rivages, 1995
- Aristote. *Étique de nicomaque*. Flammarion, 1992
- Badiou, A. *L'éthique. Essai sur la conscience du mal*. Hatier, 1993
- Baker, N., ed. *Building a Relational Society: New Priorities for Public Policy*. Arena, 1996
- Balandier, G. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Ediciones Paidós, 1994
- Barton, H, ed. *Sustainable Communities. The Potential for Eco-Neighbourhoods*. Earthscan, 2000
- Bataille, G. *La experiencia interior*. Ed. Taurus, 1994
- Baudrillard, J. *La société de consommation*. Éditions Denoël, 1970
- Benasayang, M. *Penser la liberté. La décision, le hasard et la situation*. La Découverte, 1994
- Berne, E. *Juegos en que participamos. Psicología de las relaciones humanas*. Diana, 1996
- Blanchot, M. *La communauté inavouable*. Les éditions de minuit, 1983
- Boff, L. *El Cuidado esencial; Ética de lo humano, Compasión por la Tierra*. Trotta, 2002
- Bohm, D. *On dialogue*. Routledge, 1996
- Briggs, B. *Introducción al Proceso de Consenso*. Ed. por el autor, 1998
- Burton, J. *Violence explained. The sources of conflict, violence and crime and their prevention*. Manchester University Press, 1997
- Calle, R. *Serenar la mente. Cómo lograr la calma y la paz interior*. EDAF, 2000
- Clark, G; Piggott, S. *Prehistoric Societies*. Penguin Books, 1985
- Clastres, P. *La société contre l'État*. Les éditions de Minuit, 1974
- CRIC. *Rebelión en la tienda. Opciones de consumo, opciones de justicia*. Icaria, 1997
- Colectivo de Difusión de la Deuda Ecológica. *Deuda ecológica. ¿Quién debe a quién?* Icaria, 2003
- Comins Mingol, I. "Del Miedo a la Diversidad a la Ética del Cuidado: Una Perspectiva de Género". *Convergencia*, sep-dic 2003, núm 33
- De Bono, E. *El pensamiento lateral*. Paidós Plural, 1986
- . *Seis sombreros para pensar*. Granica, 1988
- Debord, G. *La société du spectacle*. Gallimard, 1992
- Del Río, N. *Rescata tu dinero. Finanzas solidarias y transformación social*. Talasa, 2003
- Deleuze, G. *Différence et répétition*. Presses Universitaires de France, 1993
- . Guattari, F. *Mille Plateaux*. Les éditions de minuit, 1980
- . Parnet, C. *Dialogues*. Flammarion, 1996
- Dumont, L. *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*. Éditions du Seuil, 1991.
- Ekins, P. *Riquezas sin límite. El atlas Gaia de la economía verde*. Edaf, 1992
- Eurotopia. Guía europea de comunidades y ecoaldeas*. Ed. Fundación GEA, 2001
- Foucault, M. *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Gallimard, 1975
- . *Historia de la sexualidad. Vol. 1 La voluntad de Saber*. Siglo XXI editores, 1992
- Freire, P. *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI eds., 2002
- Freud, S. *Le malaise dans la culture*. PUF, 1995
- Fritz, R. *The Path of Least Resistance*. Ballantine Books, 1989
- Gilligan, C. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica, 1985
- Girard, R. *La violence et le sacré*. Grasset, 1972
- Gleick, J. *Caos. La creación de una ciencia*. Seix Barral, 1988
- Guattari, F. *Las tres ecologías*. Pretextos, 1996
- Guérin, D. *Ni Dieu ni Maître. Anthologie de l'anarchisme*. Petite collection maspero, 1970

- Guillen, A. *Economía libertaria. Alternativa para un mundo en crisis*. Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo, 1988
- Hegel, G.W.F. *Fenomenología del espíritu*. Fondo de cultura económica, 1993
- Hewitt, N. *Guía Europea para la Planificación de las Agendas Locales 21*. Ed. ICLEI Bakeaz, 1998
- Hübner, B. *El hombre deproyectado y otros ensayos*. Universidad de Zaragoza, 1991
- Isaacs, W. *Dialogue and the Art of Thinking Together*. Doubleday, 1999
- Jackson, H. y Svenson, K. *Ecovillage Living. Restoring the Earth and Her People*. Green Books, 2002
- Jackson, R, ed. *The Earth is Our Habitat*. Gaia Trust. [Una versión electrónica en español se puede conseguir en <http://www.selba.org/SelbaPublicaciones.htm>]
- Kennedy, M. *Dinero sin inflación ni tasas de interés*. Nuevo extremo, 1998
- Kinsley, M.J. *Economic Renewal Guide*. Rocky Mountain Institute, 1998
- Kuri, L, ed. *Bienvenidos a casa. Vivencia y pensamiento biorregional*. Ayotl, 2003
- Landaburu, E. *¡Cuídate compa! Manual para la autogestión de la salud*. Txalaparta, 2000
- Langford, A. *Desarrollo de comunidades sostenibles. Manual para trabajadores de campo*. Ed. por el autor, 1995. [Ver <http://www.selba.org/SelbaPublicaciones.htm> para una copia electrónica]
- Lao Tse, *Tao te Ching, libro clásico de la sabiduría china*. RBA Libros, 1998
- Les Stoïciens. *Textes choisis*. Presses Universitaires de France, 1993
- Long, A. *La filosofía helenística. Estoicos, epicúreos, escépticos*. Alianza Editorial, 1975
- Mandelbrot, B. *Los objetos fractales*. Tusquets, 1987
- Mander, J. *En ausencia de lo sagrado. El fracaso de la tecnología y la sobrevivencia de las naciones indígenas*. Ed. CuatroVientos, Chile.
- Marx/Engels. *Obras escogidas*. Akal, 1975
- Maslow, A. *El hombre autorrealizado*. Kairos, 2001
- . Et al. *Más allá del ego. Textos de psicología transpersonal*. Kairos, 1994
- Mauss, M. *Sociologie et anthropologie*. Presses Universitaires de France, 1993
- Max Neef, M. *Desarrollo a escala humana*. Nordan, 1993
- McCamant, K., Durrett Ch.R. *Cohousing: A contemporary Approach to Housing Ourselves*. Ten Speed Press, 1993.
- Mindell, Amy. *Metaskills. The Spiritual Art of Therapy*. Lao Tse Press, 1995
- Mindell, Arnold. *Sentados en el fuego*. Ed. Icaria, 2004.
- . *The Leader as Martial Artist: An Introduction to Deep Democracy, Techniques and Strategies for Resolving Conflict and Creating Community*. San Francisco: HarperCollins, 1992.
- . *The Deep Democracy of Open Forums*. Hampton Roads, 2002
- Mollison, B. *Introducción a la permacultura*. Tagari, 1994
- Moreno, E. y Pol, E. *Nociones psicosociales para la intervención y gestión ambiental*. Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1999.
- Muchielli, A. *La psychologie sociale*. Hachette, 1994
- Muldon, B. *El corazón del conflicto*. Ariel Mediación, 1998
- Naredo, J. M. *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Siglo XXI, 1996
- Platon. *La République*. Flammarion, 1966
- Polanyi, K. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ed. de la Piqueta, 1989
- Prigogine, I., Stengers I. *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Alianza, 1983
- Putnam, R. "The Prosperous Community: Social Capital and Public Life", *The American Prospect*, nº 13, Spring 1993
- Quinn, D. *My Ishmael*. Ed. Bantam, 1998
- Rexroth, K. *Communalisme. From its Origins to the Twentieth Century*. Out of print. Available in <http://www.bopsecrets.org/rexroth/communalism.htm>
- Rogers, C. R. *El camino del ser*. Ed. Kairós, 1987
- Rose, N. "El gobierno en las democracias liberales 'avanzadas': del liberalismo al neoliberalismo". *Archipiélago*, 29, Verano 1987
- Rosenberg, M. B. *Nonviolent Communication*. PuddleDancer Press, 2003

- Shalins, M. *Age de pierre, âge d'abondance. L'économie des sociétés primitives*. Éditions Gallimard, 1976
- Sheldrake, R. *The presence of the past. The habits of nature*. Park Street Press, 1995
- Starhawk. *Dreaming the Dark. Magic, Sex and Politics*. Beacon Press, 1997
- Stanfeld, R. B. *The Workshop Book. From Individual Creativity to Group Action*. New Society Publishers, 2002
- Terestchenko, M. *Philosophie politique*. Hachette, 1994.
- Thich Nhat Hanh. *Sintiendo la paz. El arte de vivir conscientemente*. Oniro, 1999
- Thom, R. *Estabilidad estructural y morfogénesis*. Gedisa, 1987
- . *Parábolas y catástrofes*. Tusquets, 1985
- Vinyamata, E. *Manual de prevención y resolución de conflictos*. Ariel, 1999
- Wackernagel, M. y Rees, W. *Nuestra huella ecológica. Reduciendo el impacto humano sobre la tierra*. Ed. Santiago, 2001
- Warburton, D., ed. *Communities & Sustainable Development*. Earthscan, 2000.
- Wilber, K. *A Brief History of Everything*. Shambhala, 2000
- Worpole, K. *Nothing to Fear? Trust and Respect in Urban Communities*. Ed. Comedia, 1997

Índice de nombres

A

actitud reactiva, 111, 119
Agamben, Giorgio, 76, 141
agenciamiento, 87
Agenda 21, 100
aglutinante, 14, 60, 73, 77
Alejandro Magno, 23
alma del lugar, 84
Amana, 67
ambición, 27, 36
amor, 10, 18, 24, 46, 53, 74, 77, 87, 156, 170; como necesidad humana, 122; por la tierra, 14; por otra persona, 114
anabaptistas, 64
anarquismo, 29
apoyo mutuo, 29, 70, 75, 87, 94, 119
apropiación del espacio, 92, 103
Arca, comunidad del, 71
Artosilla, 9, 54, 172
autonomía, 44; del individuo moderno, 28; del sabio estoico, 23; moral, 38; o autogestión, 105; pérdida de, 72; reforzar la, 94
autosuficiencia, 74, 90, 104

B

banco de favores, 94
Bataille, George, 24
Baudrillard, Jean, 39
bienestar, 120; Estado, 29; responsable, 98; sostenible, 122; y calidad de vida, 97; y necesidades, 120; y relaciones, 95
biorregionalismo, 71, 84, 102
Bohm, David, 135
Briggs, Beatrice, 160
Burton, John, 161

C

Cabet, Etienne, 66
cambio: colectivo, 11. *See*; cómo se produce el, 49; de conciencia, 32; externo e interno, 9; personal, 112; social, 11, 137
campo: de la física, 134; grupal, 163; mórfico, 134; social, 137
capital social, 94

celebrar, 42, 162
Christian, Diana L., 157
ciudad, 58, 83, 89; lugar insostenible, 148; vivir sosteniblemente en la, 106
cohesión, 73; factores de, 73; social, 103, 104
colectividades agrarias, 69
compasión, 74, 78, 132, 158
Comuna de París, 73
comunalismo, 67
comunidades, 71
comunidad: biorregional, 84; como entremado de relaciones, 87; como espacio de participación, 77; crear, 15, 98, 156; de intereses, 59; diversa, 78; en el mundo cristiano, 64; enredada, 86; familiar, 81; global, 57, 86; intencional, 60, 81; local, 57, 82; nacional, 85; rurbana, 58; siete pasos para crear, 159; sostenible, 87
comunidad local: aspectos funcionales, 90; dimensión simbólica, 92; esfera relacional, 91; inconvenientes de la, 93; la seguridad en la, 96; recrear la, 89; sostenible, 99
comunidades: owenitas, 66; utópicas, 65
comunismo, 28
confianza, 79, 160
conflictos: gestionar la rabia, 130; prevención de los, 161; resolución de, 162; y violencia, 162
consenso, 160
consumo: grupo de autogestión del, 152
Contrato Social, 25
cooperar, 161
covivienda, 81
creativo,a: actitud, 111, 119; el proceso, 117; vivir la vida, 117

D

de Bono, Eduard, 168
decrecimiento sostenible, 101
Deleuze, Gilles, 135
deproyectado, 111
Derechos Humanos, 26

desapego, 24
desarrollo sostenible, 99
deseo: como impulso vital, 116; de
cambio, 119; de consumir, de poder,
de conocer, 114; del individuo
liberal, 114; prescindir del, 113; que
nos atraviesa, 36
diferencia: apreciar la, 45; el miedo a
la, 47; procesar la, 80
diversidad, 79, 80
Dumont, Louis, 25

E

ecoaldeas, 71, 106
Economy, 67
élderes, 78, 168
esencia: del individuo moderno, 19;
del ser humano, 17; el peligro de
buscar la, 19; finita, incompleta y
reprimida, 112; inacabada, 111
espiritualidad, 73
estoico: el sabio, 22; lecciones, 114
ética del cuidado, 102

F

facilitación, 163; técnicas de, 165
falansterio, 66
felicidad, 112; alegría de fondo, 117;
como instante mágico y fugaz, 112;
todo el tiempo, 113; y bienestar,
120; y deseo, 113
Fellowship of Intentional Communities,
71
Findhorn, comunidad, 71
forma de vida, 140; cambiar de, 112,
119, 124; consecuencias de
nuestra, 142; dificultades para una,
144; mayoritaria, 141; sostenible,
88, 149
Foucault, Michel, 29
Fourier, Charles, 66
Freud, Sigmund, 111

G

Gaia, 87; hipótesis, 72
Guillén, Abraham, 29

H

hábitos: contracción de, 136; imitación
y, 133; y formas de vida, 140
Hegel, 137
Hobbes, 18, 26
holismo, 20
Hopi, 140
Hübner, Benno, 111
Hutter, Jacob, 69
Hutteritas, 69

I

Icaria, 66
ideas: acoger las, 12; capacidad
expresiva de, 138; como campos
mórficos, 134; como problemas,
135; el complejo mundo de las, 133;
el individuo como, 12; hacerse
manifiesta una, 128; participar de,
127; suspender las, 44, 128
identidad: colectiva, 45; construir una,
39
igualdad: de oportunidades, 33; de
todos los seres vivos, 46
individuo: autónomo, 45; como punto
de partida, 48; consciente, 45;
cristiano, 25; en relación con Dios,
24; fuera del mundo, 23; liberal, 27;
neoliberal, 30; participante, 10, 49,
76; y comunidad, 13
insatisfacción, 36; como fenómeno
social, 118; inconsciente y
represiva, 110
inseguridad ciudadana, 96

K

Kant, 135
Kennedy, Margrit, 143
kibbutz, 70

L

Langford, Andy, 104, 159
liberalismo económico, 27
libertad, 35, 65, 78, 94; como
liberación de la opresión, 42; como
privilegio, 42; de mercado, 37;
individual, 15, 18; para los griegos,

22; y creatividad, 138; y
determinismo de la idea, 136
liderazgo, 105
líderes: y estructuras grupales, 166
Locke, 26
Longo Mai, 71
Lovelock, James, 72

M

Marx, Karl, 48, 65, 137
Maslow: pirámide de, 122
Maslow, A., 122
Mead, Margaret, 137
mecanismos de defensa, 79
meditación, 131
Metcalf, Bill, 62
Metz, Christian, 68
Mindell, Arnold, 78, 157, 164
Murray, Andrew, 8, 161

N

Nación del Arcoiris, 71
naturaleza: estado de, 25
necesidades: básicas, 121; bienestar
y, 120; reducir las, 99; tres esferas,
123
neoliberalismo, 29
New Harmony, 65
New Lanarck, 65
Nietzsche, 117
Noyes, John H., 68

O

Oneida, 68
opresión: interna, 43; liberación de la,
42
Owen, Robert, 65

P

participación: espacio de, 88, 128
patriarcado, 21
Perfeccionistas, 68
Permacultura, 9, 102
Pitágoras, 63
Platón, 22, 63
poder: abuso de, 165; desigual
distribución del, 164
Pol, E., 103

polis, la, 62
potlach, 37
presión social, 80
privacidad, 39
privatizar: la Tierra, 40
propriocepción mental, 128
Putnam, Robert, 94

Q

quáckeros, 68
Quinn, Daniel, 22

R

rango, 164
Rápitass, 67
Rapp, George, 67
redes: de "compromiso cívico", 94
resonancia mórfica, 134
Rexroth, Kenneth, 62
Rimbaud, 111
Rocky Mountain Institute, 159
Rosenberg, Marshall, 131, 159
Rousseau, 26

S

Saint Simon, 66
Sartre, Jean Paul, 111
secta, 56
seguridad, 40
sentido, 117; una vida sin, 118
separarnos: de nuestros deseos, 131;
de nuestros pensamientos, 128,
130; de nuestros sentimientos, 129
ser cualquiera, 76
Sheldrake, Rupert, 134
simplicidad voluntaria, 75
Smith, Adam, 27
societas, 25
sostenibilidad, 88, 101; como idea
social, 147
Spinoza, 48

T

Thom, René, 9, 12
Trabajo de Procesos, 163, 164
transicioneros, 89
transiciones, 118; como proceso de
aprendizaje, 155; conscientes, 9;

hacia una forma de vida sostenible,
150; las dificultades de, 119;
suspender nuestras ideas, 132; tres
componentes, 119; tres pasos para,
125
trueque, 151

U

universitas, 25, 57, 72
Ury, William, 162

V

visión: común, 157; realización de
una, 117, 118

W

Wilber, Ken, 50, 87
Worpole, Ken, 96

Z

Ziegler, Warren, 159

